

Sienna Anderson



**ESCONDIDO EN
TU MIRADA**

ÍNDICE

Capítulo 1.....	4
Capítulo 2.....	17
Capítulo 3.....	31
Capítulo 4.....	43
Capítulo 5.....	54
Capítulo 6.....	68
Capítulo 7.....	81
Capítulo 8.....	97
Capítulo 9.....	110
Capítulo 10.....	122
Capítulo 11.....	134
Capítulo 12.....	146
Capítulo 13.....	157
Capítulo 14.....	170
Capítulo 15.....	182
Capítulo 16.....	194
Capítulo 17.....	207
Capítulo 18.....	219
Capítulo 19.....	231
Capítulo 20.....	243
Capítulo 21.....	254
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	273



*Se ha dicho que el tiempo cura todas las heridas.
No estoy de acuerdo.
Las heridas permanecen.
En el tiempo, en la mente.
Cicatrizan, y el dolor disminuye.
Pero nunca se van.*

ROSE KENNEDY



Capítulo 1

Lexington, Virginia

La camioneta se adentró en el sendero pedregoso de aquella área casi inhóspita, y su conductor tuvo que hacer una maniobra para no perder el control del vehículo. Jon Kellerman lanzó varias maldiciones al aire mientras el ritmo de su corazón recuperaba la normalidad.

Se detuvo un segundo y buscó el mapa que había dejado abierto sobre el asiento del acompañante; lo observó cuidadosamente y elevó una plegaria al cielo pidiendo no haberse perdido. Era la primera vez que visitaba aquella zona alejada del este de Virginia y el motivo que lo llevaba hasta allí esa calurosa mañana de verano tenía que tratarlo él en persona. Habría sido inútil delegarlo en alguno de sus agentes. Si alguien podía convencer a Erin Campbell de que aceptara lo que venía a proponerle, sin dudas, ese era él.

Según el viejo mapa que había conseguido en un puesto perdido en medio de la carretera no faltaba mucho para llegar a su destino; a partir de ahora solo debía seguir por la ruta estatal 81, desviarse luego hasta alcanzar el Paso de Whites y seguir el curso del río Maury hacia el noreste.

—¡Por Dios, Erin! ¡Te has venido a vivir al fin del mundo! —se quejó en voz alta mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Encendió la radio y detuvo el dial cuando escuchó el informe que hablaba del clima bochornoso que dominaba casi todo el estado desde hacía más de una semana. Recordó que una vez Erin le había dicho que el calor agobiante podía actuar como disparador en alguien que hubiera tenido enterrados dentro de su mente los instintos de salir y matar a alguien.

Precisamente la razón que lo empujaba hasta Lexington tenía que ver con un terrible asesinato que la policía de Wichita no había podido resolver.

Era plenamente consciente de que quizá su viaje fuese en vano, pero debía hacer el intento. No le había avisado a Erin de su visita para no ponerla en alerta, la conocía lo suficiente como para saber que, de haberlo sabido, su amiga, a la que no veía desde hacía casi cuatro años, se habría marchado para esconderse en un sitio en donde él ni nadie pudieran encontrarla.

Atravesó el puente sobre el Río Maury y siguió camino a través de la carretera; divisó la inmensidad y majestuosidad de las montañas Azules que se extendían a su alrededor y se sintió sobrecogido. Según el mapa, Lexington se encontraba a tan solo trece millas de allí.

Trece millas que lo separaban de Erin Campbell.

* * *

Apollo alzó su cabeza y al mismo tiempo sus dos peludas orejas se levantaron en señal de alerta. Corrió hacia la puerta que daba al porche y comenzó a arañar la madera con insistencia.

—¿*Apollo*, qué sucede?

Erin salió de la cocina con una espátula en la mano y de inmediato notó que la excitación de su fiel amigo no podía augurar nada bueno. Jerry, del almacén, no vendría hasta dentro de dos días a traerle sus provisiones semanales y no recordaba estar esperando a nadie.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió. *Apollo* atravesó el porche como un rayo y cuando Erin levantó la vista descubrió por fin el motivo de la exaltación de su mascota.

Una camioneta oscura se acercaba por el sendero que conducía a la carretera; frunció el ceño cuando reconoció a quién pertenecía. Dejó la espátula encima de una mesita y salió al porche cerrando la puerta tras de sí.

Se cruzó de brazos y se quedó esperando a que el inoportuno visitante se bajara de su vehículo. No le agradaba la llegada de Jon Kellerman, mucho menos le gustaba que se hubiera presentado sin siquiera avisar.

Lo vio bajarse y acomodarse las mangas de su arrugada y sudada camisa blanca mientras hacía lo imposible para que *Apollo* dejara de saltarle encima.

—¡*Apollo*, ven aquí!

El terrier escocés de color negro azabache abandonó las piernas del intruso y corrió rápidamente al lado de su dueña.

Jon Kellerman avanzó hacia la casa y de inmediato percibió el ceño fruncido instalado en el bello rostro de Erin Campbell. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja, pero descubrió que de nada le serviría. Su presencia no era grata y seguramente Erin se lo haría saber.

—Jon Kellerman, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Jon no dejó de sonreír mientras se acercaba.

—¡Erin, cuánto tiempo sin verte! —Se plantó frente a ella y le dio un fuerte abrazo.

Erin se relajó solo un poco.

—Cuatro años, Jon —le dijo poniendo una mano en el hombro de su amigo.

Él se apartó y la observó de arriba abajo.

—Estás más hermosa que nunca. —Tocó su cabello—. Nunca creí que te lo cortarías —comentó recordando la larga y ondulada cabellera dorada que Erin solía llevar con orgullo.

—Los tiempos cambian, Jon —adujo ella poniéndose seria nuevamente—. No avisaste que vendrías.

Jon Kellerman percibió el reproche en sus palabras.

—Lo sé y lo siento, pero necesitaba hablar contigo en persona —dejó escapar un suspiro—; es importante, Erin.

Debía de serlo si se había animado a ir hasta allí. Erin no era muy asidua a recibir visitas en su casa; hacía mucho tiempo que prefería la soledad, y la repentina aparición del agente especial del FBI solo había logrado intranquilizarla.

—¿Qué quieres, Jon?

—¿No vas a invitarme a pasar? ¡Este calor me está matando! —dijo abriéndose el cuello de la camisa.

Erin lo invitó a entrar a la casa y lo condujo hasta la cocina en donde le sirvió un vaso de limonada fría. *Apollo* los había seguido para custodiar a su ama con recelo.

—Gracias —dijo Jon bebiendo un gran sorbo de la bebida que inmediatamente refrescó su garganta.

Erin no dejaba de observarlo mientras trataba de adivinar qué querría él con ella después de tanto tiempo. Le había dejado bien en claro que no regresaría al FBI por ningún motivo, sus días como psicóloga forense habían quedado atrás, sepultados en su mente y en el pasado.

—Te escucho, Jon —dijo ella sentándose frente a él y cruzándose de brazos.

Jon no podía disimular su nerviosismo. Había ensayado el discurso solemne que le diría a Erin para convencerla de regresar, pero ahora que la tenía enfrente las palabras se negaban a salir de su boca.

—¿Cómo has estado? —preguntó en cambio tratando de suavizar el ambiente.

Erin lo observó fijamente.

—No creo que hayas venido hasta Lexington para preguntarme cómo he estado, Jon. Suelta de una vez lo que has venido a decirme —reclamó sin mostrar emoción alguna.

Jon dejó el vaso vacío de limonada sobre la mesa de la cocina y contempló a la mujer que, además de haber sido por siete años uno de sus mejores elementos dentro del FBI, había sido su amiga y protegida.

Entonces soltó la pregunta que tenía atorada desde hacía tanto tiempo.

—¿Cuándo vas a volver, Erin?

Erin ni siquiera se inmutó ante su pregunta; en el fondo sospechaba que había venido después de casi cuatro años precisamente para cuestionarle su decisión.

—No voy a volver —respondió fuerte y claro—. Te dije que no lo haría.

—Erin, ya ha pasado tiempo suficiente y creo que es hora de que dejes todo en el olvido y vuelvas a lo tuyo; eres la mejor...

—Lo era —lo interrumpió ella con un dejo de—; esa etapa de mi vida quedó en el pasado, Jon, y no voy a regresar... jamás.

Jon Kellerman nunca había previsto que Erin sería un hueso fácil de roer, pero luego del tiempo transcurrido desde su retiro voluntario del FBI, pensaba que las cosas habían cambiado, pero acababa de comprobar que no era así.

—Deberías reconsiderarlo, tu trabajo dentro de la Unidad de Ciencias de la Conducta siempre ha sido excelente —alegó él buscando en vano convencerla.

Erin estuvo a punto de lanzar una carcajada, pero solo esbozó una sonrisa cargada de ironía.

—Sabes que eso no es verdad —agachó la mirada—; las cosas cambiaron esa

fatídica noche de agosto. Jon tomó su mano y la obligó a que lo mirara.

—Erin, lo que sucedió no fue tu culpa —le dijo con sinceridad—. No dejes que ese hecho en tu pasado marque el resto de tu vida. Acepta volver, todos en la unidad te extrañamos. No hemos sabido prácticamente nada de ti desde que nos abandonaste.

—He tratado de vivir lo más tranquilamente posible, Jon. Me mudé a Lexington buscando paz y tranquilidad; dejé de lado mi vida en Quantico y, aunque no lo puedas creer, soy feliz aquí. —Observó a su perro que se había acostado encima de su pie—. *Apollo* y yo la pasamos de maravillas en este lugar.

Jon observó alrededor. La pequeña casita en donde vivía ahora Erin no era lujosa ni mucho menos, pero era agradable. Estaba todo ubicado prácticamente en un solo ambiente, solo la habitación y seguramente el cuarto de baño estaría escaleras arriba. Las paredes pintadas de un tono ocre estaban decoradas con objetos tribales de diversas formas y tamaños. Una enorme chimenea de piedra y dos paneles que hacían de bibliotecas le daban un aire acogedor. Junto a uno de los muros había un escritorio con varios libros encima y un ordenador portátil encendido.

—¿Qué haces de tu vida ahora? —le preguntó con una sonrisa.

Erin respiró hondamente.

—Escribo.

—¿Escribes? ¿Qué escribes? —Jon alzó una de sus cejas.

—Novelas —respondió ella tranquilamente.

—¿Policiales? —intentó deducir él.

—No, Jon, escribo novelas románticas —confesó con cierto recelo.

—¡No lo puedo creer! ¿Y cómo es que no he visto ningún libro por ahí con tu nombre?

—Por dos razones muy simples, primero, no creo que las novelas que yo escribo sean las que acostumbras leer y, segundo, uso un seudónimo —explicó.

—¿Cuál? —preguntó curioso Jon.

—Juliet O'Hara.

—Me gusta. ¿Por qué has elegido ese en particular?

—Juliet es por la obra de Shakespeare y O'Hara por *Scarlett*, de *Lo que el viento se llevó*.

—Cuando regrese a la ciudad las compraré —le aseguró—. A propósito, ¿cuántas llevas publicadas?

—Tres, pero no es necesario que las compres. —Se puso de pie y fue hasta la biblioteca.

Jon la vio regresar con tres libros de vistosas tapas.

—Te las dedicaré si quieres —ofreció ella entregándole sus novelas publicadas.

Jon volvió a sonreírle mientras hojeaba uno de los libros. Descubrió de inmediato que en la parte trasera no había ninguna foto de ella.

—Preferí permanecer en el anonimato —le dijo adivinando su pensamiento.

—Entiendo.

—Dámelas que te las dedico. —Se llevó los tres libros hasta el escritorio, tomó

un bolígrafo y en cuestión de segundos los firmó. Jon fue hasta ella y leyó lo que Erin acababa de escribir:

Para Jon, el hombre que ha sabido guiarme en uno de los momentos más difíciles de mi vida.

Con cariño,

Erin

A Jon se le hizo un nudo en la garganta. Erin estaba reconociendo a través de aquellas conmovedoras palabras lo que había hecho por ella cuatro años atrás; y ahora él se atrevía a presentarse sin previo aviso solo para perturbar la tranquilidad que había conseguido en aquel lugar apartado del mundo.

—Te has quedado callado de repente —le dijo ella esbozando media sonrisa.

Él alzó la vista y clavó sus ojos verdes en el rostro de la mujer de la cual había estado enamorado alguna vez.

—Erin, sé que mi presencia no es grata.

—Jon...

Él no la dejó hablar.

—No digas nada; no hace falta. Comprendo que verme te trae recuerdos dolorosos de un pasado que has preferido olvidar, pero créeme que si he venido hasta aquí es porque necesito que vuelvas... al menos para trabajar en un caso.

Erin sacudió la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—No vas a convencerme, Jon. No importa lo que digas o lo que hagas, no voy a volver al FBI.

Jon no iba a rendirse tan fácilmente, usaría todas las estrategias posibles para marcharse de allí con una respuesta positiva de parte de Erin.

—Si te he buscado precisamente a ti es porque estoy completamente seguro de que solo alguien con tu capacidad puede ayudar a resolver el caso al que fui asignado. La policía local de Wichita ha solicitado los servicios del FBI para colaborar con la investigación del asesinato de una jovencita; no tienen ninguna pista sobre el autor del crimen y temen que no sea el único —explicó buscando captar su atención. La conocía demasiado bien y sabía qué cuerdas tocar para lograr convencerla.

—Y yo estoy completamente segura de que en el FBI existen elementos tanto o más capacitados que yo que pueden ayudarte con la investigación —adujo ella tratando de no perder la calma.

—No hay nadie como tú, Erin. ¿Recuerdas qué buen equipo formábamos tú y yo?

Aquel era un golpe bajo y no se lo iba a perdonar.

—Tú mismo lo has dicho, Jon, *formábamos*, tiempo pasado.

—Podrías regresar y acompañarme a Wichita, te hará bien salir un poco de esta monotonía.

—¿Qué sabes tú de la vida que llevo yo en Lexington? —le espetó alzando la voz.

—No te enfades, Erin, solo quiero hacerte entrar en razón, nada más.

—No voy a permitir que interfieras en mi vida, Jon. Ya no tengo nada que ver con el FBI, esa Erin Campbell que conociste ya no existe más, no insistas, porque no voy a aceptar.

Jon se mordió el labio inferior, Erin no siempre había sido así y le dolía ver en lo que se había convertido; una mujer solitaria que prefería ocultarse del mundo en aquella casita perdida en una de las zonas más solitarias del este de Virginia.

—No puedes olvidar que un día fuiste una de las perfiladoras más reconocidas del país, Erin —alegó él usando sus últimos recursos para hacerla cambiar de parecer.

—¿No es irónico que me digas eso, Jon? Quizá hubo un tiempo en que lo fui, pero luego de lo que sucedió —hizo una pausa; no quería hablar de aquello, hacía mucho que no mencionaba lo que había sucedido cuatro años atrás—; después de eso ya nunca volví a ser la misma. He fallado, Jon, como profesional y como persona. No puedo borrar todo de un plumazo y regresar como si nada; entiéndelo por favor.

Jon percibió el temblor de su voz. Todavía no lo había superado, el tiempo que llevaba recluida en aquella casa no había servido para atenuar su dolor; mucho menos había logrado despojarse de la culpa.

—Erin, soy de los que piensan que uno no resuelve los problemas huyendo de ellos, debes enfrentarlos, es la única manera de acabar con tanta angustia —se puso de pie y la abrazó porque se dio cuenta de que era precisamente lo que ella necesitaba.

—No puedo volver, Jon —dijo haciendo un esfuerzo por no llorar.

—Y yo no puedo marcharme con una respuesta negativa —se apartó y la miró a los ojos—, al menos prométeme que lo vas a pensar.

Ella se quedó en silencio.

—No me marcharé de aquí hasta que me lo prometas —amenazó él poniendo cara de malvado.

Erin respiró hondamente.

—Está bien, prometo que lo voy a pensar.

Jon Kellerman sonrió; había llegado a Lexington con las manos vacías y ahora al menos se largaría de aquella casa con la tibia promesa que Erin acababa de hacerle.

* * *

Bebió su *vodka tonic* de un solo sorbo y dejó el vaso sobre la barra del bar. No solía beber, pero últimamente un buen trago se había convertido en su única compañía. La noche lo había sorprendido de repente deambulando por las calles; entró en aquel sitio con la intención de disfrutar de un trago y de hacer planes, pero el bullicio de la gente y el humo del tabaco que se impregnaba en sus ropas no lo dejaban pensar con claridad.

Y en ese momento él necesitaba tener las ideas claras; no podía cometer ningún error, hacerlo sería fatal.

El barman le preguntó si deseaba otra ronda, pero él pagó por el trago que acababa de consumir y se puso de pie, dispuesto a largarse de aquel bar inmundo que había pisado esa noche por primera y última vez.

Pero el televisor encendido lo detuvo. Le hizo señas al barman de que subiera el volumen, se ubicó en un taburete más cercano y prestó atención a lo que decía la reportera de turno.

No hay novedades aún en el caso de la adolescente muerta en Wichita; según fuentes confiables, la policía local se vio obligada a pedir refuerzos y se espera que una comitiva del FBI, comandada por el agente especial Jon Kellerman llegue en las próximas horas a la ciudad.

Su rostro se endureció.

Había llegado el momento; el plan debía continuar; ahora más que nunca. Lo presentía. Y él confiaba mucho en los presentimientos.

Abandonó el bar, se mezcló con la muchedumbre y se perdió en medio de la noche como si fuera una sombra más.

* * *

Wichita, Kansas

Cuando por fin pudo abrir los ojos, lo primero que vio fue el rostro impávido de su hermano que lo contemplaba desde la silla ubicada junto a la ventana.

Echó un vistazo a su reloj; eran más de las ocho, se había dormido y le extrañó encontrar a Rick en su habitación; a esa hora solía sentarse a ver su serie favorita en la cocina mientras Mimie le preparaba su desayuno.

—Buenos días —saludó el menor de los Evans sonriendo.

Tyler se incorporó y tras restregarse los ojos le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo es que no estás con Mimie en la cocina?

Rick se inclinó hacia delante en la silla.

—Mimie no está.

Tyler frunció el ceño. No sabía nada de aquella imprevista salida.

—¿Sabes dónde se ha ido?

—A la casa de la vecina —respondió Rick mirando hacia la ventana que daba al patio de los Williams.

Tyler se incorporó y quitó la sábana que lo cubría.

—Me daré una ducha rápida. —Se alzó de la cama y miró preocupado la ropa que había usado el día anterior desperdigada por el suelo de madera. No estaba dispuesto a recibir un regaño por parte de Mimie, por lo que se agachó para recogerla. Era un hombre hecho y derecho de treinta y siete años, pero Mimie los cuidaba a él y a Rick como si aún fueran niños.

Rick era el más frágil de los dos, pero la mujer no hacía ninguna distinción entre

ambos. Estaba con ellos desde hacía más de veinte años y, a pesar de sus regaños, la adoraban.

Se llevó la ropa al cuarto de baño y antes de cerrar la puerta echó un último vistazo a su hermano, que continuaba sentado en su silla con la mirada perdida en un punto imaginario.

En la estación de policía seguramente estarían preguntándose por qué el comisario Evans no había llegado aún; solía presentarse a su trabajo antes de que el reloj diera las ocho, era uno de los primeros en llegar y de los últimos en irse, especialmente ahora que todos en Wichita estaban conmocionados por el asesinato de Priscilla Caller, una jovencita de catorce años.

Se desnudó, abrió los grifos y se metió bajo la ducha. Rápidamente el agua casi helada tomó la temperatura de su cuerpo. Era en momentos como aquel cuando lograba relajarse y apartar de su mente al menos por unos pocos minutos que un despiadado asesino había atacado brutalmente a aquella niña inocente. La tensión y las horas acumuladas de trabajo se hacían sentir, también la impotencia de no obtener resultados positivos. Trató de dejar la mente en blanco, pero el sonido de su teléfono móvil no se lo permitió.

—¡Maldición! —Cerró los grifos, se ató una toalla a la cintura y salió del cuarto del baño chorreando agua por todos lados.

Cuando entró a la habitación, Rick seguía en su sitio.

—Es tu teléfono —le dijo su hermano señalando el aparato encima de su mesita de noche.

Mascullando, Tyler se acercó y tomó el móvil.

—¿Bueno?

—Comisario Evans, ¿está usted bien? —preguntó la melosa voz de Charity, su secretaria.

—Sí, Charity, es solo que me he retrasado un poco esta mañana, pero estaré en la estación en media hora. —Se pasó una mano por su cabello mojado—. ¿Alguna novedad importante?

—Acaba de llamar el agente especial del FBI, Jon Kellerman, y ha dejado dicho que el asunto que traía entre manos se le complicó, pero que confía en poder solucionarlo lo antes posible.

Tyler trató de recordar lo que el petulante agente le había dicho dos días atrás cuando se había presentado en su oficina. Le había mencionado que iría en busca de una de las mejores perfiladoras del *bureau*, y que sería de gran ayuda en la investigación del asesinato que él comandaba. ¿Qué significaba el recado que el agente había dejado? ¿Acaso no había logrado que la tal perfiladora aceptara unirse a ellos?

La verdad era que a él le tenían sin cuidado los tejes y manejes de la agencia federal; si hubiera sido por él nunca los habría llamado, pero el caso se le estaba yendo de las manos y no podía permitir que su orgullo interfiriera en la investigación. Había una chica brutalmente asesinada y una familia destrozada que necesitaba una respuesta.

—Está bien, Charity, solo el agente Kellerman sabe lo que ha querido decir. Hasta luego.

Cortó y arrojó el móvil encima de la cama. El ruido de la puerta de calle le indicó que Mimie había regresado. Rick también lo escuchó y se puso de pie de un salto.

—Mimie ha llegado —dijo antes de salir de la habitación para buscarla.

Tyler se quedó mirando la puerta cerrada; aún le costaba hacerse a la idea de que su hermano estuviera en casa. Había estado ausente por más de cuatro años, durante los cuales su vida y la de Mimie habían sido una auténtica pesadilla. Rick era su hermano menor y debía velar por él; sus padres ya no estaban y aunque la adorable Mimie lo cuidaba como si de un niño pequeño se tratara, era su responsabilidad protegerlo. Respiró hondamente; no siempre había estado allí para hacerlo y eso había provocado una tragedia. Se secó rápidamente y se vistió; luego bajaría por una taza del delicioso y espumante café que Mimie preparaba como nadie y saldría hacia su trabajo.

Cuando bajó, unos minutos más tarde, Rick ya se encontraba en la cocina devorando el desayuno que consistía en panecillos de canela, café y mermelada de moras.

Se acercó a la mujer y la abrazó por detrás.

Mimie sonrió complacida y una brillante dentadura relució en su rostro moreno.

—¿Quieres también un panecillo? —preguntó la mujer mientras se dirigía a la mesa y le servía una taza de café a Tyler.

Tyler negó con la cabeza. Sus ojos grisáceos rápidamente se desviaron hacia el periódico que Mimie había traído esa mañana tras su visita a los Williams.

—No se habla de otra cosa... lamentablemente —comentó Mimie con voz quejumbrosa.

Tyler sabía que, efectivamente, las palabras de su querida Mimie eran ciertas. El asesinato de Priscilla Caller se había ganado la primera plana de la prensa en cuestión de horas, no había nadie en Wichita que no hablase del tema. Muchos incluso se habían aventurado a lanzar conjeturas sobre quién podía ser el autor de tan terrible crimen, y él, como comisario y encargado de llevar adelante la investigación del caso, había tenido que escucharlas todas. Incluso tuvo que prestarle oídos a las más descabelladas y a las más terribles, aquellas que lo afectaban no solo como comisario de Wichita sino como persona. Pero a esas, prefería ignorarlas.

Bebió el resto del café, le lanzó un vistazo a su hermano quien parecía ajeno a lo que sucedía a su alrededor: aquel momento era sagrado para él; solo existían los personajes de *Star Wars*, su serie favorita.

Tyler dejó escapar un suspiro. Muchas veces había querido ser como su hermano menor; encerrarse en su propio mundo y dejar que todo a su alrededor continuara girando. Pero él no era ingenuo; sabía muy bien que a pesar de que Rick vivía en una realidad diferente, los problemas y sobre todo la mala voluntad de la gente podían lastimarlo.

Una vez lo habían hecho y jamás se perdonaría por haberlo permitido.

Le dio un beso a Mimie en la frente y ella apretó su mano con fuerza.

—Qué tengas un buen día, cariño.

Después acarició el hombro de su hermano y se marchó de la casa.

Una nueva y extenuante jornada de trabajo lo esperaba.

* * *

Tyler se apeó de su vieja camioneta y atravesó la acera a paso acelerado; se topó con la señora Montgomery que apenas lo saludó con un leve movimiento de cabeza. Farfulló molesto mientras entraba en la estación de policía; era bien sabido que ni él, ni su hermano eran objeto de devoción de la señora Montgomery; una de las integrantes más respetadas dentro del consejo comunal. Pero, sobre todo, su animosidad estaba dirigida a Rick, el blanco de mucha gente en Wichita que desaprobaba su regreso tras haber estado fuera por más de cuatro años cumpliendo con la condena que le habían impuesto.

Rick había pagado su deuda con la sociedad; era hora de que lo dejaran en paz.

Entró a la estación, se quitó las gafas de sol que llevaba y le sonrió a su secretaria quien escribía concienzudamente en el ordenador.

—Buenos días, Charity. —La saludó y la muchacha de veinte años que trabajaba para él desde que había cumplido los dieciocho alzó la cabeza y lo miró.

—Buenos días, comisario.

—¿Alguna novedad?

La muchacha negó con la cabeza mientras se pasaba una mano por el cuello para tratar de aliviar la tensión de haber estado tecleando por tanto rato.

—Ninguna; solo lo que le he dicho más temprano sobre la llamada del agente Kellerman.

—Cierto, será mejor que me ponga en contacto con él cuanto antes, a esta gente es mejor tenerla con las riendas bien ajustadas —dijo en son de broma mientras se dirigía a su oficina—. ¿Dónde está Tom?

—Hoy es su día libre, comisario, y aprovechó para llevar a su esposa de paseo; la fecha del parto se acerca y ambos están muy nerviosos.

Tyler había olvidado que aquel era el día libre de Tom, pero no le extrañó. Últimamente tenía demasiadas cosas en la cabeza como para acordarse de todo.

—Cierto... en cualquier momento olvidaré hasta el día de cumpleaños de Mimie y sé que no me lo perdonaría jamás.

El teléfono comenzó a sonar, y Charity respondió. Tyler supo de inmediato que algo había sucedido cuando vio el rostro de su secretaria palidecer de repente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él apenas ella colgó.

Charity lo miró.

—Una jovencita de quince años ha desaparecido ayer por la mañana en Minneha —le informó consternada—. Se llama Katie Lorenz.

Tyler masculló entre dientes. El temor de que apareciera una segunda víctima

siempre había existido y ahora, con la desaparición de una adolescente, aquellos temores solo se acrecentaban.

—Me pondré en contacto con mi colega en Minneha —anunció antes de entrar en su oficina.

Llamó al comisario Friedman para enterarse de los pormenores y, de inmediato, le transmitió sus sospechas. Una jovencita desaparecida; una potencial víctima de un despiadado asesinato que ya había atacado una vez. La ecuación era simple y fatalista, pero aquella desaparición le daba mala espina. Minneha estaba a tan solo seis millas de allí y las posibilidades de que Katie Lorenz se convirtiese en la segunda víctima eran, por desgracia, muy grandes.

* * *

Una romántica canción de Barbra Streisand manaba de los parlantes del estéreo. Era una melodía suave y sensual que endulzaba los oídos. La habitación estaba en penumbras y solo era iluminada tenuemente por la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas.

Erin aspiró hondo y el olor de su perfume la asaltó como una ráfaga de viento. Sonrió plácidamente; él ya estaba allí. Lo había esperado durante más de tres horas, se había puesto el vestido sexy que él le había regalado sin nada debajo, justo como a él le gustaba.

Lo escuchó abrir la puerta de calle y avanzar por la sala silenciosamente, quizá por temor a despertarla. Cuando se detuvo en el pasillo frente a la puerta de su habitación, su corazón comenzó a latir más deprisa, percibiendo su presencia.

Se sentó en la cama de rodillas y se llevó la mata de cabello dorado a un lado de la cara. Escuchó el sonido del picaporte moverse y cuando finalmente la puerta se abrió, la ansiedad que había experimentado se hizo insoportable.

—Erin... —susurró él entrando en la habitación.

Ella lo miró; el débil halo de luz iluminó su rostro. Él estaba sonriendo y sus ojos negros la contemplaban con intensidad.

Erin le sonrió y él se acercó hasta la cama. Extendió un brazo y acarició su rostro con delicadeza, delineando la curva de su nariz para detenerse en los labios femeninos. Ella los entreabrió al tiempo que cerraba los ojos.

—Erin... eres tan hermosa, y te amo tanto —le dijo él en voz baja—. No podría vivir sin ti.

Entonces Erin abrió los ojos y vio un rostro desconocido. La voz coincidía con la del hombre que esperaba, pero el rostro era extraño: gigante, monstruoso, con dientes afilados como cuchillos. Se acercó a besarla, y Erin comprendió cuánto le repugnaría ese contacto.

—¡No! —El grito desgarrador salió de la garganta de Erin.

Abrió los ojos y descubrió, aliviada, que estaba en su casa de Lexington. Un sudor helado se había esparcido por todo su cuerpo y sin darse cuenta había comenzado a temblar. El ensordecedor ruido de un relámpago la asustó y comenzó a

respirar agitadamente. Cubrió su cuerpo con las sábanas y cerrando los ojos apoyó la cabeza en la almohada.

Apollo, que dormía sobre la alfombra a un lado de la cama se despertó también y de inmediato percibió su estado. Se estiró y de un salto se subió encima de su dueña.

Erin lo abrazó y rápidamente el calor de su cuerpo peludo se traspasó al suyo y se sintió mejor. Lo acurrucó luego sobre su regazo y comenzó a acariciarle la cabeza, gesto que el animal siempre disfrutaba.

Hacía muchas noches que no tenía aquel mal sueño, y estaba segura de que su reaparición tenía mucho que ver con la visita inesperada de Jon Kellerman. Él se había marchado de su casa el día anterior y había dejado bien claro que no abandonaría Lexington sin un sí de su parte. Al menos no la había presionado, ya que ni siquiera le había hablado por teléfono; pero aun así, ella sabía que no desistiría.

Colocó a *Apollo* a su lado e intentó dormirse, pero no lo logró; su corazón aún latía frenéticamente dentro de su pecho y la feroz tormenta que se había desatado no la ayudaba a calmarse.

Resignada, miró el reloj que colgaba de una de las paredes, faltaba una hora para que amaneciera. No le gustaba estar sin hacer nada, y quedarse en la cama solo haría que pensara más en lo sucedido, por eso se levantó y bajó las escaleras seguida por *Apollo* que parecía no querer abandonarla por nada del mundo.

Fue hasta su escritorio y encendió el ordenador; abrió la novela en la que estaba trabajando y se sentó dispuesta a terminar el capítulo que estaba escribiendo y que le estaba resultando un poco difícil. Se peinó el cabello hacia atrás con los dedos, se esperaba una nueva jornada de calor bochornosa; a esas horas de la madrugada, y a pesar de la tormenta que se había desatado, ya podía sentirlo.

Colocó sus dedos sobre el teclado, pero no se le ocurría nada; parecía que las palabras se negaban a brotar de su cabeza. Le sucedía muy a menudo, se bloqueaba y le era prácticamente imposible lograr escribir algo bueno. Desistió antes de empezar a teclear, no podía trabajar así, necesitaba concentración y la visita de Jon la había distraído demasiado.

Él le había hablado del asesinato en Wichita, y se encontró de repente conectándose a Internet para leer las noticias. Era lo único que la vinculaba al mundo exterior porque en la casa no tenía televisión ni radio y solo recibía el periódico local dos veces por semana.

Buscó lo que quería encontrar y lo halló enseguida.

No hay novedades en el caso del asesinato de Priscilla Caller, de catorce años de edad, cuyo cuerpo brutalmente golpeado fue encontrado hace casi un mes a orillas del río Arkansas.

Erin siguió leyendo, la prensa no mencionaba muchos detalles del crimen, seguramente porque la policía así lo había establecido. En una de las notas que encontró aparecía la foto de la chica muerta junto a su familia. Se los veía sonriendo



felices; ignoraban el trágico final que les esperaba.

Cerró las ventanas del navegador y se recostó contra el respaldo de la silla. Levantó las piernas y las rodeó con ambos brazos. Clavó sus ojos azules en la pantalla del ordenador y las palabras de Jon Kellerman resonaron en su cabeza como un eco persistente.

«Uno no resuelve los problemas huyendo de ellos, debes enfrentarlos, es la única manera de acabar con tanta angustia».



Capítulo 2

A las siete de la mañana, Tyler recibió la fatídica llamada de parte del comisario de Minneha, aquella que no habría querido recibir nunca. La noticia no lo tomó por sorpresa. Katie Lorenz había aparecido muerta en la orilla del río Arkansas al igual que la primera víctima.

A pesar de las sospechas que tenía, no esperaba que el asesino atacase tan pronto. Deseó que Katie solo hubiera cometido la travesura de fugarse de su casa con algún amigo para regresar luego sana y salva.

Salió disparado de la casa y no tardó ni dos minutos en subirse a su vieja camioneta. No hubo ni ducha, ni desayuno para él esa mañana.

Llegó a la escena del crimen y debió sortear a la prensa que se había encaramado en los alrededores para conseguir una primicia. En vano algunos reporteros se acercaron para sacarle alguna palabra. Tyler los apartó alzando un brazo y dirigiéndoles una fría mirada; eso fue suficiente para que no insistieran. Divisó a Jed que se encontraba agachado en una zona que no estaba muy alejada del sitio donde había sido arrojada la otra muchacha. Se acercó y pasó en medio de los especialistas en criminalística que recogían evidencias en un perímetro de cincuenta metros a la redonda.

Jed Oleson se inclinó un poco hacia atrás y arqueó la espalda.

—Hola, Jed —saludó Tyler mientras sus ojos se posaban en el cuerpo de Katie Lorenz.

—Evans. —El jefe de la unidad forense se secó el sudor de la frente con la manga de su mono blanco—. Mismo *modus operandi*, la golpeó hasta morir.

La escena volvía a repetirse, era la segunda víctima en un mes y parecía que el asesino no estaba dispuesto a detenerse.

—¿Cuándo calculas que murió?

—Entre las diez y las doce de anoche —informó el patólogo tras mirar con detenimiento el termómetro que sacó del costado derecho de la víctima.

—Llevaba desaparecida menos de cuarenta y ocho horas —comentó mientras observaba el rostro casi desfigurado de la jovencita. Quince años y un maldito animal había acabado con su vida. Aún llevaba el uniforme escolar puesto, y las coletas a ambos lados de su cabeza se habían convertido en una mata de greñas castaño oscuro.

—El comisario Friedman estuvo hasta hace un rato; creo que fue demasiado para el pobre hombre —le informó Jed haciendo un mohín con los labios—. Me dijo que el caso te pertenece; sin dudas se trata del mismo asesino y no pretende interferir en la investigación.

Tyler asintió. Aquel sujeto era suyo y él mismo se encargaría de atraparlo. Tendría que lidiar con los agentes que enviaría el FBI, pero no iba a dejar que se apoderaran del caso y lo hicieran a un lado.

Jed le pidió a uno de sus ayudantes que envolviera el cadáver con cuidado dentro de la bolsa y se puso de pie. Se quitó los guantes y se rascó la cabeza en donde ya se vislumbraba una incipiente calvicie.

—¿Sabes lo que significa que haya aparecido una segunda víctima, no?

—Sí —Tyler hizo una larga pausa—, nos estamos enfrentando a un asesino en serie, un asesino que volverá a atacar si no lo detenemos.

—Ojalá que la llegada del FBI sirva para atraparlo.

Tyler estuvo de acuerdo con él. La presión de las autoridades y de la comunidad para que resolviera el caso colgaba sobre su cabeza como una inmensa y afilada espada. También la angustia de tener que volver a pasar por lo mismo una vez más lo mantenía en constante estado de alerta. En cualquier momento las habladurías de la gente se harían más poderosas y el nombre de su hermano podría resonar alto y claro.

* * *

Por segunda noche consecutiva, Erin no pudo pegar un ojo. Estaba a la expectativa, sabía que Jon no se iría de Lexington sin hacer hasta lo imposible para convencerla de que colaborase con él en la investigación de asesinato en Wichita.

Tampoco pudo escribir mucho esa noche; el calor sofocante y los pensamientos que vagaban en su mente no le permitieron concentrarse.

Deambulando de un lado a otro por toda la casa, la noche dio paso a la madrugada. Se hizo una taza grande de café y salió al porche. Se dejó caer en la banqueta y cruzó las piernas. *Apollo* se ubicó a su lado y el sueño lo venció fácilmente.

Erin esbozó una sonrisa, al menos él había conseguido dormir, mientras que ella, por más que lo intentara y se acurrucara en la cama, no podía pegar un ojo.

Miró hacia la carretera que se perdía tras la línea que dibujaba el horizonte. Era feliz en aquel sitio y la visita de Jon solo la había perturbado al punto de no poder conciliar el sueño. Estaba llevando la vida que quería llevar; le gustaba lo que hacía. Después de haber pasado un tiempo considerable hurgando en la mente de los asesinos más perversos, sentarse a escribir una bonita historia de amor de alguna manera le servía de catarsis. Claro que las heridas aún no habían cicatrizado, pero sumergirse en la vida y peripecias de sus personajes la ayudaba a olvidarse de su propia vida.

Y eso, Jon parecía no poder comprenderlo.

Echó un vistazo a su reloj; faltaban quince minutos para las cinco, el día estaba a punto de comenzar y ella ya estaba física y mentalmente agotada.

El rumor de una motocicleta la sacó de sus pensamientos. Era el chico que repartía los periódicos, se llamaba Jimmy o Timmy, no lo recordaba muy bien. Lo

saludó con una mano cuando lanzó el ejemplar que cayó cerca de *Apollo*.

El perro atinó a levantarse y fisgonear al intruso, pero cuando se percató de quién se trataba volvió a su sitio para continuar durmiendo.

Erin observó al muchacho hasta que se alejó, y se agachó para recoger el ejemplar de *The Rockbridge Weekly* para echarle una ojeada.

Estaba alejada de todo lo que tuviera que ver con su vida pasada, pero aun así le gustaba recibir en la puerta de su casa aquel semanario que se encargaba de publicar noticias y reportes policiales.

Pasó sus ojos por varias noticias a las cuales apenas les prestó atención, pero una en particular hizo que dejara la taza de café a un lado.

El título estaba escrito en letras grandes.

«OTRA ADOLESCENTE ASESINADA EN WICHITA».

Siguió leyendo y así supo que el nombre de la víctima era Katie Lorenz y que había desaparecido tras salir de su casa dos noches antes de ser hallada. Ya se mencionaba que se encontraban frente a un asesino en serie debido a las similitudes entre los dos crímenes.

Dos niñas brutalmente asesinadas a golpes.

Un escalofrío bajó por su espina dorsal. Unos años atrás, aquel hecho habría sido moneda corriente en su trabajo; había sido testigo de crímenes atroces cometidos por los monstruos más terribles. Sin embargo, el salvajismo con el cual habían atacado a aquellas dos jovencitas ahora la estremecía.

Ella sabía muy bien a qué clase de bestia se estaba enfrentando la policía de Wichita. Había estudiado las mentes de varios asesinos para intentar entender las razones y motivaciones que los llevaban a acabar con la vida de otro ser humano.

Ese había sido su trabajo, la carrera que había elegido con convicción, la misma en la cual se había desempeñado dignamente y en la que era reconocida y admirada por sus pares.

Pero los conocimientos que había adquirido parecieron borrarse de un plumazo la noche en que su vida cambió para siempre.

Esa noche comprendió que ya no podría continuar con su trabajo y por eso abandonó el FBI a pesar de la insistencia de Jon y los demás por que se quedara.

Y ahora el mismo Jon venía a buscarla porque la necesitaba.

Parecía tan sencillo seguir sus consejos, sin embargo aún no había conseguido dejar todo atrás.

«Quizá es hora de que enfrentes a ese monstruo», se dijo Erin dejando escapar un suspiro.

Con el periódico en una mano y la taza de café vacío en la otra, entró en la casa en silencio para no despertar a *Apollo*.

Fue hasta la cocina y dejó la taza sucia en el fregadero, salió a la sala y observó el teléfono durante unos cuantos segundos; se acercó, estiró la mano y levantó el auricular solo para bajarlo de inmediato.

«No, no puedo hacerlo», se repitió mentalmente. Observó la hora; veinte minutos pasadas las cinco. No podía llamar a Jon a esa hora. Él le había dicho que se hospedaría en el hotel del pueblo y que regresaría por una respuesta antes de marcharse.

Acercó su mano al teléfono nuevamente.

«Tengo que hacerlo», se dijo en cambio esta vez.

Apretó el auricular, lo levantó y se lo puso en la oreja. Con manos temblorosas marcó el número del móvil de Jon. Estuvo a punto de colgar cuando escuchó la voz somnolienta de su ex jefe desde el otro lado de la línea.

—Jon Kellerman.

—Jon, soy yo —dijo con un hilo de voz.

—¿Erin? ¿Estás bien? —Hizo una pausa—. No son más de las cinco de la mañana.

—Lo sé y te pido disculpas por haberte despertado tan temprano.

—No te preocupes, estaba despierto —mintió.

—Acepto, Jon.

Jon se quedó en silencio durante unos segundos que a Erin le parecieron eternos.

—¿Estás ahí? —preguntó nerviosa y todavía no totalmente convencida de lo que estaba haciendo.

—¿De verdad?

—Sí, acabo de leer sobre la muerte de Katie Lorenz, pero creo que lo que me llevó a decidirme es lo que me has dicho... Tienes razón. Debo enfrentarme a mi pasado para poder dejarlo definitivamente atrás.

—¡Dios, Erin, no sabes el gusto que me da que hayas aceptado! —exclamó incapaz de ocultar su entusiasmo. Su intento sí había valido la pena después de todo.

—¿Qué es lo que sigue ahora? —quiso saber plenamente consciente de que la vida que había llevado en Lexington durante casi cuatro años cambiaría radicalmente.

—Por lo pronto debemos partir hacia Quantico de inmediato para realizar los trámites de tu reincorporación. Después nos iremos a Wichita; la policía local espera nuestra llegada.

—¿Les has hablado de mí? ¿Tan seguro estabas de que diría que sí?

—No les he dicho nada en concreto, solo que llegaría con una de las mejores perfiladoras del país, no les mentí y sí, estaba seguro de que lograría convencerte —confesó abiertamente—. El comisario sabe de tu posible llegada —añadió omitiendo el hecho de que el hombre lo había recibido con cara de pocos amigos cuando se había presentado en su oficina.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos en Wichita?

—Lo que duren las investigaciones, pero tú no te preocupes, me encargaré de rentar una casa bonita para ti...

—*Apollo* viene conmigo —aclaró ella antes de que él siguiera hablando.

—Por supuesto, no hay ningún inconveniente. Me aseguraré de que la casa

tenga un hermoso jardín en donde tu perro pueda retozar.

Erin sonrió por primera vez desde que había levantado el auricular del teléfono. Era evidente que Jon Kellerman haría lo que fuera para colmar todas sus expectativas, incluso estaba segura de que sería capaz de venderle su alma al diablo con tal de sacarla de aquella casa y llevársela a trabajar con él.

—Muy bien —dijo ella por fin—. ¿Cuándo nos vamos?

—Deja que arregle todo primero, así cuando lleguemos a Wichita ya puedes instalarte directamente en tu nueva casa. Me encargaré hoy mismo y partiremos hacia Quantico mañana temprano. ¿Te parece bien a las siete?

—Me parece bien, yo avisaré en el pueblo que me iré por una temporada —manifestó—. Se extrañarán por mi partida seguramente.

—¿Has entablado alguna amistad aquí?

Erin no supo qué responderle, en los años que llevaba en el lugar no había interactuado con muchas personas y ese círculo de gente solo se limitaba a Jerry que le traía las provisiones; el doctor Linnear, que la había atendido cuando había enfermado de gripe; el veterinario que se encargaba de *Apollo*; Jimmy o Timmy, el repartidor de diarios; y la señora Greta, la empleada del correo que siempre la atendía con una sonrisa.

Ninguna relación cercana y nadie a quién extrañar.

Dejó escapar un suspiro.

Lo sucedido cuatro años atrás no solo le había robado una parte importante de su vida, también había acabado con sus ganas de socializar.

Estaba mejor sola, y volver a rodearse de gente que hablaba su mismo idioma la inquietaba.

Aún estaba a tiempo de arrepentirse, pero sabía que Jon no se lo permitiría.

Dio por terminada la conversación y descubrió que *Apollo* también había entrado a la casa.

A ambos les esperaba una nueva vida, y la idea de aquel cambio no hizo más que acrecentar su miedo.

El pasado no había quedado atrás, pero sabía que la única manera de borrarlo definitivamente era tratar de exorcizar los fantasmas que plagaban su mente; al principio había maldecido la repentina aparición de Jon Kellerman, pero, en el fondo de su alma, agradecía que la hubiera buscado.

* * *

Connor Fletcher alzó la mirada cuando la campanilla que colgaba de la puerta de su bar tintineó con violencia. Se colgó el paño con el que acababa de repasar la barra y le sonrió a su amigo.

—¡Tyler, veo que no estás de muy buen humor esta noche! —comentó poniendo una botella de cerveza y un vaso prácticamente delante de las narices del comisario.

Tyler se sentó en la banqueta y lanzó un bufido, no tenía ánimos de soportar las bromas de su amigo, pero lo que sí necesitaba era un buen trago y las cervezas que se

servían en el Blue Shadow valían siempre la pena.

Como el comisario no pronunció palabra, Connor se acercó a él después de atender a un cliente.

—¿Qué sucede? —preguntó llenando su vaso.

Tyler se arremangó la camisa y colocó ambos brazos sobre la barra, el frío del mármol le brindó un poco de alivio.

—Problemas, amigo, solo problemas. —Alzó el vaso y brindó con él.

—Es el caso de las jovencitas asesinadas, ¿verdad?

Tyler asintió.

—Sé que no puedes comentar con nadie los detalles del caso, pero cuentas conmigo para lo que sea, he venido aguantándote desde hace más de quince años y creo que tengo ese *privilegio* —aseveró enfatizando la última palabra.

Tyler suspiró hondo, necesitaba desahogarse y, más que una cerveza, esa noche necesitaba del consejo y la oreja de un buen amigo.

—Es que el caso se me está yendo de las manos, Connor —confesó—. No hay pistas, mucho menos un sospechoso y temo que el asesino vuelva a atacar.

Connor frunció el ceño.

—¿Lo crees realmente? ¿Que vuelva a matar?

Tyler asintió con la cabeza.

—Pero no es eso solamente lo que te preocupa, ¿estoy en lo cierto?

Tyler se asombró por lo bien que lo conocía Connor; podía adivinar siempre cuando algo andaba mal con él.

—El FBI ha decidido intervenir, mañana llegan un par de agentes para sumarse a la investigación.

—Y, conociéndote, puedo asegurar que no te agrada que nadie venga a meter las narices en tus asuntos —señaló Connor mientras se sentaba frente a su amigo ahora que el bar se estaba vaciando lentamente y había poco por hacer.

—No me gusta, pero no veo otra salida, la investigación no avanza y ellos han decidido mandar a agentes expertos para tratar de dar con el culpable —bebió de un sorbo el último resto de la cerveza y le dio el vaso a Connor para que se lo volviera a llenar—. Según me dijo, el agente Kellerman traerá a una psicóloga forense con él mañana, cree que su intervención será primordial. Yo, en cambio, creo que será solo otro más de los tantos charlatanes que tienen los federales y que cree poder resolver los casos a base de presunciones científicas y teorías poco prácticas.

Connor soltó una carcajada.

—La ciencia avanza día a día, amigo, y he oído decir que ahora existen muchos métodos nuevos para atrapar criminales.

—Tal vez tengas razón, pero yo prefiero seguir con los que he usado durante los más de diez años que llevo como policía, no me han fallado... hasta ahora. —Clavó sus ojos grises en el vaso de cerveza ya casi vacío.

—Una ayuda extra nunca viene mal, lo importante aquí es resolver los crímenes.

«Y descartar posibles sospechosos», pensó Tyler saboreando el último sorbo de

cerveza.

Tyler sabía que su amigo estaba en lo cierto, solo esperaba que la intervención del FBI no le trajera problemas, estaba acostumbrado a trabajar con poca gente y de su entera confianza. Ese grupo se reducía a su ayudante, el oficial Tom Gibbons; al jefe de la unidad forense, el patólogo Jed Oleson, y al fiscal de distrito, Charles Rubenstein. No había necesitado a nadie más hasta que se topó con el caso de las dos adolescentes asesinadas.

Dejó el vaso sobre la barra y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Olivia no trabaja hoy? —preguntó tratando de cambiar de tema.

—No se sentía bien y le di la noche libre —respondió Connor con cierto nerviosismo. No era secreto para nadie que besaba el suelo por donde pisaba Olivia Montgomery, pero al parecer a la joven camarera poco le importaba lo que él sentía por ella, ya que en el tiempo que llevaba trabajando para él, jamás había respondido a ninguno de sus intentos de acercamiento.

—Sigue sin hacerte caso, por lo que veo —dijo Tyler estudiando la expresión de desazón en el rostro de su amigo.

—He intentado acercarme a ella de mil maneras, pero siempre me topo con un muro de frialdad. —Se levantó de su asiento y agarró el vaso vacío de Tyler—. Tal vez no soy su tipo, o actúo impulsivamente.

Tyler le sonrió.

—Creo que en el fondo le gustas, si no, ya habría renunciado a su trabajo, ambos sabemos que no lo hace por dinero, sino para alejarse del yugo de su madre.

Connor estuvo de acuerdo con él. Si Olivia había aceptado el puesto de camarera en su bar era para llevarle la contraria a Pearl Montgomery. La mujer, cuyo carácter agrio había empeorado tras el divorcio con su esposo, podía resultar realmente insoportable.

—Creo que deberías pensarlo bien antes de formalizar con Olivia... ¿no querría una suegra como Pearl Montgomery por nada del mundo! —bromeó Tyler.

El comentario, lejos de divertirlo, molestó a Connor. Sin dudas, Pearl Montgomery no era una mujer fácil de tratar, pero estaba dispuesto a hacer el intento si conseguía que Olivia le hiciera caso.

—Al menos yo puedo pensar en una posible suegra, en cambio tú... —Connor sabía que aquel tema no era de los favoritos de su amigo, pero quería hacerle pagar por su anterior comentario.

Tyler se puso de pie y sacó su billetera del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros.

—Siempre que menciono el tema, terminas huyendo. —Connor reprimió la risa mientras le hacía señas de que la cerveza iba por cuenta de la casa.

—Gracias —respondió Tyler haciendo caso omiso a sus palabras. Giró sobre sus talones y dijo—: Nos vemos, Connor.

—Adiós, amigo.

Tyler salió del Blue Shadow y se detuvo en medio de la acera. Respiró profundamente una bocanada de aire y se llevó los dedos pulgares a los bolsillos de

los pantalones. Eran casi las once de la noche, y sin embargo, el calor seguía tan agobiante como al mediodía.

Se subió a la camioneta y encendió la radio. Sonrió cuando los acordes de una guitarra inundaron el interior del vehículo y la pastosa voz de George Strait entonó las primeras estrofas de *Te ves tan bien enamorada*.

* * *

Esa mañana, Erin observó el reloj tantas veces que ya había perdido la cuenta. *Apollo*, que siempre presentía su estado de ánimo, sea cual fuera, la acompañaba mientras bebía una taza de café; la última que bebería en aquel lugar que había sido su refugio por casi cuatro años.

Había preparado una sola maleta, llevaría únicamente lo indispensable. Ropa, documentos, un par de libros y su computadora portátil; si debía quedarse más tiempo de lo previsto en Wichita, ya se las arreglaría. Había hablado con Greta, y la mujer le había prometido que se encargaría de echarle un vistazo a la casa de vez en cuando hasta que ella regresara. Había aprovechado la conversación para pedirle que informara a los demás de su partida, era bien sabida la habilidad de la empleada de correos de esparcir las noticias por el pueblo y le tomaría solo unas pocas horas divulgar la novedad por toda la zona.

Lavó la taza y la colgó en su sitio. La cocina estaba impecablemente limpia, hasta el cuenco de comida de *Apollo* relucía desde su rincón. Revisó la nevera, ya se había encargado de deshacerse de los productos que caducarían pronto y había quedado casi vacía. Salió hacia la sala, seguida por su perro, y observó a su alrededor, para cerciorarse de que todo quedaba en orden. Ya había cortado la llave de la luz, había hecho lo mismo con el gas y la calefacción.

Aún no se había marchado y ya extrañaba la casa. Se dirigió hacia el gran ventanal que permitía la entrada de luz y se dejó caer en el sillón donde tantas veces había pasado las horas escribiendo hasta perder por completo la noción del tiempo. Extrañaría también eso, porque estaba segura de que en un lugar como Wichita no encontraría ni el tiempo, ni la tranquilidad para ponerse a escribir.

Se cruzó de brazos con la mirada perdida en el firmamento que se perfilaba a través del ventanal.

No iba a ser fácil, pero debía intentarlo. No iba a darle un rumbo nuevo a su vida, ya que no pretendía regresar al FBI de manera definitiva, y eso era algo que Jon debía entender.

Seguiría su consejo y trataría de volver a hacer lo suyo, al menos en esta única ocasión, después regresaría a Lexington y continuaría con aquel estilo de vida que le gustaba y con el cual se sentía más cómoda. Abandonar la seguridad de aquellas paredes para cazar a un asesino no había entrado en sus planes durante mucho tiempo, a pesar de que era algo que le había apasionado hacer en el pasado.

Pero el destino se había encargado de demostrarle que hasta el profesional más experto es capaz de cometer el más terrible de los errores.

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos de su mente, le sonrió a *Apollo* y el perro respondió saltando inquieto. De repente se quedó inmóvil con ambas orejas en señal de alerta y supo que Jon había venido por ella al fin.

Fue hasta el ventanal y, tras echar un último vistazo, cerró las cortinas y la sala quedó sumida en la penumbra. Oyó el sonido de la camioneta que se acercaba por el sendero y comprendió que había llegado el momento de despedirse.

No iba a llorar, sin embargo el nudo que tenía en la garganta provocó que respirara profundamente antes de salir al porche con la maleta en su mano y con el corazón lleno de miedo e inseguridades. *Apollo* la acompañaba a un lado y ni siquiera se había inmutado ante la llegada de Jon; prefirió quedarse junto a Erin, adivinando una vez más su estado de ánimo.

Jon se acercó y le quitó la maleta de la mano.

—¿Estás lista?

Erin lo miró, quería mostrarse serena, pero no pudo. Le temblaban los labios. En ese preciso momento necesitaba un abrazo y, sin mediar palabra alguna, su amigo y ahora jefe nuevamente, la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Todo va a estar bien, Erin, tranquila. —Se separó y le dio un beso en la frente.

—Es muy difícil, Jon.

—Lo sé, pero también sé que va a ser lo único que te va a ayudar a superar de una buena vez lo sucedido —le sonrió—. Jamás haría nada que te incomodara o te lastimase, ¿lo sabes, no?

Erin asintió con la cabeza. Siempre lo había sabido, en los años que hacía que conocía a Jon Kellerman, que eran casi diez, nunca la había abandonado y, cuando lo había hecho, había sido porque ella había decidido apartarlo de su vida al alejarse para siempre del FBI.

Lo había necesitado y mucho, sobre todo los primeros meses, cuando se despertaba por las noches con la sofocante sensación de que lo ocurrido aquel fatídico día de agosto la perseguiría para siempre. En muchas ocasiones había incluso marcado su número de teléfono, pero a último momento se arrepentía y no lo llamaba.

Y ahora, cuatro años después, Jon regresaba para llevarla de regreso al mundo del cual había huido. Era lógico que tuviera miedo.

—¿Nos vamos?

La tranquila voz de Jon la sacó de sus pensamientos. Dio media vuelta, cerró la puerta con llave y escondió un juego dentro de una pequeña maceta llena de petunias para que la señora Greta lo encontrara cuando viniese a abrir la casa durante su ausencia.

—¿*Apollo* no tiene jaula? —preguntó Jon de repente mirando al peludo y negro animal que no se despegaba de su dueña.

Erin sonrió al ver la expresión en el rostro de su amigo.

—No, no es necesario, él va conmigo. —Señaló hacia una especie de granero que tenía las puertas cerradas—. Tengo un auto, no es último modelo ni mucho menos, pero a *Apollo* le encanta viajar en él. Te aseguro que no te causará ningún

problema. ¿Verdad, cariño? —Miró al perro y él solo movió el rabo.

A Jon la respuesta de Erin no lo convenció demasiado, pero tenía que aceptar que el perro venía incluido en el paquete y no podía protestar. Hacerlo seguramente le habría traído problemas con su dueña.

Jon colocó la maleta de Erin en el asiento trasero y abrió la puerta del lado del acompañante. Antes de que Erin pusiera un pie dentro, *Apollo* ya había ocupado su lugar, en el espacio ubicado entre los dos asientos delanteros.

—No te preocupes, es un perro muy educado —le dijo Erin al entrar en la camioneta.

Jon sacó las gafas del bolsillo de su camisa, que a esas horas ya estaba marcada por el sudor, y se las colocó. Se subió a la camioneta y comprobó que Erin tenía razón con respecto al perro, estaba cómodamente ubicado en su sitio y parecía que no molestaría durante las tres horas que duraría el viaje a la ciudad.

—¿Quieres que te comente algo sobre el caso?

Erin no pensó involucrarse tan pronto, pero era plenamente consciente de que el momento llegaría tarde o temprano.

—Sí. —Su respuesta fue apenas un susurro.

—Hace un mes se encontró el cuerpo de la primera víctima; Priscilla Caller a orillas del río Arkansas. Fue salvajemente golpeada.

—¿Hubo ataque sexual?

Jon negó con la cabeza.

—La autopsia reveló que no, pero fue un ataque feroz, ya que la golpiza le desfiguró el rostro —respondió Jon tomando la estatal 81 que, a aquellas horas tempranas, estaba casi desierta—. Ayer por la mañana, la segunda víctima fue hallada a tan solo unos metros de distancia de donde apareció el cuerpo de Priscilla; se llamaba Katie Lorenz y también fue golpeada hasta morir.

Erin juntó ambas manos sobre el regazo, había leído acerca del caso en Internet, pero la manera en que Jon se lo estaba costando le causaba una gran impresión y fue entonces que dudó realmente de si estaba preparada para volver.

—Jon... —Lo miró y en sus ojos azules no solo había temor, sino una gran angustia.

Él esbozó una sonrisa para tranquilizarla, aminoró la marcha y apretó sus manos.

—¿Qué sucede?

—No... no creo estar lista...

—Lo estarás. Cuando vuelvas a hacer lo que hacías, será como si nunca te hubieras alejado. Eres una mujer fuerte, Erin, aunque no quieras verlo.

Erin se preguntó cómo podía estar él tan seguro de su fortaleza cuando ella solo sentía la enorme presión de no estar a la altura. Ya no era la misma, y cuatro años habían pasado desde que había trabajado en su último caso.

—Tengo miedo de fallarte...

Él la interrumpió.

—Ni siquiera lo digas, no vas a fallarme, porque te conozco, creo que cuatro

años fueron suficientes. Ya es hora de que la Erin Campbell que dejaba a todos boquiabiertos cada vez que acertaba con un perfil vuelva al ruedo. Hay muchos elementos buenos en Quantico, pero tú eres una de las mejores en tu campo y no lo digo solamente porque soy tu jefe y amigo.

La intención de Jon con aquellas palabras era darle ánimos y por un momento lo logró, y Erin entonces se permitió pensar, por primera vez en mucho tiempo, que quizá aún existía para ella la oportunidad de recomponer los errores cometidos años atrás.

Se recostó en su asiento y acariciando la cabeza de *Apollo* cerró los ojos. Faltaba mucho para llegar aún, pero necesitaba de un gran valor para enfrentarse a los fantasmas del pasado.

* * *

Mimie entró al supermercado a las nueve de la mañana acompañada por Rick. El muchacho se alejó bajo la atenta mirada de su nana para buscar uno de los carritos en donde cargar la compra. Le gustaba aquella rutina que llevaban a cabo dos mañanas a la semana y cuando no podían porque llovía o algún otro contratempo se los impedía, Rick se ponía de mal humor.

Se dirigieron hacia la sección de lácteos. Rick conducía el carrito y Mimie iba leyendo la lista en donde había apuntado lo que necesitaban y algún extra, como la caja de cereales de chocolate preferida de Rick y la loción de afeitar importada de Francia que Tyler usaba a diario.

De repente, Rick se detuvo y, cuando Mimie apartó la vista del papel, se dio cuenta del motivo de su actitud.

A unos pocos metros de donde estaban ellos, Brittany Hall conversaba con una de las empleadas del supermercado sobre un producto que ya había caducado.

Mimie tocó el brazo de Rick. Lo notó tenso y supo que lo mejor sería marcharse del lugar de inmediato.

Rick era un muchacho tranquilo, pero ciertas situaciones lo ponían inquieto y muy nervioso. Alguna vez incluso había reaccionado violentamente, y era eso precisamente lo que Mimie quería evitar. Ya era suficiente con que todos en la ciudad hablaran mal de él y cuchichearan sin siquiera disimularlo cada vez que Rick era visto en la calle.

—Vamos, cariño, podemos regresar más tarde —intentó hacerlo retroceder, pero Rick se había puesto rígido y apenas pudo moverlo.

—Falta mi caja de cereales de chocolate —insistió él mientras se dirigía hacia donde se encontraba lo que estaba buscando.

Mimie lo asió del brazo con más fuerza, logró que se detuviera, pero su gesto provocó que Rick alzara la voz y llamara la atención de todos en el lugar.

También la de Brittany Hall.

—¡No me iré sin mi caja de cereales, Mimie!

La gente miró de inmediato al muchacho y a la mujer con displicencia y pronto

comenzaron a hablar por lo bajo. Mimie no pudo soportar más.

—Rick, cariño, por favor, vamos.

Pero Rick no pensaba dar su brazo a torcer tan fácilmente.

Brittany Hall ya no conversaba con la empleada, sus enormes ojos azules seguían los movimientos de Rick Evans. Apretó los puños con fuerza y se mordió los labios.

Ahora la atención de los presentes no solo estaba dirigida al muchacho que insistía en conseguir su cereal favorito; muchos ojos se posaron en la figura de Brittany también.

Parecía que en cualquier momento estallaría una bomba en el lugar. Un encuentro entre Rick Evans y Brittany Hall no podía augurar nada bueno, no después de lo sucedido cinco años atrás.

Y todos en Wichita habían sido testigos de la tragedia que había sacudido a la jovencita de quince años una noche en la que había decidido salir a divertirse.

Una noche que marcó su vida para siempre.

Mimie no estaba dispuesta a permitir que aquello pasara a mayores.

—Nos vamos a casa Rick —lo empujó hacia la salida—. ¡Ahora!

El joven ladeó la cabeza, y sus enormes ojos castaños se posaron en Brittany, que lo miraba con odio.

Estuvo a punto de decirle algo, pero le temblaba la boca; había regresado a Wichita dos meses atrás y era la primera vez que se encontraba con ella, pero Mimie lo estaba sacando a empellones del lugar. Nunca había querido hacerle daño, pero esa noche en la que el destino los había puesto frente a frente, él no había sido plenamente consciente de sus actos. Toda su vida dependiendo de medicamentos y de los cuidados de los demás había minado su carácter, su confianza en las personas, y lo habían convertido en un muchacho retraído, solitario, pero explosivo cuando era provocado.

Alzó una mano con la intención de acercarse a ella, pero Brittany retrocedió y, al hacerlo, chocó con un montón de latas que fueron a parar al suelo.

—Brittany... —alcanzó a susurrar Rick antes de que Mimie lograra finalmente sacarlo de allí.

Las personas que se habían arremolinado para presenciar la escena poco a poco se fueron dispersando; solo Brittany Hall quedó en aquel rincón del supermercado, temblando frenéticamente y maldiciendo el nombre de Rick Evans una y otra vez.

* * *

Los ruidosos jadeos de *Apollo* despertaron a Erin de su sopor. Abrió los ojos y vio que Jon conducía completamente concentrado en el camino. Acarició la cabeza del perro y se incorporó en el asiento. Al hacerlo, un nudo se formó en su estómago, reconoció aquel tramo de la carretera y sabía que unas pocas millas más adelante, se encontraba aquella salida.

No estaba segura sobre lo que estaba a punto de hacer, pero en las últimas

cuarenta y ocho horas su vida se había llenado de incertidumbres.

—Jon... ¿podrías desviarte del camino más adelante?

Él apartó por un segundo la vista de la carretera y la miró sorprendido.

—¿Quieres pasar por allí? ¿Estás segura?

Ella asintió con un tímido movimiento de cabeza.

Media hora después, y sin que Erin se lo mencionara, Jon tomó el camino que conducía al cementerio de la ciudad. Volvería a aquel lugar después de cuatro años y, de alguna manera, sintió que necesitaba hacerlo, como si fuera una parte importante del proceso que había comenzado en el preciso momento en el que Jon Kellerman había reaparecido en su vida.

La camioneta se detuvo frente a la enorme fachada pintada de blanco. Los portones de hierro permanecían abiertos y, tras acomodarse la falda y la camisa arrugadas, se dispuso a bajar. Tuvo que ordenarle primero a *Apollo* que se quedara en su sitio.

—Jon te cuidará, cariño.

Jon apagó el motor y se secó el sudor de la frente.

—¿No prefieres que te acompañe?

Ella le sonrió.

—No, estaré bien, es algo que necesito hacer sola —le respondió antes de alejarse de la camioneta bajo la atenta mirada de *Apollo* que la espía a través de la ventanilla.

—Tú te quedas aquí, bestia peluda —ordenó Jon agarrando al perro para impedir que fuera tras su dueña.

Erin entró a la gran necrópolis y el repiqueteo de sus zapatos sobre el concreto fue el único sonido que perturbó la paz del lugar.

Recordaba exactamente dónde estaba su tumba; había llorado sobre ella y se había hecho una y otra vez la misma pregunta.

¿Por qué?

Caminó hasta el fondo del sendero y dobló hacia la derecha. Uno de los empleados del cementerio dejó lo que estaba haciendo y la vio pasar; cuando la perdió de vista, continuó con su tarea.

No había nadie más allí, y Erin se sintió tremendamente sola. Quizá debería haber aceptado la compañía de Jon, pero era algo que debía hacer en soledad.

Avanzó unos pocos metros más y se detuvo junto a un enorme ciprés, y antes de girarse hacia su tumba tuvo que respirar profundamente.

Lo primero que notó fue que la losa que había sido colocada cuatro años atrás había sido reemplazada por una elegante y lustrosa placa de mármol negro.

Dos jarrones contenían una importante cantidad de flores y rodeaban el retrato enmarcado en bronce. Cuando sus ojos azules se posaron en la fotografía, sintió un agudo pinchazo en el pecho.

Allí estaba, todo lo que había quedado de él. Una imagen en blanco y negro en la que resaltaba su luminosa sonrisa. Erin se acercó y se arrodilló, se lamentó de no haber llevado aunque fuera una flor para dejarle, pero todo había sido muy

repentino. Dos días atrás jamás habría pensado que abandonaría la paz que había encontrado en Lexington para regresar al FBI, mucho menos podía imaginar que volvería a estar frente a la tumba del hombre al que una vez había amado.

Acarició el frío mármol, pero su mano nunca tocó el retrato. No podía hacerlo, era más fuerte que ella. Demasiada culpa, demasiado dolor como para borrar todo lo sucedido.

No quería llorar, porque hacerlo sería demostrar una vez más que era débil; lo había sido sin dudas, cuando una equivocación desgració su vida.

Miró por última vez su foto, imágenes de su pasado se agolparon en su mente, imágenes que habían estado escondidas en algún rincón de sus recuerdos.

El día que se habían conocido, la noche en la cual él le había confesado que ella era la mujer de su vida. Las escapadas a la Bahía de Chesapeake en donde solían permanecer durante todo un fin de semana; los paseos y las horas que pasaban amándose. Momentos felices que habían sido opacados en su mente por el terrible instante en que todo se volvió oscuro y tenebroso.

No pudo evitarlo, y de sus ojos cayó una lágrima, se la secó de un manotazo, pero la angustia acumulada en su pecho era tanta que no hizo nada para detener el llanto.

Jamás sabría por qué, él se había ido y se había llevado consigo la respuesta que había estado buscando durante cuatro largos años.

Se puso de pie y se tambaleó un poco porque le temblaban las piernas. Miró a su alrededor, solo la rodeaba un agobiante silencio.

Era hora de irse, ya no tenía nada que hacer allí.

Se mordió los labios y cerró los ojos por unos segundos; los abrió, contempló la imagen por última vez y lentamente comenzó a desandar el camino hacia la camioneta donde la esperaba, seguramente, un Jon bastante preocupado.



Capítulo 3

El plato que estaba secando cayó al suelo y se hizo trizas.

Brittany no se asustó por el estruendo, porque ni siquiera se había dado cuenta de que lo había dejado caer.

El nefasto encuentro de esa mañana en el supermercado había calado hondo en ella. Sabía que Rick Evans había salido de su reclusión y que había regresado a Wichita para vivir con su hermano y la mujer que los cuidaba. Era solo cuestión de tiempo, algún día se habría topado con él de todas formas.

Creyó que, cuando ese momento llegase, estaría preparada, pero se había equivocado. Lo que Rick Evans le había hecho cinco años atrás seguía demasiado fresco en su memoria. Las cicatrices de su cuerpo no se comparaban con las profundas secuelas que existían en su alma.

La agresión había cambiado su vida trágicamente; podían pasar siglos, pero ella nunca olvidaría la noche en la que el destino quiso atravesar en su camino a Rick Evans.

Se agachó y recogió los pedazos de porcelana del suelo. Al hacerlo, se cortó, y un hilo de sangre brotó de su mano herida. Se quedó mirando la sangre detenidamente; de repente el pasado pareció agolparse en su mente con la violencia de una bestia salvaje. Se arrodilló en el suelo de linóleo; no notó que algunos pedazos del plato roto también se estaban incrustando en sus rodillas desnudas.

Cerró el puño y apretó con fuerza.

No sintió dolor a pesar de que la sangre ahora manaba con más intensidad. Estaba llorando y tampoco pareció darse cuenta. Su cuerpo se balanceaba hacia delante y hacia atrás haciendo que las pequeñas piezas de porcelana se hundieran en sus rodillas más profundamente.

Anthony Hall entró a la cocina, y al ver a su hija en aquel estado, corrió hacia ella.

—¡Brittany! ¿Qué has hecho, cariño?

La levantó del suelo y la sentó en una silla. Quitó los pedacitos de porcelana incrustados en la carne de sus manos y piernas y buscó un paño, al que mojó con agua fría para, lentamente, limpiar cada una de sus heridas. Tomó el rostro empalidecido de su hija; Brittany lo estaba mirando, pero parecía no verlo. La sacudió un poco de los hombros para hacerla reaccionar. Le asustaba aquel estado de trance en el que se había sumido; hacía mucho que no la veía de aquella manera, tan perturbada.

—¿Qué pasó, Brittany? —Se sentó a su lado y sostuvo su mano sana con fuerza.

Entonces ella finalmente pareció retornar a la realidad; lo miró a los ojos y el

hombre descubrió que estaba llorando.

—Hoy vi a Rick, papá.

Anthony soltó un suspiro profundo. El regreso de Rick Evans a la ciudad no le había hecho bien a nadie, mucho menos a su querida hija.

—Brittany, él ya no puede lastimarte. —Acarició el cabello de su hija, tan rubio como el de su difunta esposa.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza y se echó a sus brazos.

Anthony la meció hacia un lado y hacia el otro, igual que solía hacerlo cuando era tan solo una niña y necesitaba de sus mimos. La estrechó con fuerza y la arrulló mientras le cantaba al oído una canción. Ella era lo único que le quedaba, no iba a permitir que aquella pesadilla volviera a atormentarla una vez más.

* * *

—Lamento que tenga que desviarse de su camino para llevarme hasta la casa, comisario, pero mi auto volvió a darme fastidio esta mañana; según Chester no es nada serio, pero quiero estar seguro, no puedo llevar a mi Cindy en esa carcacha al hospital cuando llegue la hora: puede dejarnos a mitad de camino.

Tyler miró de soslayo a Tom Gibbons, el joven que desde hacía casi ocho años era su ayudante, y sonrió.

—No te preocupes, Tom, además quiero saludar a Cindy. Hace mucho que no la veo —respondió mientras entraba con su camioneta en la propiedad de los Gibbons.

Tom y su esposa vivían en las afueras de Eastborough, en una casita pintada de blanco, engalanada con un coqueto jardín en la parte delantera.

Estacionó frente a la propiedad y ambos se bajaron. Tyler se quitó las gafas de sol cuando Cindy apareció acariciando su enorme barriga de casi nueve meses.

—¡Comisario, que grata sorpresa!

—Buenos días, Cindy.

Tyler observó cómo de inmediato Tom corría al lado de su esposa y le daba un beso tierno en los labios; ella lo miró con amor y por un segundo parecieron olvidarse de su presencia. Tuvo que carraspear para que la notaran.

—¿Le gustaría pasar y beber una limonada fresca? —ofreció Cindy acomodándose un mechón de su rojiza melena detrás de la oreja.

—Me encantaría.

Entraron a la casa y Tom obligó a sentarse a su esposa en el sofá; él mismo se encargaría de servir la limonada.

—Tommy me cuida demasiado —comentó inclinándose hacia atrás para apoyar su adolorida espalda en el sillón.

Tyler se ubicó frente a ella y se cruzó de piernas.

—Es normal, siempre es así con los primogénitos.

Cindy asintió.

—Creo que tiene más miedo que yo, solo que no quiere demostrarlo —le

susurró justo antes de que Tom regresara cargando una bandeja con bebidas.

Tyler podía jurarlo. Conocía bien a Tom, y adoraba a su esposa, pero la llegada de su primer vástago lo tenía preocupado, a pesar de las charlas que les había ofrecido el obstetra o los cursos que ambos habían tomado apenas supieron que iban a convertirse en padres; la felicidad del alumbramiento de su bebé estaba un poco opacada por la angustia y el temor de que algo saliera mal. No lo culpaba, él en su lugar estaría igual de inquieto.

Contempló cómo Tom se sentaba al lado de su esposa tras servirle su limonada y sostenía su mano. Tyler no pudo evitar sentir un poco de envidia por lo que ellos estaban viviendo. Se amaban y el fruto de ese amor llegaría en unos pocos días. Se prodigaban miradas cómplices cargadas de ternura y pasión, y Tyler se encontró preguntándose cómo sería tener algo como aquello. Una mujer a quien amar y que lo amase con la misma intensidad, con la misma devoción.

Había habido varias mujeres en su vida, pero ninguna tan importante como para dar ese primer gran paso y a sus casi treinta y ocho años de edad, tenía que confesar que no le disgustaría tener a alguien a su lado. No era un soltero empedernido a pesar de que muchos lo creyeran, aunque era cierto que había defendido su soltería por temor a perder su libertad. Sin embargo, los años pasaban y él seguía solo, teniendo romances esporádicos que nunca llegaban a nada serio. Siempre le molestaba cuando Mimie le decía una y otra vez que era hora de sentar cabeza y de encontrar una buena mujer que pusiera un poco de orden en su vida, pero ahora, con la dulce imagen de Tom y su esposa Cindy mirándose el uno al otro completamente enamorados, los sermones de Mimie no le parecían tan descabellados.

Una mujer que conquistara su corazón y, sobre todo, que lo volviera loco.
Eso era lo que necesitaba.

* * *

Jon suspiró aliviado cuando divisó la silueta de Erin abandonar el cementerio. Notó que caminaba con parsimonia, sin prisas y, cuando entró a la camioneta, supo que había llorado.

—¿Estás bien? —Le entregó su pañuelo.

Erin lo aceptó.

—Sí... creo que sí.

Secó su llanto y se lo devolvió.

Apollo reclamó entonces su atención y Erin jugó un rato con él mientras Jon volvía a encender el motor para continuar con el viaje.

Agradeció en silencio que Jon no le preguntase nada más: esa era una de las virtudes que admiraba de él y que había echado en falta el tiempo que lo había tenido lejos, Jon era de la clase de amigos que sabía cuándo callar y cuándo hablar.

Aún faltaban casi cincuenta y nueve millas para llegar a su destino; lo que significaba al menos una hora más de viaje. Erin pidió a Jon detenerse en una

gasolinera para que *Apollo* bebiera un poco de agua e hiciera sus necesidades, por lo que se retrasaron un poco más.

A las once de la mañana, agobiados por el calor, llegaron por fin a destino y les llevó solo unos cuantos minutos más adentrarse en Prince William. El corazón de Erin dio un vuelco cuando Jon tomó la calle que llevaba al emblemático edificio donde se erigía la sede de Quantico.

Cuando se dio cuenta, la camioneta se detuvo y volvió a hacerse el silencio.

—Llegamos —anunció Jon mientras sacaba unos cuantos documentos de la guantera. Uno de ellos se le cayó e inmediatamente los ojos de Erin se toparon con su antigua identificación.

Se inclinó para recogerla y se quedó mirándola durante un momento.

—La conservé todo este tiempo porque sabía que algún día la necesitarías —dijo Jon percibiendo la emoción en el rostro de Erin—. Antes de que partieras a Lexington la puse aquí.

Ella alzó la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Confías en mí más que yo misma.

—¿Qué esperas? —le hizo señas de que se la colocara—. No puedes entrar si no la llevas.

Erin dudó un instante. Ahora sí era oficial. Regresaba al FBI cuando había creído que ya nunca más lo haría. Observó nuevamente su propia imagen en la fotografía y, a pesar de que solo había cortado su cabello, se vio distinta, como si en vez de haber trascurrido cuatro años hubiera pasado toda una vida. Y, tras un hondo suspiro, se colgó en el bolsillo de su camisa la identificación que la acreditaba como agente especial del FBI.

—¿Lista para regresar?

Erin no respondió. No podía, un nudo en la garganta le impedía pronunciar palabra. Miró a *Apollo* y tocó su hocico húmedo.

—¿Tardaremos?

—No, tenemos que registrar tu incorporación, deberás firmar unos cuantos papeles y nos asignarán oficialmente el caso de los asesinatos de Wichita —informó Jon acomodando los documentos para que no se le cayeran de las manos—. Además veremos al agente de la Unidad de Crímenes Violentos que trabajará con nosotros. Me olvidé de decirte; reservé tres vuelos para esta misma tarde, pero si quieres pasar a visitar a tus padres tenemos tiempo.

Erin no podía marcharse sin ver a sus padres, jamás la perdonarían si lo hiciera.

—Los llamaré y les avisaré que estoy aquí, me gustaría almorzar con ellos. Estás invitado si quieres, sabes que mis padres te aprecian mucho.

Jon le sonrió complacido.

—Me encantará saludarlos.

Se bajaron de la camioneta y *Apollo* se movió inquieto en el interior. Erin se cercioró de que las ventanillas estuvieran un poco abiertas, lo suficiente como para que entrara el aire y para evitar que el perro pudiera escaparse. Avanzó hacia el imponente complejo de edificios de Quantico con Jon a su lado. Una mezcla de

sensaciones se arremolinaba dentro de su pecho mientras atravesaba el sendero que conducía al área administrativa; miró hacia un lado y divisó la fachada de ladrillos de los dormitorios. Allí, en donde había pasado los meses más intensos y difíciles de su instrucción como agente del FBI. Unos cuantos jóvenes que vestían el uniforme que la academia les brindaba a sus alumnos durante el curso, se cruzaron en su camino y la añoranza la golpeó con fuerza.

Nunca se había arrepentido de la decisión que había tomado, convertirse en agente del FBI había sido siempre su sueño y, aunque le costó, se graduó entre los mejores. Pero, ahora, en retrospectiva, al ver a aquellos jóvenes que con suerte y esfuerzo se convertirían también en agentes, se dio cuenta de que la ausencia de cuatro años había calado hondo en su vida. Por un segundo, creyó que el tiempo no había pasado, que estaba llegando con su jefe dispuesta a enfrentarse a una nueva jornada de trabajo, que llegaría a la Unidad de Ciencias de la Conducta, que sus compañeros la recibirían con una sonrisa en los labios y que comenzarían a hacer su tarea. Se preguntó si las donas bañadas de chocolate seguirían siendo el desayuno obligado y si los agentes más novatos serían aún los encargados de conseguirlos. Una tenue sonrisa iluminó su rostro ante aquel pensamiento que podía parecer banal, pero que formaba parte de sus mejores recuerdos en aquel lugar.

Entraron en el edificio y los ojos azules de Erin recorrieron el pasillo y la enorme sala que servía de recepción. Se cruzaron con algunos agentes, que los miraban con curiosidad, sobre todo a ella. Ningún rostro le resultó familiar, pero lo que sí notó fue que la estructura interior del edificio administrativo seguía tal como la recordaba. Su mirada se desvió hacia el mostrador y emitió un suspiro cuando descubrió que la vieja y adorable Frances ya no estaba ocupando el puesto de recepcionista.

—Se jubiló el año pasado —comentó Jon adivinando sus pensamientos—. Ahora vive en Florida con una hermana en un condominio en donde se dedica, y cito textualmente sus palabras: «A gastar sus últimos años de juventud».

Erin volvió a sonreír. Le habría gustado volver a ver a Frances, pero también debía comprender que, tras su prolongada ausencia, era normal que muchas de las personas con las que había trabajado ya no estuvieran allí. Era algo a lo que también acostumbrarse: nuevos rostros, gente desconocida, y un ambiente que seguramente ya no era el de antes.

—Ven. —Jon la asió de la cintura y la condujo por el pasillo hasta una de las oficinas—. Lo primero que haremos será oficializar tu regreso.

Nerviosa y con ansiedad, Erin entró detrás de Jon.

—¡Jon, finalmente!

Erin reconoció la voz de inmediato. Era Drew Westmore; el director de Recursos Humanos que cuatro años atrás había aceptado su dimisión a regañadientes. Salió de detrás de Jon y observó al hombre que se quedó contemplándola con atención.

—Hola, Drew.

El hombre se levantó de la silla, la que casi fue a parar al suelo, rodeó el

escritorio en solo dos zancadas y se acercó a ella.

—¡Erin Campbell, sabía que llegaría el día que te tendría de nuevo frente a mí!
—exclamó asiéndola por los hombros.

Erin tuvo que alzar la cabeza para mirarlo directamente a los ojos. Drew era un hombre de casi metro noventa, de contextura robusta y una eterna expresión bonachona en el rostro apenas cubierto de arrugas; ya estaba cerca de cumplir los cincuenta.

—Es un gusto volver a verte, Drew.

Él la abrazó y, tras soltarla, le dijo:

—Haber firmado ese papel cuatro años atrás fue una de las tareas más difíciles que he tenido que hacer como director de Recursos Humanos; nadie en el FBI estaba dispuesto a perderte, Erin.

—Lo sé, pero tenía que hacerlo —respondió mirando tanto a Drew como a Jon. No tenía la intención de dar explicaciones nuevamente, sobre todo cuando en la academia sabían lo que había sucedido.

Drew regresó a su silla y los invitó a que se sentaran.

—Me puse muy contento cuando Jon me avisó que regresabas. —Sacó unos cuantos papeles de una de las gavetas de su escritorio y se los entregó—. Todo está listo para tu reincorporación, solo debes firmarlos.

Erin tomó los documentos; notó que le temblaban un poco las manos y se obligó a tranquilizarse. No tenía que dar la imagen de una mujer frágil el primer día de su regreso. Cuando había decidido retirarse, lo había hecho a pesar de que los resultados del último y obligado examen psicológico al que la había sometido el FBI habían sido favorables. Aun así, nadie censuró su decisión de abandonarlo todo.

Tragó saliva y le echó una rápida mirada a cada uno de los papeles, los firmó y Drew los mandó a archivar.

Ya estaba hecho. Ya no podía arrepentirse ni echarse a correr.

Dejó escapar un hondo suspiro mientras escuchaba sin prestar atención lo que los hombres hablaban. Sus voces retumbaban en sus oídos, el único pensamiento que cruzaba por su cabeza en ese momento era que ya no era Erin Campbell, la mujer que se había recluso en su casita de Lexington para dedicarse a escribir novelas románticas como Juliet O'Hara; volvía a ser la agente especial Campbell, cuyo número de identificación era XF58-85697.

Notó que Drew sacaba algo más de la gaveta, y el corazón le dio un vuelco al ver la placa de metal que le había pertenecido durante siete años. Erin extendió el brazo y, cuando Drew se la entregó, pareció arder en sus manos. Tragó saliva y observó la mirada comprensiva de Drew Westmore.

—Antes de marcharte debes pasar a recoger tu arma reglamentaria. —Drew sonrió satisfecho—. Bienvenida de nuevo al FBI, Erin.

Y aquellas palabras sonaron para ella como una sentencia; firme e irrefutable.

Salieron de la oficina y abandonaron el edificio. Ahora debían dirigirse a la Unidad de Ciencias de la Conducta; atravesaron el campus en donde se encontraban distribuidos varios espacios; el comedor, la biblioteca, el pequeño edificio en donde

funcionaban los salones, el auditorio, la capilla, el gran gimnasio y la estupenda conglomeración que simulaba ser una pequeña ciudad conocida como Hogan's Alley en donde, según había leído, tenían su sede los cursos de los agentes que luego se desempeñarían en la división antidrogas. Detrás, a unos pocos metros, se encontraba el campo en donde se llevaban a cabo los entrenamientos de aptitud física. Lugares que no veía hace tiempo, pero que reconoció de inmediato.

Al llegar a la Unidad de Ciencias de la Conducta se armó un revuelo, cuando algunos de los agentes allí presentes vieron entrar a Erin.

Ella trató de sonreír, pero por dentro estaba a punto de desmoronarse. Allí sí se encontró con rostros conocidos y le costó respirar cuando comenzaron a acercarse a ella para rodearla y saludarla con afecto.

De sus antiguos compañeros continuaban Sheena Cosgrove, experta en criminología y a quien recordaba como la más coqueta del grupo; Meredith Pilgrim, criminalista y supervisora del laboratorio forense y Caleb Schwarz, analista de investigación criminal, el bohemio y rompecorazones del grupo.

—¡Qué bueno verte! —exclamaron casi al unísono los tres mientras Erin continuaba con la sonrisa forzada instalada en su rostro. Eran los nervios los que le estaban jugando una mala pasada, le daba gusto ver a sus antiguos compañeros nuevamente, pero parecía que la excesiva muestra de cariño solo la incomodaba.

Jon intervino y como siempre dijo las palabras indicadas.

—Chicos, déjela respirar. Erin también está feliz de volver y de reencontrarse con sus compañeros de trabajo. —El jefe de la Unidad asió a Erin de la cintura y la llevó hacia la gran mesa que ocupaba casi todo el recinto.

Apenas se sentó, descubrió que un joven que vestía una impecable camisa blanca con las mangas levantadas la observaba con atención. Se acercó a la mesa y extendió su brazo hacia ella.

—Bienvenida al FBI, Erin, mi nombre es Jesse Widmore.

Erin estrechó su mano y él tardó en soltársela. Aquel gesto la puso más nerviosa de lo que ya estaba. Respiró hondamente, contó hasta diez lentamente mientras repetía mentalmente: «Es solo un nuevo agente, cálmate».

—Soy especialista en Crímenes Violentos y tengo entendido que trabajaré para el equipo en el caso de los asesinatos de Wichita —señaló, dirigiéndose a Jon una vez que soltó la mano de Erin.

—Así es —afirmó Jon mientras husmeaba dentro de la caja de donas si aún quedaba alguna.

Caleb se alejó de la pantalla en donde había estado analizando el perímetro de ataque de un predador sexual al cual estaban investigando, y fingiendo culpabilidad dijo:

—Llegaste tarde, Jon, me comí la última hace apenas unos minutos —anunció pasándose una mano por el estómago.

La escena era cómica, Jon buscando casi con desesperación una última dona y Caleb diciéndole que él se la había comido mientras intentaba contener la risa. Erin se dio cuenta entonces de cuánto había extrañado aquello también.

—Erin, no es justo que tengas que marcharte cuando apenas has vuelto — comentó un tanto decepcionada Sheena sentándose a su lado y tomando su mano.

—Jon me dijo que la policía de Wichita solicitó nuestra colaboración con urgencia —explicó Erin apretando con afecto la mano de la criminóloga.

—¡Y nosotros debemos continuar aquí, haciendo nuestro trabajo desde las sombras! —alegó Meredith con cierto dejo de fastidio en la voz.

—Si pudiera, te cedería mi puesto...

Jon intervino de inmediato.

—Imposible, como criminalista, Meredith es más necesaria aquí, en Quantico. Nada tiene que hacer en Wichita. Necesitamos a Erin: conseguir lo antes posible un perfil del asesino es vital en estos momentos.

Todos asintieron; una vez más Jon Kellerman tenía razón.

—¿Cuándo partimos hacia Kansas? —preguntó Jesse Widmore.

—Esta misma tarde a las siete sale nuestro vuelo. —Buscó entre los papeles que había traído consigo y le entregó al agente Widmore su pasaje, luego le entregó el suyo a Erin.

Meredith, Sheena y Caleb miraron con expectación a su jefe. Jon cazó al vuelo la pregunta que rondaba en sus mentes.

—Solamente Erin, Jesse y yo iremos. Los demás continuarán trabajando en los casos asignados, pero seguiremos en continuo contacto con la Unidad; les enviaremos todos los datos que vayamos descubriendo para que sean procesados aquí. Pero, eso sí, por nada del mundo quisiera que el resto del trabajo quedara descuidado: no quiero quejas del director durante mi ausencia.

Los tres agentes se miraron entre sí. Estarían lejos del trabajo de campo, pero su colaboración sería tan valiosa como lo había sido siempre.

Media hora después, y tras recoger su arma reglamentaria, Jon, Erin y el agente Widmore abandonaron Quantico con la anuencia de todos.

—Tengo que hacer algunos arreglos de último momento —anunció Jesse Widmore—. Nos vemos en el aeropuerto más tarde.

—Nos vemos. —Jon asió a Erin del hombro, se acercó y en voz baja le preguntó—: ¿Cómo te sientes?

Ella aspiró con fuerza una bocanada de aire y por primera vez en aquella mañana, sonrió con naturalidad.

—Como si hubiese superado una prueba de fuego.

—Y lo has hecho, Erin. —Jon se colocó las gafas para que el sol del mediodía no le molestase y la condujo hacia donde estaba estacionada la camioneta—. Ahora todo será más sencillo, el paso más grande ya lo has dado, y lo has hecho con valentía. Estoy muy orgulloso de ti.

Erin estaba por abrir la puerta del acompañante, pero Jon la sorprendió, dándole un suave beso en la mejilla.

—¿Y eso?

—¿Acaso no puedo besar a mi agente especial favorita?

Le devolvió el beso y se quedó mirándolo durante unos segundos.

—Gracias, Jon... por haberme buscado y por haber soportado mi pésimo humor.

—Erin, soy tu amigo, no solo tu jefe, y no iba a dejar que vieras pasar la vida metida en aquella casita perdida casi en medio de la nada; no cuando puedes demostrar lo que realmente vales. No dudo de que seas una buena escritora de novelas románticas, pero —le guiñó un ojo—, ¿no has extrañado todo esto, aunque sea solo un poco?

Erin sabía que no tenía caso negarlo.

—Sí... lo confieso, tenía miedo de enfrentarme a lo que había sido mi vida pasada, pero no fue hasta que llegué aquí, que me di cuenta de lo mucho que me hacía falta mi trabajo. Y es algo que te debo a ti.

—Ni lo menciones, solo quiero que hagas lo que sabes hacer, porque eres la mejor, Erin.

Antes de que la emoción la dominara, Erin entró a la camioneta. *Apollo* la recibió eufóricamente, lamiendo su rostro y subiéndose de inmediato sobre su regazo.

Durante el viaje llamó a sus padres; les avisó que pasaría a verlos y almorzaría con ellos. Como había previsto, Vera y Henry Campbell le pidieron que llevara también a Jon, porque hacía mucho tiempo que no lo veían.

* * *

Tyler llegó a la casa ese mediodía y lo primero que hizo antes de que se le olvidara fue ponerse en contacto con el agente Kellerman. Sacó su móvil y buscó su número en la memoria.

El teléfono repicó un par de veces antes de ser atendido.

—¿Agente Kellerman?

—Sí, soy yo.

—Soy el comisario Evans, mi secretaria me ha dado su recado, pero no he podido comunicarme con usted antes. ¿Alguna novedad? —Se recostó en el sofá de la sala vacía y cruzó una pierna encima de la otra.

—Sí, finalmente he logrado convencer a la agente Campbell de que se una a la investigación; será una pieza importante, ya lo verá —afirmó.

Tyler frunció el ceño.

—¿Qué es lo que hace exactamente esta tal agente Campbell? —preguntó sin poder ocultar su curiosidad.

Jon Kellerman hizo silencio durante unos segundos.

—Es una de las mejores psicólogas forenses que ha dado el FBI, su capacidad para comprender la mente criminal es asombrosa, se lo puedo asegurar.

A Tyler aquello le parecía pura cháchara, para atrapar a un asesino se necesitaban pruebas y astucia, no el examen de un curalocos. Obviamente no se lo dijo; prefería guardarse su opinión.

—Supongo que cualquier ayuda extra no vendrá mal.

—Llegaremos esta misma noche a Wichita, debo solucionar algunos asuntos primero. Créame, comisario Evans, no se arrepentirá de tener a Erin Campbell en su grupo de investigación.

—Si usted lo dice... —respondió Tyler con escepticismo, y trató de sonar lo menos antipático posible.

—Confío ciegamente en mi gente —aseveró Jon Kellerman al percibir la actitud del comisario.

—Bien, mejor así. Nos vemos.

Regresó el teléfono al bolsillo de sus pantalones y recostó la cabeza en el respaldo del sofá.

La imagen del informe de la autopsia realizada al cuerpo de Priscilla Caller vino a su mente en ese instante; su otrora bello y angelical rostro completamente desfigurado por los golpes era algo imposible de olvidar. Dudaba mucho, que una doctora de locos pudiera ayudar a resolver el caso; aun así tenía que aceptar que, en ese momento, en el que la investigación se había estancado, cualquier ayuda sería bienvenida. Y si la tal Erin Campbell era tan buena como aseguraba su jefe, sería cuestión quizá de darle una oportunidad. Aunque la idea no le agradase demasiado.

Mimie entró en ese momento a la sala y, cuando Tyler vio la expresión de desolación en su rostro, supo que algo no andaba bien. La observó detenidamente mientras ella colocaba unas flores frescas en el centro de mesa que ella misma había confeccionado con un pedazo de tronco viejo.

Le preguntó entonces por Rick.

—¿Dónde está mi hermano?

Mimie miró hacia las escaleras.

—Me ha dicho que no quiere almorzar hoy.

Eso era mucho más extraño todavía.

—Mimie, ¿qué ha sucedido?

La mujer se desplomó sobre una de las sillas y sus manos regordetas apretaron con fuerza la servilleta de algodón que estaba sobre la mesa.

—Hemos ido de compras esta mañana y en el supermercado nos hemos topado con ella.

Tyler no necesitaba oír el nombre para saber a quién se estaba refiriendo. Corrió la silla que tenía más cerca y se sentó. Tomó la mano de Mimie entre las suyas y le pidió que le contara lo sucedido.

Tras escuchar el relato, Tyler reprimió las ganas de dar un fuerte golpe a la mesa. Eran situaciones como esa la que lo indignaban, Rick lo había necesitado y una vez más él no había estado a su lado.

—¿Ella le dijo algo? ¿Hizo algo?

Mimie negó con la cabeza.

—Se veía tan o más asustada que Rick. Lo más molesto es la gente que parece divertirse atosigándolo; hubieras visto cómo lo miraban y señalaban como si...

Tyler le pidió que no siguiera hablando porque la vio demasiado angustiada. La ayudó a ponerse de pie y le dijo:

—Quiero que te vayas a descansar.

—¿Y tu almuerzo?

—Yo puedo solo, tú no te preocupes ni por mí, ni por Rick, prepararé un par de emparedados y subiré a comer con él.

Recién entonces Mimie le hizo caso y con pesadez se retiró a su habitación.

Cuando Tyler se quedó solo, descargó toda la rabia contenida y pateó la silla donde había estado sentado. ¿Acaso la gente de la ciudad continuaría acusando hasta el hartazgo a Rick por lo que había sucedido? Él ya había pagado, no tenía por qué seguir soportando la maledicencia de los demás.

Encima estaba Brittany Hall, que junto a su padre, se encargaban de recordar a todo el mundo lo que había sucedido cinco años atrás.

El respetado doctor Anthony Hall, que había quedado viudo a una edad demasiado joven y había tenido que hacerse cargo de la pequeña Brittany, contaba con el apoyo de toda la comunidad, mucho más tras la tragedia que había golpeado a su hija.

Y Rick, el problemático Rick, el joven que siempre había sido diferente a los demás debido a su leve retraso mental, se había convertido en el blanco de todas las miradas acusatorias. A nadie parecía importarle que él hubiera pasado más de cuatro años de su vida encerrado en una institución mental en donde su problema solo se agravó.

Tyler no iba a negar los hechos, Rick había agredido a Brittany Hall, de eso no habían existido dudas, pero nadie le quitaba de la cabeza que la muchachita lo había provocado hasta hacerlo perder el control de sus actos. No justificaba los golpes que su hermano le había dado, pero si ella y su pandilla de amigos no le hubieran hecho siempre la vida imposible, tal vez se habría podido evitar toda aquella tragedia.

Preparó un par de emparedados, uno de pollo y huevo para él y otro de carne y mantequilla de maní para Rick. Buscó dos refrescos en la nevera y subió las escaleras dispuesto a pasar un rato con su hermano.

Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta; no golpeó una vez más, sino que entró.

Encontró a Rick sentado junto a la ventana, contemplando hacia el exterior y con ambas manos apoyadas sobre sus piernas.

—Hermano, te preparé un emparedado, tu favorito —dijo Tyler mientras dejaba el refrigerio encima de una mesita que servía de escritorio. Acercó una silla y le entregó el suyo a Rick.

—Gracias —tomó el emparedado y comenzó a comer.

Tyler quería hablar sobre lo ocurrido en el supermercado, pero no sabía cómo abordar el tema, ya que solía ser un poco torpe o bruto con las palabras. Pero no hubo necesidad, porque mientras él pensaba qué decir, Rick tomó la iniciativa.

—Hoy vi a Brittany en el supermercado.

Tyler, que estaba a punto de morder su emparedado, lo volvió a dejar en su sitio. Permitted que Rick continuara hablando.

—Estaba aterrada... Aún me teme. Quise pedirle perdón, acercarme a ella, pero

no pude... no supe qué decirle.

Tyler puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—No te preocupes, ella sabe que te arrepientes de lo sucedido.

Rick negó con la cabeza.

—No lo creo, Tyler, en sus ojos no solo había miedo; había odio, mucho odio.

—Escucha, lamentablemente nadie puede cambiar lo sucedido, pero tú ya has pagado tu culpa, no debes preocuparte ya por ella o por lo que pueda sentir... Deja todo eso en el pasado.

—No puedo, la locura que se desató esa noche me perseguirá por el resto de mi vida; nunca supe realmente qué desencadenó la furia, solo sé que no era yo, una fuerza se apoderó de mi voluntad. —Comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante; el emparedado había ido a parar al suelo. Tyler se agachó para recogerlo y lo arrojó al pequeño cesto de basura que estaba junto al escritorio.

—No eras plenamente consciente de lo que hacías, Rick, los medicamentos que tomabas en ese entonces te obnubilaban la mente, ya no volverá a suceder.

Rick clavó sus ojos castaños en el rostro de su hermano mayor.

—¿Estás seguro? Las lagunas mentales que solía tener en ese entonces han vuelto, no he querido decirle nada a Mimie para no preocuparla, pero se han hecho más recurrentes que antes.

Tyler frunció el ceño.

—¿Por qué no me lo has dicho? Al menos a mí me lo podrías haber contado.

Rick hizo caso omiso al tono de reproche en sus palabras.

—Lo sabes ahora.

—Eso no quiere decir que hayas empeorado, las lagunas mentales forman parte de tu enfermedad.

Rick lo interrumpió.

—Ahora son peores, a veces me despierto y no recuerdo lo que hice antes de quedarme dormido. El otro día estaba en el patio y no puedo recordar cómo llegué hasta la cocina, simplemente se borró de mi mente.

Tyler no quería preocuparse demasiado por aquellos episodios de pérdida de la conciencia de su hermano; habían estado en casi todas las etapas de su enfermedad y estaba acostumbrado a lidiar con ellos, no creía que fuera grave, pero aun así tenía toda la intención de consultar con el médico de Rick lo antes posible.

—No le digas a Mimie nada de esto —le pidió Rick, y él no pudo negarse.

—Tranquilo, no lo sabrá, pero deberé ir a hablar con tu doctor igualmente —le informó.

—Está bien.

—Ten, bebe un poco —le entregó el refresco y la charla se volvió más liviana y relajada, ya no hablaron de problemas y del pasado, las siguientes dos horas las gastaron conversando sobre coches, béisbol y música country.

Ninguno de los dos se dio cuenta, de que oculta tras la puerta entreabierta, Mimie los contemplaba con lágrimas en los ojos.



Capítulo 4

Jon estacionó la camioneta frente a la residencia de los Campbell y, apenas Erin puso un pie fuera, su madre corrió hacia ella y se arrojó a sus brazos.

—¡Mi niña!

Erin trató de mantener el equilibrio; su madre prácticamente la había arrojado contra la puerta de la camioneta y no le dio tiempo siquiera a incorporarse por completo.

—Mamá, parece que no nos hubiéramos visto en mil años —dijo abrazándola y acariciando su melena tan rubia como la de ella.

Vera Campbell se separó un poco, observó a su hija de arriba abajo y puso cara de desaprobación.

—Has bajado de peso y te has cortado el cabello. —Acomodó unos mechones detrás de la oreja de Erin.

Erin frunció el ceño y la imitó; escudriñó a su madre y dijo:

—Tú en cambio has subido un poco, quizá... —entrecerró los ojos mientras hacía el cálculo—... unas tres libras; te has teñido las canas que comenzaban a asomarse por aquí. —Tocó las sienes de su madre—. Y estás más hermosa que nunca. Te he extrañado, mamá —le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Vera estaba demasiado emocionada como para decir algo. Jon se acercó a ambas y la madre de Erin también lo abrazó.

—Me alegra que hayas venido, Jon.

—No me hubiera perdido por nada del mundo su almuerzo, señora Campbell.

Erin miró a *Apollo* que para ese entonces ya había saltado fuera de la camioneta y corría hacia la casa.

—¿Y papá?

—En el patio trasero.

—¡Me muero por darle un abrazo!

Cuando Erin y Jon entraron a la casa fueron directamente hacia el patio y Henry dejó todo para abrazar a su única hija. Él también la miró de arriba abajo solo para decirle después que nunca la había visto tan hermosa.

—Iré a ayudar a mamá —dijo Erin cuando Jon y su padre se enfrascaron en una conversación demasiado masculina para su gusto. Con *Apollo* por detrás, entró a la cocina.

—Me alegra que Jon haya podido venir contigo —comentó Vera mientras llenaba una jarra con limonada.

Erin percibió enseguida el tono que su madre usaba para referirse a la presencia de Jon en la casa.

—Jon es un amigo, un muy buen amigo —se apresuró a aclarar presintiendo el rumbo que tomaría aquella improvisada charla.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Más de diez años, Jon ya estaba en el FBI cuando ingresé para el entrenamiento.

—Es un buen hombre, siempre ha estado a tu lado, hasta en los peores momentos —Vera Campbell dijo aquello y luego dejó escapar un suspiro.

—Como un buen amigo, mamá, eso es lo que hacen los buenos amigos, estar cerca cuando uno los necesita —respondió Erin tratando de no perder la paciencia. Ahora entendía la insistencia por parte de su madre con que llevara a Jon a almorzar.

—Sí, pero es un hombre tan bueno y tan guapo, con esos enormes ojos verdes. —Vera sonrió—. Y además sigue soltero...

Erin se puso a cortar unos tomates y no dijo nada durante unos cuantos segundos.

—¿No crees que Jon es atractivo?

El ruido seco del cuchillo al golpear contra la tabla de madera sobresaltó a Vera.

—¡Mamá, no puedo creer que aún pienses que puede haber algo entre Jon y yo!

—No me culpes, hija. Creo que es un muy buen partido, eso es todo, después de lo sucedido no has tenido una relación estable y quizá sea hora de que...

—No tengo ganas de tratar ese asunto ahora, mamá. —Tomó de nuevo el cuchillo y siguió cortando tomates—. Estoy bien así, no necesito a nadie en mi vida, mucho menos a un hombre, así que te voy a pedir que dejes ya esa obsesión de querer conseguirme novio. Jon es mi amigo y nada más.

Vera supo que no tenía caso seguir hablando de aquel asunto. El tema «hombres» aún era tabú para Erin, y no la culpaba, pero adoraba a su hija y quería que fuera feliz, y Jon Kellerman parecía ser el mejor partido para sacarla de su soledad, especialmente porque estaba segura de que él sí sentía por ella algo más que amistad. Su olfato de madre y de celestina no le fallaba.

El almuerzo transcurrió en medio de un ambiente relajado y alegre; era más que evidente que sus padres estaban felices de tenerla de regreso aunque solo fuera por un par de horas, y Erin se sintió con un poco más de ánimo; como si el calor de hogar y los mimos de sus padres hubieran paliado una parte del dolor que cargaba en el alma.

Temprano a la tarde, Erin entró a su habitación; aquel rincón de la casa continuaba siendo su refugio y no lo pisaba desde su última visita, la Navidad anterior.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Continuaba exactamente igual al día en el cual se había marchado; supo entonces que su madre aún tenía la esperanza de que regresara definitivamente a vivir con ellos algún día. Caminó hacia la cama, cubierta por una enorme y colorida manta *patchwork*. Ella y su madre la habían tejido juntas y les había llevado seis meses terminarla. Erin tenía diez años en ese entonces y se había sentido muy orgullosa de su labor. Sonrió mientras acariciaba la manta con una mano. Se inclinó y aspiró con fuerza, aún conservaba el mismo perfume a

lavanda. Observó los cojines amontonados uno al lado del otro sobre la almohada. La tela de algunos de ellos se había puesto un poco amarillenta en los bordes, pero su madre los atesoraba igual. Se acercó y rozó el suave tejido con el dorso de la mano.

De repente sus ojos se desviaron hacia el pequeño secreter en el que ella se sentaba por las noches a estudiar o a escribir en su diario. Fue hasta allí y observó los adornos y los libros que seguían amontonados en un rincón. Levantó la tapa y lo vio. Tomó el cuaderno forrado en cuero azul y lo abrió.

Su diario; en él había depositado todos sus secretos de adolescencia, la primera cita a los quince años y el beso que le habían robado; todo estaba allí. Releyó sus propias palabras y los recuerdos se agolparon en su mente.

Ella había continuado escribiendo después de terminar la escuela secundaria. Sus primeras experiencias en la universidad mientras estudiaba Psicología Forense también estaban plasmadas en el diario. La emoción de la noche de la graduación, la alegría que le había significado ser aceptada en la academia del FBI para convertirse en agente; todo estaba allí, relatado no solo con detalles sino también con sentimiento. Le tembló la mano cuando llegó a una de las últimas páginas. Tuvo que sentarse en la cama y respirar profundamente antes de continuar leyendo.

Martes 18 de abril de 2006

Querido diario:

Hoy no es un día ordinario para mí. Siento que mi corazón va a estallar de tanta felicidad. Nunca pensé que el amor te pudiera hacer sentir de esta manera; vulnerable y fuerte; segura e inquieta a la vez.

Hoy he conocido a alguien maravilloso y creo que es el hombre de mi vida.

Cerró el diario de un golpe porque ya no podía seguir leyendo. Las lágrimas le nublaban la vista y el corazón latía con demasiada intensidad dentro de su pecho. Tal vez era tiempo ya de deshacerse de aquellos recuerdos; pero sabía que no podría hacerlo. Destruirlo sería borrar parte de su pasado, aquel que la había hecho feliz y aquel que la había desgraciado. Lo volvió a guardar dentro del compartimiento donde había estado oculto los últimos años y se quedó quieta en la silla, con los ojos cerrados y las lágrimas rodando por sus mejillas.

Nada podría borrar lo ocurrido, porque su pasado no estaba escrito solo en aquel viejo diario; estaba impreso a fuego en su alma.

Y aunque continuara con su vida, nada lograría arrancar el dolor y la culpa que tenía en su corazón.

Abandonó la habitación en silencio y enseguida la envolvió el alboroto que llegó desde el patio en donde sus padres y Jon disfrutaban de una taza de café.

Dos horas más tarde llegó el momento de la despedida. Le costó decirles adiós a sus padres, sobre todo porque no sabía cuándo podía regresar; ignoraba el tiempo que tendría que quedarse en Wichita, pero les prometió que los llamaría seguido.

—Tus padres son adorables —le dijo Jon mientras conducía por la carretera.

—Sí, pero te recomiendo que tengas cuidado, sobre todo con mi madre —

advirtió Erin, pero de inmediato se arrepintió de sus palabras. No podía comentarle a Jon sobre las intenciones de ligarla a él.

Jon soltó una carcajada.

—Descuida, sé cuidarme de las madres casamenteras que buscan esposo para sus hijas.

Erin no supo qué responderle, en ese momento se estaba muriendo de la vergüenza, ella había tratado de ocultarle el plan de su madre y Jon ya lo sabía todo.

—Lo siento, pero a veces mi madre suele ser demasiado...

—¿Encantadora?

Erin sonrió porque no era ese exactamente el calificativo que ella había tenido en mente.

—No te preocupes, es normal —la miró—. Soy soltero, apuesto y, como si fuera poco, tengo un puesto de rango en el FBI, creo que soy un muy buen partido, ¿no te parece?

Erin tuvo que reírse, era tan sencillo para Jon bromear con un asunto que a ella solo la incomodaba.

—Seguro que sí —concordó.

—Tengo mis defectos; como cualquiera; ronco, olvido bajar la tapa del inodoro y adoro comer el pollo con las manos.

Ella no podía dejar de reír y *Apollo* también parecía haberse sumado al momento de jolgorio. De repente se quedó en silencio y contempló a Jon, que había vuelto a concentrarse en el camino. Su madre tenía razón; Jon Kellerman era un hombre interesante, guapo y principalmente una buena persona, sin embargo nunca lo había visto de esa manera. Para ella, Jon era su jefe, su amigo, el hombre que había estado cuando más lo había necesitado. ¿Enredarse con él? No podría hacerlo, lo quería mucho, pero Jon era su amigo, nada más. Después de lo sucedido se había mantenido lejos de los hombres y de cualquier relación amorosa. Había tenido invitaciones para salir, pero siempre encontraba una buena excusa para rechazarlas, por eso cuando se mudó a Lexington se libró de las intenciones casamenteras no solo de su madre sino de sus compañeros de trabajo.

El silencio dentro de la camioneta se hizo demasiado agobiante.

—Mi madre es increíble, me ha dado una maleta con ropa que dejé cuando me mudé a Lexington; dice que no podré sobrevivir al clima severo de Wichita con lo poco que había empacado yo —comentó Erin entablando una nueva charla.

—Ha sido previsor, no sabemos el tiempo que nos llevará la investigación —respondió Jon y le prestó nuevamente atención.

Erin asintió. La maleta que su madre le había preparado contenía unas cuantas faldas y blusas, un vestido de algodón que en una época había sido su favorito, ropa interior y un par de calcetines, porque según Vera, podía refrescar durante las noches.

—Nuestro vuelo sale en un par de horas, pasaremos por mi apartamento para recoger mi maleta y saldremos hacia el aeropuerto, el agente Widmore nos estará esperando allí seguramente.

—¿Hace cuánto lo conoces?

—¿Al agente Widmore? Un par de meses, llegó a la Unidad proveniente de Baltimore; tiene muy buenas recomendaciones. Creo que se complementará muy bien contigo y estoy seguro de que nos será de mucha utilidad en Wichita.

Erin asintió. Ella era capaz de crear el perfil del asesino de las dos adolescentes, lo había hecho antes muchas veces, y la colaboración de un experto en crímenes violentos sería una herramienta importante a la hora de avanzar en la investigación. Sin embargo, no se sentía preparada al ciento por ciento; no había olvidado cómo hacer su trabajo, porque en una época de su vida le había apasionado, pero meterse en la mente de un asesino para entender sus actos siempre había sido una tarea abrumadora. Aún ignoraba muchos detalles del caso, pero cuando llegase a Wichita tendría que encargarse de recabar toda la información necesaria para comenzar a hacer lo suyo, aquello que alguna vez le había traído tantas satisfacciones y reconocimiento por parte de sus colegas y superiores. No quería defraudar a nadie, mucho menos a Jon que había puesto toda su confianza en ella.

De sus labios escapó un suspiro; esperaba tener la fuerza suficiente para volver a hacer su trabajo con aplomo, dejando de lado las dudas y los miedos.

No podía fallar; no debía existir margen de error cuando estaba en juego la captura de un peligroso criminal.

* * *

El avión aterrizó en el aeropuerto Coronel James Jabara de Wichita unos minutos después de las ocho de la noche.

Después de recoger a *Apollo* del compartimiento para mascotas, Erin, Jon y el agente Jesse Widmore se marcharon en un automóvil que el FBI se había encargado de proporcionarles para que se movieran por la ciudad.

—Te llevaré a tu nueva casa —le anunció Jon a Erin antes de encender el motor—. Jesse y yo nos instalaremos en un hotel.

Erin no quería parecer ansiosa, pero lo estaba, y la sensación no la abrumó, muy por el contrario, la llenó de entusiasmo. Jon le había dicho que conseguiría una casa para ella y *Apollo* y, aunque confiaba en el buen gusto de su amigo, deseaba ver su nueva residencia con sus propios ojos.

—La dueña de la casa es la señora Pearl Montgomery, una de las ciudadanas más ilustres de Wichita, según tengo entendido. Buscaba rentar la propiedad desde hace tiempo y nuestra llegada parece haberle caído como anillo al dedo. Ella y su hija viven en la casa junto a la tuya —le indicó Jon mientras la miraba a través del espejo retrovisor. Erin se había sentado atrás con *Apollo* y había cedido su puesto en la parte delantera al agente Widmore que escuchaba la conversación en absoluto silencio.

—Me parece bien —respondió Erin. Se recostó en su asiento y contempló el paisaje nocturno de la ciudad. Un pensamiento asaltó su mente. La dueña de la casa en donde ella viviría sería su vecina. La verdad era que ella habría preferido una casa un poco más apartada porque no le gustaba darle explicaciones a nadie y aún dejaba

las luces encendidas toda la noche. Seguramente a la señora Montgomery aquella actitud le iba a parecer sumamente extraña, pero aún no podía manejar el temor que le provocaba quedarse sumida en la más profunda y negra oscuridad y, si no tenía todas las luces de la casa encendidas, simplemente no podía dormir.

—Llegamos —anunció Jon unos cuantos minutos más tarde.

Erin miró hacia el exterior. Le gustó lo que vio. Una casa de dos plantas con buhardilla incluida, revestida de ladrillos, un florido jardín y un sendero de piedras blancas que conducía hasta el porche.

—El patio trasero no es muy grande, pero tiene una piscina.

No le importaba el tamaño del patio, la casita era preciosa y, a pesar de estar en un vecindario con muchas viviendas alrededor, quedó encantada con ella. Se bajó del auto y *Apollo* no quiso esperar, corrió por el sendero y marcó su territorio orinando sobre una mata de flores silvestres que crecía en uno de los costados.

Ni siquiera lo regañó. Se plantó delante de la casa y se cruzó de brazos.

—¿Te gusta? —preguntó Jon al tiempo que se acercaba con las maletas.

—Mucho.

—Ten —le entregó las llaves—. La señora Montgomery me dijo que mañana mismo vendrá a darte la bienvenida oficial.

Los ojos de Erin se desviaron hacia la casa vecina. Era una propiedad mucho más elegante, de dos plantas también y pintada totalmente de blanco. Las ventanas del piso superior daban a una gran terraza en donde alcanzó a distinguir un juego de jardín de antiguo hierro forjado. Toda la casa estaba rodeada por un alto muro cubierto por una enredadera de flores blancas y lilas. Las luces de la galería estaban encendidas, y las cortinas aún permanecían abiertas.

Erin giró y observó que Jesse Widmore se había bajado del auto y se había recostado contra la puerta del lado del acompañante para fumar un cigarrillo.

—¿A alguno le gustaría pasar?

—No, Erin, debes desempacar y descansar. Mañana será un día importante y quiero que estés preparada, a las ocho en punto vendré por ti —le dijo Jon.

Erin abrió la puerta, encendió la luz y él dejó las maletas en el interior.

—¿Quieres que las lleve hasta tu habitación?

—No hace falta, yo lo hago.

Apollo pasó corriendo al lado de ellos, entró a la sala y probó el sofá.

—Nos vemos mañana, Erin.

—Hasta mañana, Jon —le dio un beso en la mejilla y saludó con la mano al agente Widmore.

Se quedó mirando hasta que el auto desapareció y, cuando cerró la puerta, pudo jurar que alguien la estaba espiando desde la casa contigua.

Lo primero era lo primero. Fue hasta la cocina y encendió las luces, hizo lo mismo con las de la habitación y hasta con las del cuarto de baño. Podía parecer absurdo, pero ahora se sentía mucho más tranquila.

Llevó las maletas a su habitación, no era muy grande, pero sí confortable. Una cama grande cubierta con una manta de lana color bordó; una mesita de madera

labrada con una lámpara encima, un armario con un espejo endosado en donde cabría la poca ropa que había llevado y junto a la ventana había un escritorio y una silla. No necesitaba más. Sacó su ordenador portátil del maletín y lo colocó sobre la mesa, después se dedicó a deshacer las maletas y, cuando miró su reloj, se dio cuenta de que eran casi las diez de la noche y *Apollo* aún no había cenado. Ella ni siquiera tenía hambre, demasiadas emociones habían cerrado su estómago, pero a su perro no había nada que le provocase falta de apetito. No había traído consigo su alimento favorito, fue hasta la cocina y se sorprendió al encontrar la nevera llena. Jon y sus provisiones. Era verdad cuando le había dicho que tendría todo listo para ella cuando llegase al lugar.

Sacó un filete y, tras cortarlo en pequeños trozos, se lo sirvió a *Apollo* en uno de los platos guardados en la alacena.

«Necesito comprar alimento balanceado y un cuenco para *Apollo*», pensó mientras observaba cómo el perro devoraba el manjar que le había servido.

Buscó un vaso y bebió un poco de agua; la ventana que daba al patio trasero estaba cerrada, la abrió para que entrara un poco de aire. Se pasó la mano por el cuello sudado, sin dudas, el calor de Kansas era peor que el de Virginia.

Tomaría un baño antes de acostarse, lo necesitaba con urgencia.

Le dio un beso a *Apollo* y le ordenó que se quedara vigilando mientras ella se duchaba. El perro, contento y satisfecho, movió la cola y se dirigió a la sala, donde se acomodó nuevamente en el sofá.

La ducha había sido reparadora y la hizo sentirse como nueva. Envuelta en una toalla salió del cuarto del baño hacia su habitación. Descubrió que necesitaba también accesorios de uso personal; había encontrado un par de toallas limpias, un jabón y un champú que no era del tipo que usaba habitualmente. Una de las cosas que haría al día siguiente sería ir de compras.

Fue entonces que reparó en el hecho de que estaba sin auto; no podía movilizarse por la ciudad en taxi el tiempo que durase su estadía, y Jon no le había mencionado nada al respecto. Ese sería sin dudas uno de los puntos que debería discutir con él. Se lo plantearía a la mañana siguiente cuando viniera a buscarla.

Se llevó ambas manos a la cintura, el dolor de espalda impidió que se pusiera a escribir algo, se estiró y respiró profundamente. Hasta el aire de allí parecía más pesado que el de Virginia; soltó un suspiro. Era cuestión seguramente de acostumbrarse. Buscó su ropa de dormir; unos pantaloncitos cortos de algodón y una camiseta sin mangas, y se metió en la cama. Creyó que con el cansancio que llevaba encima se quedaría dormida apenas apoyase la cabeza en la almohada, pero no fue así; dio muchas vueltas. No supo si era el calor, una cama que no era la suya o los nervios de lo que le esperaba al día siguiente, pero cuando miró el reloj por enésima vez ya eran casi las dos de la madrugada.

Como siempre, se sentía protegida con todas las luces de la casa encendidas. Sin embargo, esa noche le costó más que nunca conciliar el sueño.

* * *

El sonido seco fue lo que la despertó abruptamente. Por un momento olvidó dónde se encontraba y entró en estado de alerta, pero cuando observó la habitación se tranquilizó. El sol entraba por la ventana y le dio de lleno en la cara, se levantó de la cama y entrecerró el postigo. Fue entonces que volvió a escuchar el mismo sonido, no lo había soñado, alguien estaba llamando a su puerta.

Apollo entró como un rayo a la habitación y comenzó a saltar encima de ella. Ya no había dudas, tenían visita. Echó un vistazo al reloj, faltaba poco para las ocho, seguramente Jon ya venía por ella, y ni siquiera estaba lista.

Lanzó un par de maldiciones al aire mientras se colocaba una bata encima de su ropa de dormir; salió de la habitación, bajó deprisa las escaleras y antes de abrir la puerta espió por la mirilla.

No era Jon.

Dos mujeres esperaban ansiosas que les abriera. Vio que una de ellas llevaba una bandeja transparente que contenía una generosa porción de pastel.

Se acomodó el cabello detrás de la oreja, ignoraba el estado de su apariencia puesto que no se había mirado siquiera al espejo.

Le dijo a *Apollo* que se comportara y abrió la puerta por fin.

—Buenos días —saludó la mayor de ellas—. Mi nombre es Pearl Montgomery y esta es mi hija Olivia.

Erin recordó el nombre, Jon se lo había mencionado el día anterior. La mujer era la dueña de la casa.

—Buenos días, mi nombre es Erin Campbell. —Les sonrió con nerviosismo porque se sintió un objeto en medio de una inspección, especialmente por la señora Montgomery, que no le quitaba los ojos de encima.

—El señor Kellerman me dijo quién es usted; como comprenderá, no podía rentar mi casa a cualquier persona —explicó bajando la mirada para observar a *Apollo* que no se movía del lado de Erin.

—¡Qué simpático! —dijo la hija de la señora Montgomery agachándose para acariciar la cabeza del perro.

—Se llama *Apollo* —señaló Erin al ver que la muchacha se ganaba rápidamente la confianza del animal.

Olivia Montgomery miró a Erin y le sonrió.

—Es un primor.

Erin notó de inmediato la diferencia entre ambas mujeres; mientras la madre se empeñaba en mostrar una postura severa y lejana, su hija derrochaba simpatía.

—Le hemos traído este pastel en señal de bienvenida, señorita Campbell. — Pearl entregó la bandeja a Erin.

—Gracias, no debieron molestarse. —No les dijo que el pastel olía delicioso y que se moría de hambre.

—¿Eres agente del FBI, verdad? —preguntó Olivia incorporándose tras jugar un rato con *Apollo*.

Erin asintió.

—¡Qué interesante!

Por un momento Erin se sintió terrible, las dos mujeres habían golpeado a su puerta para darle la bienvenida con un pastel que ansiaba comer, y ella ni siquiera las había invitado a pasar. No quería pecar de descortés, por lo que no tuvo más remedio que hacerlo.

—Pasen, por favor.

Pearl y su hija entraron a la casa. Se sentaron en el sofá y Pearl puso mala cara cuando *Apollo* se ubicó a su lado.

Erin llevó el pastel a la cocina, revolvió en la alacena porque ignoraba si tenía café. Suspiró aliviada cuando descubrió que sí. Algo más por lo que debería dar las gracias a Jon.

—Me gustaría invitar a las dos con un café, es lo menos que puedo hacer —les dijo desde la puerta de la cocina.

—Nos encantaría; ¿verdad, mamá? —dijo Olivia mirando a su madre con una sonrisa en los labios.

Pearl Montgomery asintió; su expresión de adustez no había desaparecido de su rostro.

—Estará listo enseguida.

Regresó a la sala unos cuantos minutos más tarde con tres tazas de café en una bandeja. Había servido también un poco del pastel que sus vecinas le habían traído.

—Espero que disfrutes tu estadía en Wichita —dijo Olivia al tiempo que cruzaba una pierna encima de la otra para ubicarse más cómodamente en el sillón, gesto que su madre no aprobó.

Erin bebió un sorbo de café y probó el pastel de naranjas.

—Está delicioso. —No sabía si era su apetito, pero sin dudas aquel pastel le supo a gloria—. Lamentablemente el asunto que me ha traído a Wichita no es muy agradable...

—Has venido a investigar los asesinatos de Priscilla Caller y Katie Lorenz; la prensa anunció que la policía local había solicitado la ayuda del FBI.

—Así es —respondió Erin. Notó cierto dejo de tristeza en la voz de Olivia, quizá conocía a las víctimas, era muy probable.

—Es un hecho terrible —intervino Pearl mientras regresaba su taza de café casi llena a la bandeja—. Ya no existe tranquilidad cuando hay un loco suelto matando a nuestras niñas.

Erin no supo qué decirle en ese momento. Sin dudas, los asesinatos de las dos adolescentes habían trastornado la vida de los habitantes de Wichita y habían acabado con la calma de sus vecinos. Estuvo a punto de abrir la boca cuando Pearl continuó hablando.

—Todo comenzó mucho antes, exactamente cinco años atrás...

—Mamá, no —ordenó Olivia interrumpiéndola.

Las palabras de Pearl habían logrado captar la atención de Erin.

—¿A qué se refiere?

—Erin, no le hagas caso.

—Olivia, no tiene objeto que intentes negarlo, todos en la ciudad sospechan que

lo ocurrido a Brittany Hall hace cinco años tiene mucho que ver con los crímenes.

Olivia se paró de golpe.

—¡Eso es ridículo! Nadie puede asegurar semejante cosa.

—Sin embargo, el primer asesinato sucedió unos días después de que Rick Evans regresó a la ciudad —espetó Pearl sin importarle que una vez más, aquella conversación terminara en una discusión con su hija.

—¡Eso no significa que él tenga algo que ver!

Erin escuchaba en silencio y las observaba detenidamente. Pearl Montgomery con su cabello cobrizo prolijamente recogido en la nuca y vestida con un elegante conjunto de pantalón y camisa de color beige tan austero como ella, contrastaba con la apariencia de su hija. Olivia llevaba su negra cabellera ondulada suelta sobre los hombros, tenía puesta una falda estampada con llamativas flores que le llegaba hasta los tobillos y completaba su atuendo una blusa negra atada en la cintura que dejaba a la vista parte de su bronceado abdomen. Dos mujeres completamente opuestas, fue lo que dedujo Erin no solo al constatar su apariencia, sino por la manera en que discutían sobre los dos asesinatos.

Cada una de las palabras que ellas decían se grababa en su mente. También el nombre de un tal Rick Evans, quien al parecer no era santo de devoción de Pearl Montgomery.

—Yo solo digo que ese muchacho no es bueno; todos lo saben —sentenció la mujer desviando la mirada del rostro enfadado de su hija.

Olivia solo movió su cabeza en un evidente gesto de fastidio y le dio a entender a Erin que no hiciera caso de lo que decía su madre.

—Será mejor que nos vayamos, mamá. Erin seguramente tendrá cosas que hacer.

Pearl se levantó del sofá y, tras observar a la nueva inquilina de su casa, se dirigió hacia la puerta sin mencionar palabra. Estuvo a punto de abrir la boca, pero Olivia, presintiendo que estaba por soltar alguna de sus tonterías, la sacó prácticamente a empellones de la casa. Se giró sobre sus talones y le sonrió a Erin.

—Te doy nuevamente la bienvenida, Erin. —Se aseguró de que su madre ya estuviera lo suficientemente lejos como para decir algo más—. Cualquier cosa que necesites solo tienes que golpear a nuestra puerta.

—Gracias, Olivia, lo tendré en cuenta. —Le devolvió la sonrisa tanto a ella como a su madre, pero Pearl Montgomery solo le dedicó una fría mirada.

—La próxima vez piensa antes de abrir esa boca inmensa que tienes —recriminó Olivia a su madre mientras tomaban el sendero que conducía a su casa.

—Solo di mi opinión, que es la de muchos en la ciudad —alegó caminando a paso firme. Ya en el porche, se volvió y miró hacia la casa que ocupaba Erin—. Es un poco extraña, ¿no te parece? Estuvo toda la noche con las luces encendidas, se ve que ella no es quien nos paga la renta.

Olivia elevó los ojos al cielo y bufó.

—¡Madre, tú misma lo has dicho, por lo tanto no te preocupes si Erin no apaga las luces cuando se va a dormir! Si no les importa a los del FBI, que son los que se

harán cargo de la renta, menos debería importarnos a nosotras, ¿no te parece?

—Sí, pero tienes que estar de acuerdo conmigo en que es una actitud bastante extraña.

—¡Entra ya a la casa y deja a la pobre Erin en paz! —suplicó Olivia cansada de oír la perorata de su madre.

Antes de cerrar la puerta, Olivia observó cómo las luces de la casa vecina se iban apagando lentamente.



Capítulo 5

Unos minutos después, Erin estaba lista. Se había vestido con una falda oscura de corte recto y una camisa blanca entallada al cuerpo. Dudó en ponerse la chaqueta porque el calor era insoportable, pero finalmente decidió llevarla porque, además de darle un toque más formal a su aspecto, la hacía sentir segura. Se recogió la melena que le llegaba hasta la altura de la barbilla en un sobrio rodete en lo alto de la cabeza y se colgó la placa en el cintillo de su falda, como hacía mucho tiempo no lo hacía. Era protocolo llevarla. La había guardado en una gaveta de la mesita de noche; allí también estaban su identificación y el arma reglamentaria. Le bastaba solo con la placa, no había necesidad de llevar nada más. Respiró profundamente y, antes de salir de su habitación, revisó su aspecto por última vez. Mientras esperaba que Jon pasara por ella, hizo una lista de las cosas que necesitaría y habló por teléfono con su editora, para pedirle una nueva prórroga para entregarle el manuscrito en el cual estaba trabajando y que tanto le costaba terminar. La editora le dijo que lo consultaría y que más tarde le haría saber qué decisión habían tomado.

Puntual como era su costumbre, Jon llegó acompañado de Jesse Widmore dos minutos después de las ocho. Ambos alabaron su atuendo y, tras saludar a *Apollo* con unos golpecitos en la cabeza, Jon dijo:

—¿Qué harás con él?

—Se quedará en la casa, pero debes saber que no puedo regresar sin su alimento favorito, anoche le serví un poco de bistec, pero no quiero que piense que cenará eso todas las noches —informó Erin al tiempo que le daba un beso en la cabeza a *Apollo*—. Pórtate bien, chico. Regresaré en cuanto pueda.

Erin cerró la puerta con llave y, cuando se dio vuelta para cerciorarse de que todo estaba bien, vio que *Apollo* la miraba desde la ventana de la sala con una expresión de desconsuelo en sus ojos color almendra.

—¿Estará bien? —preguntó Jesse Widmore sintiendo pena por el perro.

Erin asintió.

—Podría llevarlo, pero no creo que sea lo más prudente —respondió mientras su corazón se hacía trizas al ver como *Apollo* la miraba a través del cristal de la ventana. Erin desvió luego sus ojos azules hacia Jon—. Sabe comportarse muy bien frente a extraños y no es de ladrar...

Jon supo muy bien qué era lo que pretendía Erin.

—¡Está bien, está bien! Puedes traerlo con nosotros, pero ruega a Dios y a todos los santos que le caiga simpático al comisario Evans.

Era la segunda vez en el día que escuchaba aquel apellido y tenía la ligera sospecha de que no era solo una coincidencia, pero tenía algo más importante que

hacer en ese momento que comentarle a Jon sobre la conversación que había presenciado entre sus vecinas.

Solo tardó unos cuantos segundos en correr hasta la casa y sacar a *Apollo* en sus brazos. Se sentó en el asiento del acompañante y dejó al perro atrás, al lado de Jesse, que de inmediato pareció entenderse con el animal.

—Estaba pensando en que necesitaré algo en qué moverme, no puedo depender siempre de ti, y no me gusta viajar en taxi —dijo Erin observando la reacción de Jon.

Él la miró.

—Tienes razón, no lo había pensado. Esta misma tarde iremos a rentar un auto para ti. —Miró al agente Widmore a través del espejo retrovisor—. Supongo que tú también necesitarás un auto.

Jesse sonrió y un brillo iluminó sus ojos color turquesa.

—Coincido con Erin, es lo más práctico, no podemos depender de ti el tiempo que pasemos en Wichita.

El resto del camino, charlaron sobre temas superficiales y elogiaron el pintoresco paisaje que les brindaba aquella zona conocida como College Hill, uno de los barrios históricos de la ciudad. Casas de dos plantas decoradas al frente con vistosos jardines y enormes ejemplares de magnolias y sicomoros que, sumados a la pulcritud de las calles, le conferían al lugar una imagen coqueta y apacible. Nadie habría creído que no muy lejos de allí dos jovencitas habían sido brutalmente asesinadas.

—Hemos llegado —anunció Jon señalando hacia un edificio revestido en ladrillo blanco.

Erin contempló la estación de policía mientras Jon estacionaba el auto. Desde la calle se veía que no era muy grande, ya que la fachada solo contaba con una puerta de cristal y dos ventanas. Estaba ubicada entre una cafetería y una librería, sobre lo que parecía ser una de las avenidas principales de la zona. Una vieja camioneta estaba aparcada justo frente a la estación, y Jon se ubicó detrás de ella.

Erin fue la última en bajarse, buscó a *Apollo* y le abrió la puerta. Se agachó y le habló muy seriamente.

—Debes comportarte —le apretó los mofletes—. Es importante para mí que lo hagas, *Apollo*.

El perro la miró con sus brillantes ojos y emitió un leve quejido. Erin supo que estaba tan asustado como ella.

—Vamos —dijo Jon y la miró comprensivamente.

Jesse también le lanzó una mirada cargada de indulgencia, y Erin se preguntó cuánto sabría él de su pasado en el FBI.

Jon y Jesse entraron con paso firme a la estación; detrás los seguía Erin con un poco menos de seguridad. Charity estaba hablando por teléfono con su novio cuando vio a los tres agentes atravesar la puerta. Interrumpió la llamada y sonrió nerviosamente.

—Buscamos al comisario Evans —anunció Jon al tiempo que se quitaba las gafas de sol que llevaba.

Charity se puso de pie y observó a las tres personas que tenía enfrente con curiosidad. Notó entonces que un perro negro venía con ellos.

—El... el comisario los está...

La secretaria no alcanzó a terminar la frase porque la puerta se abrió, y Tyler Evans salió de su despacho con una expresión circunspecta instalada en su rostro. De inmediato, *Apollo* se separó de Erin y corrió hacia las botas del comisario.

—¿Pero qué demonios...?

—¡*Apollo*, ven aquí!

Erin fue tras él para evitar que terminara husmeando en donde no debía. Logró apartar al perro, quien parecía estar encantado con las botas tejanas que llevaba el comisario. Se arrodilló sobre el suelo de linóleo y contuvo a *Apollo* entre sus brazos. Cuando levantó la cabeza se topó con el rostro de Tyler Evans y percibió su enfado.

—Lo siento, por lo general no se comporta así —dijo a modo de disculpa, sin embargo se sintió de inmediato cohibida por la intensidad de aquellos ojos grises y fríos como el acero, que la contemplaban desde lo alto.

Tyler se olvidó por un momento de la presencia de los dos hombres; su atención estaba completamente dirigida a la mujercita que trataba de contener a la bestia peluda y negra que había intentado morder sus botas. Formal y bonita. Fue lo primero que le vino a la mente tras estudiar su aspecto con más cuidado.

—Comisario Evans, le presento a dos de mis agentes —intervino oportunamente Jon—. Jesse Widmore y Erin Campbell.

Tyler dirigió apenas una fugaz mirada al joven de traje oscuro que acompañaba al agente Kellerman. Prefirió posar sus ojos en la mujer que continuaba arrodillada en el suelo con el perro. Conque ella era la famosa perfiladora que tanto había ponderado Jon Kellerman.

Cuando *Apollo* se calmó un poco, Erin se incorporó y, tras acomodarse la falda, se colocó al lado de su jefe. Se pasó una mano por el cabello y notó que estaba comenzando a sudar; no podía dejar que los nervios la traicionaran. Esbozó una sonrisa cordial para acabar con la embarazosa situación que se había suscitado en el ambiente, porque ella, al menos, se sentía terriblemente incómoda.

—Agente especial Erin Campbell —dijo extendiendo su brazo. No tenía que ser descortés, después de todo, había sido su perro quien había estado a punto de devorarse las ridículas botas tejanas del comisario.

Tyler volvió a contemplarla, ahora tenía una mejor visión de la mujer que, para su gusto, vestía de manera demasiado formal. Percibió cierto recelo en sus ojos azules y en el rictus de su boca. Le pareció que a ella no le gustaba estar allí. Pues a él tampoco le agradaba la presencia del FBI metiendo las narices en su investigación, pero no podía hacer nada por evitarlo; sabía muy bien cuándo los recursos con los cuales contaba no eran suficientes para resolver un caso. Y allí estaba, aceptando de mala gana la ayuda de los federales. Tomó la mano de Erin y la apretó suavemente.

—Comisario Tyler Evans, bienvenidos a Wichita.

Erin no era tonta y notó la actitud de displicencia con la que el comisario los miraba a los tres. Hasta cierto punto era comprensible; a nadie le gustaba que viniera

alguien de fuera a meter mano en los asuntos de uno. Presintió que la convivencia con aquel hombre no sería nada sencilla. Encima ella había empezado con el pie izquierdo por culpa de *Apollo*. Miró al perro, que permanecía sentado a su lado prestándole atención al hombre de las botas. No podría regañarlo aunque se lo mereciera. *Apollo* venía con ella y, si al antipático comisario Evans no le agradaba, que se aguantara.

—Será mejor que pasemos a mi despacho —le hizo señas a Charity de que no le pasara ninguna llamada, se dio media vuelta y le lanzó una mirada desaprobatoria a *Apollo*—. El perro se queda aquí.

Erin estuvo a punto de decir algo, pero Jon no la dejó.

—Puede esperarte en un rincón, apuesto que la señorita... —Miró a la secretaria esperando su cooperación.

—Charity —respondió la muchacha.

—Charity podrá encargarse de cuidarlo mientras tanto, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —Se puso de pie y se acercó a *Apollo* que no tardó en congeniar con ella.

Erin sabía que era lo mejor, su perro no era bienvenido y prefería no crear conflictos en su primera jornada de trabajo.

Los cuatro entraron al despacho del comisario; era un lugar espacioso con pocos muebles, pero tenía una desventaja: no tenía ventanas, solo un pequeño ventanuco encima de la puerta por donde se colaba un poco de aire fresco. Por lo demás, podía decirse que el comisario Tyler Evans era un hombre ordenado con su espacio de trabajo. Una mesa de madera oscura; tres butacas revestidas en cuero que, a simple vista, parecían bastante cómodas, un archivero con cuatro gavetas, y un sofá de roble lustrado empotrado en una de las paredes que parecía hecho a mano.

—Tomad asiento.

Tyler se sentó en su sitio y observó cómo Erin y Jon ocupaban las butacas al otro lado del escritorio. El agente más joven prefirió quedarse de pie.

—Comisario Evans, antes que nada deseamos que sepa que hemos venido aquí para trabajar conjuntamente con la policía local y que de ninguna manera interferiremos con la labor que aquí se desarrolla. Ponemos a su disposición todos nuestros recursos, como ya le había mencionado antes, Erin es nuestra perfiladora y el agente Widmore es especialista en crímenes violentos, pero contamos con un séquito de varios asistentes que colaborarán con la investigación desde Quantico —aclaró Jon.

Tyler se recostó en su asiento y, tras unos segundos de silencio, respondió:

—Agradezco la asistencia que nos ofrece el FBI; yo solo cuento con un ayudante que, para colmo, estos últimos días está más fuera que dentro de la estación de policía. Su esposa está a punto de dar a luz y no quiere dejarla sola mucho tiempo —expuso. No tenían por qué saberlo, pero sintió la necesidad de explicar el hecho de que hubieran encontrado solo a él y a Charity en el lugar.

—A propósito, necesitamos un espacio en donde trabajar. Hemos visto que el lugar no cuenta con las dependencias necesarias; ¿tiene acceso a Internet?

—Sí, pero solamente contamos con tres ordenadores, y no son tan modernos como quisiéramos —enfaticó.

—Nosotros traemos nuestros ordenadores portátiles —respondió Jon.

Tyler hizo un gesto con las manos.

—Muy bien; puedo acondicionar la oficina que ocupa Tom, mi asistente, no es muy grande, pero creo que servirá para que usted y su equipo se instalen.

Los acompañó hasta la oficina de Tom; tendría que hablar con él luego y explicarle que ambos debían compartir su despacho mientras los federales estuvieran allí. Jon aprobó el lugar; era más pequeño y oscuro que la oficina del comisario, pero no podían pedir más. Se las arreglarían.

—Estará lista para mañana —aseguró Tyler. Él mismo se encargaría de acondicionar el lugar.

—Nos gustaría empezar ya mismo —dijo Jon—. Erin necesita ver los archivos del caso, todo lo que tenemos hasta ahora.

A Tyler le gustó muy poco que el agente Kellerman usara el plural, pero se calló la boca. Tenía que entender, muy a su pesar, que de ahora en adelante las cosas serían muy distintas; sin embargo, quería dejar una cosa bien en claro y no iba a amilanarse.

—Quien dirige la investigación soy yo —determinó con un gesto adusto que a nadie pasó desapercibido—. El caso es mío y sigue estando bajo mi jurisdicción.

Jon frunció el ceño, sabía que la policía local no iba a estar muy conforme con su llegada, pero el carácter renuente de aquel hombre llegaba a ser exasperante.

—Lo tenemos muy claro, comisario Evans. Vinimos aquí a prestar nuestra ayuda, no a fastidiar.

El ambiente dentro de la oficina se volvió denso de repente; tanto que habría podido ser cortado con una tijera.

Erin carraspeó, era hora de intervenir.

—Me gustaría ver la escena de los crímenes.

Jon asintió, le agradaba que ella estuviese dispuesta a comenzar con su trabajo lo antes posible.

—Puedo llevarla si lo desea —se ofreció Tyler antes de que los dos agentes dijese una palabra.

Erin estaba a punto de objetar la propuesta del comisario, pero Jon abrió la boca.

—Me parece estupendo. —Le sonrió a Erin buscando apoyo—. Mientras tanto, Jesse y yo empezaremos a estudiar el caso y a enviar todos los datos a los chicos en Quantico.

Erin se sintió atrapada y supo que no podía negarse. Respiró profundamente y aceptó la invitación del comisario.

—Le advierto que esa cosa peluda se queda aquí —señaló Tyler a Erin no bien salieron de la oficina.

Erin quiso volver a protestar, pero no estaba dispuesta a iniciar una discusión con aquel hombre tan quisquilloso. Le pidió a Charity que se hiciera cargo de *Apollo*

mientras ella regresaba, y la secretaria aceptó gustosa.

Como había supuesto, la vieja camioneta Ford que estaba estacionada en la calle pertenecía al comisario.

Tyler se paró junto a la puerta del lado del acompañante y la abrió para ella. Erin se sorprendió, jamás habría creído que aquel hombre fuera de los que tenían un gesto tan caballeroso con una mujer. Su carácter díscolo y difícil, le daban todo el aspecto de alguien más bien rudo. Ella se apeó en la camioneta, era un poco elevada y la falda estrecha que llevaba no ayudaba; por lo tanto, debió sostenerse del respaldo del asiento para no caerse.

Tyler tuvo que hacer un gran esfuerzo por esconder la sonrisa burlona que afloraba en sus labios. Sacó las gafas del bolsillo de su camisa y se las colocó mientras rodeaba la camioneta.

Él entró, y Erin se hizo a un lado cuando se dio cuenta de que se había ubicado casi en el medio. Se acomodó la falda que amenazaba con subirse por encima de sus rodillas y resopló fuertemente mientras se cruzaba de brazos.

—Será mejor que abra la ventanilla —sugirió Tyler volteándose hacia ella, llevaba las gafas puestas, pero aun así Erin percibió la intensidad de su mirada.

Erin bajó la vista, se sintió completamente intimidada por aquel hombre que apenas conocía. Por supuesto, hizo caso a su consejo porque allí dentro se estaba asando y no pensaba quitarse la chaqueta.

—Leí en Internet que las dos víctimas fueron encontradas a orillas del río Arkansas —mencionó Erin al tiempo que él ponía el vehículo en marcha.

A Tyler le pareció inusual que ella se hubiera enterado del hecho en la web, pero luego recordó que el agente Kellerman le había comentado que ella había estado retirada del FBI durante un tiempo.

—Así es. La primera víctima, Priscilla Caller fue hallada bajo el puente de la interestatal 35. Hace dos días, apareció el cuerpo de Katie Lorenz a tan solo unos cuantos metros de distancia.

—¿Es una zona alejada?

—Sí, no es muy transitada, sobre todo durante la noche, que, creemos, es cuando el asesino se deshizo de los cuerpos —informó Tyler acelerando la marcha, pero su vieja camioneta no podía ir a más de ochenta kilómetros por hora.

—¿Hubo ataque sexual?

Tyler negó con la cabeza.

—La autopsia revela también inactividad sexual previa, las chicas tenían apenas catorce y quince años —acotó él.

Erin habría querido comentar que, muchas veces, las chicas de esa edad ya no eran vírgenes, pero prefirió guardarse su opinión. Miró a través de la ventanilla abierta, lentamente iban dejando la parte céntrica de la ciudad para adentrarse en la zona menos poblada.

—¿No ha habido ningún sospechoso? —preguntó ella de repente.

Tyler apretó los dedos con fuerza alrededor del volante hasta que los nudillos se volvieron casi blancos.

—Hemos investigado a algunos amigos de las víctimas...

—¿Alguno con antecedentes violentos?

Tyler se quedó mudo y Erin supo entonces el motivo. Recordó lo que había mencionado la señora Montgomery esa misma mañana sobre un tal Rick Evans. Temía preguntar, pero debía hacerlo.

—Comisario...

Él aminoró la marcha solo un poco y le clavó la mirada.

Erin tragó saliva antes de seguir hablando.

—¿Quién es Rick Evans?

* * *

Erin dio un pequeño salto dentro de la camioneta cuando esta se detuvo bruscamente. Sintió pánico cuando el comisario Evans se quitó las gafas y le clavó la mirada. No solo había desconcierto en sus ojos, sino que estaba absolutamente consternado ante su pregunta.

—¿Cómo sabe de Rick? —inquirió cambiando severamente el tono de su voz.

Erin tragó saliva antes de responderle.

—Oí decir que podría tener algo que ver con los crímenes...

Tyler golpeó el volante con furia y apartó la vista hacia el camino; respiró hondamente y volvió a mirarla.

—¿Quién le dijo semejante estupidez?

Era inaudito que aquella mujercita llevase apenas unas horas en la ciudad y ya estuviera al tanto de los chismes que la gente malintencionada se encargaba de propagar sin ningún miramiento.

—Lo mencionó esta mañana la mujer que me rentó la casa en la cual voy a quedarme, ella fue quien dijo que el tal Rick Evans podía ser el culpable. Tiene su mismo apellido... ¿es pariente suyo?

Tyler sabía que tenía que responder porque aquella mujer insistiría en seguir preguntando, además prefería que supiera lo sucedido por él y no por los embustes de la gente.

—Rick es mi hermano menor —soltó por fin mientras estudiaba la expresión de sorpresa en el serio rostro de la agente del FBI.

—¿Su hermano?

Tyler asintió.

—La señora Montgomery dijo que...

—¡Debí suponer que esa mujer estaba metida en todo esto! —interrumpió Tyler tras lanzar un par de improperios—. ¿Ella es quien le renta la casa?

—Sí, me ha rentado la propiedad que está junto a la suya y esta mañana vino oficialmente a darme la bienvenida...

—¡Y a ponerla al tanto de las habladurías! —volvió a interrumpir Tyler furibundo.

—Lo único que dijo fue que el primer asesinato ocurrió unos días después de la

llegada de su hermano a la ciudad y que lo sucedido con una jovencita hace cinco años está relacionado con los crímenes.

Tyler sonrió; al parecer, la bruja de Pearl Montgomery se había encargado de poner al FBI al día con los chismes.

—Todo lo que se habla en la ciudad no son más que patrañas, y mi hermano ha servido durante todo este tiempo como el chivo expiatorio de mucha gente; el error que cometió hace cinco años lo persigue inexorablemente, y no es justo...

Erin percibió que el enfado había dado paso a otro sentimiento más profundo y doloroso. Había angustia en las palabras del comisario, pero aun así no podía pasar por alto que él estaba llevando adelante una investigación en donde su propio hermano era considerado sospechoso. Comprendía los motivos por los cuales él había omitido aquella información al FBI, pero ella no podía permitirlo. No se sintió preparada para decírselo en ese momento, era algo que debía consultar con Jon primero; después de todo, él era su jefe y sabría qué le correspondía hacer en un caso como aquel.

—Será mejor que continuemos —dijo en cambio.

Tyler asintió en completo silencio y encendió el motor de la camioneta. No le gustaba el modo en que Erin Campbell lo estaba mirando y temió que lo que ahora ella sabía perjudicara su continuidad en la investigación. Prefirió no pensar en el asunto mientras conducía a través de la interestatal 35 hacia el puente sobre el río Arkansas.

Llegaron a la escena del crimen tan solo unos pocos minutos después. Tyler estacionó a un lado del puente y ambos se bajaron de la camioneta sin pronunciar palabra.

Erin lo seguía y cuando vio que él pretendía bajar por un camino alternativo demasiado empinado, se detuvo de repente.

Él se dio cuenta y se dio media vuelta.

—¿Qué sucede?

Pero fue sencillo adivinar el motivo de su renuencia a bajar. La falda que llevaba era demasiado estrecha como para moverse con libertad por aquellos terrenos tan desnivelados, sin mencionar los zapatos de tacones altos que cubrían sus pies.

—No pensé que...

Pero Tyler no la dejó hablar, tomó su mano con fuerza y la guió por un sendero estrecho que lentamente se iba escarpando a medida que se acercaban a la orilla del río. Erin se sujetó a aquella mano fuerte como si de un salvavidas se tratase, poco le importó en ese momento que el comisario la estuviera prácticamente arrastrando por el camino.

Pero cuando uno de los tacones de sus zapatos se atascó en un montículo de piedras tuvo que pedirle que se detuviera.

—¡Espere!

Tyler se giró sobre sus talones y observó la escena, divertido. Erin estaba con un pie atorado, las medias rasgadas y una expresión de irritación instalada en su

acalorado rostro.

—Debió elegir un atuendo menos... delicado —dijo él, arrodillándose en el suelo pedregoso para ayudarla.

Erin abrió los ojos como platos, dispuesta a lanzar un improperio, pero cuando entendió lo que él estaba tratando de hacer se quedó muda. Tyler asió el pie de Erin a la altura del tobillo y le quitó el zapato.

—Apoye con cuidado.

Erin le obedeció y apenas puso su pie en el suelo, contempló cómo el comisario retiraba el zapato de la trampa en la cual había caído y luego se lo calzaba con delicadeza. Tragó saliva y, cuando él alzó la cabeza y le sonrió, Erin se sintió, después de mucho tiempo, frágil ante una mirada masculina.

—Tenga más cuidado de ahora en adelante —le aconsejó mientras se ponía de pie. Se limpió con ambas manos el polvillo de sus pantalones vaqueros y se dispuso a seguir—. Ya estamos cerca. —Señaló una zona en donde el pasto estaba tan crecido que alcanzaba casi el metro de altura.

Erin lo siguió y lamentó que él ya no la llevara de la mano para guiarla. Se dijo que era una tonta porque ya no había necesidad de que lo hiciera; el terreno peligroso ya había quedado atrás. Tyler se detuvo a un par de metros de la vera del río que aquella mañana estaba especialmente calmo, y Erin supo que habían llegado al punto exacto en donde el cadáver de la primera víctima había sido arrojado como una bolsa de desechos.

—Fue aquí. —Tyler señaló una porción de hierba aplastada—. Priscilla Caller fue encontrada justamente aquí.

Erin se acercó y estudió el lugar. Un punto lo suficientemente solitario como para pasar desapercibido y dejar un cuerpo sin ser visto. Alzó la vista y tuvo que cubrirse los ojos porque el sol del mediodía le dio de lleno en la cara. El puente estaba a tan solo unos diez metros, pero la considerable altura de los pastizales debido al clima caluroso y húmedo lo convertía en un lugar a resguardo de las miradas.

—¿A qué hora apareció el cuerpo de Priscilla Caller? —preguntó Erin dándose vuelta para toparse con la mirada curiosa del comisario.

—Fue descubierto a horas tempranas de la mañana, lo encontró un cazador. Suponemos que el asesino se deshizo del cuerpo durante la noche.

—Lo que significa que conoce muy bien este sitio, se debe ser cuidadoso para bajar hasta aquí, mucho más de noche y con el peso de un cuerpo muerto —aseveró Erin—. Sin dudas, el asesino es un lugareño.

Tyler concordó con ella.

—¿Dónde fue encontrada la segunda víctima?

—Venga.

La condujo hacia el norte y no tuvieron que avanzar mucho hasta alcanzar la segunda escena.

—Parece que nuestro SuDes ha hecho de este territorio su propio cementerio —comentó Erin al constatar la poca distancia entre los dos puntos.

—¿SuDes?

—Sujeto Desconocido —aclaró ella—. Es el argot que usamos en el FBI para referirnos al sospechoso.

Tyler no dijo nada, sabía que el mundo de los federales difería mucho del suyo, no solo en términos policiales, sino en métodos de investigación. Además había leído que contaban con tecnología que permitía atrapar a un criminal incluso con un solo clic.

—Se siente seguro en este lugar, pero al mismo tiempo desea que sus víctimas sean halladas rápidamente.

—Lo dice porque no se ha preocupado en esconder sus cuerpos —acotó Tyler pasándose una mano por el cabello.

El sol de mediodía estaba justo encima de sus cabezas y el calor era casi insoportable. Contempló a Erin que aún llevaba su chaqueta y se preguntó por qué demonios no se la quitaba. ¿Acaso el protocolo no se lo permitía? Le habría gustado preguntarle, pero se abstuvo, también le habría gustado verla con el cabello suelto, porque estaba seguro de que le daría un aspecto más fresco y jovial.

—Exactamente —respondió Erin, y él se olvidó por un momento de lo que estaban hablando.

—¿Quiere ver algo más? Está haciendo demasiado calor y si seguimos aquí nos vamos a asar.

Erin sonrió ante su comentario, él tenía razón. Estaba sudando por todas partes, pero no iba a quitarse la chaqueta. Parecía una actitud tonta, sobre todo cuando la temperatura debía de estar cercana a los 32 grados, pero aquella prenda le brindaba seguridad. Le habían enseñado en la academia que la apariencia era casi tan importante como la confianza en uno mismo, y se había aferrado a ese precepto desde que se había graduado. Por eso su guardarropa como agente del FBI constaba de chaquetas entalladas al cuerpo; faldas rectas en colores sobrios y camisas que combinaban a la perfección con todo lo demás. En cambio, cuando estaba de civil, adoraba vestirse con unos pantalones vaqueros y camisetas o algún cómodo vestido que le hiciera recordar de vez en cuando que también era una mujer.

—Podemos irnos —dijo Erin, por fin, ante la mirada expectante del comisario.

Nuevamente, él la ayudó a escalar por el terreno elevado, y Erin sintió un hormigueo en la base de la columna cuando Tyler tomó su mano con fuerza.

—¿Tiene hambre? —preguntó Tyler ya en el interior de la camioneta.

Estaba famélica, solo había probado una pequeña porción del pastel que le habían llevado sus vecinas temprano en la mañana, y ya era prácticamente la hora del almuerzo. Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Podemos comer algo por ahí antes de regresar a la estación si le apetece —sugirió él antes de encender el motor.

¿El recio comisario Tyler Evans la estaba invitando a comer? Después de lo mal que habían comenzado jamás pensó que él fuese a tener una deferencia así con ella.

—Preferiría reunirme con Jon y Jesse —respondió echando por tierra la invitación que él acababa de hacerle.

Tyler trató de ocultar la desazón que le había provocado su rechazo, sonriendo.

—Como prefiera. —Apoyó el codo en la ventanilla abierta—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Erin lo miró.

—Por supuesto.

—¿Qué es exactamente lo que usted hace en el FBI? El agente Kellerman me dijo que usted es perfiladora, una de las mejores en su puesto.

Erin no dudaba de que Jon hubiera dicho una cosa semejante, ya que no se cansaba de ponderar su eficiencia, pero la época en la cual había sido considerada la mejor había quedado en el pasado. Ahora era apenas la sombra de lo que había sido una vez y temía que eso influyera en su desempeño.

Tyler notó la preocupación en su rostro, también vio cómo ella se acomodaba un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja. «Mi pregunta la sorprendió y la puso nerviosa», pensó.

Erin se aclaró la garganta antes de responderle.

—Pues el rol fundamental de un perfilador es valerse de la información recolectada en la escena del crimen, de la víctima y de testigos, si los hubiera. A partir de ahí se construye un bosquejo biográfico de la persona que perpetró el crimen.

Tyler la escuchaba con mucha atención.

—Mediante un perfil criminal podemos predecir cosas tales como la raza del perpetrador, edad, empleo, estado civil, educación —continuó explicando.

Tyler la miró algo desconfiado.

—¿Predecir? Eso se parece mucho a adivinar —expuso él sin ninguna intención de ofenderla.

Ella suspiró hondo; había perdido la cuenta de las veces que le habían hecho un planteo como aquel cuando decía cuál era su trabajo.

—Pues no lo es; como perfiladores nos centramos en identificar características de la personalidad del criminal, sus tendencias de conducta y variables geográficas. Por ejemplo lo que le mencioné hace rato, de que el asesino conoce muy bien el lugar es un hecho factible; se mueve en un sitio que le es familiar, donde se siente cómodo.

—Supongo que también hay un margen de error.

—Como en cualquier disciplina, se cometen errores —espetó ella—. Solo porque una persona concuerde con el perfil de un criminal no significa que sea culpable; muchas personas pueden encajar en el perfil, pero obviamente no todos pudieron cometer el crimen.

Tyler asintió; la mujercita hablaba con propiedad, había que reconocerlo, pero él seguía un tanto escéptico.

—¿Y, dígame, se ha equivocado alguna vez?

Erin no pudo responderle a su pregunta enseguida, apartó la mirada y clavó sus ojos en la carretera. Se le estrujó el corazón; aquel hombre sin siquiera saberlo había tocado un tema demasiado doloroso para ella.

—Como le dije... todo el mundo comete errores —contestó por fin Erin con un

hilo de voz antes de sumirse en un profundo silencio.

Y Tyler respetó su deseo de no continuar hablando.

De regreso en la estación de policía, Erin agradeció el hecho de que Jon hubiese pedido comida japonesa. Sin importarle las miradas que se posaban sobre ella, devoró su porción de *sashimi* en cuestión de segundos.

Jon le entregó los informes de la investigación, Erin le dijo que se los llevaría para estudiarlos con más calma en la casa.

Tyler, desde un rincón, observaba cómo se movían los tres agentes mientras hacían su trabajo. Supo que habían enviado todos los datos que él mismo había recopilado a la sede de Quantico para que los expertos los revisaran. No puso ninguna objeción, solo se limitó a ser testigo de sus movimientos. Había términos o nuevos métodos que ellos mencionaban y que no llegó a comprender, pero los federales parecían haberse habituado a la situación mejor que él.

Indefectiblemente, sus ojos se posaron en Erin la mayoría del tiempo. Era un placer verla moverse en su mundo a pesar de que aquella oficina no era el lugar adecuado. Ni siquiera parecía que había estado retirada del FBI. Sintió curiosidad entonces por conocer el motivo de su alejamiento; en realidad, aquella mujer reservada y elogiada por sus pares le llamaba mucho la atención. Había momentos en los cuales la sentía titubear, como cuando le había preguntado si alguna vez había cometido un error; en otras ocasiones, en cambio, parecía una mujer segura de sí misma. La observaba mientras conversaba con sus dos colegas, y los vestigios de incertidumbre que había percibido en sus hermosos ojos azules parecían haberse desvanecido.

Erin Campbell era un completo enigma, y a él le encantaba resolver misterios.

* * *

—¿Te has decidido por fin? —preguntó Jon tamborileando nerviosamente sus dedos encima del vehículo—. Las mujeres son increíbles; Jesse ha estado aquí más temprano y salió con su auto nuevo en cuestión de minutos.

Erin lo observó; llevaban en aquel local de autos usados casi una hora y aún no habían elegido uno para ella. No quería nada ostentoso ni llamativo, solo desplazarse por la ciudad. Conocía a Jon y supo que él esperaba que se decantara por uno de los modelos más modernos, pero ella se había enamorado perdidamente de un pequeño Honda Fit color verde oliva que, a pesar de ser un ejemplar pasado de moda, parecía estar hecho a su medida.

Le comunicó a Jon su decisión y él se encargó del papeleo con el dueño del negocio.

Cuando entró al auto y se ubicó frente al volante se sintió más que bien. Jon la contemplaba desde su asiento y sonrió.

—Pareces una niña con juguete nuevo.

—Me encanta, creo que es perfecto para mí.

—Un poco pequeño, quizá —alegó Jon tratando de ubicarse lo más

cómodamente posible dentro de aquel reducido espacio.

Erin lo miró; Jon tenía razón, el auto no era muy grande, pero a ella no le importó. Ahora podría moverse por la ciudad sin ningún inconveniente. Lo estrenaría oficialmente esa misma tarde cuando fuera de compras, pero antes debía pasar a recoger a *Apollo*, que se había quedado con Charity en la estación de policía.

Erin encendió el motor que rugió como un cachorro de tigre; le fascinó el rumor y sonrió.

—No puedes imaginarte lo bella que te ves cuando sonríes de esa manera — comentó Jon mirándola fijamente.

Erin se sonrojó. Estaba acostumbrada a que Jon le hiciera esa clase de cumplidos; pero desde que su madre había vuelto a la carga con respecto a una posible relación amorosa con él, y, sobre todo, a partir del hecho de que Jon estuviera al tanto de sus absurdas intenciones, experimentaba cierta incomodidad que antes nunca había sentido. Despotricó contra su madre en silencio.

—Jon. —Apagó el motor del auto de repente—. Hay un asunto que quiero comentar contigo; es serio.

Jon, como pudo, se movió inquieto en su sitio y frunció el ceño.

—¿De qué se trata? —Lo asustaba el dejo de preocupación que vislumbró en la voz de Erin.

—Se trata del comisario Evans.

Jon sonrió.

—Sé que no has tenido un buen comienzo con él, pero estoy segura de que ese hombre acabará por gustarnos, es rudo y poco amigable, pero...

—No, Jon, no se trata de eso.

Jon volvió a inquietarse.

—¿Qué es entonces?

—Esta mañana recibí la visita de mis vecinas, que vinieron a darme la bienvenida. —Se mesó el cabello y acomodó un mechón rebelde detrás de la oreja—. La señora Montgomery mencionó que los asesinatos de Priscilla Caller y Katie Lorenz podrían estar relacionados con un caso sucedido hace cinco años en el que, al parecer, una jovencita fue agredida.

Jon la escuchaba con atención.

—Dijo también que el culpable se llamaba Rick Evans. —Miró a Jon para estudiar su reacción ante la mención de aquel apellido.

—¿Evans?

Erin asintió.

—Ella dijo que él había regresado a la ciudad justo antes del primer asesinato.

Jon seguía pensando en el nombre que Erin le había dado.

—Cuando revisamos los expedientes del caso no se mencionaba a ningún Evans como probable sospechoso, pero...

—Es el hermano menor del comisario, Jon —soltó ella interrumpiéndolo.

Jon dejó escapar un suspiro. Ahora veía la gravedad del asunto y la indecisión de Erin para contárselo.

—Vaya, no me lo esperaba.

—Confronté al comisario Evans esta misma mañana cuando regresábamos de la escena del crimen —le contó—. Se puso furioso cuando le mencioné el asunto; dijo que son solo habladurías de la gente y se enojó más tras saber que había sido la señora Montgomery quien me lo había contado.

—Aun así, no creo que haya actuado correctamente con nosotros, debió decirnos lo de su hermano, puede que solo sean sospechas infundadas, pero debemos seguir todas las líneas investigativas. —Se aflojó el nudo de su corbata de seda—. Nos ocultó información, Erin.

—Jon, sé que en esta situación lo más prudente sería apartarlo del caso; si decidimos investigar a su hermano como posible sospechoso, Tyler Evans no puede trabajar con nosotros —puntualizó Erin seriamente.

—Sí. —Jon sabía que no sería sencillo lidiar con el comisario Evans después de decirle que lo más prudente era que diera un paso al costado, pero no había otra cosa que pudiera hacer. El reglamento era estricto, ningún elemento podía investigar un caso en donde estuviese directamente involucrado.

—Si quieres, puedo decírselo yo; después de todo creo que ya me gané su antipatía luego de lo sucedido con *Apollo* esta mañana —se ofreció Erin.

Jon negó con la cabeza.

—No, debo hacerlo yo.

—Está bien.

Erin volvió a encender el auto, y salieron del lugar sumidos en un pesado silencio.

Alguien los observaba desde lejos mientras fumaba un cigarrillo.

No estaba nervioso; lo que él sentía era ansiedad, pura y deliciosa ansiedad.

Las piezas del ajedrez estaban exactamente donde las quería, y quien comandaba el juego era él.

Arrojó la colilla humeante a través de la ventanilla de su coche y partió raudamente con una sonrisa victoriosa en los labios.



Capítulo 6

Fue difícil para Tyler sacar a Rick de la casa esa tarde sin que Mimie sospechara. Tenían una cita con el psiquiatra, y había cumplido con la promesa que le había hecho a su hermano de no contarle nada.

Había salido de la estación de policía una vez que los federales se marcharon, dejó dicho a Charity que si lo necesitaban que se comunicasen con él por teléfono, y le había dedicado una mirada desdeñosa al perro de la agente Campbell, que jugaba con una vieja pelota de béisbol en un rincón de la recepción. No le desagradaban los perros, pero aquel ejemplar negro y peludo era, decididamente, una amenaza para sus botas.

Miró a su hermano mientras conducía hacia el hospital. Rick lo necesitaba más que nunca, y él estaba primero en su lista de prioridades en aquel momento.

Rick parecía estar sereno, con la vista perdida en el camino. Apenas había pronunciado palabra desde que habían salido de la casa y dejaron a Mimie con una mentira.

Tyler estacionó su camioneta Ford frente al hospital Kansas Spine; no tenían cita previa, pero esperaba que el doctor Beaner los recibiera de todas formas.

Entraron al consultorio y de inmediato los ojos de la gente se posaron en los dos hermanos Evans. Tyler hizo caso omiso a las miradas curiosas y tomó a Rick por el brazo para conducirlo hasta el ala de psiquiatría.

Una vez allí le anunció a la recepcionista que no tenía cita con el doctor, pero que necesitaba verlo con urgencia. La mujer le hizo señas de que se sentara y esperase a ser atendido.

Tyler obedeció, se ubicó junto a Rick en un rincón de la sala de espera; el recinto no era muy amplio y enseguida se llenó de gente. Muchos de los allí presentes se dedicaron a murmurar frente a sus narices, y Tyler trató de concentrarse en otra cosa para no armar un escándalo.

La puerta de la consulta se abrió, y el doctor Beaner salió para entregarle unos papeles a la recepcionista. Lo saludó levemente con un movimiento de cabeza y Tyler aprovechó la ocasión para acercarse a él.

—Doctor Beaner, necesito que vea a mi hermano... es importante.

El médico bajó sus gafas por el puente de la nariz y lo observó. Notó su angustia y su prisa y, a pesar de que muchos no aprobarían lo que estaba a punto de hacer, decidió atenderlo.

—Adelante —les indicó—. Volveré en un momento.

A toda prisa, Tyler buscó a su hermano y se perdió con él detrás de la puerta del despacho del doctor Beaner.

—Siéntate —dijo Tyler a Rick una vez dentro.
Rick obedeció y observó a su hermano mayor.
—¿Qué sucede? —preguntó Tyler evidentemente nervioso.
—Tengo miedo de lo que pueda llegar a decirnos el doctor Beaner —respondió Rick—. No quiero volver a ese lugar, Tyler, no quiero.
Tyler puso una mano en el hombro de su hermano y sonrió.
—Tranquilo, no volverás, te lo prometo.
En ese momento, la puerta se abrió y el médico entró con una carpeta. Tyler supuso que se trataba de la historia clínica de Rick.
—Muy bien, según este registro su hermano debía regresar a verme dentro de dos semanas —indicó el doctor mirando a uno y a otro alternadamente.
—Así es, doctor, pero Rick no se ha sentido bien últimamente.
El doctor fijó su atención en el menor de los hermanos.
—¿Qué sucede, Rick?
Rick puso ambas manos encima del escritorio; de repente había comenzado a temblar.
—Son las lagunas mentales, doctor. Han regresado y esta vez con más frecuencia; los medicamentos ya no me hacen efecto.
El doctor Beaner revisó la historia clínica del nervioso muchacho que tenía sentado frente a él. Era su paciente desde que había regresado a la ciudad y era la primera vez que lo veía tan mal.
—La dosis que te receté debería ser suficiente para controlar esos lapsus de memoria —aseveró—. ¿Cuándo comenzaron a hacerse más frecuentes?
—No lo sé, hace un mes quizá.
—Debió venir antes.
—Fue culpa mía, doctor —intervino Tyler.
El médico no dijo nada.
—¿Has tenido alguna experiencia traumática? ¿Algo que pudiera provocar las lagunas mentales? —preguntó en cambio a Rick.
Rick no respondió de inmediato.
—No lo sé.
—Trata de recordar —insistió el médico.
Rick negó con la cabeza.
—No lo recuerdo.
Tyler notó que Rick se estaba alterando, le tocó la mano y lo obligó a que lo mirase.
—Cálmate, Rick, todo estará bien.
—Sin dudas hubo un disparador que desató el cambio de conducta —explicó el doctor Beaner cerrando la historia clínica de Rick—. Te recetaré un medicamento más fuerte. —Escribió en un papel con rapidez y se lo entregó luego a Tyler.
Él lo leyó, pero era imposible entender la caligrafía.
—Que empiece a tomarlo hoy mismo —indicó el doctor—. Notarás el cambio en un par de días. —Miró a Tyler—. Si ve que no mejora, deberá traerlo nuevamente.

Tyler guardó la prescripción dentro del bolsillo de su camisa y se puso de pie. Rick hizo lo mismo. Saludaron al doctor Beaner y abandonaron el Kansas Spine bajo la atenta y curiosa mirada de la gente.

Estaban a punto de subir a la camioneta cuando Rick se detuvo de repente. Tyler notó que él miraba hacia el estacionamiento del hospital. Giró la cabeza y vio a Anthony Hall aparecer de su coche y caminar hacia el área de urgencias.

El médico se detuvo y los miró.

Los separaban unos cuantos metros, pero aun así Tyler percibió el rencor en la mirada del padre de Brittany Hall.

—Ven, Rick, será mejor que regresemos a la casa, Mimie debe de estar preocupada por nuestra ausencia —dijo arrastrando a su hermano dentro de la camioneta.

En el camino, Tyler se detuvo en una farmacia para comprar el medicamento para Rick.

Nunca imaginó que allí se toparía con Erin Campbell.

Ella salía de la farmacia cargando un par de bolsas. Hacía calor, demasiado, y a pesar de que continuaba con la misma ropa que llevaba por la mañana, estaba muy hermosa.

Tyler no podía negarlo, aquella mujercita irritable y sobria era dueña de una belleza singular. Se detuvo en la acera unos segundos solo para contemplarla a sus anchas aprovechando que ella aún no había detectado su presencia.

Su rostro estaba un poco enrojecido por el salvaje sol de Kansas, pero lucía suave y terso, con unas cuantas pecas surcando las mejillas y la pequeña nariz. Los labios no eran carnosos como a él le gustaban, pero estaba seguro de que sus besos serían deliciosos. Pero si algo sobresalía en el rostro de la agente del FBI eran sus ojos.

Tyler aún no había conseguido discernir de qué color eran exactamente, tal vez una exótica mezcla de azul con violeta; y podía jurar que cambiaban de tonalidad acorde al estado de ánimo de su dueña.

Carraspeó y comenzó a avanzar cuando se dio cuenta de que ella lo había visto. Se acercó y le ofreció ayuda con las bolsas.

Erin accedió gustosa y lo siguió hasta el sitio en donde estaba estacionada su nueva adquisición.

Tyler lanzó un silbido de admiración.

—¡Vaya! Bonita máquina. —Colocó las bolsas dentro del Honda Fit cuando ella le abrió la puerta. *Apollo* que se encontraba en el asiento trasero, se colocó de inmediato en la parte delantera. Tyler frunció el ceño.

—Gracias —solo dijo ella.

Él apartó la vista del perro y sonrió, parecía que Erin llevaba prisa o estaba tratando de huir de él.

Erin se metió en el auto, encendió el motor y se asustó cuando Tyler se asomó por la ventanilla abierta. También *Apollo* reaccionó ante aquella intromisión, y Erin tuvo que sujetarlo para que no le saltara encima al comisario.

A él poco pareció importarle y, de repente, a Erin le pareció que él estaba demasiado cerca. Empujó a *Apollo* hasta su sitio y se reclinó en el asiento.

—¿Desea algo más? —preguntó resoplando su flequillo en un gesto displicente.

Él negó con la cabeza.

—Nos vemos más tarde —dijo Tyler sonriéndole, y Erin descubrió que, cuando lo hacía, una arruga se dibujaba en su mejilla derecha, cerca de la comisura de sus labios.

—Hasta luego. —Arrancó el auto y se marchó a toda prisa.

Erin no tenía intención de regresar ese día a la estación de policía. El mismo Jon le había dicho que era mejor que se quedara en casa revisando los archivos del caso; no la quería cerca cuando le comunicara al comisario Tyler la decisión que había tomado.

* * *

Erin llegó a la casa cerca de las siete de la tarde; llevaba consigo toda la información preliminar de la investigación para comenzar a diseñar el perfil del sospechoso.

Llevó las bolsas de las compras a la cocina y dejó las carpetas en el sillón de la sala. Se quitó los zapatos y los dejó desperdigados encima de la alfombra. Necesitaba una ducha antes de sentarse a trabajar.

Puso un poco del alimento balanceado de *Apollo* en su cuenco nuevo y se dirigió hasta el baño.

Treinta minutos después, estaba fresca, limpia y olía a agua de azahar. *Apollo* había acabado con su ración de alimento y ya se encontraba ubicado en su sillón favorito. No estaba dormido, sino que observaba atentamente cada movimiento que hacía Erin. Pero, cuando alguien llamó a la puerta, saltó del sillón y corrió para ver quién venía de visita esta vez.

Erin dejó escapar un soplo de fastidio, esperaba que no fuera nuevamente la señora Montgomery; la mujer no le caía muy bien, y no estaba con ánimos de ser cortés con ella en ese momento.

Se asomó por la mirilla y descubrió aliviada que se trataba de Olivia; no vio a su madre por ninguna parte, por eso decidió abrirle.

Al hacerlo, *Apollo* saltó encima de las piernas de la joven. Erin sonrió, al parecer su perro estaba haciendo más vida social que ella; no solo se había ganado la simpatía de su vecina, sino también la de Charity, la secretaria del comisario Evans.

—Hola, Erin, espero no molestar —dijo Olivia colocando su abundante melena ondulada sobre uno de los hombros, mientras se agachaba para jugar con *Apollo*.

—Para nada, acabo de llegar. Pasa. —Erin recogió los zapatos del suelo y los dejó en un rincón.

Olivia entró seguida del animal. De inmediato sus ojos negros se posaron en las carpetas esparcidas encima del sofá.

—Tienes trabajo, debí suponerlo.

Erin recogió todo y lo colocó sobre la mesita.

—Me gusta traerme el trabajo a casa. ¿Deseas tomar algo? Estaba a punto de servirte una cerveza, pero si quieres beber un refresco...

—¿Bromeas? Una cerveza me caería estupendamente, trabajo como camarera en un bar, estoy acostumbrada a las bebidas alcohólicas —explicó.

Erin no entendió a qué se refería con eso de que estaba acostumbrada a las bebidas alcohólicas, pero no tardó más de un par de minutos en regresar de la cocina con un par de latas de cerveza.

—Si quieres un vaso, te lo puedo traer.

—No te molestes —le sonrió—. Así está bien.

Erin se sentó frente a ella y subió ambas piernas encima del sillón.

—Antes que nada quería pedirte disculpas por el comportamiento de mi madre hoy a la mañana —dijo Olivia evidentemente contrariada—. No suele irse de boca de esa manera, mucho menos frente a extraños, pero desde que ha puesto sus ojos en el doctor Anthony Hall, anda defendiendo a su hija a capa y espada.

Erin bebió un sorbo de cerveza y luego dijo:

—No te preocupes.

—No estoy de acuerdo con ciertas actitudes de ella. Hasta cierto punto la comprendo. —Hizo un mohín con los labios—. El divorcio la ha convertido en una mujer un tanto amargada. Mi padre se largó hace más de un año con una mujer mucho más joven que él. Y que mi madre, por supuesto —explicó tratando de justificar las acciones de Pearl Montgomery.

Erin no dijo nada, podía entender el proceder de la madre de Olivia, pero inculpar a alguien de un crimen era una cosa bastante diferente.

—Dime, ¿cuál es tu trabajo dentro del FBI? —preguntó curiosa Olivia.

—Pues mi especialidad es la psicología forense; soy perfiladora.

Los ojos negros de Olivia se abrieron desmesuradamente.

—¿Como Clarice Starling en *El silencio de los inocentes*?

Erin soltó una carcajada.

—Algo así; mi tarea consiste en elaborar un perfil del sospechoso, estudiar su mente para tratar de conocer los motivos que lo llevaron a cometer el crimen... Comprender por qué lo ha hecho.

—Suenan apasionante.

Erin admiraba el entusiasmo que demostraba Olivia. Le resultaba difícil encontrar a alguien que creyera que su trabajo fuese apasionante.

—Suele ser un trabajo extenuante y sobre todo muy estresante, no es sencillo hurgar en la mente de un asesino; créeme, he visto cosas horribles en los años que trabajé como agente del FBI.

—¿Cuántos años llevas como agente especial?

—Después de graduarme como psicóloga forense entré a la academia. Me convertí en agente del FBI cuando tenía veintitrés años y ocho meses; cinco años después fui aceptada en la Unidad de Ciencias de la Conducta y estuve allí dos años hasta que me retiré, fueron siete años en total.

Olivia frunció el ceño.

—¿Te retiraste? ¿Cuándo?

Erin sabía que había hablado de más y ahora tendría que dar explicaciones que no tenía ganas de dar.

—Hace cuatro años.

—Y regresaste.

—Sí, no pensaba hacerlo, ya me había construido una nueva vida lejos de Quantico, pero mi jefe vino a buscarme.

—¿Y qué hiciste luego de tu retiro?

A Erin le sorprendió que ella no le preguntase la razón de su alejamiento. Le sonrió.

—Me mudé a Lexington, una pequeña ciudad en el este de Virginia, con *Apollo*. Allí comencé a escribir novelas románticas, tuve la suerte de que una importante editorial confiara en mí y publicase mis libros.

—¡Wow! —exclamó Olivia—. ¡Eres escritora! ¡Y de novelas románticas! Adoro las novelas románticas.

—Puedo hacer que la editorial te envíe alguno de mis libros si te interesa —le ofreció.

—Me encantaría.

—Mañana mismo hablaré con mi editora.

—¿Y, dime, has dejado algún galán allí donde vivías?

Erin casi se atragantó con el último sorbo de la cerveza. Dejó la lata encima de la mesita y tardó unos segundos en responder.

—No, no dejé a nadie.

Olivia frunció el ceño.

—¿Una autora de novelas románticas sin un amor? Es una triste paradoja; puedo presentarte a alguno de mis amigos...

Erin la detuvo.

—No hace falta, estoy bien así.

Olivia notó de inmediato el cambio de humor. Había tocado un tema doloroso.

—¿Has sufrido por amor? Perdona mi intromisión, pero cuando empiezo con el interrogatorio ya no puedo detenerme.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—Digamos que no he sido afortunada.

—Pero has estado enamorada alguna vez...

Erin asintió.

—¿Qué sucedió? —se atrevió a preguntar Olivia.

Erin volvió a guardar silencio, sus manos comenzaron a moverse inquietas sobre su regazo.

—Conocí el amor una vez —dijo por fin—, pero las cosas no salieron bien...

—Te destrozaron el corazón —se aventuró a decir Olivia.

—Olivia, no te enojés, pero prefiero no hablar del asunto —le pidió con los ojos humedecidos. Ya había dicho demasiado, mucho más de lo que hubiese imaginado

revelarle a nadie jamás.

—Está bien, comprendo, pero quiero que sepas que a pesar de que apenas nos conocemos puedes confiar en mí, no soy para nada como mi madre, sé guardar un secreto y prestar un oído cuando alguien lo necesita —le dijo sinceramente.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Además creo que te haría bien salir un poco, ¿por qué no vienes esta noche al Blue Shadow? Es el bar donde trabajo, es un lugar tranquilo, con un ambiente relajado, los tragos irían por mi cuenta, por supuesto...

Erin la interrumpió.

—Te agradezco la invitación, pero esta noche no, estoy agotada, fue mi primera jornada de trabajo y lo único que quiero es meterme en la cama temprano.

—Bien, pero debes prometerme que irás una de estas noches, hasta el más acérrimo de los trabajadores tiene derecho a divertirse, está escrito en la Biblia —aseveró poniéndose seria.

Erin volvió a sonreír y las ganas de llorar que la habían invadido hacía tan solo unos segundos se desvanecieron por completo.

—Esta mañana vi que te fuiste con dos hombres, muy guapos, por cierto, sobre todo el más joven de ellos —comentó Olivia cambiando de tema.

—Esos eran Jon Kellerman, mi jefe, y Jesse Widmore, mi nuevo compañero de trabajo —explicó sintiéndose un poco menos tensa ahora que la conversación había tomado otro rumbo.

—Jesse; ¿qué hace él en el FBI? ¿Lo mismo que tú?

—No, él es experto en crímenes violentos, digamos que su campo de investigación se complementa con el mío.

—Entiendo, pues a mí me parece muy guapo.

Erin sonrió, era más que evidente que a Olivia le había encantado el agente Widmore. Ella había tachado de su vocabulario la palabra «romance», pero no le costaba nada presentárselo a Olivia cuando se diera la ocasión. Le caía bien, y con ella sucedía algo que hacía mucho tiempo no experimentaba: podía reírse y pasar un buen rato.

—Es un joven bastante serio —comentó Erin—. Pero supongo que no puedo hablar mucho de él, hace apenas un par de días que lo conozco.

—¿Y ese poco conocimiento te permite decirme por ejemplo si tiene novia, está comprometido o casado?

—No lo sé, pero puedo averiguarlo.

—Me harías un gran favor. —Olivia buscó la mano de Erin y le dio un par de golpecitos—. Estoy segura de que pronto encontrarás un hombre que te mueva la estantería.

Las palabras de Olivia le causaron gracia.

—No es mi prioridad en este momento —respondió esperando que ella no retomara el tema, no estaba preparada para seguir hablando de su pasado y de su historia de amor frustrada.

—Cambiarás de opinión cuando conozcas al hombre de tu vida.

Erin no le dijo nada, sus ojos se desviaron hacia los expedientes que había traído de la estación de policía.

—Olivia, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras —respondió acomodándose mejor sobre el sofá.

—¿Conoces a Rick Evans?

Olivia le clavó sus enormes ojos negros.

—Sí, mi jefe, Connor, es el mejor amigo de su hermano, Tyler, el comisario, a quien seguro ya habrás tenido el placer de conocer.

No podía decirse que haber conocido al comisario Tyler Evans hubiera sido precisamente un placer, pero Erin dejó que Olivia continuara.

—Tiene un hermano menor, Rick. Él no es como los demás muchachos; es especial, no sé si me entiendes.

—¿A qué te refieres?

—Tiene un ligero retraso mental, al parecer su madre contrajo alguna enfermedad cuando lo estaba esperando y nació con ese problema. Si te lo encuentras en la calle parece un muchacho normal, un poco tímido y callado, pero nada más. Cuando sus padres murieron, Rick tenía unos doce años, creo. Su hermano y una mujer negra que ha trabajado para ellos desde hace años se encargaron de su cuidado. Nunca necesitó un trato especial, iba a la escuela como los demás niños, era un poco lento de aprendizaje, pero se las apañaba bastante bien.

—¿Qué fue lo que sucedió hace cinco años?

Olivia dejó escapar un suspiro.

—Una tragedia. Fue una noche de verano después de una fiesta que había organizado un grupo de chicos, todos amigos de Brittany Hall. La fiesta se prolongó casi hasta la madrugada, y Brittany regresó a su casa sola. Lo que sucedió después solo ella y el propio Rick lo saben, pero el asunto es que parece ser que Rick, que se había colado en la fiesta, la siguió. No era un secreto para nadie que Rick estaba enamorado de ella. Rick se acercó a Brittany y quiso darle un beso, ella lo rechazó y él simplemente enloqueció. La golpeó hasta dejarla inconsciente. Luego llamó por teléfono a Tyler y él fue quien llevó a Brittany al hospital. Rick fue acusado y condenado por agresión y debido a su discapacidad fue enviado a una institución mental en donde estuvo encerrado durante cuatro años.

Erin escuchó la historia con atención. Ignoraba que el hermano del comisario padeciera un retraso mental, tal condición sumada al hecho de que la muchacha que amaba lo rechazara pudo ser el disparador para que él la atacara. Aun así le pareció extraño.

—Te has quedado pensativa de repente.

—Es una historia terrible.

—Sí, pero no creo que Rick tenga que ver con los asesinatos, olvida lo que dijo mi madre, ella vive bajo la influencia de Anthony Hall, el padre de Brittany, que odia a Rick y se ha encargado de hacerle la vida imposible desde que regresó a la ciudad.

—Sin embargo tiene antecedentes de violencia —puntualizó Erin cruzándose de brazos.

—Supongo que tú sabes más del tema ya que es tu trabajo, debes conocer cómo piensa un asesino, pero Rick no es un criminal, solo es un muchacho diferente que cometió un terrible error y que ahora vive señalado por todos. —Olivia miró su reloj—. Me encantaría quedarme, pero, si no me voy ya mismo, Connor es capaz de despedirme.

Erin y *Apollo* acompañaron a Olivia hasta la puerta.

—Recuerda que la invitación para que vengas al Blue Shadow sigue en pie —le dijo Olivia.

Erin asintió mientras sonreía.

—Adiós, cariño —rascó el lomo de *Apollo*—. ¿Te lo has llevado al trabajo?

—No tuve más remedio, me dio pena dejarlo solo en la casa, pero creo que fue un error haberlo hecho.

—¿Por qué lo dices?

—Digamos que la obsesión de *Apollo* por las botas vaqueras del comisario Evans no fue una buena manera de presentarme ante él.

Olivia soltó una carcajada.

—Si quieres yo puedo quedarme con él durante el día, no creo que a mi madre le moleste.

—No puedo pedirte semejante favor...

—Me encantaría cuidarlo, suelo estar en casa la mayor parte del día y no entro a trabajar en el bar hasta las nueve, para esa hora tú ya estás de regreso.

La idea la tentaba, pero no podía afirmar que a la señora Montgomery le diese gusto.

—No te preocupes por mi madre, se enojará al principio, pero estoy segura de que terminará por conquistarla también a ella. —Levantó al perro y este comenzó a lamer su rostro—. ¡Creo que fue amor a primera vista!

—No lo dudo, se ve que te adora. No quiero causarte molestias, pero la verdad es que no puedo andar con él de arriba abajo, mucho menos llevarlo todos los días a la estación de policía; lamentablemente no a todos le cae simpático *Apollo*.

—Dale un poco de tiempo a Tyler, es un poco hosco y antipático, pero es un buen hombre.

—Supongo que sí.

—Bueno, debo marcharme. Gracias por la cerveza —dejó al perro en el suelo—. Tráemelo mañana antes de irte y no te preocupes, estará bien en mi casa.

—Gracias, Olivia, de veras.

Se despidieron, y Erin y *Apollo* entraron a la casa. Estaba anocheciendo y ya era hora de encender todas las luces.

Regresó luego a la sala, se sentó en el sofá con las piernas dobladas y tomó una de las carpetas del caso. Junto a ella tenía una pequeña libreta y un bolígrafo y, antes de empezar a leer el expediente, anotó un nombre y lo encerró en un círculo.

Rick Evans.

* * *

—¿Quién demonios se cree que es usted para tomar semejante decisión? — Tyler se levantó bruscamente de su silla y golpeó el escritorio con la mano.

Jon sabía que aquella conversación sería de todo menos sencilla, aun así aquel hombre tan terco como una mula debía entender las razones por las cuales él le estaba pidiendo que se apartara de la investigación.

—Es lo mejor, comisario —dijo sin moverse de su sitio. Estaba de pie junto a la ventana, lejos del alcance de la furia de Tyler Evans, ya que no sabía cómo podría reaccionar.

—Desde un principio aclaré que este era mi caso y usted estuvo de acuerdo — espetó mirándolo fríamente con sus ojos grises.

—Eso es verdad, pero también es cierto que usted nos ocultó información relevante en el caso.

Era evidente hacia dónde apuntaba aquella conversación.

—La agente Campbell habló con usted, ¿verdad?

Jon asintió.

—Erin solo expuso un hecho que no puede ser pasado por alto; su hermano va a ser indagado como un posible sospechoso y no es prudente que usted comande la investigación.

Tyler farfulló un par de maldiciones. Sabía que la charla informal que había tenido con la dichosa perfiladora le traería problemas.

—No puede investigar a mi hermano basándose solamente en habladurías de gente que no tiene mejor cosa que hacer que perjudicar a los demás.

—Su hermano tiene antecedentes penales, fue condenado por agresión. En este caso, las víctimas fueron golpeadas hasta morir y además el primer homicidio ocurrió pocos días después de que su hermano saliera de la institución mental donde estuvo recluso.

Tyler se quedó callado. Sabía que todas las sospechas señalaban a su hermano, pero Rick era inocente y él tenía que probarlo y, si lo alejaban del caso, jamás tendría la oportunidad de hacerlo.

—Por favor —su tono de voz furibundo dio paso a uno más calmado—, no puede sacarme del caso. Si todos creen que mi hermano es culpable, la única manera de exonerarlo es hallar al verdadero asesino. Si quiere le cedo el mando de la investigación, pero permítame colaborar, prometo no interferir, solo deseo probar la inocencia de Rick.

Jon lo meditó por unos segundos; presentía que, si no accedía a su petición, el comisario les haría la vida imposible, después de todo debían usar la dependencia de la estación de policía mientras durase su estadía en la ciudad. No era la primera vez que pasaba por alto alguna regla del protocolo; quizá la decisión que estaba a punto de tomar terminaría por convertirse en un problema grave en el futuro y, si eso ocurría, el único responsable sería él, pero aun así no lo dudó.

—Está bien, no voy a apartarlo del caso, pero quiero que entienda que no podrá interferir de ninguna manera, su hermano será debidamente investigado como cualquier otro sospechoso.

Tyler dejó salir por la nariz todo el aire que había contenido en los pulmones.

—Gracias, sé que al dejarme dentro está rompiendo algunas normas, pero no quiero perjudicar a nadie. Se lo debo a mi hermano —agregó con un dejo de tristeza en la voz.

—Si es inocente, no tiene de qué preocuparse.

—Lo es —aseveró Tyler.

—Bien, quizá lo llamemos para someterlo a un interrogatorio, le voy a pedir que cuando eso suceda usted no se encuentre presente.

Tyler lo comprendía y aceptó sin poner ninguna objeción. Ya había conseguido lo que quería, continuar en el caso, ahora debería dejar que los federales hicieran su trabajo y sobre todo hacer hasta lo imposible por dar con el verdadero culpable.

—Ahora debo retirarme, ya es tarde —dijo Jon yendo hacia la puerta—. Mañana comenzaremos con los interrogatorios, queremos citar nuevamente a todos los que han prestado ya su testimonio.

—No son muchos —informó Tyler—. Les hemos tomado declaración a los amigos y familiares de Priscilla Caller, aún no lo hemos hecho con los allegados de Katie Lorenz, apenas hemos recibido el informe de la autopsia hace unas pocas horas.

Jon asintió.

—Mañana echaremos manos al asunto, nuestros chicos en Quantico ya están trabajando con los datos que les hemos enviado, seguro tendremos resultados pronto. —Abrió la puerta y antes de salir miró a Tyler por última vez—. Nos vemos mañana, comisario.

—Hasta mañana, agente Kellerman.

Tyler dejó caer su cuerpo en la silla y de sus labios brotó un suspiro de alivio.

La jugarreta de la dichosa perfiladora no había funcionado, si lo quería fuera del caso, el tiro le había salido por la culata.

Salió de la oficina, Charity ya se había retirado a su casa. Miró su reloj, faltaban algunos minutos para las ocho, seguramente Mimie estaría esperándolo con la cena lista.

Pero esa noche no tenía ganas de ir a la casa, necesitaba un poco de soledad y el único sitio donde podía encontrarla era en la pequeña cabaña que había adquirido unos meses atrás. Había pensado mudarse en un futuro cercano, pero decidió posponer todo tras el regreso de Rick. Sin embargo y, a pesar de la mala cara de Mimie que no veía con buenos ojos que él, su niño grandote, se pudiera ir a vivir lejos de sus faldas, había pedido un crédito al banco y había comprado la cabaña. Se había enamorado la primera vez que la vio y supo en ese instante que tenía que ser suya. Con el dinero del préstamo pudo comprarla y hasta le sobró para invertir en la remodelación; tarea que se encargaba de hacer él mismo; le encantaba trabajar con las manos y regocijarse luego con los resultados.

Se subió a la camioneta, encendió la radio que en ese momento estaba transmitiendo un partido de béisbol entre el equipo los Broncos del Dorado y los Wingnuts de Wichita. No era fanático de los deportes, pero lo dejó en aquella

sintonía.

La cabaña estaba emplazada a orillas del Lago Beech en donde adoraba pasar toda una tarde pescando. No estaba lejos de la ciudad, solo unos cuantos minutos de distancia. Debía tomar el camino a Greenwich, pero sin pensarlo dos veces se desvió de su destino.

Ni siquiera supo por qué tuvo la necesidad de hacerlo, pero cuando entró en la calle dónde vivía Erin, ya no pudo dar marcha atrás. Pasó por delante de la casa de Pearl Montgomery, vio estacionada la camioneta de Anthony Hall en la entrada y no le sorprendió en lo más mínimo. El romance que mantenían estaba en boca de todos en la ciudad.

Miró hacia ambos lados de la casa y en la que vivía Erin solo podía ser la que estaba ubicada a la izquierda. Aminoró la marcha y observó con atención. Notó que todas las luces estaban encendidas, aún era temprano, pero igualmente le pareció extraño. Su nuevo coche estaba estacionado en la calle y no había ningún vehículo cerca, por lo que supuso que estaría sola.

Detuvo la camioneta a unos metros y apagó el motor.

¿Qué demonios estaba haciendo allí? No lo sabía, pero de repente había sentido la urgencia no solo de pasar, sino de quedarse a mirar. Quizá su intención fuera bajarse, llamar a la puerta y enfrentarla por lo que le había dicho a su jefe y que casi provocó su alejamiento de la investigación, pero en ese momento no lo creyó prudente. Era un tema que debía tratar con ella en la estación de policía, no en la intimidad de su casa.

Notó que la cortina de una de las ventanas se movió. Se quedó quieto, desde la casa ella podía verlo, a pesar que se había estacionado en un lugar poco iluminado.

Entonces la vio.

Erin estaba observando a través de la ventana; llevaba el cabello suelto sobre los hombros y tenía puesto lo que parecía ser una bata.

No lo había visto, podía jurarlo y aún estaba a tiempo de marcharse antes de que ella descubriera que la estaba espiando, pero no lo hizo. No podía apartar la vista de la silueta femenina que se recortaba contra el cristal de la ventana. La luz del interior estaba encendida y la oscuridad reinante afuera dibujaba las líneas de su cuerpo aunque estuviera cubierto con una bata.

Dejó escapar un suspiro.

Era condenadamente hermosa, no podía negarse. Mucho más ahora que veía cómo su dorada cabellera caía libre a un costado de su rostro.

Vio que ella inclinaba la cabeza y una bola de pelo negro saltaba contra la parte baja del cristal. Después Erin le sonrió a su perro y, tras correr la cortina, se alejó.

El maldito animal había hecho que ella se apartara de la ventana. Dio unos golpecitos al volante, estaba inquieto cuando debía estar molesto con aquella mujer.

Metió la llave en el encendido, sabía que tenía que irse de allí, no tenía caso quedarse y jugar el papel de tonto porque así era exactamente como se sentía.

Se largó a toda velocidad haciendo que las llantas de la camioneta chirriaran contra el asfalto.

* * *

Erin estaba en la cocina preparándose un café cuando escuchó el ruido proveniente de la calle, parecía que alguien tenía prisa. Con la taza llena regresó a la sala para seguir leyendo los expedientes del caso; faltaban algunos datos aún de la segunda víctima, como el informe de la autopsia y los reportes policiales de la escena del crimen al momento del hallazgo del cadáver.

Con lo que tenía era suficiente para empezar; apuntó unos cuantos datos en su ordenador portátil y leyó la lista de posibles sospechosos, aquellos que la policía local se había encargado de interrogar a su debido tiempo.

No era muy larga, solo había tres nombres.

Ken Bentley, uno de los compañeros de Priscilla Caller, con quien, según el informe policial, había discutido acaloradamente un par de días antes de su muerte.

Gill Murray, vecino de Priscilla, una de las últimas personas en verla con vida.

Y, por último; Sherman Payne, profesor de la secundaria en donde no solo asistía Priscilla sino también Katie Lorenz.

Por supuesto, el nombre de Rick Evans no aparecía en la lista.

A la mañana siguiente iría a visitar la casa de Priscilla Caller; uno de sus métodos a la hora de perfilar a un sospechoso era conocer a la víctima en profundidad.

Terminó de hacer algunas anotaciones, abrió el archivo del manuscrito en el que estaba trabajando y el que debía entregar en un plazo no mayor a los dos meses, e intentó escribir algo.

Estuvo unos cuantos minutos divagando en la misma línea, no podía avanzar. La escena en cuestión la tenía completamente estancada. Era la primera escena de amor entre los protagonistas de la historia y, a pesar de que ya llevaba escritas tres novelas románticas, no podía entender por qué aquella escena en particular le estaba dando tantos dolores de cabeza.

Media hora más tarde, y con apenas dos párrafos escritos, decidió que aquella noche tampoco sería productiva.

Llevó la taza de café al fregadero y subió a su habitación, pasó por al lado de *Apollo* que yacía dormido sobre la alfombra y se metió en la cama.

Un pensamiento angustiante la asaltó.

¿Habría hablado ya Jon con el comisario Evans? ¿Lo habría apartado del caso? ¿La odiaría él por haberse entrometido?

Cerró los ojos y trató de no pensar más en aquel tema.

Sin embargo, y durante un largo rato, no pudo quitarse al recio comisario de la cabeza.



Capítulo 7

A la mañana siguiente, y tras llevar a *Apollo* a la casa de Olivia, como habían acordado, Erin partió hacia la estación de policía. Suspiró aliviada cuando al llegar vio que la vieja camioneta Ford del comisario Evans no estaba estacionada en el lugar de costumbre.

Entró y saludó a Charity.

—¿Y *Apollo*? —preguntó la secretaria.

—Se ha quedado en la casa de una amiga.

Un muchacho joven con un gracioso bigote se acercó a ella. Se pasó el periódico a la mano izquierda, extendió el brazo y se presentó.

—Mi nombre es Tom Gibbons.

«El ayudante del comisario», pensó Erin.

—Mucho gusto, agente especial Erin Campbell —respondió ella dándole la mano.

Tom observó la identificación que colgaba del bolsillo de su impecable chaqueta y le sonrió.

—Me faltaba a mí darle la bienvenida; he tenido que ocuparme de algunos asuntos personales, pero ya estoy de regreso.

Erin echó un vistazo a la oficina del comisario, que aún permanecía con la puerta cerrada.

—El comisario Evans tardará un poco en llegar esta mañana —le informó Tom al ver hacia dónde apuntaban sus ojos.

La puerta de calle se abrió, y a Erin se la paró el corazón; pero solo se trataba de Jesse Widmore.

Erin le devolvió la sonrisa cuando él le sonrió.

—Buenos días —dijo quitándose las gafas de sol.

—Jesse, te presento al oficial Tom Gibbons.

Los dos hombres se dieron la mano y, de inmediato, Erin le preguntó por Jon.

—No debe de tardar —respondió Jesse.

Erin no podía disimular su inquietud; tenía que hablar con Jon sobre el comisario Evans, seguramente su ausencia se debía al hecho de que ya había sido apartado del caso, solo que ni su secretaria, ni su asistente lo sabían todavía.

—¿Qué quieres que hagamos esta mañana?

—Jesse, me gustaría ir a la casa de Priscilla Caller.

—Te llevo, si quieres, la dirección debe de estar en el expediente.

Erin asintió. Ya se la sabía de memoria, no necesitaba chequearla en ningún expediente.

Sin perder más tiempo se prepararon para marchar, ya le comunicaría por teléfono a Jon en dónde se encontraba.

Cuando Erin salió de la estación de policía, iba riendo por un comentario que le había hecho Jesse con respecto a Jon, y la sonrisa se le borró de la cara cuando se tropezó con Tyler Evans.

—Agente Campbell, agente Widmore —saludó él con una expresión adusta en su rostro.

Erin percibió la ira en sus ojos, estaba dirigida solamente a ella. Tragó saliva antes de hablar.

—Buenos días, comisario.

Entonces él le sonrió, y Erin no supo descifrar lo que se escondía detrás de aquella sonrisa. Simpatía seguro no era.

Aceleró el paso y se subió al auto de Jesse a toda prisa. Alzó la vista y, al hacerlo, se topó con la iracunda mirada de Tyler.

—Será mejor que nos vayamos —ordenó a Jesse.

Él obedeció, y Erin hundió su espalda en el asiento.

Podía jurar que el comisario seguía observándola, aún sentía la fuerza de su mirada en todo el cuerpo cuando se alejó del lugar.

* * *

Erin aprendió mucho de la víctima al entrar en su habitación. Los padres de Priscilla le habían abierto las puertas de su mundo privado, y así supo que a ella le apasionaba la danza y que bailaba desde que tenía seis años de edad. También descubrió que coleccionaba todo de su grupo de música favorito y que le gustaban los muñecos de peluche y el color rosa.

Lamentó no encontrar un diario de Priscilla, allí habría sabido más de ella y de su intimidad. Había buscado en su mesita de noche y descubrió, escondidas en un libro de Matemáticas, unas fotos en donde se la veía en compañía de un muchacho un poco mayor que ella. Sacó una de las fotografías y se la mostró a los padres de Priscilla; no reconocieron al chico que estaba con ella.

Pensó que podía tratarse de Ken Bentley, uno de sus amigos más cercanos, pero de inmediato aquella hipótesis fue descartada por el señor y la señora Caller. Les pidió permiso para llevarse la foto y se marchó. Fuera, la esperaba Jesse, que había preferido dejarla para que hiciera su trabajo a solas.

—¿Has conseguido algo interesante?

Erin le mostró la foto.

—¿Quién es?

—No lo sé aún. Creo que puede ser importante, cuando volvamos a interrogar a sus amigos se las mostraré para ver si lo reconocen.

—Bien, acaba de llamar Jon, le dije dónde estábamos.

Erin habría querido hablar con él, pero estaba visto que no podría hacerlo hasta que llegase a la estación de policía.

—Estoy famélico —dijo de repente Jesse ya en el interior del auto.

—Yo también tengo hambre.

—¿Almorzamos juntos?

Por un instante, Erin no supo qué responder, pero no tenía nada de malo aceptar su invitación; además, podía aprovechar para hacer una pequeña investigación para Olivia.

—Me encantaría.

—Perfecto, voy a llevarte a un pequeño restaurante que descubrimos con Jon anoche —hizo una pausa—. No tengo nada en contra del agente Kellerman, pero tiene la manía de hablar demasiado mientras come.

Erin sonrió, ella lo sabía perfectamente y adoraba que Jon lo hiciera.

—Apuesto que tu compañía será más agradable —comentó sonriéndole de una manera que solo incomodó a Erin.

Jesse tenía razón, el restaurante era acogedor. Estaba casi vacío porque aún era un poco temprano para almorzar y un servicial camarero los condujo hacia una de las mejores mesas.

Erin pidió una comida liviana con pollo y verduras al vapor, mientras que Jesse ordenó un bistec con patatas asadas y puré con salsa de arándanos. Él pidió una botella de Petit Verdot, pero Erin solo permitió que le sirviera un poco, lo suficiente para probarlo.

—Quiero aprovechar para decirte que estoy muy contento de que me hayan asignado a este caso, trabajar con Jon y contigo es un placer —confesó él alzando su copa—. Brindo porque resolvamos el caso.

Erin levantó la suya y bebió un sorbo de vino. Delicioso. Se arrepintió de no haber dejado que le sirviera más.

—Mira, Erin, hay algo que he querido preguntarte desde que te conozco, pero no me he atrevido.

Ella en cierto modo entró en estado de alerta.

—Dime.

—Desde el primer minuto que llegué a Quantico he escuchado ponderar tu nombre, pero cuando hablaban de ti, muchos lo hacían en voz baja. Me enteré de que te habías retirado voluntariamente hace unos años, después de un grave suceso; sé que habría podido averiguarlo por mí mismo, pero preferí preguntártelo a ti. ¿Qué sucedió, qué hizo que abandonaras el FBI cuando eras uno de sus mejores elementos?

Erin miró la copa de vino vacía y le hizo señas a Jesse para que le sirviera un poco más, realmente lo necesitaba. Bebió un sorbo, pero el alcohol no fue de gran ayuda.

—Jesse, agradezco tu interés en mí y en mi carrera, pero no es un tema del cual quiera hablar. Por lo menos, no ahora —le dijo sin mirarlo a los ojos, prefirió concentrarse en la comida que apenas había tocado.

Él se quedó un instante en silencio, estudiando la reacción de Erin. Realmente estaba angustiada y nerviosa. Sonrió y le dijo:

— Está bien, no arruinemos nuestro almuerzo.

Ella levantó la vista y como pudo le sonrió también. Se sentía una tonta; habían pasado cuatro años y todavía le dolía tan solo mencionar el tema. Quizá debería volver a hacer terapia, y no poder hablar abiertamente con nadie del tema era demasiado agobio.

— ¿Puedo preguntarte, sin embargo, qué has hecho durante tu retiro? — insistió Jesse tras unos cuantos minutos de silencio.

— Sí, por supuesto. Me dediqué a escribir. — Y, antes de que Jesse hiciera algún comentario, agregó—: Novelas románticas, nada que tenga que ver con mi vida como agente federal.

Jesse pareció sorprenderse.

— ¿De veras? Nunca me lo habría imaginado. ¿Estás escribiendo algo ahora?

— Sí, pero me está costando mucho y creo que se me va a hacer más difícil aún en medio de la investigación — respondió.

— Supongo que sí; el género romántico no es de mis favoritos, pero te felicito.

— Gracias. ¿Por qué no me cuentas de ti, mejor? — necesitaba dejar de hablar de ella.

Jesse dejó los cubiertos a un lado del plato, bebió una pequeña cantidad de vino solo para mojar los labios y volvió a sonreírle.

— Pues, como ya debes de saber, vengo de Baltimore. Quise ser agente del FBI desde siempre y alcancé mi sueño; me gradué de la academia hace poco más de tres años y me especialicé en Crímenes Violentos.

— ¿Por alguna razón en especial? — interrumpió ella.

Jesse entornó sus ojos celestes y la miró.

— Lo mismo podría preguntarte yo; ¿por qué perfiladora?

— Una vez asistí a una conferencia que dio John Douglas en Virginia y desde ese momento supe que eso era lo que quería hacer. La psicología es una ciencia extraordinaria, pero la psicología forense lo es más. Es increíble lo que se puede aprender de un criminal indagando en su pasado, en sus hábitos. He entrevistado a un par de asesinos en los años que estuve en el FBI; no solo son monstruos capaces de matar sin ninguna empatía, sino que son el resultado de una vida casi siempre plagada de abusos y malos tratos.

— Los justificas — acotó Jesse poniéndose serio de repente.

— Jamás, pero créeme, un asesino no nace, se hace. A pesar de que muchos científicos proclaman que todo está en los genes, es la condición que los rodea la que los convierte en monstruos, seres sin ningún remordimiento a la hora de atacar a sus víctimas.

— Puede que tengas razón, yo mismo he trabajado en casos terribles, sin embargo creo que la maldad viene con uno cuando nace.

Erin no estaba de acuerdo, pero no tenía ganas de discutir.

— Sígueme contando de ti.

— No hay mucho más que contar; me asignaron a la sede de Baltimore, por lo tanto continué viviendo allí.

—¿Y tienes familia?

—Sí, mis padres y un hermano mayor que ya falleció.

—Lo siento.

—No te preocupes.

—¿Y novia? —preguntó después de un instante para cambiar de tema—.

Supongo que un hombre guapo como tú debe de tener una chica guapa a su lado.

—Te equivocas.

La miró con intensidad, y Erin sintió que de repente el tono de su voz había cambiado. Le había hecho esa pregunta para saciar la curiosidad de Olivia, no la suya.

—Quizá deberíamos irnos —sugirió ella antes de que Jesse dijera algo más—. Jon seguramente nos debe de estar esperando.

De mala gana, Jesse pidió la cuenta, y se marcharon.

El trayecto hasta la estación de policía se hizo en silencio. Erin no podía dejar de pensar en lo que la esperaba cuando llegase; debía estar preparada para recibir un reclamo del comisario seguramente.

Tardó en bajarse del auto de Jesse cuando vio la camioneta de Tyler Evans estacionada frente a la estación.

—¿Vienes o no? —preguntó Jesse abriendo la puerta del lado del acompañante para ella.

Erin se apeó del auto y caminó hacia el interior del edificio mentalizándose para lo que la esperaba.

Ya sabía las palabras exactas que iba a decirle al comisario cuando lo tuviera enfrente: «Lamento lo sucedido, no fue nada personal, solo estaba cumpliendo con mi deber».

Entraron a la recepción, y estaba vacía. Seguramente Charity había salido a almorzar a la cafetería de al lado.

La puerta del despacho en donde ellos habían instalado su pequeña base operativa se abrió y Jon les salió al encuentro.

—Finalmente, Erin y Jesse aparecen por aquí.

Los tres entraron al despacho, y Erin tragó saliva cuando vio que Tyler Evans estaba allí.

—Después de ir a la casa de Priscilla Caller, llevé a Erin a almorzar —explicó Jesse. Notó también la presencia de Tyler y lo saludó con un leve movimiento de cabeza.

Él seguía mudo en su sitio; tenía unos documentos en la mano y volvió a concentrarse en ellos tras mirar a Erin y dedicarle una sonrisa socarrona.

¿Qué estaba pasando? Buscó a Jon y lo llevó a un lugar apartado.

—¿No lo has sacado del caso? —le preguntó en voz baja.

Jon negó con la cabeza.

—¿Por qué? Sabes que no es correcto dejar que siga al frente de la investigación.

—Ya no dirige la investigación —le aclaró él—. Esa fue la condición que le impuse para que continuara en el caso.

— ¡Pero su hermano puede estar involucrado!

Había levantado la voz, se dio cuenta demasiado tarde. Tyler apartó nuevamente la vista de los papeles que parecía estar leyendo con tanto interés y la miró.

«Si las miradas mataran...», pensó Erin en ese momento.

— Ha prometido no interferir de ninguna manera, ese hombre cree acérrimamente en la inocencia de su hermano, y no tuve valor para apartarlo del caso; lo necesitamos, Erin. Queramos o no, es la autoridad local.

Erin no dijo más nada, no tenía caso. Ella creyó que había hecho lo correcto al contarle de las sospechas que pesaban sobre el hermano del comisario, pero Jon no había actuado como lo había previsto, y ahora, como si fuera poco, se había ganado el primer puesto en la lista negra del comisario Evans.

* * *

Erin se retiró de la estación pasadas las siete. Había ingresado en la base de datos la fotografía que había encontrado en la habitación de Priscilla Caller, pero aún no había obtenido ningún resultado. Desde Quantico, Meredith le dijo que apenas tuviera una identificación se lo haría saber.

La tarde había sido aplastante, pero sobre todo había tenido la sensación de que los fríos ojos de Tyler Evans la perseguían por donde se moviera. Él había estado bastante taciturno y solo hablaba animadamente con Tom, su ayudante.

Jesse, en cambio, había estado más que atento con ella, parecía que tras el almuerzo que habían compartido ese mediodía quería acercarse un poco más.

Estacionó el auto frente a la casa, sacó su bolso y se dirigió a la casa de sus vecinas para buscar a *Apollo*. Lo había echado en falta durante todo el día y estaba segura de que él también la había extrañado.

Tocó la campanilla, y no fue Olivia quien le abrió.

Pearl Montgomery la observaba desde la puerta con la mirada altiva y, cuando *Apollo* pasó corriendo entre sus piernas como un rayo, de su boca rígida salió una maldición.

— ¡*Apollo*, compórtate! — regañó al perro solo para complacer a la señora Montgomery.

— Debería educar a su mascota; es bastante inquieto y no ha parado de correr por la casa en todo el día — se quejó la mujer.

— Lo siento mucho, señora Montgomery.

En ese preciso momento, Olivia apareció y la salvó.

— Mamá, puedes entrar, yo atiendo a Erin.

Pearl le echó una última mirada y se marchó.

— A tu madre no le hace gracia que *Apollo* se quede en su casa, Olivia, será mejor que no vuelva a traerlo.

— De ningún modo, se ha comportado como un angelito y me ha hecho compañía — dijo Olivia posando sus ojos en el perro.

Erin lo dudaba, pero estaba visto que Olivia pretendía continuar con su loca idea de cuidarlo pese a la reticencia de su madre.

—Luces agotada.

—Estoy agotada —respondió Erin tras un profundo suspiro.

—¿Por qué no vienes esta noche al Blue Shadow? Va a estar concurrido porque Connor inaugura finalmente su famosa pista de baile. No se ha cansado de decir que es el único bar en la región que cuenta con una —comentó divertida.

La idea del bar no era tan descabellada, quizá le haría bien salir y distraerse un poco.

—No es necesario que bailes si no quieres —le aclaró—. Puedes pasar un buen rato mientras bebes una copa, además voy a estar allí para servirte especialmente.

—Acepto la invitación. —Lo dijo rápido porque estaba segura de que si lo pensaba un poco habría dicho que no.

—Perfecto, deja a *Apollo* aquí; que mi madre se encargue de él mientras regresas.

—Olivia, no creo...

—¿Prefieres dejarlo solito en tu casa? —Olivia abrió sus ojos negros y fingió tristeza.

—No, claro que no, pero tu madre no estará muy contenta.

—Ya te lo he dicho, de mi madre me encargo yo. No le digo nada cuando trae al doctor Hall a cenar y luego él se queda a pasar la noche, por lo tanto ella no puede reclamarme nada a mí.

Erin no insistió más, dijese lo que dijese, Olivia se saldría con la suya. Le dio un beso en el hocico a *Apollo* y se marchó a la casa para darse un baño y arreglarse.

Estaba muy nerviosa, hacía una eternidad que no llevaba aquel ritual tan común en cualquier mujer que era el de acicalarse y ponerse bonita para salir. Podía arrepentirse, llamar a Olivia y pasar por su perro, pero no se sintió capaz de hacerlo.

Revisó la contestadora de teléfono y tenía dos mensajes. Uno, de su madre que le pedía que se comunicara con ella para contarle cómo le estaba yendo en Wichita. El otro era de Adrienne, su editora. Le habían concedido el plazo que le había pedido para la entrega del manuscrito, y la noticia le trajo una sonrisa a la cara.

Se dio una ducha y estuvo bajo el agua más tiempo de lo previsto; ya en la habitación hurgó entre la ropa que había traído. Cuando sus ojos azules se posaron en el vestido de algodón que colgaba de una de las perchas, agradeció por la previsión de su madre. Había acertado cuando le entregó la maleta extra.

Se vistió, se perfumó con su esencia favorita y estuvo un largo rato delante del espejo decidiendo qué hacer con su cabello. Daba lo mismo cómo lo llevase, no estaba yendo a ninguna cita, solo iba a salir a pasar un buen rato en el bar donde trabajaba su amiga.

Buscó un par de horquillas y se recogió el cabello a ambos lados de la cabeza. Era más cómodo y más práctico.

No tenía un bolso adecuado y tenía que llevar su teléfono móvil ante cualquier eventualidad, por lo que no tuvo más remedio que ir con el que usaba para el trabajo.

Al menos no era muy grande y no llamaba mucho la atención.

Estaba revisando por última vez su aspecto cuando Olivia llamó a su puerta.

Bajó corriendo las escaleras, las luces estaban todas encendidas, pero no las apagó.

—¿Lista? —fue lo primero que preguntó Olivia cuando ella abrió la puerta.

—Creo que sí.

—Pues, vamos entonces —miró hacia el interior de la sala—. ¿No apagas las luces?

Una persona normal lo habría hecho, pero una persona con miedo de los fantasmas del pasado, no.

—Prefiero dejarlas así —respondió Erin mientras le daba la espalda y le ponía llave a la puerta.

Olivia no volvió a mencionar el tema de las luces; al fin de cuentas, era un asunto que la traía sin cuidado. Pensó entonces en esas niñas que no pueden dormirse si sus padres no dejan la luz de su habitación encendida.

Se fueron en el auto de Olivia, aunque aquel detalle significaba que, luego, ella tendría que regresar en taxi.

—Te va a encantar el lugar, no suele llenarse mucho, y se respira una atmósfera agradable; ya sabes, música country, buenos tragos, camareras guapas. —Apartó la vista del camino y le sonrió—. Y por supuesto, un servicio de primera.

—No lo dudo —respondió Erin acomodándose la falda del vestido. Era largo y le llegaba casi hasta los tobillos, pero tenía una abertura en uno de los costados y, si se descuidaba, se corría y mostraba más de lo debido.

—Me alegra que hayas aceptado, en serio. Eres joven, bonita y no puedes estar yendo del trabajo a la casa y de la casa al trabajo sin dedicarle un tiempo a la diversión... sana diversión —aclaró mientras giraba en una curva.

—¿Hasta qué hora trabajas?

—El bar cierra a la medianoche aproximadamente, pero Connor y yo nos quedamos un rato más, él haciendo cuentas y yo recogiendo las mesas.

—¿Connor?

—Sí, el dueño, creo que te lo había mencionado.

—Tienes razón, lo habías hecho.

—Es un gran tipo, pero tiene un defecto: está enamorado de mí.

Erin alzó las cejas, sorprendida por las palabras de Olivia.

—¿Y para ti eso es un defecto?

Olivia asintió con la cabeza.

—Connor no me interesa, y él no se cansa de hacer el intento.

—Te interesa alguien más, ¿no es así? —Erin tenía una leve sospecha.

—Pues, la verdad es que, desde que vi a tu compañero, no he podido dejar de pensar en él. Es guapísimo.

—Y soltero, y además sin compromisos.

Olivia la miró y su rostro se iluminó.

—¿De verdad?

—Sí, hoy estuvimos almorzando juntos y me contó un poco de su vida.

—¿Jesse y tú almorzaron juntos?

De repente la sonrisa se borró de los labios de Olivia.

—Jesse y yo solo somos colegas, nada más —se apresuró a aclarar Erin.

—¿Me lo juras?

Erin se puso la mano derecha sobre el corazón y extendió la otra hacia delante para hacer su juramento.

—Lo juro.

Olivia dejó escapar un suspiro de alivio.

—Espero que algún día me lo puedas presentar.

—Cuando quieras.

—Bien. —Estacionó su auto a un costado de un local con las paredes pintadas de amarillo—. Hemos llegado.

Erin respiró hondamente antes de bajar; la noche, como de costumbre, estaba demasiado calurosa y haber llevado aquel fresco vestido de algodón había sido una bendición. Notó que había unos cuantos vehículos que ocupaban casi la totalidad de la calle; parecía que el bar gozaba de popularidad.

—No suelo entrar por la puerta frontal, pero creo que hoy haré una excepción —dijo Olivia metiendo las llaves del auto dentro de su bolso.

Y Erin le agradeció; entrar sola habría sido más difícil. Al menos con Olivia a su lado, se sentiría más segura.

Cuando entraron al Blue Shadow, una melodía alegre se expandía desde de la rockola ubicada al fondo del salón. En la pista que, según Olivia le había contado, se inauguraba esa noche, ya se encontraban danzando algunas parejas al ritmo de la pegadiza canción.

—Ven. —Olivia la tomó del brazo y la llevó hacia una de las mesas que estaban vacías.

Erin se sentó, la mesa estaba cubierta por un simpático mantelito con rayas verdes y rojas.

—Puedes pedir lo que quieras, esta noche eres mi invitada. —Y, tras decir aquello, Olivia se marchó por una puerta lateral, dejándola completamente sola en medio de toda aquella gente.

Erin dejó su bolso en la silla que estaba vacía y se dedicó a observar el lugar.

No era muy grande, pero esa noche estaba bastante concurrido; las paredes estaban pintadas en un tono amarillo pálido que contrastaba con el suelo formado por grandes baldosas en un rojo furioso.

Sus ojos curiosos continuaron estudiando el lugar y, cuando llegó hasta la barra, se quedó de una pieza.

Él estaba sentado en una banqueta y la miraba fijamente. Se dibujaban algunas sombras en su rostro debido a las luces que colgaban del techo, pero aun así Erin alcanzó a distinguir la frialdad de sus ojos grises. También su cuerpo reaccionó ante aquella mirada; se movió inquieta. No esperaba encontrarse al comisario Tyler. Recordó entonces que Olivia le había mencionado que Connor, el dueño del bar, era

su amigo. Si hubiera recordado ese pequeño detalle antes, no estaría allí en ese momento sintiéndose terriblemente incómoda y blanco del odio de Tyler Evans.

Apartó la mirada y buscó a Olivia con la intención de avisarle que se marchaba, pero todavía no había regresado.

No podía quedarse y no podía esperar a Olivia; agarró su bolso y, cuando estuvo a punto de levantarse, se quedó inmóvil.

Tyler Evans estaba avanzando hacia ella, y no se sintió con fuerzas ni siquiera como para ponerse de pie.

* * *

Tyler no dio crédito a sus ojos cuando vio entrar por la puerta del Blue Shadow a Olivia en compañía nada más y nada menos que de Erin Campbell. La cerveza que había estado bebiendo se le quedó atascada en la garganta.

Jamás se habría imaginado verla allí, mucho menos, luciendo tan diferente.

No estaba vestida con sus benditas faldas rectas, ni con sus impecables camisas. Le gustó el vestido que llevaba; hacía resaltar el tono dorado de su piel. Además caía ligero encima de su cuerpo y, a pesar de que no era estrecho, uno podía adivinar la sinuosa curva de sus caderas, la línea quebrada de su cintura y la montaña de sus pechos. Sin mencionar el encantador hecho de que, cuando caminaba, se abría en un costado y mostraba parte de sus muslos.

Había, sin embargo, un punto en su contra: el cabello, lo seguía llevando recogido como lo hacía cada día desde que la conocía.

Pero la imagen de la agente especial Erin Campbell en su totalidad era una delicia para los ojos de cualquier hombre.

Sabía que debía sentir por ella al menos un poco de rencor; por su culpa había estado a punto de ser relevado del caso, pero en el exacto momento en que la vio entrar al bar, la antipatía que le profesaba pareció desvanecerse de un plumazo.

Había permanecido en la barra contemplándola mientras Erin tomaba posesión de la mesa que Olivia Montgomery había elegido para ella. Parecía que no esperaba a nadie, no la observó mirar su reloj, tampoco había ojeado la puerta de entrada para ver si llegaba alguien. Por un segundo pensó que el agente Widmore se presentaría y arruinaría el momento; sabía muy bien que ambos habían almorzado esa mañana, y no sería extraño que también se hubieran citado en el Blue Shadow.

Pero nadie llegaba y nadie se acercó a ella.

Había reprimido un par de veces el impulso de dar él aquel paso, pero cuando ella notó finalmente su presencia y sus ojos se encontraron, comprendió que no tenía sentido esperar más.

Dejó el vaso de cerveza vacía sobre el mostrador y ni siquiera oyó lo que Connor le dijo. Su mente, su atención y cada uno de sus cinco sentidos estaban apuntando en una sola dirección.

Y hacia allí se estaba dirigiendo.

* * *

Erin se preguntó por qué demonios simplemente no se levantaba y se largaba de allí antes de que el comisario se acercase demasiado a ella.

La respuesta era más sencilla de lo que pensaba. Porque no quería parecer que estaba huyendo de él. No tenía nada que temer, irse habría sido la prueba más contundente de que tenía cola de paja. Y no pensaba darle ese gusto. Jamás.

Alzó la mirada en un gesto desafiante cuando él se colocó junto a la mesa. Se volvió a topar con el intenso gris de su mirada; tragó saliva, pero no se amilanó. Ahora que lo tenía cerca pudo verlo mejor; se había peinado el cabello negro hacia atrás y ya no había rastros de su incipiente barba; vestía una camisa blanca, tenía dos botones desprendidos y una cruz celta se asomaba a través de la camisa abierta. Unos pantalones oscuros, marcaban la musculatura poderosa de sus largas piernas. Erin no siguió bajando con la mirada, pero podía apostar, sin miedo a perder, que él llevaba sus inseparables botas tejanas.

—Buenas noches, comisario —saludó por fin Erin. No podía dejar que él notase cuán nerviosa estaba, por eso fue la primera que abrió la boca.

—Buenas noches, Erin.

Él dijo su nombre de una manera tan íntima, que Erin tuvo que hacer un esfuerzo por mantener su postura de seriedad.

—¿Puedo acompañarla o espera a alguien? —preguntó de repente Tyler desbaratando toda lógica.

¿Para qué quería hacerle compañía si él debía de estar odiándola en aquel momento?

—Sí.

—¿Sí qué? ¿Puedo sentarme o está esperando a alguien?

Erin percibió la burla en sus palabras.

—Sí, puede sentarse —respondió ella con el mismo tono burlón que él había utilizado.

Tyler apartó la silla que estaba frente a ella y se sentó. El fuerte y embriagador olor de su loción de afeitar la envolvió cuando él se acercó para preguntarle qué quería beber.

—Un Alabama Slammer —respondió jugueteando con el cenicero de madera que estaba encima de la mesa.

Tyler sonrió y llamó a Olivia que ya se encontraba enfundada en su atuendo de jeans azules y una camiseta con la inscripción del bar en el pecho.

Olivia le guiñó un ojo a Erin, y ella no pudo evitar sonrojarse. Aquello no era una cita, simplemente había tenido la mala suerte de encontrarse en el lugar equivocado, en el momento equivocado al hombre equivocado.

Tyler ordenó los tragos y, cuando Olivia se alejó, le clavó la mirada.

—No esperaba verla por aquí.

—En realidad vine porque Olivia insistió en que conociera el lugar —explicó tratando de sostenerle la mirada. No consiguió hacerlo sin turbarse.

¿Qué demonios le sucedía? Quería mostrarse fría y distante frente a él, pero no lo conseguía.

—Entiendo —respondió él. Se olvidó una vez más de que aquella mujer no merecía su simpatía cuando sus ojos se posaron en la elegante curva de su cuello y la suave línea de sus hombros desnudos. Sintió el picor en la yema de los dedos, juntó ambas manos encima de la mesa para reprimir las ganas que tenía de acariciar aquella zona de la anatomía femenina.

—Aquí tienen. —Olivia dejó los tragos y se marchó de prisa porque otros clientes reclamaban su presencia.

Erin tomó el vaso con fuerza y bebió el primer sorbo de un tirón. El alcohol quemó su garganta, pero no le importó; necesitaba desesperadamente de aquel trago.

—Es bueno que, además de trabajar, se divierta —comentó él que aún no había siquiera tocado su bebida.

—He venido a Wichita a hacer mi trabajo —replicó ella dejando el vaso sobre la mesa.

—Y a meterse en asuntos ajenos.

Erin frunció el ceño y le lanzó una mirada furibunda.

—No se haga la desentendida conmigo, ambos sabemos que tardó menos que un suspiro en hablar con su jefe —recriminó él recostándose en el respaldar de la silla.

Las palabras que Erin había repetido en su mente una y otra vez, en un intento por estar preparada para cuando ese momento llegase, se negaron a salir. Sostuvo el vaso con ambas manos y bebió hasta acabar. Luego respiró hondamente y lo miró a los ojos.

—No fue mi intención perjudicarlo...

—No es lo que parece —interrumpió Tyler mientras observaba que las mejillas de Erin se teñían de un tono carmesí por efecto del alcohol.

—Estaba cumpliendo con mi deber; Jon tenía que saberlo, entiéndalo.

—Supongamos que puedo llegar a entenderlo; después de todo, como dice usted, estaba solo cumpliendo con su deber; lo que no puedo comprender es por qué no me lo dijo primero a mí, creo que tenía derecho a saber que podía ser separado del caso.

—Hecho que, para su fortuna, nunca sucedió. Jon prefirió saltarse algunas reglas y usted sigue trabajando en el caso.

—Sí, pero ya no soy quien lo dirige —le recordó torciendo la boca en un gesto de desdén.

—Y va a culparme a mí toda la vida por ello.

Tyler soltó una carcajada.

—¡Si no le hubiera contado lo de mi hermano, no habría abierto esa bocota que tiene!

Erin abrió muy grandes los ojos.

—¡Si usted no me lo hubiera contado en primer lugar yo no habría tenido nada que decirle a Jon! —retrucó.

Tyler sabía que aquella discusión no los llevaba a ninguna parte, ambos tenían su parte de culpa, pero era una delicia ver cómo ella se enojaba y defendía su

postura. Se formaba un brillo en sus ojos y unas pequeñas arrugas alrededor de su nariz cuando la movía.

—No va a negar que su proceder solo me perjudicó...

—Lamento que lo vea de esa manera, pero hice lo correcto, lo que cualquier agente en mis zapatos habría hecho, no voy a pedirle disculpas si eso es lo que pretende —alegó ella incapaz de esconder la rabia. La pose de mujer sobria y formal se había ido al demonio en el mismo instante en que él había comenzado a reclamarle.

—¿Puedo decirle una cosa?

Erin no le respondió; estaba demasiado ofuscada como para hacerlo.

—Es usted hermosa cuando se enfada.

Aquel comentario no solo desconcertó a Erin, sino que echó por tierra su intención de continuar la guerra que habían comenzado.

—Se ha quedado usted sin palabras; sin dudas, una hazaña de mi parte —dijo Tyler en son de broma.

Pero Erin no sonrió. Su ritmo cardíaco se disparó de repente, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que él no percibiera que sus labios estaban temblando.

Tyler Evans no podía hacerle aquello; en un minuto estaba recriminándole duramente y, al siguiente, le decía que se veía hermosa cuando se enfadaba. Erin se sintió completamente descolocada; con la cabeza un poco embotada por el alcohol y la garganta seca.

—No me gusta que me mientan, eso es todo —pudo responder por fin cuando los labios dejaron de temblarle.

Tyler se puso una mano en el pecho.

—No le estoy mintiendo; se ve usted simplemente irresistible cuando se enoja, ¿nunca se lo han dicho?

Erin presentía que él solo le estaba tomando el pelo y no estaba dispuesta a seguirle el juego. No tenía sentido continuar allí tampoco; se levantaría de aquella mesa, se alejaría de Tyler Evans y buscaría a Olivia para decirle que se marchaba.

Tomó su bolso y se puso de pie.

Pero lo que hizo el comisario un segundo después terminó por desconcertarla.

—No se vaya, no todavía —le pidió él asiéndola del brazo para impedir su partida.

Erin clavó sus ojos en la mano que apretaba su muñeca. Era grande y se sentía áspera al tacto. Rápidamente sintió el calor de su piel traspasarse a la suya, y se estremeció de pies a cabeza. Tuvo que sentarse, no porque él se lo pidiera, sino porque temía que las piernas no le respondieran.

—Baile conmigo.

Aquello no podía estar sucediéndole a ella. Más que nunca supo que no tendría que haber salido esa noche. No tenía por qué complicarse la vida, ella había ido a Wichita con un solo objetivo: colaborar en la investigación de los homicidios. Los hombres deberían estar fuera del alcance de su radar, no buscaba un romance, ni siquiera una aventura.

Con todo aquel razonamiento estaba dispuesta a negarse, pero cuando miró a Tyler Evans a los ojos una vez más, se volvió a quedar sin palabras y su silencio fue confundido con un sí.

Erin apenas pudo reaccionar cuando Tyler se puso de pie, le tomó la mano, y pudo sentir sus dedos fuertes cerrarse en torno de los de ella. Caminaba como una automática mientras él la conducía hacia la pista.

Desde la barra, tanto Olivia como Connor los observaban con atención. Se miraron entre ellos y no hubo necesidad de palabras, ambos sabían que allí estaba naciendo algo.

La sensual voz de Dianne Carter comenzó a entonar *Strawberry Wine*, y todos los hombres en la pista de baile tomaron a sus parejas por la cintura.

Tyler no fue la excepción. Colocó su mano izquierda alrededor del talle de Erin, y ella se sacudió.

—Tranquila, solo estamos bailando —le dijo él con una sonrisa.

Erin no hizo nada cuando Tyler pegó su torso al cuerpo de ella y puso la otra mano en su espalda. Por un segundo, ella no supo dónde dejar las manos. No quería tocarlo, pero tampoco podía quedarse con los brazos como estacas a ambos lados del cuerpo.

Él pareció adivinar su pensamiento y se encargó de enseñarle qué hacer. Con cuidado tomó sus dos manos y las apoyó sobre sus hombros. Erin pudo sentir la dureza de sus músculos bajo la tela de su camisa.

Lo miró a los ojos, Tyler le estaba sonriendo, y ella se quedó embobada con su sonrisa.

¿Qué le estaba pasando? Hacía mucho que un hombre no le provocaba aquella sensación de vértigo. Parecía una colegiala alborotada en su baile de graduación. Torpe, inquieta y excitada.

Él debía de estar riéndose mucho de ella en ese momento; apartó la mirada y se dejó llevar por la música. Cerró los ojos y, sin que Tyler se diera cuenta, respiró hondamente hasta que el olor de su loción de afeitar embriagó sus sentidos.

Apoyó la cara en el hueco del hombro, gesto que pareció encantarle a Tyler porque respondió subiendo una mano por su espalda.

Sus dedos recorrieron la línea de su columna vertebral, y Erin sintió flaquear sus piernas nuevamente.

Ninguno de los dos percibió que la canción ya había terminado; sus cuerpos parecían estar sumidos en una danza diferente.

Cuando la mano de Tyler descendió mucho más de lo permitido, Erin entró en alerta.

Se separó bruscamente y, al hacerlo, no le gustó lo que vio en los ojos grises del comisario Evans.

Ya no había odio ni rencor; ni siquiera indiferencia en ellos; Erin reconoció el destello del deseo, y eso la asustó.

Se soltó de sus brazos y abandonó la pista en medio de las parejas que continuaban bailando al compás de otra canción melosa.

Debía irse de aquel lugar cuanto antes.

Tomó su bolso y salió del Blue Shadow con la única intención de perderse en medio de la noche sin mirar atrás.

Tyler se marchó raudamente del local para ir tras ella; mientras, Connor lo observaba desde la barra, y Olivia desde la mesa que estaba atendiendo.

Al salir a la acera, miró hacia ambos lados. Divisó a Erin en la esquina, tratando de conseguir un taxi. Sin dudarle se acercó; lo hizo sigilosamente para que ella no volviera a huir. Cuando estuvo a tan solo un par de metros de Erin le dijo:

—Va a ser difícil que encuentres un taxi a esta hora.

Erin se cruzó de brazos y no pronunció palabra alguna. Cerró los ojos y suspiró con fuerza, no quería darse vuelta y mirarlo, no otra vez.

—Puedo esperar toda la noche si es necesario —espetó ella alejándose de él.

Tyler la siguió, no estaba dispuesto a rendirse aunque no supiera exactamente qué era lo que lo impulsaba a estar pendiente de ella de aquella manera.

—Déjame que te lleve a tu casa, tengo la camioneta aquí cerca —se ofreció él amablemente.

Él había traspasado el límite de la formalidad; ya no la trataba de usted, y aquel hecho solo la inquietaba más. Observó la calle, las dos aceras estaban prácticamente abarrotadas de autos y no pasaba ni siquiera un maldito taxi. Echó una ojeada a su reloj, después de todo no era tan tarde. ¿Acaso se habían confabulado en su contra para dejarla allí, en medio de la acera, a merced de un hombre que solo lograba ponerla nerviosa?

—Prometo no hacerte nada y permanecer callado, pero déjame que te lleve hasta tu casa —insistió él.

«No va a rendirse», pensó Erin lanzando un bufido de fastidio. Tenía una alternativa aún; podía meterse en el auto de Olivia y esperarla, claro que faltaban casi dos horas para que ella se marchara del bar. Además debía regresar a buscar a su amiga, pedirle las llaves del auto y seguramente darle explicaciones de por qué quería hacer aquella tontería.

No, definitivamente, no era la mejor opción.

¿Qué debía hacer entonces? ¿Aceptar la invitación del comisario?

—Erin, vamos, no seas obstinada.

Erin giró bruscamente sobre sus talones y clavó los ojos azules en el rostro de Tyler.

—Soy obstinada cuando quiero y con quien quiero —espetó enojada.

Tyler solo le sonrió; estaba actuando como una niña malhumorada y caprichosa, y por primera vez sintió por ella algo parecido a la ternura.

—Está bien, no lo voy a discutir, lo único que quiero es que aceptes que te lleve a casa.

Erin apretó el bolso contra el estómago, allí en donde experimentó una extraña agitación. Aquel hombre era su única salida, y lo sabía, pero le costaba mucho reconocerlo. Nunca había sido orgullosa, pero Tyler Evans conseguía confundirla y provocaba que actuase de un modo inusual en ella.

—Prometiste que no te acercarías y que no hablarías —le recordó ella. Un segundo más tarde se dio cuenta de que ella también había dejado de lado la formalidad; sin darse cuenta lo estaba tuteando.

—Prometí no hacerte nada, pero, nunca dije que no me acercaría...

Erin frunció el ceño; iba a despotricar en contra de él nuevamente, pero Tyler la interrumpió.

—¡Estaba bromeando! ¡Lo juro! —Se llevó una mano al pecho y le juró solemnemente que no la tocaría. Por supuesto que ese absurdo juramento acababa aquella noche, pero no se lo diría.

Resignada a tener que quedarse esperando por un taxi toda la noche, Erin finalmente aceptó su invitación.

—Ven, la camioneta está estacionada cruzando la calle.

Cruzaron la calle; Erin iba adelante y Tyler la seguía a una corta distancia. Sus ojos grises rápidamente se perdieron en el movimiento sinuoso de las caderas femeninas; ella no lo estaba haciendo a propósito, pero aquel exquisito vaivén hizo que la sangre de sus venas comenzara a hervir.



Capítulo 8

Durante los veinte minutos que duró el trayecto hasta la casa, Erin permaneció en silencio. Tyler había intentado iniciar en más de una ocasión una conversación con ella, pero había desistido antes de siquiera abrir la boca, porque comprendió que no tenía caso.

Erin se había emperrado en quedarse callada y, además, él le había prometido guardar silencio.

Aun así, y a pesar de lo contradictorio que podía ser para él, Tyler disfrutaba de su cercanía. El perfume que manaba de su piel era suave, y a Tyler le recordó un prado florecido en primavera. Una mezcla deliciosa que rápidamente envolvió el interior de su vieja camioneta y subyugó el olor de su loción de afeitar importada de Francia.

Estacionó frente a la casa; Tyler se agachó un poco para mirar por la ventanilla y notó que las luces estaban todas encendidas.

—Olvidaste apagarlas —mencionó ladeando la cabeza y mirándola a la cara.

Erin continuó mirando hacia el frente e ignoró su comentario. Colocó su mano en la manija de la puerta y, con la otra, sujetó su bolso con fuerza.

—Espera —dijo él de repente. Se bajó rápidamente de la camioneta y se plantó frente a la puerta del acompañante. La abrió para ella y a pesar de que sabía perfectamente que Erin no necesitaba su ayuda para descender del vehículo, le ofreció su mano de todos modos.

Ella observó el brazo extendido y la sonrisa en el rostro de Tyler.

«Solamente está tratando de ser amable contigo», se dijo Erin mientras decidía qué hacer. Pero lo sucedido en el bar, los reproches y luego la manera en la que la había tocado mientras bailaron fueron razón suficiente para rechazar su ayuda.

Se apeó de la camioneta y se hizo a un lado, lo más lejos que pudo de él.

Tyler cerró la puerta y giró hacia ella.

—¿Quieres que te acompañe hasta la casa? No voy a pedir que me invites a pasar.

—No es necesario —respondió tajantemente.

—Está bien, me marcho entonces.

—Buenas noches, comisario Evans.

Él frunció el ceño.

—¿Me tratas de usted nuevamente?

—Creo que es lo mejor —replicó ella.

—Buenas noches, Erin, que duermas bien. —Se quedó mirándola por unos segundos, los suficientes para incomodarla y con rapidez se subió a su camioneta.

Erin se quedó allí, sus dedos apretaban la correa del bolso con fuerza. Los latidos de su corazón volvían lentamente a su ritmo normal. Le temblaban las piernas y la extraña sensación en el estómago no había desaparecido aún.

Inhaló y exhaló profundamente un par de veces; cerró los ojos, pero al hacerlo lo único que vio fue el rostro de Tyler Evans. Los abrió de inmediato; aquel hombre no tenía derecho a meterse en sus pensamientos.

Sacudió la cabeza y se dirigió a la casa de sus vecinas para recoger a *Apollo*; el perro se mostró feliz de verla, no así la señora Montgomery quien había estado espionando su llegada desde la ventana que daba a la calle. No le había agradado verla en compañía del comisario Evans.

Le pidió que le avisara a Olivia que se había sentido mal y que por eso se había marchado antes del Blue Shadow. Pearl le dijo que le daría su recado y la despidió, echándola prácticamente de su casa con perro y todo.

Erin le dio poca importancia a la descortesía de su vecina, ya Olivia le había hablado de su amargo carácter debido a su traumático divorcio. Sintió pena por la mujer; al parecer, cada uno cargaba con su propia cruz.

Seguida de *Apollo* entró por fin a la casa, arrojó el bolso sobre el sofá y se quitó los zapatos. No tenía apetito, por lo que solo sirvió un poco de comida para *Apollo* porque ignoraba si la señora Montgomery le había dado de comer. El perro apenas olió el cuenco cuando ella lo llenó con el balanceado. Al menos sí lo había alimentado.

No eran las diez aún; en Lexington, a aquella hora apenas comenzaba con su rutina de escritura nocturna. Podía intentarlo; no había escrito nada jugoso en los últimos tres días, además no tenía sueño.

Buscó el ordenador portátil y se ubicó en un rincón del sofá en el que *Apollo* ya estaba dormitando.

Abrió el documento y buscó el manuscrito en el que estaba trabajando; había dejado en una escena amorosa, la había abandonado porque no había sabido cómo seguirla.

Apoyó la espalda en uno de los cojines y colocó ambas manos sobre el teclado. Sus dedos estaban inquietos; sintió el cosquilleo y sonrió.

Comenzó a escribir y llenar las páginas en blanco casi sin darse cuenta; las palabras parecían salir a borbotones de su mente; fluían sin ningún freno. Sin dudas, la inspiración estaba de su lado aquella noche.

Escribió durante casi dos horas sin detenerse; temía hacerlo y estancarse una vez más como ya le había ocurrido.

Había conseguido cerrar el capítulo; aquella escena amorosa entre los protagonistas de su novela finalmente había surgido sin ningún problema.

Leyó las páginas escritas y le agradó el resultado.

Ignoraba de dónde había salido la inspiración, pero, si tenía más noches productivas como aquella, podría entregar el manuscrito en la nueva fecha acordada.

Guardó el archivo y apagó el ordenador. Sin hacer ruido para no despertar a *Apollo*, subió las escaleras y entró a su habitación. Unos pocos minutos más tarde, y

con su ropa de dormir, ya estaba metida en la cama.

Pero no logró conciliar el sueño de inmediato.

Estaba inquieta y nerviosa.

La actitud de Tyler Evans hacia ella era lo que la desconcertaba. En el bar se había puesto furioso, como era de suponer tras saber que ella casi había provocado que fuese retirado del caso. Pero luego, cuando estaban bailando tan cerca uno del otro; esa furia se había desvanecido por completo. Parecía que en una sola noche había visto dos caras del mismo hombre.

Y Erin no sabía a cuál de las dos le temía más.

* * *

Se movió inquieta en la cama; estaba boca abajo y las sábanas habían ido a parar al suelo. Había pasado una noche fatal; no había podido conciliar el sueño fácilmente y, cuando por fin lo había logrado se había despertado en medio de una pesadilla. No recordaba mucho del sueño, solo que estaba en un lugar desconocido a la orilla de un lago y que sonreía feliz, luego había escuchado el eco de pasos acercándose y una voz masculina que decía su nombre.

Pero, cuando se dio vuelta, se vio a sí misma cayendo en un profundo abismo. La voz seguía llamándola y, a pesar de sus vanos intentos por aferrarse a la luz, la oscuridad se la iba devorando poco a poco.

Y se había despertado con una intensa sensación de ahogo. Entonces se lavó la cara y regresó a la cama en donde volvió a dormirse cerca de la madrugada.

No podía levantar los párpados, su único deseo era continuar durmiendo; necesitaba un sueño reparador antes de iniciar una nueva jornada de trabajo; faltaba media hora para las ocho, quizá podía dormir unos cuantos minutos más antes de poner un pie fuera de la cama.

Estiró un brazo, levantó la sábana del suelo y se cubrió hasta la cabeza.

Un par de segundos después un golpeteo persistente martilló en sus oídos.

¿Jon había venido por ella? No recordaba que él le hubiese mencionado algo al respecto. Quizá había surgido algo en el caso o, Dios no lo quisiera, había sido hallada una nueva víctima.

Se destapó y lanzó un bufido antes de alzarse de la cama. Ni siquiera se molestó en ponerse las pantuflas, tampoco se miró al espejo para revisar su aspecto. Se acomodó el cabello mientras bajaba las escaleras con parsimonia. Volvieron a golpear, esta vez con más ímpetu, y Erin tuvo que acelerar el paso. *Apollo* ya se encontraba agazapado junto a la puerta preparado para recibir al intruso.

—¡Jon, vas a despertar a media ciudad!

Pero, cuando abrió la puerta, se encontró con Tyler Evans de pie en el porche de la casa.

Fue entonces que se dio cuenta, primero, de que llevaba puesto tan solo sus pantaloncitos cortos y su camiseta para dormir; y, segundo, de que tenía el cabello todo alborotado y seguramente su aspecto era bastante deplorable.

¿Qué demonios hacía aquel hombre allí parado frente a la puerta?

Apollo se puso enseguida a oler sus botas.

Tyler se quitó las gafas, las puso en el bolsillo de su camisa gris, miró primero al perro y después le sonrió a Erin.

—Buenos días.

Erin trató de acomodarse el cabello como pudo; habría deseado tener en ese preciso momento un espejo a mano.

—¿Qué hace usted aquí?

Tyler pasó por alto el hecho de que ella ni siquiera le había devuelto el saludo. Prefirió dedicarse a contemplar su aspecto mañanero. Lo del cabello revuelto le resultó divertido, sobre todo, el esfuerzo que en vano hacía ella por acomodarlo en su sitio. La vestimenta era otra cosa; entre la estrecha camiseta que resaltaba sus pechos dejando muy poco a la imaginación y los pantaloncitos cortos con pequeñas florecitas en color violeta que dejaban al descubierto sus esbeltas piernas, Tyler casi se olvidó del motivo que lo había llevado a golpear su puerta esa mañana tan temprano.

—¿Va a responder o no? —inquirió Erin y se movió inquieta en su sitio. Luego le ordenó a *Apollo* que se apartara de él y de sus botas.

Él le clavó la mirada y ella no pudo evitar sonrojarse. Debía de estar horrible, y sin embargo, el modo en que Tyler la miraba, le hizo saber que aún podía sentirse admirada y deseada por alguien.

Pero ella no quería despertar esa clase de sentimientos en ningún hombre.

—Necesito que vengas conmigo.

—¿A dónde? —Frunció el ceño—. ¿Han hallado a una nueva víctima?

Tyler negó con la cabeza.

—¿Entonces a dónde demonios quiere que vaya con usted? Yo puedo llegar a la estación de policía perfectamente sin su ayuda, para eso me han rentado un auto...

—No es a la estación donde quiero llevarte —interrumpió él—. Pero es importante que vengas conmigo, por favor.

Tyler se había puesto serio de repente, y Erin supo que la urgencia de que ella fuera con él era real. El hecho de que ignorase el sitio hacia donde quería llevarla pasó a un segundo plano.

—Está bien, pero deje que primero me dé un baño y desayune. —Había aceptado y ni siquiera sabía por qué. Quizá había sido la angustia que percibió en sus ojos o la ansiedad en sus palabras, pero lo cierto era que estaba a punto de ir con Tyler Evans hacia un lugar que desconocía.

—La esperaré.

—Será mejor que pase.

Tyler miró al perro en busca de su anuencia para entrar a la casa. *Apollo* lo observó detenidamente con sus ojos oscuros y, cuando él puso un pie dentro de la casa, dejó de hacerle caso.

Cuando Erin desapareció por las escaleras, Tyler se dedicó a contemplar la casa. Había un poco de desorden y, sin dudas, contrastaba con la imagen de sobriedad e

integridad que Erin no se cansaba de mostrar. Le gustó aquella dicotomía; y, muy a su pesar, estaba descubriendo que había muchas cosas que le agradaban de ella. Posó sus ojos en *Apollo*; el perro ya no estaba encima de él, pero no dejaba de mirarlo; bueno, quizá no todo de ella le gustaba, pensó.

Desistió de sentarse en el sofá porque estaba demasiado nervioso; comenzó a caminar por la sala. Vio las carpetas del caso esparcidas sobre la mesa y unos cuantos papeles más por encima. También estaba el ordenador; se acercó, pero lamentablemente estaba apagado. No estaba bien lo que había pensado, no tenía ningún derecho a fisgonear en sus cosas, pero la curiosidad que sentía por aquella mujer era demasiado grande. Presentía que ocultaba algo; lo había percibido en la profundidad de sus ojos que, a pesar de ser de un azul vivo e intenso, siempre estaban teñidos de un atisbo de melancolía.

Además estaba el hecho de que al tal Jon Kellerman le había costado convencerla para que aceptara trabajar en el caso.

Pues sí, tenía curiosidad de saber más de ella, no tenía caso negarlo.

Se giró sobre sus talones cuando la escuchó bajar de prisa las escaleras.

Había vuelto la Erin de todos los días, con su falda estrecha, su camisa sin arrugas y su infaltable chaqueta, de la que colgaba su identificación. Se iba recogiendo el cabello aún mojado a medida que bajaba las escaleras.

Alzó la vista y se topó con los ojos grises de Tyler, se terminó de arreglar el cabello y se detuvo.

—Voy a desayunar algo rápido; ¿desea un café?

—No, gracias.

Erin se dirigió a la cocina, consciente de que él iba detrás de ella. Sacó una taza de la alacena, preparó el café y lo bebió, todo bajo la atenta mirada del comisario.

—No va a decirme dónde pretende llevarme, ¿no es así?

—Lo sabrás cuando lleguemos, quédate tranquila, no hay nada de qué temer.

Erin no estaba tan segura. Últimamente la cercanía de aquel hombre le infundía un gran temor, no porque pensara que él pudiese hacerle daño, sino porque no comprendía lo que le sucedía cada vez que la miraba o le hablaba. La verdad era que no sabía qué esperar de un hombre como Tyler Evans. Él la confundía, y ella no podía permitirlo. Por eso era mejor adoptar una postura de distancia y frialdad; debía mantenerlo alejada de ella, al menos en el ámbito personal porque tenían que trabajar juntos casi a diario en pos de un objetivo en común: encontrar al asesino de Priscilla Caller y Katie Lorenz.

Bebió su café, dejó la taza en el fregadero y revisó el cuenco de *Apollo* para ver si él se había alimentado.

—Tengo que llevar a *Apollo* a casa de mis vecinas —le indicó.

Tyler se sorprendió.

—¿Las Montgomery cuidan de tu perro?

—Sí, Olivia se ofreció a hacerlo, y creo que, dadas las circunstancias, la mejor opción era aceptar —le dijo a sabiendas de que él captaría la indirecta.

Tyler no dijo nada, pero sí se dio por aludido; lo que no podía creer era que a

Pearl Montgomery aquella bola de pelos negros le cayera en gracia.

—Te espero en mi camioneta —le dijo saliendo al exterior. No pisaría la casa de Pearl Montgomery ni por todo el oro del mundo. Esa mujer y él no podían estar cerca ni a cien metros sin que saltaran chispas.

Erin se encogió de hombros, recogió su bolso y salió detrás de él con *Apollo*.

Tyler se metió en la camioneta y espío a Erin a través del espejo. El perro la seguía mientras movía el rabo. Puso sus manos en el volante y comenzó a golpetear los dedos, hasta que la vio regresar.

Le abrió la puerta del acompañante y, nuevamente, Erin tuvo dificultad para subirse por culpa de su estrecha falda. Farfulló en silencio, y Tyler aguantó la risa.

Erin colocó el bolso sobre su regazo, miró el reloj, faltaban diez minutos para las ocho.

—¿Nos llevará mucho tiempo? Tengo que avisarle a Jon que llegaré tarde. — Sacó el teléfono móvil dispuesta a llamarlo en ese mismo momento.

—No es necesario que le avises ahora —respondió él—. ¿Acaso necesitas reportarte con tu jefe por cada cosa que hagas o dejes de hacer?

Erin respiró hondamente para no contestarle con una grosería. Lo miró y le dijo:

—No, pero seguramente Jon se preocupará si me retraso.

«Lo llama “Jon” con demasiada confianza», pensó Tyler. Eso indicaba que eran bastante cercanos. Podía jurar incluso que tenían algo más que una relación laboral; aquel hombre no debía de ser solo su jefe. ¿Sería su amigo? ¿Sería algo más?

Apretó el acelerador, aquella idea no le agradaba en lo absoluto.

—Haz lo que quieras —dijo mientras apartaba la mirada para tratar de concentrarse en el camino.

Erin lo observó de soslayo. Se había enfadado de repente; eran aquellos cambios de humor los que la dejaban desconcertada; por eso decidió que no era lo más indicado llamar en ese momento a Jon, guardó el teléfono dentro del bolso y recostó la cabeza en el asiento. Ella también se dedicó a observar el camino que con gran rapidez iban dejando atrás.

Unos cuantos minutos más tarde, la vieja camioneta se adentró en una zona poblada por casas un poco más antiguas de las que había visto en la zona de College Hill. La mayoría parecía haber sido construida a fines del siglo XIX. Eran bonitas, sin ser demasiado suntuosas. Unas enormes encinas decoraban las aceras y brindaban una importante cantidad de sombra.

De pronto, Tyler detuvo la camioneta frente a una de las casas, apagó el motor y la miró:

—Hemos llegado, es aquí.

Erin miró la casa, tan elegante como las demás y luego lo miró a él.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa.

Los ojos de Erin se abrieron exageradamente y, antes de que pudiera decir algo, Tyler habló:

—Mi casa, en donde vivo con mi hermano y Mimie, una mujer que nos cuida y

que es como una madre para nosotros.

Su respuesta tampoco la tranquilizó. ¿Por qué la había llevado allí?

—No entiendo...

—Erin, te he traído hasta aquí porque quiero que conozcas a mi hermano.

Erin negó con la cabeza.

—No creo que sea correcto; será llamado a prestar declaración y deberá hacerlo en la estación de policía.

—No quiero que lo interrogues —le dijo él en una nueva interrupción—. Quiero que lo conozcas, que hables con él, no como agente del FBI, sino como mujer.

Erin pensó que aquello no tenía sentido alguno; estaría violando todas las reglas si lo hacía. Rick Evans era, muy a pesar de su hermano, uno de los sospechosos de los homicidios. No era justo ni sensato que la hubiese llevado hasta allí engañada.

—No puedo hacerlo, es contra las normas —explicó ella tratando de hacerlo entrar en razón.

Tyler soltó el volante, se movió en su asiento y le clavó la mirada.

—¿Lo harías si te pidiera que hablaras con él en calidad de psicóloga forense?

—Puedo hacerlo, pero no aquí en tu casa, sino en una sala de interrogatorios.

—¿Qué más da dónde sea? Rick se pondría nervioso en un lugar frío e impersonal como ese, en cambio, aquí está en su ambiente, donde se siente seguro y protegido —argumentó Tyler no dispuesto a perder la batalla con ella.

Erin se quedó en silencio durante unos segundos. En sus siete años como agente del FBI nunca se había enfrentado a un dilema similar. Había quebrantado las reglas en un par de ocasiones, pero nunca había interrogado a un sospechoso en su propia casa, menos de manera extraoficial.

—Si te hace sentir mejor, podemos guardar el secreto y no decirle nada a Kellerman.

—No —saltó enseguida ella. Una cosa era aceptar lo que él le pedía, pero otra muy distinta era ocultárselo a Jon—. Tendrá que saberlo, es la condición que impongo para acceder a su petición.

Tyler sonrió.

—Está bien, como quieras. —Se bajó rápidamente de la camioneta y corrió hasta su puerta. La abrió y extendió su brazo—. Ven, seguramente Rick ya está levantado.

Erin dejó que él sostuviera su mano y la ayudara a bajar de la camioneta. Con la otra mano apretó con fuerza el bolso contra el pecho, porque aquel simple contacto había disparado algo en su interior. Tyler se quedó mirándola un instante a los ojos y ella creyó que él la besaría. Sus rostros estaban tan cerca, tan próximos a cometer una locura, que Erin se apartó de inmediato cuando se vio con los pies ya en el firme suelo de concreto.

La condujo a través de un camino empedrado, subieron los escalones del porche y, antes de abrir la puerta, Tyler se dio vuelta y la miró.

—Olvídate de todo lo que oíste sobre mi hermano hasta ahora; cuando hables con él podrás comprobar que no son más que habladurías.

Erin asintió. Trataría de hacerlo, pero no le sería fácil; podía dejar de lado los maliciosos comentarios de Pearl Montgomery, pero no lo que le había contado Olivia después.

Ya dentro de la casa, Erin descubrió que era tan encantadora como lo era por fuera. Paredes pintadas en verde oscuro y pisos de madera lustrados. Muebles antiguos y modernos convivían en perfecta armonía en la sala y le daban un aspecto sobrio y alegre a la vez. Había muchos adornos hechos con troncos y flores secas, que a Erin le parecieron encantadores.

Una puerta de cristal entreabierta conducía a la cocina y, de allí, provenía el ruido de tazas y el delicioso aroma del café. Una voz femenina canturreaba una melodía que reconoció como un blues.

—Esa es Mimie que prepara el desayuno —le dijo Tyler con una sonrisa en los labios.

Dos segundos después, una mujer robusta y morena de unos cincuenta años apareció por la puerta de cristal.

—Tyler —alzó una mano en un gesto desaprobatorio—. ¿Por qué no me dijiste que vendrías acompañado?

—Mimie, ella es Erin, trabaja para el FBI y ha venido a conocer a Rick —le explicó.

Erin se dio cuenta de que la mención del FBI inquietó a la mujer.

—Hola, señora Mimie —saludó con una sonrisa.

La mujer la miró de arriba abajo, estudiando su aspecto, luego la miró a los ojos y recién entonces su rostro se relajó.

—Hola, cariño, Mimie a secas, por favor —dijo al ver la señal que le había hecho Tyler de que estaba todo bien y que le devolvió el alma al cuerpo.

—¿Dónde está Rick? —preguntó Tyler incapaz de ocultar su impaciencia.

—En su habitación, estaba a punto de llamarlo para el desayuno; ve tú, si quieres, mientras yo atiendo a tu... amiga.

Tanto Erin como Tyler percibieron el tono que usó Mimie para referirse a ella como una «amiga».

Tyler subió las escaleras de dos en dos, y Erin fue arrastrada hacia la cocina. Allí la recibió el aroma penetrante del café y el perfume de un tentador pastel de chocolate recién horneado. A Erin le parecía increíble que alguien se levantara tan temprano para preparar un desayuno así, se veía que cuidaba a los hermanos Evans como si fueran sus propios hijos.

—Sabes, me sorprendí cuando Tyler me dijo que eras del FBI —le dijo Mimie mientras la invitaba a sentarse—. Si no hubiese visto la identificación que cuelga de tu chaqueta nunca lo habría creído. —La miró fijamente—. ¿De verdad eres agente federal?

Erin asintió.

—Así es; psicóloga forense y perfiladora, para ser más exacta.

—¡Pero si eres una niña!

Erin sonrió y agradeció el cumplido.

—Tengo treinta y cuatro años, Mimie.

La morena abrió muy grandes los ojos del color del ébano.

—¡Estás mintiéndome!

—Le juro que es la verdad, no soy ninguna niña, créame.

Tyler entró en la cocina y le gustó la escena que encontró. Mimie y Erin conversaban animadamente, con una sonrisa en los labios.

—Rick bajará en un momento —anunció y se sentó junto a ella.

Erin asintió; la llegada de Tyler volvió a inquietarla.

—Le estaba diciendo a Erin que no puedo creer que tenga treinta y cuatro años. Mírala, Tyler, ¿no parece una jovencita de esas que acaban de salir de la universidad?

A Erin se le subieron los colores a la cara cuando él sonrió ante el comentario de Mimie.

—Tienes toda la razón, Mimie —concordó Tyler, y consiguió que Erin solo se ruborizara más.

—Tyler cumple treinta y ocho dentro de tres meses —informó Mimie y se ubicó al lado de él y le asió el hombro—. Es un hombre hecho y derecho, pero sigue siendo mi niño, el mismo que a los nueve años se trepó a la encina que está frente a la casa para atrapar un nido de pájaros y terminó yéndose de bruces al suelo; estuvo más de un mes con el pie escayolado.

Ahora fue el turno de Tyler para avergonzarse.

—Mimie, no creo que a Erin le interese conocer las peripecias de cuando era niño.

La mujer sonrió; le dio un ruidoso beso en la mejilla y se dedicó a servir en una bandeja el desayuno para Rick.

Por unos cuantos segundos y, aprovechando que él estaba atento a la llegada de su hermano, Erin se dedicó a observarlo. No le fue difícil imaginárselo como un travieso niño de nueve años trepando al árbol que se encontraba al frente de la casa. Si se lo miraba con atención aún conservaba cierto aire de niño en su rostro, sobre todo cuando se reía y le aparecía una graciosa arruga justo al lado de la comisura de los labios.

Tyler giró de repente, y Erin tuvo que apartar la vista.

—¿Te apetece un café? —preguntó Mimie al tiempo que servía las tazas.

—Me encantaría. —Había tomado uno antes de salir de su casa, pero aquel café olía tan delicioso que tenía que probarlo.

También se animó con un pedazo de pastel de chocolate y rechazó el panecillo de canela porque ya había comido suficiente. Mimie era una excelente pastelera, virtud de la cual ella, lamentablemente, carecía.

Cuando finalmente Rick apareció, el ambiente se tornó tenso. Erin lo observó y, al mismo tiempo, se sintió estudiada por él.

Tendría unos pocos años menos que su hermano; llevaba el cabello largo hasta los hombros, ondulado en las puntas y en un tono más claro que el del comisario. Era extremadamente delgado y tan alto como él.

No tenían el mismo color de ojos; mientras los de Tyler eran grises, los de él

eran castaños oscuros; aun así, vio que se parecían mucho.

Tyler se levantó y se acercó a su hermano.

—Rick, ella es Erin, la mujer de la cual te hablé.

Rick apenas le sonrió.

—Hola, Rick. —Erin también se puso de pie y estiró el brazo—. Encantada de conocerte.

—Ty me dijo que eres del FBI —dijo Rick con cierto recelo.

—Tu hermano te dijo la verdad; soy agente especial del FBI, pero también soy psicóloga forense —respondió ella.

Tyler observó su sonrisa, podía derretir hasta el témpano más gélido con ella.

Rick también pareció sentirse subyugado por su belleza porque extendió su brazo y estrechó su mano.

—Ty quiere que hable contigo; me dijo que no importa que seas un federal —le explicó.

Erin lanzó una fugaz mirada a Tyler.

—¿Por qué no olvidamos por un rato que soy un agente? Podemos ser solamente Rick y Erin mientras charlamos, ¿te parece?

Sin dudas, sabía cómo romper el hielo, pensó Tyler, al escuchar cada una de sus palabras.

Rick asintió y se sorprendió no solo a la propia Erin sino a también a Mimie y a su hermano.

—¿Quieres que hablemos en el comedor? Está por empezar mi programa favorito.

—Me encantaría.

Mimie le llevó el desayuno, y Rick se sentó en el lugar de siempre, frente al televisor que ya estaba encendido. Erin se ubicó a su lado y le hizo señas a Tyler para que esperara en otro lado.

—Ven, cariño, dejémoslos solos.

Tyler fue arrastrado por Mimie al interior de la cocina, pero desde allí observaba la escena a través de la puerta de cristal.

—Va a estar bien, ¿verdad? —preguntó Mimie a Tyler.

—Sé que la presencia del FBI te preocupa, pero necesitaba que Erin conociera a Rick; desafortunadamente, ha sabido de él por la fuente equivocada.

Mimie no necesitó preguntar de quién se trataba.

—Tal vez ella pueda ayudarnos a probar que él no tiene nada que ver con los homicidios; no me preguntes por qué, pero en este momento es en la única persona en la cual confío.

Mimie sonrió.

—Es bonita.

—Sí, pero ese no es el motivo por el cual confío en ella —le aclaró y apartando por un segundo la vista de lo que estaba sucediendo en la sala.

Mimie se puso a ordenar, y en sus labios afloró una sonrisa divertida que Tyler no alcanzó a ver.

* * *

Erin percibió de inmediato que el retraso mental que padecía Rick no era grave. Su capacidad intelectual era la misma que la de un muchacho de su edad; lo supo al hacerle unas cuantas preguntas que él respondió sin titubear. Quizá se distraía con facilidad y se quedaba callado de improviso sin ninguna razón aparente, pero fuera de eso no encontró ninguna anomalía seria, por supuesto que para hacer un diagnóstico sería necesario llevar a cabo algunas pruebas, pero ella no estaba allí para eso. Notó que colocaba la cuchara siempre en el mismo sitio, también lo hizo con el panecillo de canela, cada vez que le daba un mordisco, volvía a colocarlo en el punto exacto donde estaba antes. Era un acto mecánico y lo hacía sin darse cuenta.

—Rick, ¿podemos hablar de lo sucedido hace cinco años?

Él la miró; la expresión de su rostro cambió de repente. Sus ojos incluso se habían oscurecido.

—Me duele recordarlo.

Erin trató de tocar su mano; Rick quiso apartarla, pero finalmente se lo permitió.

—Rick, puedes contarme todo lo que quieras, pero si algo te causa dolor, no es necesario que lo hables conmigo. Solo quiero ayudarte...

—Fue por culpa de los olvidos.

Erin frunció el ceño.

—¿Olvidos?

Rick asintió nerviosamente con la cabeza.

—Hay ocasiones en las cuales me despierto y no recuerdo dónde estaba un minuto antes —le explicó mientras acomodaba la cuchara en su sitio por enésima vez.

—¿Sufres de lagunas mentales? ¿Desde cuándo?

—No lo sé exactamente.

—¿Las sufrías de niño?

—No, empezaron mucho más tarde.

Erin se sorprendió. No era común que alguien con el nivel de retraso que él tenía sufriera de lagunas mentales o pérdida de la memoria. Tal vez algún medicamento se las provocaba.

—Dime, Rick, ¿tomas muchos medicamentos?

—Tres diferentes desde que tengo uso de razón —respondió.

Erin asintió; la causa de los lapsus de memoria podía ser alguna de las drogas que tomaba.

—¿Las sufres a menudo?

—Sí, de un tiempo a esta parte han empeorado, muchas veces ni siquiera sé como llegué a un lugar, simplemente abro los ojos y allí estoy.

Erin se quedó meditabunda; mientras sopesaba lo que Rick acababa de revelar; un detalle que, por supuesto, su hermano mayor había pasado por alto contarle.

Miró a Rick mientras él terminaba de desayunar y sonreía con su serie de ciencia ficción preferida: *Star Wars*. Le costaba creer que fuese un asesino; mucho más uno tan violento y despiadado como el que había acabado con las vidas de Priscilla Caller y Katie Lorenz, pero no podía negar el hecho de que Rick padecía de lagunas mentales y que, según sus propias palabras, se habían agudizado en los últimos tiempos.

Él podría haber cometido los homicidios y, luego, no recordarlo; había visto casos similares, no sería la primera vez que un criminal hubiese matado a alguien y luego no recordara nada de lo sucedido. Y ese era su gran temor; que Rick formara parte de ese grupo. Por si fuera poco había atacado a Brittany Hall cinco años atrás de una manera brutal. Tenía los antecedentes, un problema mental que complicaba todo, y muchos indicios parecían apuntar hacia él.

Aun así, Erin no creyó que Rick Evans fuera culpable.

Tal vez, si insistía con lo sucedido hacía cinco años podía enterarse de algo más.

—Rick —le rozó el brazo para llamar su atención.

Él la miró con sus enormes ojos castaños.

—Me gustaría que me contaras qué sucedió con Brittany Hall.

Rick sacudió la cabeza hacia un lado y hacia el otro con violencia.

—No.

—Creo que te haría bien hablar de ello...

—¡No!

Estaba agitado y alzó considerablemente la voz.

—¡Rick, cálmate, no quise asustarte! —le pidió.

La puerta de cristal se abrió de repente y tanto, Tyler como Mimie, aparecieron de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó Tyler evidentemente molesto.

Erin lo miró y vio la rabia en sus ojos.

—Nada, estábamos bien, quise que me hablara sobre lo sucedido con Brittany Hall, y se puso así. —Erin se levantó de la silla cuando Tyler se arrodilló junto a su hermano y lo abrazó para tratar de calmarlo.

—¡No te traje aquí para que trataras de sonsacarle información! —le espetó él alzando la voz.

—Tyler, cálmate —le pidió Mimie al ver el estado en el cual se encontraba Erin.

—Perdón, no fue mi intención perturbar a Rick, solo intentaba ayudarlo.

Mimie se acercó y la asió de los hombros para reconfortarla, mientras Tyler trataba de hacer lo mismo con su hermano.

—No le agrada hablar de ese tema —le explicó Mimie.

Erin asintió; estaba al borde de las lágrimas; observó a Rick que temblaba sin control entre los fuertes brazos de su hermano. Ella lo había puesto así y se sintió terriblemente culpable.

—Creo que me equivoqué, nunca debí permitir que te acercaras a él —dijo Tyler y la miró con frialdad nuevamente.

—Será mejor que me marche, no tiene caso que siga aquí. —Se separó de Mimie

y salió de la casa casi corriendo. Cuando llegó a la acera recordó que había llegado en la camioneta de Tyler. No le importó, conseguiría un taxi y, si no lo conseguía, se iría caminando hasta la estación.

En el interior de la casa, Tyler batallaba entre salir a buscarla y calmar a su hermano.

—Fuiste muy duro con ella, Tyler —le reprochó Mimie mientras mesaba el cabello de Rick con ternura.

—No debí traerla, no sé en qué demonios estaba pensando cuando lo hice. — Apartó a Rick y, como lo notó más calmado, le dijo—: No te preocupes, no volverá a verte.

Rick negó con la cabeza.

—¿Qué sucede?

—Quiero seguir viéndola —soltó Rick contra todo pronóstico.

—Pero, Rick...

—Ty, hay algo en ella que me gusta; quizá sea su manera de hablarme o de mirarme; hacía mucho que alguien no me miraba así. No había reproche ni odio en sus ojos, solo comprensión.

—¿Estás seguro? —Tyler no entendía la reacción de su hermano.

—Sí, perdí el control cuando mencionó a Brittany, pero creo que ella podría ayudarme; además, no me gustó el modo en que la trataste, al echarle la culpa de mi reacción.

—En realidad, no quería culparla a ella, sino a mí mismo.

—Ninguno de los dos tiene la culpa. Ve a alcanzarla y dile que regrese, que quiero seguir viéndola.

Tyler se puso de pie, no iba a contradecir a su hermano a pesar de que ya no estuviera tan seguro de que la ayuda de Erin Campbell fuese beneficiosa para él.

Salió de la casa, llegó hasta la acera y miró hacia ambos lados. No había señales de ella.

Se había marchado.

Él la había echado.



Capítulo 9

Al día siguiente, Erin trató de olvidarse del incidente con el hermano de Tyler. Llegó a la estación plenamente consciente de que lo que menos deseaba esa mañana era un encuentro con él; agradeció cuando descubrió que aún no había llegado.

No le dijo nada a Jon sobre la visita a Rick Evans; había pensado en hacerlo, pero ya no tenía caso; primero, porque había resultado un fracaso total y, segundo, porque sabía que él nunca habría aprobado lo que había hecho. Por eso prefirió guardar el secreto.

Estuvieron toda la mañana analizando la información que tenían de los dos homicidios. Le tomaron declaración indagatoria a Ken Bentley y a Gill Murray, ambos relacionados con Priscilla Caller, la primera víctima.

Bentley era quien había discutido con ella poco antes de su muerte, pero el joven tenía una coartada firme; además, Erin sabía que ni él ni Gill Murray, el vecino de Priscilla, tenían que ver con los crímenes.

Quien había matado a las chicas debía tener una conexión con ambas; por eso, cuando interrogaron a Shemar Payne, lo hicieron con mucho tacto. El profesor daba clases de Literatura en la escuela en donde concurrían tanto Priscilla como Katie. Era un vínculo que no podían pasar por alto. Los encargados de interrogarlo fueron Jon y Jesse, aunque Erin permaneció en la misma habitación en silencio y estudiando cada uno de los gestos del sujeto. Lo había notado nervioso, pero no más que los anteriores testigos que habían interrogado. A todos se les había mostrado la foto que Erin había encontrado en la habitación de Priscilla, pero nadie reconoció al muchacho que la acompañaba. Tampoco llegaba ninguna novedad desde Quantico sobre la identidad del misterioso joven.

Shemar Payne rindió su declaración y descubrieron que su única culpa era conocer a las dos muchachas porque asistían a sus clases. También tenía una sólida coartada; la noche en que Priscilla Caller había sido asesinada no estaba en la ciudad; había asistido a una conferencia en Topeka. Lo que lo anulaba como sospechoso, porque ya no tenían dudas de que las dos jovencitas habían sido asesinadas por el mismo hombre.

Estuvieron hasta horas tempranas de la tarde tomando declaraciones a las amigas de las víctimas, hasta que finalmente obtuvieron un importante resultado.

Una de las chicas les dijo que quien aparecía en la foto con Priscilla era un chico que ella había conocido en una fiesta el verano anterior; la foto era de esa época y, según la amiga de Priscilla, se llamaba Nick y vivía en Butler. No recordaba su apellido, pero con la información que les había brindado podían reducir la búsqueda.

Fue Erin quien se encargó de enviársela a Meredith en Quantico por correo

electrónico.

Se encontraba precisamente haciendo aquello en la oficina que había sido del ayudante del comisario cuando escuchó la puerta de calle abrirse y cerrarse con fuerza.

Jon y Jesse apenas se habían marchado para tomar su almuerzo tardío, al cual ella había preferido no ir; era imposible que uno de ellos hubiera regresado.

Sintió los pasos, reconoció de inmediato el sonido de las botas vaqueras pisando fuerte sobre el suelo de madera. Su corazón se detuvo un segundo, y sus dedos dejaron de teclear.

Pero él no entró a la oficina, sino que siguió de largo hasta la suya.

Respiró aliviada; al menos ganaría un poco más de tiempo antes de enfrentarse a él. Sabía que cuando lo hiciera tendría que soportar quizá una nueva reprimenda de su parte, pero ella no estaba arrepentida de lo que había hecho, lo que sí lamentaba era la reacción que había sufrido Rick cuando ella le habló de Brittany Hall.

Terminó de enviar el informe con los nuevos datos sobre el amigo misterioso de Priscilla Caller a Meredith y se dispuso a revisar los resultados de las pericias realizadas al cuerpo de la segunda víctima.

Miró con nerviosismo su reloj, no hacía ni media hora que Jon y Jesse se habían marchado. Sus ojos pasaban del informe que estaba leyendo a la puerta que permanecía cerrada, porque estaba segura de que en cualquier momento Tyler entraría para hablar con ella.

Ese momento no se hizo esperar.

Erin alzó la vista de los papeles cuando él entró a la oficina.

Avanzó hacia ella con paso cansino, no había nada de amenazante en su actitud todavía.

—Erin, necesito hablar contigo.

Ella intentó concentrarse en los papeles, pero le fue imposible estando él tan cerca. No pudo levantar la vista; prefirió seguir fingiendo que leía.

Entonces él se acercó mucho más y se sentó en el extremo del escritorio a tan solo unos pocos centímetros de ella.

Erin lo observó de soslayo tras sus gafas, pero no le hizo caso. La verdad era que no se atrevía a verlo a los ojos por temor a descubrir nuevamente que él la miraba con rencor.

—¿Vas a hacerme caso o no? —Tyler alzó el tono de su voz; no porque estuviera enojado, sino porque estaba a punto de perder la paciencia.

Erin tragó saliva, no podía sostener aquella situación por mucho más tiempo, no tenía sentido. Dejó los papeles encima del escritorio, los acomodó en un costado. Luego se irguió en la silla y alzó la cabeza.

—¿Qué quiere decirme?

Tyler se sintió de repente sobrecogido, Erin lo estaba mirando fijamente; aun con aquellas gafas puestas percibió la belleza de sus ojos y la intensidad avasallante de su mirada. Por un segundo ni siquiera supo qué decirle.

Ella frunció el ceño.

—¿Y bien?

Tyler no podía apartar sus ojos de los de ella.

Cielos; ahora sí que estaba en serios problemas. Cuando una mujer lo atraía de aquella manera, se volvía un completo tonto, y lo estaba demostrando en aquel preciso momento, cuando tenía que hablar con ella de un asunto importante y las palabras no le salían.

Erin percibió algo diferente en él; no era común que se quedase callado de repente, mucho menos cuando era evidente que debía hablar con ella.

—Lamento lo sucedido ayer, me porté como un idiota contigo —soltó Tyler de repente. Cuando se dirigía allí pensaba que no le sería sencillo pedir disculpas, pero descubrió asombrado que no le había costado nada.

Erin se sorprendió, ahora era ella la que estaba sin palabras.

Tyler se pasó una mano por el cabello y acomodó hacia atrás un mechón que caía sobre su frente.

—Rick suele tener esos arranques, no sé por qué me la agarré contigo, no fue tu culpa. Perdóname, por favor.

—Yo...

—Rick quiere que regreses, no le gusta rodearse de gente extraña, pero le has caído bien, y eso ya es mucho decir.

—No sé si sea lo más prudente que vuelva a verlo, no le he dicho nada a Jon de lo de ayer, jamás lo aprobaría.

—¿No habría manera de que no lo supiera? —preguntó Tyler y le sonrió por primera vez.

Erin trató de disimular que aquella sonrisa le fascinaba y se entretuvo con el ratón de la computadora.

—Me está pidiendo que le oculte información a mi superior —espetó ella.

—Básicamente, sí, es eso lo que te pido, sobre todo si crees que él no lo aprobaría.

Le tentaba la idea de seguir viendo a Rick, a ella también le había caído bien y estaba segura de que podría ayudarlo. Pero mentirle a Jon...

—No lo sé...

—Por favor, será nuestro secreto.

La intimidad que le puso él a aquellas palabras la hizo estremecerse. Compartir un secreto con Tyler Evans. No podía ser algo bueno para ella; si Jon se enteraba, podía incluso suspenderla. Sin embargo, le seducía el desafío que Tyler le estaba proponiendo. Aunque tenía la certeza de que él lo hacía solamente porque la necesitaba para probar la inocencia de su hermano, decidió arriesgarse.

—Está bien, seguiré viendo a Rick fuera del horario de trabajo para no levantar sospechas —le dijo, por fin, cediendo a su petición.

Tyler volvió a sonreír, esta vez de alegría.

Erin se levantó de su silla y, al hacerlo, quedó prácticamente frente a él, que no se había movido de su sitio.

No pudo siquiera apartarse, aunque su mente le decía que debía hacerlo, y cuando Tyler alzó su brazo y rozó su mejilla con el dorso de su mano, Erin sintió cómo sus piernas comenzaban a flaquear.

Tyler no se detuvo, suavemente le quitó las gafas, las bajó por el puente de su nariz y las apartó a un lado.

—Tienes unos ojos bellísimos, Erin; sin embargo, percibo un asomo de tristeza en ellos —le dijo él con voz ronca.

Erin tragó saliva. ¿Era acaso tan transparente para él? ¿Podía darse cuenta un hombre como Tyler Evans de lo que escondía su mirada?

—Tengo ganas de besarte... muchas ganas.

Y ella sentía lo mismo, solo que no se atrevía ni siquiera a pensarlo, mucho menos a confesárselo a él.

El único sonido que se oía en la oficina era el del ordenador aún encendido y el de sus respiraciones agitadas. Erin pensaba que el corazón se le saldría del pecho en cualquier momento.

Lo miró a los ojos; tan grises y tan intensos que se sintió completamente subyugada. Si Tyler en ese momento hubiese hecho caso a sus deseos y la hubiese besado, Erin no habría tenido las fuerzas para rechazarlo.

Pero nada de eso sucedió.

La puerta se abrió de repente y Jesse entró a la oficina.

Erin se apartó inmediatamente de él, avergonzada no solo por haber sido sorprendida en aquella actitud sospechosa, sino por haber estado a punto de dejarse llevar. Buscó sus gafas en el escritorio y se las puso con manos temblorosas. Le sonrió a Jesse y este le devolvió la sonrisa tras echarle una fugaz mirada a Tyler que apenas lo saludó con un movimiento de cabeza.

No había que ser adivino para ver lo que había estado a punto de suceder allí, pero Jesse no hizo ningún comentario, y Erin se lo agradeció.

Tyler decidió salir de allí. No le agradaba el tal Widmore, parecía que cada vez que estaba cerca de Erin quería acapararla solo para él.

Entró a su oficina y cerró la puerta de un golpe. Tom levantó la cabeza y lo miró.

—¿Sucede algo, comisario? —preguntó al ver que él venía de muy mal humor.

Tyler no le respondió; caminó hasta su sillón y se dejó caer pesadamente. Dio un largo suspiro y se cruzó de brazos.

—¿Problemas de faldas?

Tyler perforó a Tom con la mirada.

—Las mujeres son un misterio insondable, Tom, me alegro de que entre Cindy y tú las cosas hayan funcionado desde un principio —comentó entornando los ojos.

—No crea, mi Cindy tiene su carácter; cuando empezamos a salir, se enfadaba por cualquier cosa, ahora que llevamos dos años juntos ya conozco cada una de sus manías y me di cuenta de que ya nunca podría vivir sin ellas. Cada mujer es diferente, pero en una cosa se parecen...

Tyler abrió bien sus oídos y preguntó:

—¿Y qué cosa sería esa, según tú?

—A toda mujer le gusta ser bien tratada; ya sabe, eso del romanticismo, una cena a la luz de las velas, rosas rojas, palabras dulces al oído y todas esas cosas que a nosotros muchas veces nos cuesta tanto hacer —explicó y se sintió todo un experto ahora que había conseguido conquistar a la chica de sus sueños.

¿Una cena a la luz de la velas, rosas rojas y palabras dulces al oído? Tyler no estaba seguro de que Erin fuera la clase de mujer que se sentiría complacida con aquellos detalles. Negó con la cabeza como si estuviera haciendo un profundo razonamiento. No, ella no podía ser esa clase de mujer. Era demasiado seria y estructurada como para serlo.

—Tom, creo que tus consejos no me sirven de nada —dijo a su ayudante y se inclinó en su asiento y apoyó los brazos encima de su escritorio.

—¿Quién es la *víctima*? —preguntó Tom en son de broma.

Tyler dudó; no tenía por qué decírselo; cuanta menos gente supiera que se sentía locamente atraído por Erin Campbell, mucho mejor.

* * *

—¿Te gustaría cenar conmigo?

Erin se tocó su cansada espalda y apartó la vista de la pantalla del ordenador; había estado revisando expedientes de casos en los que las víctimas hubiesen sido brutalmente atacadas y que se hubiesen cometido dentro del estado para tratar de hallar alguna conexión, y ya le dolía la cabeza.

La invitación de Jesse era tentadora; estaba famélica y salir de aquella oficina para comer no sonaba mal. Jesse había sido su única compañía esa tarde, ya que Jon había tenido que partir de repente hacia Washington, a la sede central del FBI, por expresa orden de sus superiores. Había prometido regresar lo antes posible, y Erin ya lo extrañaba.

—Podemos ir al restaurante de la otra vez o quizá prefieras ir a otro sitio —insistió Jesse mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

Erin se quitó las gafas y le sonrió.

—El restaurante de la otra vez está bien, tengo tanta hambre que me conformaría con un puesto de *hot-dog* en la calle —respondió y apagó el ordenador tras guardar los archivos que había estado leyendo.

Jesse soltó una carcajada, tomó su chaqueta de la silla y esperó a que ella hiciera lo mismo. Ambos salieron de la oficina entre risas, y Tyler, que estaba dándole unas indicaciones a Charity, se detuvo en seco.

—Hasta mañana, comisario —dijo Jesse con cierto aire de presunción—. Erin y yo nos vamos a cenar.

Erin tan solo le dedicó una tibia sonrisa y salió de la estación de policía del brazo de su compañero.

Charity observó toda la escena con detenimiento y no pudo evitar sonreír.

Tyler la miró con el ceño fruncido.

- ¿Has entendido lo que te dije?
—Sí, comisario, no se preocupe.
—Muy bien, me marchó. Hasta mañana, Charity.
—Que duerma bien, comisario Evans.

Lo vio irse.

Charity dudaba seriamente de que pudiera dormir tranquilo esa noche sabiendo que la mujer que lo traía de cabeza salía a cenar con otro hombre.

Salió a la calle y vio que Erin y el engreído del agente Widmore se subían cada uno en su auto. Él se metió dentro de la camioneta; encendió el motor y lanzó una bocanada de aire.

Nunca en su vida había hecho lo que estaba a punto de hacer; sin embargo, eso no lo detuvo.

Esperó pacientemente hasta que vio a los dos autos dirigirse a través de la avenida y los siguió a una prudente distancia.

Estaba haciendo el papel de tonto al ir tras ellos como un amante celoso. Tuvo que reírse de sí mismo; no se reconocía, era la primera vez que una mujer lo hacía comportarse de aquella manera.

¿Sería ella la mujer que había estado esperando, la que haría que sentase cabeza por fin?

No lo sabía; de lo único que tenía certeza en ese momento, mientras la seguía por la gran avenida, era de que, desde su llegada, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Detuvo la camioneta en una esquina cuando vio que ambos estacionaron frente a un restaurante. Apagó el motor, bajó un poco más la ventanilla y los observó atentamente.

Lanzó una maldición cuando notó que Widmore llevaba a Erin tomada de la cintura al interior del restaurante. A su criterio, aquel gesto denotaba intimidad o, al menos, una relación más allá del trabajo entre ellos. Él pensaba que era Jon Kellerman quien contaba con esa clase de privilegios, pero al parecer estaba muy equivocado; ahora que el gato Kellerman se encontraba fuera de la ciudad, el ratón Widmore aprovechaba para desplegar su juego de seducción.

Observó su reloj, ocho y media. Mimie estaría preguntándose por qué no había llegado aún. Buscó su teléfono móvil y marcó el número de su casa.

- Mimie, llegaré un poco tarde hoy —le anunció.
—¿Dónde estás?
—Trabajando, Mimie.
—¿Qué clase de trabajo estás haciendo a esta hora? ¿Han matado a otra jovencita?
—No, Mimie. Estoy haciendo trabajo de vigilancia.
Tyler escuchó el suspiro de alivio de la mujer.
—¡Oh! ¿Estás espiando a algún sospechoso?
Tyler se quedó callado durante unos segundos.
—Sí, Mimie, eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Cortó y apretó los dedos sobre el volante.

Un sospechoso cuyo crimen fue haber puesto sus ojos en la mujer equivocada, pensó Tyler sin apartar la vista del restaurante.

* * *

Erin no podía calificar la cena con Jesse como algo maravilloso; la había pasado bien y nada más. Hubo incluso momentos en los que él se quedaba en silencio, la miraba fijamente y ella no sabía qué hacer o decir. También se había sentido un poco culpable por Olivia; si su nueva amiga se enteraba de aquella cena, no lo tomaría bien, a pesar de que solo se había tratado de una salida entre colegas y, por lo tanto, no tenía nada de malo.

Jesse insistió en acompañarla a su casa a pesar de que iba cada uno en su propio coche. Fue con Erin hasta el porche y vio cómo ella encendía enseguida las luces de la sala aun antes de entrar a la casa.

—Gracias por la cena, Jesse, pasé una amena velada.

Él le sonrió.

—Me gustaría que se repita, yo también pasé un rato agradable contigo.

Erin lo despidió con la excusa de que aún debía pasar a recoger a *Apollo* de la casa de sus vecinas; estaba convencida de que Jesse pretendía algo más de ella aquella noche, por eso prefirió decirle adiós para no herirlo cuando se viese obligada a rechazarlo.

Lo observó marcharse, se quitó la chaqueta y se dispuso a entrar a la casa para dejarla en la sala antes de ir a casa de sus vecinas.

De repente, escuchó el eco de pasos, y su corazón se detuvo. Reconocería el aroma de su loción incluso a un kilómetro de distancia.

Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que fuera solo su imaginación, pero cuando al abrirlos percibió su sombra detrás de ella, contuvo el aliento por unos segundos.

Después respiró hondamente y lentamente se dio vuelta.

Tyler estaba parado a menos de un metro de ella, solo los tres peldaños que conducían al porche la separaban de él.

Cuando pudo articular por fin una palabra, le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Lo había tuteado, y eso provocó una sonrisa en él que Erin no supo descifrar.

—Me habría gustado invitarte a cenar, pero parece que llegué tarde —respondió Tyler en un tono burlón—. Me ganó de mano el presumido de tu compañero.

—Jesse no es ningún presumido —replicó Erin y frunció el entrecejo.

Tyler sorteó la corta distancia que los separaba y se colocó frente a ella; tan cerca que bastaba alzar la mano para poder rozarla.

—Para mí lo es.

Erin notó su enojo, sus ojos grises habían adquirido un brillo intenso, y la vena

en su frente se marcó casi exageradamente.

—Creo que esta conversación no tiene sentido, si has venido por lo de tu hermano ya te he dicho que seguiré viéndolo. —Quiso darse vuelta para entrar a la casa y dar por terminada aquella ridícula escena, pero Tyler le sostuvo el brazo y la tomó desprevenida. Erin no tuvo tiempo de reaccionar cuando él se atrevió a cruzar la barrera, y la apretó contra su cuerpo.

En el mismo instante en que él la había sorprendido, había pensado en apartarse de inmediato, pero su cuerpo pareció tener pensamiento propio y se rebeló en su contra.

Erin comprendió entonces el verdadero significado de la palabra rendición.

Los destellos en los ojos de Tyler y su respuesta a ellos le habían hecho darse cuenta de que por mucho tiempo había dejado encerrada a la mujer que habitaba en su interior en favor de la profesional que había en ella. ¿No podía ser las dos cosas? Quizá había perdido la práctica, quizá el temor a una nueva relación se lo impedía.

Existía una razón más que poderosa para alejarse de un hombre recio como Tyler Evans y no caer presa de su encanto. Erin había perdido la ilusión de volver a enamorarse; cuatro años antes, una calurosa noche de agosto había comprendido lo ciega que se podía ser al entregar su corazón al hombre equivocado.

No tenía ni las ganas ni las fuerzas para cometer de nuevo el mismo error; sin embargo, allí estaba, entre los brazos de Tyler Evans.

Y lo peor era que, después de mucho tiempo, se sentía bien estando junto a un hombre.

No dijeron absolutamente nada; Erin podría haber protestado y exigido que la soltara, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

El deseo en los ojos de Tyler ya no la asustó. La excitó.

Su mundo estructurado, aquel que había construido para alejarse de los hombres y de las trampas del amor, pareció estremecerse y volverse cabeza abajo.

Cuando Tyler la besó y su lengua rozó la suya; Erin apretó sus hombros duros y musculosos para aferrarse a algo sólido. El beso la condujo a un estado de semiinconsciencia y se encontró respirando su aroma, una mezcla de loción y olor masculino. Él profundizó el beso, y ella respondió con el fuego que Tyler animaba a cada caricia, a cada roce.

La mano de Tyler se deslizó hasta su cuello y más abajo, hasta meterse debajo de la estrecha camisa y tocar la suave tela del sujetador. La presión de su mano contra su pecho despertó una pasión olvidada y sueños dormidos.

Sueños perdidos una noche de agosto.

¿No había decidido ya que no debía meter a un hombre en su vida?

¿No sabía que no debía meterse ella misma en una situación que no podría traer más que consecuencias dolorosas?

Se apartó bruscamente de él, y se sintió avergonzada por haberse dejado llevar por el deseo, aunque solo hubiera sido por unos breves instantes.

Tyler no trató de sujetarla a la fuerza, pero no se apartó.

—¿Qué te pasa?

Erin se acomodó la camisa dentro de la cintura de la falda y se pasó la mano por la nuca. No lo miraba a los ojos, no podía hacerlo.

—Vete —le pidió.

—Erin, ¿qué sucedió? —insistió él mientras intentaba recobrar el aliento; aún tenía en sus labios el sabor de su boca, el calor de su piel.

—No puedo... no puedo —balbuceó al borde de las lágrimas.

Cuando finalmente logró soltarse entró a la casa y cerró la puerta de un golpe, erigiendo nuevamente una barrera entre ambos.

Tyler se quedó mirando la puerta, esperando en vano que ella regresara.

—Hola, Tyler.

Se dio vuelta de inmediato, Olivia lo observaba con atención, en sus brazos llevaba al perro de Erin.

—Hola, Olivia, ¿cómo estás?

Ella se acercó; percibió que él estaba algo aturdido y agitado.

—Muy bien, ¿y tú?

Tyler sonrió y bajó los escalones.

—Bien, debo irme, que sigas bien. —Pasó a su lado a toda prisa y subió a la camioneta.

Olivia se quedó en el porche meditando sobre lo que acababa de ocurrir y, cuando Erin le abrió la puerta y observó que se encontraba en el mismo estado de turbación que Tyler, ya no hubo lugar para las dudas.

Dejó a *Apollo* en el suelo de la sala, y el perro comenzó a dar saltos alrededor de Erin.

—¿Cómo se ha portado?

—Bien, lo he sacado a pasear y creo que ha conquistado a todas las damiselas de cuatro patas de la zona —comentó intentando sacarle una sonrisa a Erin.

Ella solo asintió, ni siquiera miró a *Apollo* que seguía tratando de llamar su atención.

—Acabo de toparme con Tyler —comentó Olivia estudiando su reacción.

Erin se puso más nerviosa de lo que estaba.

—Noté que estaba algo inquieto, ¿sucedió algo?

—No... no sucedió nada.

—¿Segura?

Erin no respondió; en ese momento sentía ganas de echarse a llorar en el hombro de una amiga, pero no se sentía con derecho a hacerlo; después de todo, Olivia no tenía la culpa de sus traumas.

—Erin, ya sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea. La otra noche en el Blue Shadow te vi en los brazos del comisario...

—Solo estábamos bailando —se apresuró a aclarar.

—Sí, pero tanto Connor como yo creemos que hay algo entre los dos; lo percibimos de inmediato.

—No... eso no es verdad. —Erin continuaba negando la realidad en su afán de autoprotegerse.

—Erin. —Olivia cerró la puerta y caminó hacia el interior de la sala; no estaba dispuesta a marcharse hasta hablar con ella—. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero te aseguro que puedes confiar en mí; soy muy buena escuchando, mis clientes del bar siempre me lo dicen, sobre todo, los que se emborrachan y terminan contándome la historia de sus vidas.

Erin fue hasta el sofá y se sentó, *Apollo* se ubicó a su lado. Alzó la vista y la miró.

—Olivia, no es falta de confianza; es muy doloroso para mí hablar de ello, no me siento aún preparada para hacerlo...

—Pero hay algo entre tú y Tyler, ¿verdad? La química cuando uno está cerca del otro es más que evidente.

—No sé qué pasa realmente entre nosotros; ni yo misma lo puedo explicar. Nuestra relación no comenzó bien, hubo tirantez desde un principio, pero en un momento dado desapareció. No quería interesarme en nadie... No quiero —se corrigió—. Vine a Wichita a hacer mi trabajo y, cuando termine, me marcharé; mi mundo no está aquí.

—Sin embargo, Tyler te interesa.

Erin soltó un suspiro.

—Mucho más de lo que puedo aceptar.

Olivia sonrió.

—¿Y por qué no puedes aceptar que te gusta y que le gustas? Déjate llevar, olvida cualquier dolor del pasado; Tyler es el presente y un presente bastante sexy, debo reconocer —alegó divertida.

—Haces que suene sencillo, pero no creo poder hacerlo.

—Debieron de lastimarte mucho en el pasado, Erin.

Erin pensó que Olivia ni siquiera podría llegar a imaginarse por todo lo que había tenido que pasar; la experiencia sufrida cuatro años atrás la había marcado para siempre; al punto de negarse a sí misma la posibilidad de ser feliz con otro hombre.

Olivia comprendió que Erin no estaba preparada para contarle lo sucedido, por eso se puso de pie y le sonrió.

—Debo irme a trabajar. —Se acercó y la abrazó.

Erin se aferró a su abrazo con fuerza y no pudo evitar derramar algunas lágrimas.

—Gracias por todo, Olivia; y perdona mi silencio.

—Espero que algún día puedas sacar esa angustia de tu pecho; te hará bien escupirla hacia fuera, solo debes encontrar el valor para hacerlo. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Vuelvo a ofrecerte mi oreja; cuando quieras.

—El día que finalmente decida exorcizar los fantasmas de mi pasado, será hablando contigo; eres la única amiga que tengo aquí, y agradezco tu amistad.

—Bueno, me voy porque no quiero echarme a llorar yo también, a Connor no le gusta que atienda a los clientes del bar con cara compungida. —Le dio otro abrazo y se marchó.

Erin se quedó en el sofá y acarició la cabeza de *Apollo*; aquello siempre la relajaba, pero su corazón estaba demasiado inquieto. No podía apartar a Tyler de su mente; su cuerpo entero se estremeció al recordar su beso, su manera de mirarla y acariciarla.

Subió las piernas encima del sofá y se abrazó a sí misma. *Apollo* la miró fijamente y, cuando ella comenzó a llorar nuevamente, apoyó la cabeza en sus pies y se quedó a su lado.

* * *

Connor alzó la vista del vaso que estaba sirviendo a un cliente en la barra cuando oyó la puerta abrirse y cerrarse con violencia.

Tyler se encaminó a una de las mesas y dejó caer su largo y fuerte cuerpo en la silla. Lucía agotado.

Connor salió de detrás de la barra y fue a saludarlo.

—Hola, amigo.

Tyler apenas lo miró.

Connor notó de inmediato la expresión de desconcierto en su rostro. Era la primera vez que lo veía así, y se preocupó. Le hizo señas a Olivia para que se encargara un momento de la barra y tomó una de las sillas para sentarse frente a él.

—Mala noche, ¿eh?

—Sírreme una cerveza bien fría —le dijo—. No, mejor algo más fuerte; un vodka, tráeme una botella de vodka.

Hacía mucho tiempo que Tyler no buscaba ahogar sus penas en el alcohol, por eso Connor prefirió esperar antes de atender su orden.

—Tyler, ¿qué sucede? No te veo bien, pero no creo que beber sea la solución.

—Deja que sea yo quien decida qué es lo mejor para mí —le espetó con ira. Esa noche parecía estar enfadado con el mundo entero.

Él mismo buscó la botella y le sirvió un trago que Tyler se bebió de un solo tirón. Espiró con fuerza y apoyó el vaso vacío en la mesa.

—Sírreme más.

Connor dudó, Tyler no era solo un cliente, era su mejor amigo, y no estaba dispuesto a que terminara esa noche embotado por el alcohol.

—¿Por qué no me cuentas qué es lo que pasa? ¿Es el caso o son los del FBI que te tienen a mal traer?

Tyler movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro, su mano derecha sostenía el vaso vacío.

—Sólo hay una persona que me tiene a mal traer, amigo —dijo sonriendo con ironía.

Connor sospechaba de quién se trataba, pero prefirió esperar a que él se lo dijera.

—Cuéntame; el bar no está muy concurrido, y Olivia puede ocuparse de atenderlo —dijo y apoyó los codos en la orilla de la mesa.

—Nunca voy a entender a las mujeres —soltó y le hizo señas de que llenara su vaso una vez más.

Connor lo hizo y lo instó a que siguiera hablando.

—Son seres misteriosos, amigo, pero no me estás contando nada nuevo —contestó Connor.

—¡Y Mimie pretende que siente cabeza y arme una familia! Aunque te parezca irónico, la idea ya no me disgustaba tanto... pero creo que he puesto los ojos en la mujer equivocada. —Se bebió el segundo trago, pero esta vez se tomó su tiempo para hacerlo.

Connor sonrió.

—¿Has pensado seriamente en sentar cabeza? Es algo difícil de creer, sobre todo viniendo de ti —tuvo que reconocer.

—Pues no sé si pensaba en algo tan definitivo, pero al menos quería hacer el intento de acercarme, de tantear el terreno; estuve cerca, pero...

—¿Pero qué?

Tyler hizo un gesto con las manos.

—No sé qué sucedió; logré acercarme, y vaya si lo logré, pero me alejó de ella tan rápido que me descolocó. —Fruunció el entrecejo, había total confusión en su mirada—. La sentí vibrar en mis brazos, Connor, le estaba pasando lo mismo que a mí, sin embargo me apartó y lo único que me dijo fue que no podía. La noté muy angustiada, como si de repente una nube negra se hubiera interpuesto entre los dos. Hay algo en ella... algo que la atormenta y que no le permite dejarse llevar por lo que siente.

—Quizá deberías intentar averiguar qué es eso que le impide acercarse a ti; si la mujer realmente te interesa, creo que debes hacer el intento, hermano. —Connor se puso de pie cuando vio que el bar lentamente se iba llenando de gente. Tomó la botella—. Me la llevo conmigo, no tiene caso que sigas bebiendo.

Tyler asintió, dos tragos habían sido suficientes, aunque estaba seguro de que lo que le había ayudado había sido la charla con su amigo.

Connor tenía razón, si quería comprender a una mujer como Erin, primero debía conocerla; descubrir qué se escondía en su mirada triste y desolada para conseguir entrar en su corazón.



Capítulo 10

Erin visitaba a Rick por las tardes cuando abandonaba la estación de policía; aprovechaba que Jon aún no había regresado de Washington para escabullirse hasta la propiedad de los Evans y pasar al menos un par de horas con Rick.

Evitaba cualquier encuentro a solas con Tyler; en la oficina trataba de estar siempre acompañada por Jesse y se iba a ver a Rick más temprano de lo habitual para no tener que encontrarse con él más de lo necesario.

Mimie la trataba como a una reina y con Rick se sentía cómoda. Él de a poco había empezado a soltarse y se animaba a hablarle de cosas que solo había conversado con su anterior terapeuta. Erin tampoco lo presionaba, sabía que tarde o temprano le relataría lo sucedido con Brittany Hall.

Se pasaban las dos horas que duraba su visita en el jardín o en la sala; cuando Tyler llegaba y los veía, se sentía en cierta manera molesto, no por el hecho de que Erin quizá se estaba acercando a Rick con cualquier intención oculta, sino porque envidiaba lo que su hermano compartía con ella. Las risas, las bromas, las miradas cómplices. No parecían para nada una terapeuta trabajando con uno de sus pacientes; eran mucho más que eso, se habían convertido en amigos, y eso era algo que Tyler no tenía con ella y, aunque sonase ilógico, estaba celoso de su propio hermano.

Desde el incidente fuera de la casa de Erin, no habían hablado; solo habían cruzado un par de saludos y algunas palabras en la estación de policía. El aire entre ellos se había vuelto tenso y eso solo acrecentaba la angustia de Erin y el desconcierto de Tyler.

Había intentado poner en marcha el plan sugerido por Connor y había hecho el intento con Jesse Widmore, pero el sujeto había sido claro y directo.

Si quería saber sobre el pasado de Erin, debía preguntarle a ella.

No logró nada con él.

Aún le quedaba Jon Kellerman, pero estaba fuera de la ciudad y ansiaba su regreso, él sí tenía que saber sobre el pasado de Erin; eran amigos además de compañeros de trabajo y se conocían hacía muchos años.

Esperaría el regreso de Jon; mientras haría un esfuerzo sobrehumano por no acercarse a Erin; no quería asustarla y que huyera de él antes de tener la oportunidad de conocerla y saber quién era ella en realidad.

El caso de los homicidios tampoco había avanzado demasiado; muy por el contrario, parecía haberse estancado indefinidamente. El único resultado positivo había sido que, gracias a la base de datos, habían logrado identificar al Nick que aparecía en la foto con Priscilla Caller. Se llamaba Nick Harper, vivía en Butler y

trabajaba en un taller mecánico.

Lo trajeron para interrogarlo, pero no pudieron relacionarlo con los crímenes, seguían como al principio, en un callejón que parecía conducir a ninguna salida.

Era terrible pensarlo, pero quizá fuera la única manera de atrapar al asesino, que volviera a atacar y cometiese un error.

Ese viernes por la noche, como ya era costumbre, Erin dio vueltas en la cama; la jornada había sido una de las más calurosas y húmedas de los últimos tiempos y, aunque había llovido durante casi toda la tarde, las altas temperaturas no habían dado ni siquiera un poco de tregua.

Erin había dejado la ventana de su habitación abierta cuando la lluvia amainó, porque no corría ni una gota de aire; se había metido en la cama tras darse una ducha fría y beber un vaso de leche con canela, pero nada la ayudaba a dormir.

Quizá era hora de retomar la escritura; se levantó en un santiamén, sus pies estaban descalzos y notó que incluso el suelo de linóleo estaba tibio. Bajó las escaleras sigilosamente porque sabía que *Apollo* estaba durmiendo en la sala; buscó su ordenador portátil y regresó a la habitación. Se sentó en la cama con las piernas cruzadas y abrió el procesador de texto.

Había avanzado mucho en la historia; después de la escena amorosa que tanto le había costado plasmar, la trama ahora parecía fluir con más facilidad. Se había vuelto a enamorar de sus personajes y ya no luchaba por que las palabras salieran con naturalidad; sabía que aquella novela sería diferente a las demás que había escrito. Las tres primeras tenían mucho de ella y su pasado trágico, sin embargo en esta última algo había cambiado; había incluido escenas divertidas y una prosa más ligera y amena.

No quería ponerse a pensar en la razón de aquel cambio, prefería concentrar todo su esfuerzo en terminar el manuscrito, ya tendría tiempo para analizar lo demás.

Estaba inmersa en la escritura cuando escuchó el estruendo; arrojó el ordenador encima de la cama y se puso de pie de un salto.

El cristal de la ventana estaba hecho añicos en el suelo.

Apollo entró corriendo a la habitación.

—*Apollo*, ven aquí. —Golpeó la cama para que él se subiera—. No te muevas, quédate aquí arriba.

El perro obedeció, y Erin se acercó con cuidado a la ventana para no lastimarse los pies descalzos y observó hacia el exterior.

No había nadie.

Miró el suelo, notó entonces que había algo atado a la piedra que había servido de proyectil. Se agachó y la recogió. Desató el papel y lo abrió.

Era una nota y, por supuesto, estaba dirigida a ella.

Aléjate de Rick Evans, ni tú ni nadie va a evitar que pague por todos sus crímenes.

Era una amenaza directa, alguien estaba muy molesto a causa de sus encuentros con Rick.

Podría tratarse del asesino, que trataba de desviar las sospechas hacia Rick, pero también había otra posibilidad.

A mucha gente en Wichita le molestaba el regreso de Rick. Los nombres de Anthony Hall y Pearl Montgomery vinieron a su mente. Miró hacia la casa de su vecina; divisó la lujosa Subaru Forester del doctor Hall estacionada junto a la calle.

¿Acaso uno de ellos habría sido capaz de arrojar aquel mensaje a través de su ventana?

No se imaginaba a la exquisita señora Montgomery cometiendo un acto de aquellas características; además no tenía ni la fuerza ni la puntería para llevarlo a cabo.

Pero Anthony Hall sí podría haber sido el autor de aquella fechoría.

Buscó una bolsa de polietileno y guardó tanto la piedra como el mensaje; no le costaba nada enviarlo a Quantico para que lo analizaran en busca de huellas digitales.

Regresó a la cama, apagó el ordenador y, con *Apollo* a su lado, intentó dormir.

Le costó más que antes; continuamente sus ojos se posaban en el enorme agujero de la ventana.

Le acababan de advertir de un modo contundente que se alejara de Rick. No iba a hacerlo, se había ganado su confianza y más que nunca estaba convencida de su inocencia y ninguna amenaza anónima la detendría.

* * *

Tyler se despertó en medio de la noche, observó su reloj. Habían pasado quince minutos de las cuatro. Creyó escuchar una puerta abrirse y luego cerrarse. Podía haber sido un sueño, pero su intuición de policía le demandaba que saliera de la cama e investigase de qué se trataba.

Se levantó; llevaba solamente la parte inferior de su pijama e iba descalzo. Salió al pasillo, tanto la puerta de la habitación de Mimie como la de su hermano estaban cerradas. Se quedó allí unos segundos para ver si el ruido volvía a repetirse. Nada. Cuando se convenció de que quizá había sido solo un sueño vio algo que no le gustó.

Había unas marcas en el suelo; parecía ser lodo y conducían al cuarto de Rick. Se dirigió hacia allí; abrió la puerta lentamente.

La luz que despedía la lámpara encima de la mesa fue suficiente para iluminar el interior de la habitación.

Las marcas continuaban allí dentro, llegaban hasta un lado de la cama en donde Rick yacía inmóvil con la ropa y los zapatos puestos.

Se acercó y contempló a su hermano, parecía estar dormido, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, pero él no podía pasar por alto que había llegado en medio de la madrugada con los zapatos sucios.

Necesitaba hablar con él; que le explicara qué estaba sucediendo.

Lo sacudió por el hombro, pero Rick no despertaba.

—¡Rick, despierta! —dijo tratando de no alzar demasiado la voz, la habitación de Mimie estaba al lado y podía escucharlo.

Rick no se movía, entonces Tyler lo obligó a girarse. Finalmente él abrió los ojos.

—Ty...

—¿Qué pasó, Rick? ¿Dónde estabas?

—No lo sé. —Se sentó en la cama y miró sus zapatos sucios.

—¡Demonios, Rick! ¡Llegas a las cuatro de la mañana con los zapatos llenos de lodo y no puedes decirme dónde estabas!

Rick movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—No lo sé, Ty... Estaba aquí y al siguiente minuto ya no recuerdo más nada.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Rick trató de hacer memoria.

—Me levanté al baño, pero no sé qué hora era, regresé a mi cama, al menos es lo que creo...

—¿Te acostaste vestido? ¿Lo recuerdas?

Se miró la ropa, recién se daba cuenta de que no llevaba su pijama.

—No sé cuándo me vestí, tampoco sé cómo y dónde me ensucié los zapatos. —Clavó sus ojos castaños en el rostro preocupado de su hermano mayor—. Creí que el nuevo medicamento me iba a ayudar; Erin me dijo que siguiera las indicaciones del doctor Beaner, pero la nueva droga no está haciendo efecto, las lagunas han vuelto... ¿Qué crees que haya hecho?

Tyler no supo qué responderle. Ignoraba el tiempo que su hermano había estado ausente de la casa; lo había visto por última vez después de la cena cuando había decidido irse a acostar.

Dónde había estado, pero sobre todo qué había hecho, era un completo enigma para él.

—Debemos limpiar todo antes de que Mimie lo vea. —Le quitó los zapatos a Rick—. Busca una toalla del baño y encárgate de la habitación; yo haré lo mismo con las marcas en el pasillo y en el resto de la casa.

Rick asintió y se dirigió al cuarto de baño.

Tyler fue hasta la cocina y salió al patio; arrojó los zapatos enlodados al contenedor de basura y regresó para limpiar las huellas que la misteriosa salida de Rick había dejado por toda la casa.

Una hora después, todo había quedado limpio y, cuando Mimie se levantó a la mañana siguiente, no se dio cuenta de nada.

Tyler no había podido dormir tras lo sucedido; por eso antes de las siete se alzó de la cama, se dio una ducha fría y bajó para cerciorarse de que había hecho bien su trabajo. Con la luz del día comprobó que las marcas de lodo habían desaparecido y agradeció a Dios por ello. Aun así, sabía que haberlas borrado no significaba que no hubieran estado allí.

Bajó al comedor, Rick y Mimie estaban desayunando.

—El café está recién hecho —dijo Mimie poniéndose de pie para servírselo.

—Gracias, Mimie. —Miró a Rick, pero él no le prestó atención; prefería concentrarse en la televisión.

Tyler no se sentó a la mesa; se quedó de pie junto al fregadero y bebió el café caliente.

—¿No quieres que te prepare una tostada con mermelada? —preguntó Mimie preocupada porque solo pretendía desayunar una taza de café.

Tyler le sonrió; ella siempre estaba cuidándolos a él y a su hermano. Dejó la taza vacía sobre la mesada y se acercó.

—Eres maravillosa. —Le dio un beso en la frente y la abrazó.

Mimie se emocionó ante aquella muestra de afecto.

—¿Y eso por qué fue?

—Por estar siempre a nuestro lado, no sé qué hubiera sido de nosotros sin ti, Mimie.

Ella no quería llorar, pero las palabras de Tyler la conmovieron; hacía mucho que no le decía algo como aquello; sabía que Tyler era de los hombres a los que les costaba mucho demostrar sus sentimientos, por eso cuando la sorprendía con aquellas cosas, no podía evitar echarse a llorar.

Rick comenzó a cambiar los canales cuando su serie favorita llegó a su fin.

—¡Espera, detente! —le dijo Tyler visiblemente consternado.

La noticia lo golpeó con la fuerza de un huracán. La cronista de turno anunció a viva voz la primicia.

Han hallado el cadáver de otra jovencita a orillas del río Arkansas, aún se desconoce su identidad, pero se trataría de la tercera víctima del asesino que está asolando Wichita.

Tyler miró a Rick; había desesperación en sus ojos castaños.

—Debo irme. —Soltó a Mimie y caminó raudamente hacia la puerta.

—Ty...

Tyler se dio vuelta.

—Hablaemos después, Rick.

Y, tras subirse a su camioneta, salió hacia la estación de policía a toda velocidad.

* * *

Erin conducía hacia la estación; de vez en cuando miraba a través del espejo retrovisor, tenía la vaga sensación de que alguien la estaba observando. Dentro de su bolso llevaba la piedra y la nota que le habían arrojado la noche anterior; tendría que encargarse de enviarlo a Quantico con la mayor discreción y pedirle a sus compañeros que fuesen discretos también; ni Jesse ni Jon sabían de sus visitas a Rick Evans.

Su teléfono móvil comenzó a sonar con insistencia, no tuvo más remedio que detener el auto en un costado para atender el llamado.

— Agente Campbell.

— Erin, ¿te has enterado?

Era Jon. ¿Estaría ya de regreso o le hablaba desde Washington?

— Hola, Jon, ¿qué ha sucedido?

— Han encontrado una tercera víctima hace un par de horas; debo adelantar mi regreso, estaré en Wichita a más tardar esta tarde. Quiero que Jesse y tú acompañen al comisario Evans a la escena del crimen, esta vez quiero todo de primera mano, no desaprovechemos nada. No me gusta el hecho de que no hayamos avanzado en la investigación.

— Estoy yendo hacia la estación en este preciso momento, Jon, se hará lo que ordenes.

— Erin, ¿por qué no han llamado a declarar aún a Rick Evans? Si el comisario es reticente a que lo interroguemos, me veré obligado a hacer lo que no hice en su oportunidad, no puede interferir.

— Jon, el comisario no ha interferido de ninguna manera, no hay indicios de que su hermano tenga algo que ver, solo habladurías y una acérrima campaña en su contra, nada más. No existen pruebas que lo incriminen.

— Aun así creo que deberíamos interrogarlo, pero deja, me encargaré yo mismo cuando regrese.

Erin colgó y continuó conduciendo.

No estaba segura de que Rick pudiera soportar la presión de un interrogatorio; hasta los criminales más despiadados muchas veces terminaban cediendo y confesando sus culpas. Y Rick era un muchacho frágil e inseguro. Si estaba en sus manos, trataría de evitar que pasara por aquella experiencia tan traumática.

Llegó a la estación y se sorprendió al encontrarse con un par de camionetas que pertenecían a la prensa a ambos lados de la calle; apostados en la acera había unos cuantos reporteros con sus micrófonos en mano, esperando hacer su trabajo.

Erin tomó coraje antes de bajar, sujetó el bolso con fuerza contra su estómago y arremetió hacia la entrada de la estación; no pudo evitar ser abordada por un grupo de cuatro reporteros que la obligaron a detenerse.

— ¿Agente, hay algún sospechoso de los crímenes?

— ¿Cuántas adolescentes más tienen que morir para que el asesino sea atrapado?

— ¿Es verdad que hay un sospechoso que toda la comunidad señala, pero que por ser alguien cercano a la autoridad policial no es llamado a declarar?

Las preguntas la mareaban; los micrófonos cerca del rostro no le permitían moverse, estaba realmente atrapada en aquella turba de reporteros hambrientos por obtener una primicia.

De repente sintió que alguien sujetaba su brazo con fuerza y la sacaba de aquella trampa de gente, cables y cámaras.

Cuando pudo alzar la cabeza vio a Tyler que se abría paso entre los miembros de la prensa y esquivaba su asedio alzando una mano y mostrando cara de pocos amigos. Se dejó arrastrar por él y juntos lograron entrar en la estación.

Tyler cerró la puerta y bajó las persianas de las ventanas para evitar que los periodistas siguieran asomándose.

—¿Estás bien? —le preguntó a Erin una vez que regresó a su lado.

Erin asintió.

—Gracias. —Cuando lo miró notó que algo andaba mal; sintió su inquietud y su angustia—. Tyler; ¿sucede algo?

Tyler dejó escapar un suspiro; en cuestión de pocas horas su mundo se había derrumbado; la coraza que había construido para proteger a su hermano se estaba rompiendo, y él no iba a poder hacer nada para ayudarlo. Lo de limpiar las huellas en la casa y arrojar los zapatos cubiertos de lodo a la basura había sido un acto desesperado, pero sabía que nada podría hacer si Rick era acusado de los crímenes.

—No... es solo la maldita presión de la prensa; ahora con esta nueva víctima tienen una razón más para despotricar contra nosotros —dijo apartando la mirada del rostro preocupado de Erin. Ella no se merecía que la involucrara en sus locuras; podía traerle serias consecuencias en su trabajo, ya era suficiente que visitara a Rick a escondidas del FBI.

—Jon habló conmigo hace un rato, me dijo que estará de regreso lo antes posible, quiere que tanto Jesse como yo te acompañemos a la escena del crimen —le informó mientras pensaba que debía aún enviar la evidencia que traía en el bolso.

—Está bien. —Miró hacia la puerta cerrada de la oficina—. Parece que tu compañero aún no ha llegado, no podemos esperarlo toda la mañana, debemos irnos cuanto antes.

Erin estuvo de acuerdo.

—Deja que haga algo primero, luego nos vamos. —Se encaminó a la oficina, pero antes se acercó a Charity—. Charity, ¿tendrían por casualidad un sobre grande?

La secretaria revisó dentro de una de las gavetas de su escritorio.

—Aquí tiene, ¿le sirve este?

—Perfecto, gracias. —Tomó el sobre, entró a la oficina, y cerró la puerta tras de sí.

Tyler la observó detenidamente; había algo sospechoso en su conducta. ¿Para qué necesitaba un sobre y por qué se había encerrado en la oficina con él?

No iba a quedarse con la duda.

* * *

Erin sacó la bolsa de polietileno de su bolso con cuidado y la colocó encima del escritorio. Miró hacia la puerta, la había cerrado, pero no le había echado llave; para no levantar sospechas.

Tomó el sobre y lo escribió; en Quantico se encargarían de hacerle todas las pericias necesarias. Con letras en rojo colocó la palabra «Confidencial» en un costado, luego hablaría con Meredith o alguno de los chicos para que se encargaran personalmente del paquete.

Solo faltaba meter la evidencia dentro y sellar el sobre.

Pero la puerta se abrió de repente, y Erin sintió que había sido sorprendida en medio de un delito.

—¿Qué escondes ahí? —preguntó Tyler avanzando hacia ella y estirando el cuello para ver lo que Erin trataba de cubrir con su propio cuerpo.

—No es asunto tuyo —le dijo y giró para recoger todo antes de que él descubriera lo que estaba tratando de hacer.

—Deja que yo decida eso. —Se acercó y trató de quitarle la bolsa que ella había metido ahora debajo del sobre.

—¡No, deja! —trató de apartarlo, pero Tyler la sujetó de los hombros y la miró fijamente.

Por un instante se olvidó de las evidencias que había tratado de esconder con tanto esmero; instante que Tyler aprovechó para lograr su objetivo.

La soltó y tomó la bolsa.

—¡Dame eso! ¡Es evidencia!

—Ya lo sé —espetó él—. Y creo que tengo derecho a saber de qué se trata.

Erin intentó quitársela, pero fue inútil; él era demasiado alto y mucho más fuerte que ella.

—No tiene que ver con los crímenes, es... es personal.

Tyler frunció el ceño.

—¿Personal?

Erin asintió.

Tyler no dijo nada, solo observó lo que había en el interior de la bolsa de polietileno: una piedra y un papel arrugado. Distinguió algunas palabras escritas, pero era imposible leer algo.

—¿Esto es lo que pienso que es? —le espetó Tyler y alzó el tono de su voz.

Erin se cruzó de brazos; no había manera ya de seguir ocultándole lo sucedido, al menos a él.

—Alguien arrojó esa piedra anoche por la ventana de mi habitación —le dijo por fin.

—¡Erin! ¿Y no pensabas decírmelo? ¿Por qué?

Erin podía entender su enojo, lo que había hecho no estaba bien.

—Porque mientras menos gente sepa de esto mejor, no quería que llegara a oídos de Jon... El anónimo se refiere a mis encuentros con Rick.

Tyler se dejó caer en la silla, sus ojos grises miraron la piedra y el papel.

—¿Qué decía exactamente?

Erin se quedó muda.

—Erin...

Ella recordaba cada palabra.

—Decía: «Aléjate de Rick Evans, ni tú ni nadie va a evitar que pague por todos sus crímenes».

—¡Malditos desgraciados! —Arrojó la bolsa encima del escritorio y se puso de pie; comenzó a dar vueltas por la oficina, y de repente se detuvo—. ¿Quién sabe que visitas a Rick?

—No se lo he contado a nadie.
—¿Segura? El presumido de tu compañero...
—No se lo he dicho. —Se apresuró a responder.
—¿Tus vecinas?
—Tampoco se lo he dicho a ellas, te repito, nadie lo sabe, solo tú y Mimie.
—Sí, pero alguien pudo fácilmente seguirte y averiguarlo; el jardín se ve desde la calle, pudieron verte con Rick desde allí.

La idea de que alguien estuviera espiándola le erizó la piel.

—¿Qué hora era cuándo arrojaron la piedra por la ventana? —quiso saber Tyler ya no enojado, sino preocupado.

—Tarde, de madrugada.

—¿Viste algo o a alguien?

—Cuando me asomé a la ventana, la calle estaba desierta, a no ser por la camioneta de Anthony Hall estacionada fuera de la casa de Pearl Montgomery.

A Tyler no le sorprendió saberlo, pero sí le molestó mucho; no dudaba, ni por un segundo, de que Hall estuviera involucrado en el asunto; tampoco sería extraño que su nueva novia hubiese sido su cómplice. Si había una campaña en la ciudad en contra de su hermano, era precisamente comandada por ellos.

—¿Piensas que fue él?

—¿Lo dudas? Tuvo el motivo y la oportunidad. ¡No es más que un maldito cobarde!

Erin se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro.

—Tranquilízate, un anónimo no va a impedir que siga viendo a Rick —le dijo.

Tyler se dio media vuelta y la enfrentó a los ojos.

—No es eso lo que me preocupa realmente.

—¿Qué es entonces?

—No me gusta que te hayan amenazado, anoche fue una piedra en tu ventana, no sabemos que puede ser la próxima vez.

Erin percibió su preocupación. Ella le importaba, Tyler temía que pudiera salir lastimada. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Estaré... estaré bien —dijo cuando fue capaz de hablar.

Tyler reprimió el intenso impulso de estrecharla entre sus brazos; lo había hecho ya y todo había terminado mal.

—¿Segura?

—Sé cuidarme muy bien las espaldas; creo que solo se trata de un acontecimiento sin importancia.

—Si creyeras eso, no estarías enviando la piedra y la nota a escondidas para que la analicen —retrucó al tiempo que fruncía el entrecejo.

—Solo quiero saber quién fue, aunque dudo que hallen algún indicio.

—Yo puedo decirte quién fue sin necesidad de pericias —acotó Tyler convencido de conocer a los autores de aquella canallada.

Ambos escucharon la puerta de calle abrirse.

—Parece que el presumido de Widmore se ha dignado a aparecer —comentó

Tyler con sarcasmo.

Erin le lanzó una mirada desaprobatória. ¿Qué tenía él en contra de Jesse? Metió la bolsa de evidencias dentro del sobre y la guardó en una de las gavetas.

Jesse entró a la oficina y supo que nuevamente había interrumpido algo.

—Disculpen la tardanza, pero tuve problemas con mi auto —se excusó—. La calle está plagada de periodistas.

—Espero que haya sabido permanecer con la boca cerrada.

Jesse miró a Tyler, y Erin fue testigo una vez más de la animadversión que se profesaban ambos.

—No voy a responder a su comentario, comisario.

Erin decidió intervenir.

—Será mejor que nos vayamos. —Recogió su bolso y salió de la oficina.

—Tendremos que irnos en la camioneta —dijo Tyler—. Será más fácil salir los tres en la misma dirección para evitar a la prensa que si vamos cada uno por su lado.

Jesse y Erin estuvieron de acuerdo y salieron de la estación de policía hacia el sitio donde estaba estacionada la camioneta de Tyler.

A los tres juntos les fue más sencillo esquivar a los periodistas. Tyler abrió la puerta y subió a Erin de un tirón; ella apenas tuvo tiempo de acomodarse antes de que Jesse ocupase el asiento del acompañante y Tyler se ubicara tras el volante.

Se sentía atrapada entre ellos; la cabina de la camioneta no era pequeña, pero se reducía bastante con tres ocupantes dentro.

Tyler encendió el motor y, al asir la palanca de cambios rozó la rodilla de Erin. Aquel roce accidental envió miles de señales a todo su cuerpo.

Se miraron, fue apenas un segundo, pero bastó para que ambos fueran conscientes de lo que aquel contacto había provocado.

Erin desvió la mirada y clavó sus ojos azules hacia el frente; dentro del pecho, su corazón latía a un ritmo más ligero de lo normal. Todas las sensaciones experimentadas la noche en la que él la había besado se agolparon en su mente, y podía jurar que si cerraba los ojos podía sentir la suavidad de sus labios y la piel áspera de sus manos tocándola. Respiró profundamente para intentar calmarse.

Deseó en ese momento que la radio hubiese estado encendida para que, al menos, pudiera acallar el golpeteo de su corazón. Además el silencio se había vuelto demasiado agobiante.

Pero fue Jesse quien lo rompió.

—Dime, Erin, ¿cómo vas con tu libro?

Tyler apartó la vista del camino y miró primero a Jesse y enseguida a Erin.

—Muy bien; he avanzado más de lo esperado —respondió ella consciente de que la pregunta había descolocado a Tyler; él desconocía aquella faceta de su vida y por la expresión de fastidio en su rostro, parecía que el hecho de que Jesse sí lo supiera le molestaba y mucho.

—¿Escribes? —intervino él para no ser menos.

—Sí; es lo que he hecho desde mi retiro del FBI —respondió tratando de disimular sus nervios.

—Escribe novelas románticas —acotó Jesse mostrando una sonrisa de relucientes dientes blancos.

Erin le habría propinado un codazo si se hubiera atrevido. No era algo que ella proclamara a los cuatro vientos, es más, muy pocas personas sabían que ella escribía. Además tenía que reconocer que le habría gustado que Tyler se enterase por ella y no por boca de alguien que le caía tan mal.

—Vaya, supongo que no debe de ser sencillo escribir novelas de amor —comentó Tyler siguiendo el juego de Jesse.

Erin no tenía ganas de responder; se sintió de repente en medio de una batalla sin sentido.

—Toda mujer sabe escribir sobre el amor, ¿verdad, Erin? —Al formular aquella pregunta, Jesse tocó su mano en un gesto que sorprendió a Erin y enfadó a Tyler, si es que él podía estar más enfadado.

Erin vio cómo los nudillos del comisario se volvían blancos de tanto apretar el volante. Trató de suavizar la situación por lo que decidió intervenir.

—No todas —respondió—. Hay mujeres que han amado y no han sido correspondidas, otras en cambio han tenido la dicha de que un hombre las amase, pero terminaron sufriendo igualmente por amor —hizo una pausa—, muchas mujeres también fueron amadas incluso hasta la locura... —Se detuvo abruptamente.

—Parece que sabes mucho del amor. ¿En cuál categoría entras tú? —inquirió Jesse, que ya no sonreía.

Tyler la contempló; deseaba oír lo que saldría de sus labios a continuación.

—Toda mujer en algún momento de su vida atravesó por una historia de amor así. —Fue la respuesta que dio.

Por supuesto, no satisfizo la curiosidad de ninguno de los dos.

Erin agradeció cuando finalmente llegaron a la escena del tercer crimen. El punto exacto a la orilla del río estaba a tan solo un kilómetro de distancia de las otras dos escenas. Los peritos ya se encontraban haciendo su trabajo; un hombre bajito y pelirrojo saludó a Tyler con un movimiento de cabeza y ellos se acercaron.

Tras las presentaciones pertinentes, se comenzó a recolectar información.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó Tyler.

Jed Oleson negó con la cabeza.

—No llevaba identificación y no hay ninguna denuncia de desaparición en las últimas horas; le haremos un examen dental y un análisis de ADN para tratar de identificarla.

—¿Causa de muerte? —La terrible imagen del cuerpo golpeado de la víctima lo decía todo, pero Erin necesitaba la confirmación del forense.

—El golpe que la mató fue este. —Movi6 la cabeza de la joven y señaló un corte profundo en la base del cráneo—. Un objeto contundente, un martillo quizá.

—Es el mismo asesino, ya no hay dudas. Sigue el mismo procedimiento con cada una de sus víctimas. Modus operandi; causa de muerte y patr6n geogr6fico —asever6 Erin sin poder apartar sus ojos del cad6ver. Descubri6 que la muchacha llevaba en su mu6eca un brazalete.

—Era diabética.

El forense asintió.

—Quizá sea de ayuda a la hora de identificarla.

—Hay bastante lodo —comentó Jesse observando el área circundante al río—. ¿Han encontrado alguna huella?

—Los peritos se están encargando de ello —respondió Jed Oleson y dio por terminado el examen preliminar al cuerpo de la víctima.

—Ayer llovió —apuntó Erin.

—Sí —concordó Jesse.

—El cuerpo está relativamente limpio; se deshizo de ella después de la lluvia de ayer, se ve claramente que el suelo ya estaba enlodado cuando el asesino depositó el cadáver; además, no llovió durante la noche.

—La agente Campbell tiene razón —señaló el forense—. Hay que revisar el reporte de lluvias para saber cuándo dejó de llover exactamente, eso nos dirá la hora aproximada en que el asesino arrojó el cuerpo de su víctima.

Erin miró de soslayo a Tyler; no había pronunciado palabra alguna, simplemente se había dedicado a escuchar. Percibió su inquietud y su nerviosismo. Había algo en aquella escena que lo había puesto de esa manera.

Se acercó.

—¿Sucede algo?

Él la miró, pero no respondió a su pregunta.

—¿Podemos irnos ya?

Erin miró a Jesse; no tenían nada más que hacer allí.

—Sí, vamos.

Y, mientras se dirigían a la camioneta, Tyler no pudo dejar de pensar en Rick y en sus zapatos cubiertos de lodo.



Capítulo 11

Jon estuvo de regreso esa misma tarde y lo primero que dispuso fue el interrogatorio de Rick Evans. Erin sabía que aquel momento llegaría tarde o temprano y le molestaba no poder hacer nada al respecto. Había una cosa que le quedaba por hacer y por eso se disponía a hablar con Jon.

Entró a la oficina, lo encontró solo. Era el momento oportuno. Se acercó a él con una sonrisa, pero se le borró de la cara rápidamente cuando él le mostró el sobre con la evidencia que había dejado olvidada en una de las gavetas.

—Jon...

—¿Qué significa esto, Erin? El sobre lleva tu nombre, lo vas a enviar a Quantico para un análisis forense. —Se llevó una mano a la cintura—. ¿Por qué no sé nada de esto? No aparece en los informes que acabo de leer. ¿Tiene que ver con el caso?

—¿Has visto su contenido?

—No, esperaba que tú misma me dijeras qué es.

Erin sintió demasiado calor de repente, por lo que se quitó la chaqueta; se sentó y tras suspirar hondo dijo:

—Planeaba mandarlo a Quantico en secreto —confesó—. Es una amenaza anónima.

Jon rodeó el escritorio y se sentó en la silla a su lado.

—¿Hacia ti? ¿Por qué alguien tendría que amenazarte justamente a ti?

—Lo que dice en el anónimo es que debo alejarme de Rick Evans porque nadie va a impedir que pague por sus crímenes...

—¡Espera, espera! —Jon alzó la mano y la obligó a detenerse—. ¿Alejarte de Rick Evans? ¿Qué diablos significa eso?

Erin tragó saliva, aún no le había contado el resto, y Jon ya estaba molesto.

—Jon, sé que no actué acorde a las reglas, pero no me arrepiento de nada...

—Erin, ¿qué hiciste?

—Me acerqué a Rick para conocerlo; su hermano me pidió que lo hiciera; creyó que si veía cómo era él me convencería de que era inocente.

—¡Cielos, Erin, no lo puedo creer! ¡Me marché por unos pocos días y haces esto! ¿Dónde queda Jesse en todo este asunto?

—Jesse no sabe nada, no te enfades con él. Iba a la casa de Rick por las tardes cuando me marchaba de aquí; pasé algunas horas con él y te puedo asegurar que ese muchacho no es capaz de matar a nadie.

—Deja que sea la justicia la que decida eso. —Se puso de pie, dio un par de vueltas por la oficina y la miró una vez más—. Vamos a interrogarlo; sabes que debemos hacerlo.

—Sí, y por eso quiero pedirte un favor.

—No estás en condiciones de pedir nada, es más, debería sancionarte por lo que has hecho, pero si yo mismo he pasado por alto algunas reglas, no puedo juzgarte; solo dime una cosa, ¿por qué lo hiciste?

—Tyler me lo pidió; sabes mejor que nadie que lo único que desea es demostrar la inocencia de su hermano.

—¿Tyler? —Jon alzó una de sus cejas—. ¿Ya no es el comisario Evans para ti?

Erin no pudo evitar sonrojarse.

—Trabajamos juntos, no veo qué hay de malo en llamarlo por su nombre —dijo para justificarse.

—No, si lo que me asombra no es que lo llames por su nombre, sino el brillo en tus ojos cuando hablas de él.

—Jon, por favor. —Agachó la mirada; Jon estaba tratando de ahondar en sus sentimientos, y aquello la incomodaba.

—No tengo tiempo ahora para entrar en el terreno personal, ya hablaremos más tarde. —Se cruzó de brazos y forzó una sonrisa cuando ella alzó la vista—. ¿Qué es lo que me quieres pedir?

—Deja que esté presente cuando interrogues a Rick; él me conoce y me tiene confianza.

—No lo sé, Erin, creo que estás demasiado involucrada en el asunto —espetó desaprobando su conducta una vez más.

—Rick es especial; no creo que deba ser sometido a semejante presión por gente desconocida. Si me dejas estar presente, prometo guardar silencio, lo único que quiero es estar cerca.

Jon finalmente accedió a su petición con la condición de que él fuera quien hiciera las preguntas.

Unos minutos después, Jesse entró a la oficina con buenas noticias. Habían logrado identificar a la víctima. Se trataba de Ruthie Quarrymen, de diecisiete años de edad. Hija única e integrante del coro de la iglesia; además, asistía a la misma escuela que Priscilla y Katie.

Todos concordaron que allí se encontraba la conexión entre las tres víctimas. Se hizo una lista de las clases que compartían las tres y los amigos que tenían en común.

A partir de ese momento, y a la falta de un sospechoso tras las rejas, la investigación se centraría en la secundaria católica Bishop Carrol. Tras descartar a Nick Harper, solo quedaba un camino por recorrer: saber si las habladurías de la gente de Wichita eran infundadas o no.

Rick Evans era, en ese momento, el sospechoso de mayor peso; si bien era cierto que no había indicios claros en su contra, una condena por agresión y haber regresado a la ciudad justo antes de que se cometiera el primer crimen eran motivos suficientes para, al menos, hacerle algunas preguntas.

* * *

Cuando Jon Kellerman llegó a la casa de los Evans, acompañado por el agente Widmore, Tyler supo que ya nada podría detener lo inevitable.

Fue todo muy rápido; le dijeron que debían interrogar a Rick por los tres asesinatos y, a pesar del llanto de Mimie, su hermano fue llevado a la estación para prestar declaración.

No se le permitió a Tyler acompañarlo, por lo que se fue en su camioneta tras calmar a Mimie y decirle que todo iba a estar bien. Le prometió traer a Rick de regreso, pero dudó de poder cumplir su promesa.

Siguió el auto de Jon Kellerman muy de cerca. Podía ver la cabeza de Rick, ubicado en la parte trasera junto al agente Widmore.

Erin no había ido; Tyler sabía que Rick estaría más tranquilo con Erin a su lado.

Mientras conducía pensaba en la escena de esa mañana; el cuerpo brutalmente golpeado de Ruthie Quarrymen no se apartaba de su mente, tampoco la salida de Rick durante la madrugada y los zapatos sucios con lodo.

Ni siquiera podía pensarlo; era demasiado doloroso como para hacerlo.

Rick era inocente.

Repitió la frase muchas veces, como un modo de creer que así sería más sencillo convencerse.

Pero la imagen de los cadáveres golpeados se mezclaron con la de Brittany Hall; ella también había sido golpeada salvajemente, y había sido su hermano. Él mismo lo había encontrado con las manos y la ropa manchadas de sangre al lado del cuerpo inconsciente de la muchacha. Y Rick le había dicho que no sabía por qué la había atacado; el momento en que la furia se desató, se había borrado de su mente para siempre. Pero había habido pruebas contundentes en su contra y cuando Brittany se recuperó de la golpiza declaró que Rick la había atacado porque ella se había rehusado a ser besada por él.

El juicio no duró mucho y el veredicto fue categórico.

Culpable.

Y así Rick pasó cuatro años confinado en una clínica para enfermos mentales, donde cada semana Mimie y él iban a visitarlo.

No estaba preparado para pasar por todo aquello nuevamente; sabía que Mimie no lo soportaría, se moriría de tristeza si perdía a Rick una vez más.

Apretó el volante y soltó una bocanada de aire.

Rick era inocente... Tenía que ser inocente.

* * *

Los periodistas apostados fuera de la estación se abalanzaron sobre Rick como la bestia más salvaje se lanza sobre su presa. Jon apenas pudo hacer algo por protegerlo del asedio, si no hubiera sido por Tyler que los alcanzó enseguida y logró atravesar la corta distancia hasta la puerta cubriendo el cuerpo de su hermano con el suyo, la prensa se habría salido con la suya.

En ese momento, sacarle una palabra a Rick Evans valía oro para ellos.

Jon entró a la estación detrás de ambos hermanos y, tras cerrar la puerta, lanzó un hondo suspiro.

—No sabía que esto se pondría así en mi ausencia.

Tyler se dio vuelta y le lanzó una mirada furibunda.

—Todo es por culpa de los chismes de gente perniciosa —dijo, y dio a entender que no se refería solamente al acoso periodístico.

Jon no dijo nada, se acercó y tocó a Rick en el brazo.

—Acompáñame, muchacho.

Rick no se movió del lado de su hermano.

—Rick, puedes confiar en el agente Kellerman. —La voz serena de Erin hizo que Rick alzara la cabeza.

Tanto Tyler como Jon sintieron el cambio de actitud en él. Ver y escuchar a Erin había hecho que Rick aflojara la tensión de todo su cuerpo.

Erin se acercó, miró a Tyler y le partió el alma ver cuán preocupado estaba por su hermano.

—Todo estará bien —le dijo. Tomó la mano de Rick—. ¿Vienes conmigo?

Rick asintió y mansamente se dejó llevar por Erin.

Jon no lo podía creer, sacudió la cabeza y los siguió a ambos hasta la oficina que esa mañana se convertiría en la sala de interrogatorios.

Tyler atinó a acompañarlos, pero fue de inmediato detenido.

—Espere aquí.

Tyler se quedó viendo cómo los tres entraban a la oficina y cerraban la puerta. Lo estaban alejando de su hermano, de la posibilidad de protegerlo como no lo había hecho en el pasado.

Charity se levantó de su escritorio.

—¿Le apetece un café, comisario?

Pero Tyler ni siquiera la escuchó, se dejó caer en una de las sillas y clavó los ojos en la puerta de madera que se había cerrado para él apenas un par de segundos antes.

Erin hizo que Rick se sentara, él no quería soltar su mano y miró a Jon esperando su permiso para quedarse a su lado.

Jon no pudo negarse, parecía que Erin se había convertido para él en más que una simple terapeuta.

—Bien, comencemos. —Se sentó en la silla ubicada al frente y apoyó los codos arriba de la mesa—. Rick, voy a ser franco contigo, soy de las personas que no se deja llevar por las habladurías de la gente, pero si estás hoy aquí es porque existen ciertas pruebas circunstanciales que podrían relacionarte directamente con los tres homicidios.

Rick apretó la mano de Erin con fuerza. Ella puso su otra mano encima y le sonrió. Articuló una palabra con sus labios, que Jon alcanzó a entender como «tranquilo», y Rick asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Dime, ¿conoces a Priscilla Caller? —preguntó sacando de la carpeta del caso una foto de la joven.

Rick miró la imagen y negó con la cabeza.

Jon le mostró entonces la foto de Katie Lorenz. Rick se detuvo más mirando la foto de Katie.

—¿La conoces?

Rick asintió.

—Era compañera de Brittany Hall en el coro de la iglesia.

Jon y Erin se miraron, aquella información no la tenían.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—No lo recuerdo, pero no creo haberla visto después de mi regreso a la ciudad —respondió un tanto inseguro Rick.

—Bien, ¿y qué me dices de ella? —Sacó la foto de la tercera víctima, Ruthie Quarrymen.

La respuesta de Rick en esta ocasión fue rápida.

—No, jamás la he visto.

Sin embargo, Jon notó su nerviosismo y eso le dio pie para seguir preguntando.

—¿Podrías decirme qué sucedió exactamente hace cinco años cuando atacaste a Brittany Hall? ¿Por qué lo hiciste?

Rick se movió inquieto en su silla. Erin entonces habló.

—Rick, tranquilo. El agente Kellerman solo quiere ayudarte; mientras más sepa de tu pasado más fácil será descartarte como sospechoso. —Lo obligó a que la mirase—. Responde, nada va a pasarte, te lo prometo.

Erin temía alguna reacción violenta de su parte, ya había pasado por algo similar cuando había intentado hacerle la misma pregunta.

—Fue... fue... después de una fiesta. —La voz de Rick era temblorosa—. Brittany y sus amigos se habían burlado de mí esa noche. Ella sabía de mis sentimientos; sabía que me gustaba y no le importó contárselo a todo el mundo para que se rieran de mí.

—Continúa —pidió Jon cuando él se detuvo.

—Me fui y me quedé vagando cerca... Entonces la vi. Brittany salía de la fiesta sola; cruzó el camino que conducía al parque, y la seguí. No me gustó que se fuera hasta su casa sola en medio de la noche.

—¿Seguiste a Brittany para protegerla?

—Sí, pero todo se complicó...

—Continúa.

Rick guardó silencio unos segundos.

—Me acerqué a ella y me pidió que me alejara, que no tenía ganas de verme.

—¿Qué hiciste entonces?

—No lo recuerdo muy bien... Esa noche se ha vuelto una nebulosa en mi mente; lo único que recuerdo son sus gritos y un constante golpeteo que resuena aquí. —Se tocó las orejas.

El ruido de sus manos que castigaba el cuerpo de Brittany.

Erin podía comprender por qué aquella terrible escena se había borrado de su mente; ella había hecho lo mismo.

—Bien, cálmate, Rick. Ya sabemos lo que sucedió esa noche, el hecho de que no lo recuerdes bien se debe solamente a un proceso de autodefensa —dijo Erin atrapando sus manos una vez más.

Pero Rick movió la cabeza enérgicamente.

—¡No... no es eso!

—Rick —intervino Jon al comprobar que el muchacho se estaba poniendo demasiado nervioso—, ¿por qué no recuerdas con exactitud esa noche, según tú?

—Son las lagunas mentales que sufro. Ellas hacen que me olvide de todo; me hacen hacer cosas que luego no recuerdo.

Erin deseó que aquellas palabras no hubieran salido jamás de la boca de Rick. Vio el brillo en los ojos de Jon y supo que Rick estaba perdido.

—¿Desde cuándo sufres esas lagunas mentales?

—Han estado conmigo desde siempre, solo que en los últimos tiempos se han intensificado; el doctor me ha dicho que es un efecto colateral de los medicamentos que tomo.

Jon miró a Erin, y ella asintió. Ya no había dudas de que alguna de las drogas que Rick ingería le provocaba aquellas lagunas mentales.

—Rick, voy a hacerte una pregunta muy simple. ¿Dónde estabas anoche?

Rick se negó a contestar, miró a Erin.

—Contesta, Rick, solo di la verdad —le pidió ella notando su angustia.

—Me acosté después de cenar; recuerdo que había dejado de llover...

—Así es.

—Unas horas después, mi hermano Ty me despertó en medio de la noche. Cuando abrí los ojos, descubrí que estaba vestido y tenía los zapatos llenos de lodo.

Se hizo un silencio sepulcral en la oficina. Erin solo pudo apretar las manos de Rick para que dejaran de temblar.

—¿Qué hiciste con los zapatos y la ropa que llevabas?

—No lo recuerdo, supongo que me deshice de ellas, esta mañana ya no estaban —respondió con la cabeza gacha.

—Muy bien, Rick, creo que ya hemos terminado —dijo Jon de repente.

Erin lo miró y supo que lo que había temido iba a suceder.

Jon se puso de pie, Erin lo imitó y se fue a un rincón a hablar con él.

—Jon...

—Voy a enviar a los forenses a la casa de los Evans; hay que hallar los zapatos y la ropa que llevaba Rick anoche.

Erin echó un vistazo a Rick que permanecía sentado con la cabeza escondida entre las manos.

—¿Qué sucederá con él?

—Tendrá que quedarse aquí; por ahora es nuestro único sospechoso y debemos tratarlo como tal.

Erin tocó el brazo de su jefe y amigo.

—Jon, por favor, ten en cuenta su condición.

—La tendré, Erin, pero entiende que debo actuar según las reglas y estas me

dicen que podemos detenerlo mientras recolectamos las pruebas en su contra.

—¡Rick no lo hizo!

Rick la miró cuando ella alzó la voz.

—Si es así, lo dejaremos ir, pero la ley nos concede el derecho de retenerlo al menos por veinticuatro horas y es lo que haremos.

Erin no iba a seguir discutiendo, porque sabía que no tenía caso. Jon tenía razón, estaban siguiendo el procedimiento normal, pero que Rick Evans fuese el sospechoso le provocaba un nudo en el estómago.

Y aún debían decírselo a Tyler.

—Deja que sea yo quien se lo comunique a su hermano.

—Está bien, como quieras.

Erin echó un último vistazo a Rick, él le dedicó una tibia sonrisa y ella se sintió peor. Lo estaba abandonando, eso era exactamente lo que sentía, pero no tenía otra opción.

* * *

Cuando escuchó el chirrido de la puerta, Tyler se levantó de la silla como un resorte.

Miró el rostro cansado de Erin y supo que no le traía buenas noticias.

Ella se acercó y lo miró a los ojos.

¿Cómo se le decía a alguien que su hermano sería detenido como sospechoso de tres homicidios? No era la primera vez que le tocaba pasar por aquel difícil trance, sin embargo, nunca antes en su vida le había costado tanto encontrar las palabras correctas, las que dolieran menos.

—¿Qué sucedió allá dentro? —preguntó Tyler al ver que Erin no decía nada.

Ella tragó saliva.

—Rick nos contó lo de anoche...

Para Tyler, oír aquello fue como si alguien le hubiese arrojado un balde de agua helada en pleno rostro. No podía ser verdad... Rick no pudo haberlo hecho. Se llevó nerviosamente una mano a la cabeza.

—Nos dijo que tú lo habías despertado en medio de la noche y que llevaba la ropa puesta y los zapatos llenos de lodo.

¡Dios! ¡Rick acababa de cavar su propia tumba! Los federales no tendrían piedad con él.

—Rick... no es consciente de lo que hace, tú lo sabes, Erin. —Sus ojos grises suplicaban no solo comprensión, sino también apoyo—. ¡Son esas malditas lagunas mentales!

—Lo sé y estoy segura de que Rick es inocente, pero no podemos hacer nada por ahora. Jon está esperando la orden del juez para poder allanar vuestra casa, quiere encontrar los zapatos y la ropa de Rick. —Hizo una pausa y bajó considerablemente el tono de su voz—. Tyler... con respecto a eso, ¿fuiste tú quien se deshizo de las pruebas? Jon supone que Rick lo hizo, pero no lo creo.

Tyler percibió que no había reproches en sus palabras, por eso se atrevió a decirle la verdad a ella.

—Sí, fui yo; arrojé los zapatos sucios al contenedor de basura. No me detuve a pensarlo, lo único que quería era salvar a mi hermano —le confesó demostrándole que confiaba ciegamente en ella, a pesar de ser del FBI.

—No está bien lo que hiciste, sobre todo si los expertos encuentran los zapatos y tienen tus huellas.

—Los limpié muy bien antes de arrojarlos.

Erin asintió.

—¿Qué pasará con Rick ahora?

—Será trasladado a la dependencia policial de Minneha; el comisario Friedman se encargará de su arresto. Jon no cree prudente que permanezca detenido aquí bajo tu jurisdicción.

—¿Arrestarlo?

—Es un procedimiento habitual, lo sabes, tenemos que hacerlo. La declaración de Rick comprometió su situación seriamente; lo importante ahora es probar su inocencia.

Jesse Widmore entró a la estación en ese momento, saludó a Erin con una sonrisa, y al notar la tensión que se respiraba en la pequeña recepción, preguntó qué sucedía.

—Han arrestado a mi hermano por los crímenes —respondió Tyler con ironía—. ¡Finalmente la gente de esta maldita ciudad se ha salido con la suya!

Erin le puso una mano en el hombro, y él la miró.

—¿Quieres ver a Rick antes de que lo trasladen?

—Sí, necesito decirle que toda va a estar bien.

Erin dejó a Jesse y acompañó a Tyler hasta la oficina. Jon dejó a los dos hermanos solos para que pudieran hablar.

Rick se puso de pie cuando vio a Tyler.

—Les dije, Ty... les dije lo de anoche.

Tyler fue hasta él y lo abrazó.

—Sí, Rick, lo sé, tranquilízate.

En los brazos de su hermano mayor, Rick dejó brotar el llanto que había contenido durante todo ese tiempo.

Tyler lo apartó y lo obligó a mirarlo.

—No quiero que llores, porque no deben verte débil, ¿me has oído? Voy a demostrarle a todo el mundo que eres inocente; te lo prometo.

—Ty... ¿y si no lo soy? No sabemos lo que sucedió anoche... dónde estuve.

—Yo sé que eres inocente y, si dudé en algún momento, te pido perdón —le dijo avergonzado—. Muestra que eres un Evans, hermano. No permitas que este mal momento te destruya. Voy a sacarte de ese lugar mañana mismo si es posible.

—Mimie va a sufrir mucho...

Tyler volvió a abrazar a su hermano. Estaba siendo detenido, acusado de un triple homicidio y él pensaba en el sufrimiento de su querida Mimie.

—Le daré un beso y un abrazo de tu parte —le prometió.

—Dile a Erin que sé que ella no tuvo la culpa de esto.

Tyler también le prometió aquello. La puerta se abrió de repente y Jesse Widmore entró a la oficina.

—Debo trasladar al detenido a Minneha —anunció.

—Se llama Rick —espetó Tyler. Aquel agente petulante cada vez le agradaba menos.

—El comisario Friedman nos espera. —Hizo caso omiso a su comentario y regresó del escritorio con unas esposas—. Vamos, seré yo quien te lleve hasta allí.

Tyler lo detuvo.

—No son necesarias las esposas.

—Es el procedimiento —respondió Jesse colocando las esposas en las muñecas de Rick.

—Toda estará bien, Rick.

—¡Dile a Mimie que la quiero! —le gritó el menor de los Evans antes de abandonar esposado la oficina.

Tyler se apoyó en el escritorio porque de repente las piernas comenzaron a flaquearle.

Escuchó los murmullos de los periodistas mientras Rick era sacado de allí como si fuera un criminal.

Dio un suspiro lastimero.

Le había fallado cuando se había jurado que ya no lo haría.

¿Qué le diría ahora a Mimie? Pensó en la mujer que los había cuidado los últimos treinta años y la angustia en su pecho solo se agigantó.

Erin y Jon entraron a la oficina y trató de incorporarse.

Erin notó su estado y reprimió las ganas de acercarse y abrazarlo.

—Enviaré ahora mismo a los forenses a su casa, comisario Evans —anunció Jon levantando el teléfono—. El juez ordenó el allanamiento; mientras menos tiempo perdamos, mejor.

—Voy yo también, no quiero que los oficiales asusten a Mimie.

Jon le lanzó una mirada interrogante a Erin.

—Mimie es la mujer que vive con ellos, es como su madre —le explicó Erin volviendo a posar sus ojos en el rostro consternado de Tyler.

—Bien. ¿Vienes con nosotros?

—No, Jon, prefiero quedarme aquí para trabajar en mi perfil —le informó. La verdad era que no tenía valor para enfrentar a Mimie cuando le dijeran que su Rick había sido arrestado.

Una vez que Jon envió a los forenses a la casa de los Evans, Tyler y él abandonaron la estación de policía, y dejaron a Erin inmersa en su trabajo.

* * *

Eran más de las de las dos de la tarde cuando Charity entró a la oficina con una

segunda taza de café.

—Parece que están tardando demasiado —comentó la secretaria al ver las sillas vacías.

—Sí, es normal —respondió Erin, y levantó un segundo la vista de los papeles que llevaba horas estudiando.

—¿Desea algo más? Si quiere puedo ir hasta la cafetería de aquí al lado y buscarle un bocadillo.

Erin le sonrió.

—Gracias, Charity, pero no tengo apetito, creo que todo lo sucedido esta mañana ha cerrado mi estómago.

—Lamento lo del hermano del comisario, aunque sé que todos en la ciudad están encantados con su arresto —comentó Charity dejando la taza de café en medio de la decena de carpetas que Erin tenía abiertas y desparramadas sobre el escritorio.

—Todas esas personas están siendo injustas con él; lo acusan sin tener prueba alguna.

El teléfono sonó, y Charity volvió a dejarla sola. Erin levantó el tubo y, cuando nadie respondió, supo que algo andaba mal.

—¿Quién es?

Ella podía escuchar el sonido pesado de la respiración del otro lado de la línea.

—¡Hable!

La persona que estaba del otro lado de la línea se quedó en completo silencio, ya ni siquiera alcanzaba a oír su respiración.

Unos segundos después, le cortó.

Erin colocó el teléfono en su sitio. No podía estar segura al ciento por ciento de que quien había llamado era la misma persona que la había amenazado arrojando la piedra contra su ventana, pero le costó mucho concentrarse después de aquel extraño incidente.

Un par de horas más tarde, Jesse regresó de su viaje a Minneha. Tuvo que responder las preguntas de Erin sobre cómo había dejado a Rick.

—Te preocupas mucho por él —comentó sorprendido—. Podría ser un asesino...

—¡No lo es! —saltó Erin levantándose de la silla. Fue hasta la ventana; algunas camionetas de la prensa seguían apostadas en el lugar, muchas menos de las que había antes; seguramente las demás estarían montando guardia fuera de la estación de policía de Minneha donde habían encerrado al pobre de Rick.

Jesse no dijo nada, tomó los papeles que estaba leyendo Erin y le preguntó:

—¿Has avanzado con tu perfil?

Erin negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Apartó la vista de la ventana y regresó a su silla.

—No lo sé; hay algo que no logro comprender. He hecho perfiles psicológicos de asesinos por años, pero nunca antes tuve tantos inconvenientes.

—¿A qué te refieres?

Le mostró un papel en donde había apuntado todo lo que sabía de los tres homicidios: causa de muerte, modus operandi del asesino; los reportes de la policía y el informe de las autopsias. También estaba anotada toda la información que Erin tenía de las víctimas.

—Mi fuerte son los crímenes violentos, no la mente criminal —le dijo devolviéndole el papel.

Erin resopló y leyó el papel una vez más.

—Hay algo que no me cierra con respecto a estos crímenes —dijo—. Una gran incongruencia es el hecho de que el asesino haya actuado con tanta violencia; me atrevería a decir que lo hizo impulsivamente, esto nos habla de un asesino desorganizado; atacó en un momento de furia, lo que explica la saña con la que agredió a las tres jovencitas. Pero, al mismo tiempo, no deja rastros y busca un lugar en donde se siente seguro para deshacerse de los cuerpos; eso lo hace un asesino organizado, no uno que actúa por impulso. ¿Entiendes lo que digo?

—Pues sí, parecería que estuvieras hablando de dos asesinos en vez de uno.

Erin asintió.

—Exacto. Además me parece extraño que no haya abusado de ninguna de las tres; eran jóvenes, hermosas, según el reporte de las autopsias eran también vírgenes; es el deseo de todo depredador sexual; sin embargo, no han sido violadas.

—Bueno, puede que el SuDes sea impotente o encuentre gratificación sexual mediante el poder o la tortura.

—Sí, es lo más probable.

—¿Tienes un perfil ya elaborado? ¿Algo que podamos usar?

—Solo un tibio esbozo; los crímenes me tienen bastante confundida. —No le mencionó que temía haber perdido sus facultades en el transcurso de los cuatro años que había estado alejada.

—¿Qué es lo que tienes hasta ahora?

—Bien. —Miró la pantalla del ordenador y le leyó los puntos que planteaba en su perfil inacabado—. Es un hombre de entre unos 20 y 35 años; creo que vive solo o que, al menos, pasa la mayor parte del tiempo solo. Necesita de un lugar en donde esconder a sus víctimas hasta el momento de asesinarlas; por eso la soledad es fundamental para él. —Miró a Jesse que la escuchaba con atención—. Por las características de la agresión debió de haber mucha sangre en las escenas de los crímenes y, aunque las víctimas no se defendieron, seguramente porque estaban atadas, debió de hacer también mucho ruido. Una cosa importante que no debemos olvidar; la conexión que existe entre Priscilla Caller, Katie Lorenz y Ruthie Quarrymen. Las tres estudiaban en la misma secundaria y dos de ellas, Katie y Ruthie, formaban parte del coro de la iglesia.

—Tiene sentido lo que dices, pero olvidas algo: Rick Evans.

—Rick no es el asesino; no encaja con el perfil...

—Tú misma has dicho que no estás muy convencida con él —le recordó.

—Sí, pero es imposible que Rick lo hubiera hecho; vive con su hermano y una mujer que está pendiente de él todo el tiempo; no tiene la capacidad de planificar

algo así; cuando atacó a Brittany Hall hace cinco años lo hizo en medio de un arranque de ira; no actuó con premeditación.

—Quizá hay alguien que lo ayuda y cubre sus crímenes; esa puede ser la explicación que cierre tu teoría.

Erin negó con la cabeza. Era imposible pensar en semejante posibilidad. A pesar de que el mismo Tyler le había confesado que había limpiado los zapatos cubiertos de lodo de su hermano, sabía que él no sería capaz de cubrir a Rick si él hubiera cometido los asesinatos.

La hipótesis de Jesse carecía de todo sentido.

—Acepto que, hasta el día de hoy, las pruebas que teníamos en contra de Rick Evans eran solo circunstanciales, pero, si logramos probar que el lodo de sus zapatos es el mismo hallado a la orilla del río Arkansas tras el asesinato de Ruthie Quarrymen, estará en serios problemas —puntualizó Jesse seriamente.

Y Erin lo sabía, por eso esperaba nerviosa el regreso de Jon.



Capítulo 12

Jon regresó solo a la estación de policía, pasadas las cinco de la tarde.

Cuando Erin le preguntó por Tyler, Jon le contó que se había quedado haciéndole compañía a la mujer negra que vivía con ellos porque estaba hondamente conmocionada con la noticia.

El allanamiento, desde el punto de vista policial, había sido un éxito. Encontraron una toalla sucia de lodo en el canasto de la ropa del baño, en la habitación de Rick. También se hallaron huellas de un par de pisadas en el patio a pesar de que se notaban que habían sido cuidadosamente lavadas y, lo más importante; los zapatos que Rick había usado esa noche fueron encontrados en un contenedor de basura fuera de la casa de los Evans. Todo fue enviado a Quantico para ser analizado, y Erin rezaba en silencio para que los resultados de las pericias dieran negativo.

Rick le importaba, y no solo porque había aprendido a quererlo el poco tiempo que había pasado con él; le importaba por Mimie y por Tyler. Ellos no se merecían ver a Rick encerrado una vez más. Tan solo recordar el sufrimiento en los ojos grises de Tyler le estrujaba el corazón.

Le habló a Jon del perfil que estaba haciendo y del cual tantas dudas tenía.

—No sé, Jon, no me siento segura con los resultados, quizá no era tiempo de volver aún —le dijo con cierta resignación.

—Nada de eso; necesitas aclimatarte, retomar el ritmo...

—Jon, está en juego la libertad de una persona inocente, sin mencionar la justicia que las familias de Priscilla, Katie y Ruthie merecen. A veces pienso que ya no sirvo para esto. —No quería abandonar el caso, pero tenía que reconocer que su reinserción en el FBI no estaba siendo tan sencilla como Jon creía y le había hecho creer—. Muchos resultados dependen de mí y de mi trabajo.

—Y del mío, y del de Jesse, y del de los chicos en Quantico —corrigió Jon—. Somos un equipo, Erin, no lo olvides.

Ella trató de sonreír, pero la situación la estaba sobrepasando; necesitaba con urgencia relajarse.

—¿Te gustaría venir a cenar a casa esta noche? Algo sencillo, no tengo muchas ganas de cocinar, además sabes que no es mi fuerte.

Jon se sorprendió gratamente ante aquella invitación.

—Me encantaría; puedo llevar comida italiana si te apetece.

—Sueno estupendo.

Jesse entró en la oficina y encendió su ordenador para verificar su correo electrónico.

Fue en ese momento que Erin decidió extender la invitación; recordaba que aquella era la noche libre de Olivia y aprovecharía para finalmente presentarle a su compañero.

—Será una cena informal —le dijo Erin a Jesse, obviando el hecho de que su vecina los acompañaría.

—Acepto, me encantará cenar en tu casa, Erin.

—Muy bien, entonces te espero a las ocho. Yo me marchó, debo hacer algunas compras antes y buscar a *Apollo*.

Saludó a Charity, le agradeció una vez más por la buena ración de cafeína y salió de la estación de la policía cuando el sol aún calentaba con intensidad.

No pudo apartar a Rick de su pensamiento mientras conducía hacia el mercado.

Tampoco podía dejar de pensar en su hermano.

Hizo las compras y cargando tres bolsas se dirigió hacia su automóvil. Cuando pasó por un local en donde se vendían artículos electrónicos, no pudo evitar posar sus ojos en la pantalla de una enorme televisión que estaba encendida.

Se acercó. Supo de inmediato que el hombre que hablaba en ese momento frente a las cámaras era Anthony Hall. Sintió la necesidad de escuchar lo que estaba diciendo, y por eso entró a la tienda.

«Sabemos que Rick Evans fue encarcelado esta mañana; ahora la gente de Wichita puede decir que se ha hecho justicia de una vez por todas.»

Erin observó cómo Anthony Hall sonreía mientras abrazaba a una joven de cabello rubio que parecía estar más bien asustada, en medio de la multitud que se había arremolinado alrededor de ellos.

Brittany Hall, la jovencita de la cual había tanto oído hablar, ahora tenía un rostro para ella.

Y a Erin no le gustó lo que vio en él.

* * *

Connor observó la casa de Olivia durante unos cuantos minutos antes de atreverse a bajar de su auto. Había dejado el bar al cuidado de uno de sus empleados de confianza para salir al menos un par de horas o el tiempo que le llevase hacer lo que iba a hacer. Era la noche libre de Olivia y aprovecharía la ocasión.

Declararse formalmente a una mujer.

La tenía difícil, sobre todo cuando esa mujer se empeñaba en demostrarle que él no le interesaba; sin embargo iba dispuesto a hacer el intento, con el riesgo de ser rechazado y herido en su orgullo.

Arrojó el cigarrillo por la ventanilla entreabierta y revisó su cabello en el espejo retrovisor, estaba bien. Se había puesto una loción importada y, aunque no llevaba saco y corbata, se podía decir que vestía elegantemente. Pantalones vaqueros color azul oscuro y camisa negra.

Se bajó por fin y enfiló hacia la casa; en la mano llevaba un ramo de flores; desconocía de qué especie exactamente ya que le había pedido a la florista que le

preparase un ramo para impresionar a una mujer.

Llamó a la puerta; la luz del recibidor se encendió y Pearl Montgomery le abrió.

De inmediato comprendió que su imprevista llegada era non grata. La madre de Olivia lo miró de arriba abajo y detuvo sus inquisidores ojos verdes en el ramo que Connor llevaba.

—Buenas noches, señora Montgomery. ¿Se encuentra Olivia? —saludó amablemente olvidándose de la mirada desdeñosa de la madre de la mujer que amaba.

—No está, su nueva amiga la invitó a cenar —respondió señalando hacia la casa de Erin—. Creo que le quería presentar a un amigo suyo del FBI..., y mi hija accedió gustosa. —Esto último no necesitaba decirlo y Connor supo por qué lo había hecho. Para herirlo y para hacerle entender que nunca aceptaría que pretendiera a su hija.

—Bien, será mejor que me marche entonces. —Desde la casa vecina le llegó el rumor y las risas. Agradeció que el muro que separaba las dos propiedades fuese alto para evitar ponerse en ridículo una vez más—. Buenas noches, señora.

Pearl ni siquiera respondió a su saludo de despedida y se metió de regreso en la casa con una sonrisa de triunfo en los labios.

Connor partió raudamente hacia su auto, pero antes de subirse arrojó el ramo de flores con furia dentro del contenedor de basura.

Mientras tanto, en la casa de Erin la cena transcurría serenamente; estaban sentados en el porche trasero porque el calor era agobiante.

Era más que obvio que Olivia estaba encantada con la invitación y con Jesse, pero, lamentablemente, era más que obvio que Jesse no parecía sentir lo mismo.

Erin observaba detenidamente la escena entre ambos.

Olivia trataba de darle conversación y él respondía con apenas monosílabos; prestándole menos atención de la que Olivia necesitaba de él.

—Parece que el rol de celestina no te ha salido bien —comentó Jon saboreando el último sorbo de su Verdicchio. El vino había sido un aporte de Olivia y, según ella, era uno de los más consumidos en el Blue Shadow.

—Olivia quería conocer a Jesse, y creí que las cosas podrían funcionar entre ellos. —Sonrió y bebió un poco de vino—. Hacen una pareja estupenda, ¿no crees? Ambos son jóvenes y guapos.

—Sí, pero se nota que el entusiasmo es solo de ella. No te va a gustar lo que voy a decirte, pero lo diré de todos modos.

Erin frunció el entrecejo.

—¿Qué sucede?

—Creo saber el motivo por el cual Jesse no se interesa en tu amiga; sospecho que es otra mujer la que le gusta. —Miró a Erin y no hubo necesidad de decir nada más.

Erin se quedó boquiabierta.

—¡No me mires así! Solo digo lo que me parece —se defendió Jon y dejó el vaso vacío sobre la mesita en donde habían improvisado un pequeño banquete italiano consistente en pedacitos de queso y salami montados en unos deliciosos agridulces

que Erin había comprado especialmente para la ocasión.

Los ojos asombrados de Erin pasaron de Jon a Jesse y, cuando este le sonrió, lo que acababa de escuchar de su jefe y amigo no le pareció tan absurdo.

—Jamás lo imaginé, es decir... solo pensaba que estaba siendo amable conmigo a causa de mi regreso al FBI; nunca creí que me mirara de esa manera —respondió Erin sorprendida y algo confundida con aquella situación.

—Jesse no es ciego, Erin. Eres hermosa, inteligente y adorable, cualquier hombre se sentiría atraído por una mujer como tú.

—Lo dices porque eres mi amigo —se sonrojó—, no soy nada de eso que dices, además tengo mis neuras y problemas que aún no he podido solucionar.

—Te refieres a lo de las luces encendidas.

Erin asintió.

—Vas a superarlo, quizá un nuevo amor consiga lo que no ha logrado ninguna terapia.

Ella tragó saliva. No sabía si se estaba refiriendo a Jesse, a él mismo o a alguien más; lo único que notó fue el aire de misterio con el que Jon le dijo aquello. No tenía ganas de averiguarlo en ese momento. Le agradaba la compañía con la que contaba esa noche; a *Apollo* también parecía agradaarle, no se había ido a acostar en su rincón del sofá como era habitual cada vez que lo traía de regreso, sino que se había apostado junto a la puerta desde donde podía vigilar todos los movimientos con suma atención. Pero el hecho de estar pasando un buen rato no borraba la angustia de saber que Tyler estaba sufriendo por su hermano; lo sucedido ese día la había dejado agotada, física y emocionalmente.

Esperaba enfrentar una nueva jornada con una energía renovada, pero lo dudaba; estaba dejando que los problemas la afectaran demasiado. No debía involucrarse, hacerlo sería romper una de las principales reglas que le habían enseñado en la academia. Nunca sentir empatía por alguien relacionado con un caso en el cual se está trabajando. Y ella había transgredido aquella norma con creces, no solo involucrándose con el sospechoso, sino además con el hermano, al cual había protegido al ocultar que se había deshecho, quizá, de las pruebas de un delito.

Pero no estaba arrepentida.

—¿En qué piensas tanto? —preguntó Jon al verla concentrada en completo silencio.

—En nada importante —le respondió esbozando apenas una sonrisa.

Jon se acomodó el cinto de su pantalón y se puso de pie.

—Creo que será mejor que me vaya, mañana será un día largo y debemos descansar.

Erin estuvo de acuerdo. Jesse se acercó y Olivia fue tras él.

—Erin, gracias por la cena —le dijo con una sonrisa y, con aquel gesto, borró la de los labios de Olivia.

—De nada, Jesse. —Erin miró a su amiga, estaba parada al lado de Jesse, pero ya no lo miraba a él. Sus ojos negros, apuntaban directamente a ella.

Cuando Jon y Jesse se marcharon, Olivia se quedó para ayudar a Erin a recoger

todo, a pesar de que ella insistió en que no era necesario.

Olivia no hablaba, y Erin se sintió terriblemente culpable.

—Olivia... quiero que sepas que no hay nada entre Jesse y yo, es solo un compañero de trabajo —le dijo mientras guardaba las sobras en la nevera.

Olivia respiró profundamente y se cruzó de brazos.

—No te preocupes, Erin, no es tu culpa que él se haya fijado en ti. Creo que simplemente llegué tarde y perdí la oportunidad de hacer el intento. —Sonrió tíbilmente, y Erin suspiró aliviada.

—Quizá deberías salir a solas con él, puedo arreglarte una cita si...

Olivia alzó los brazos.

—¡Ni se te ocurra! Sería inútil, y me acabo de dar cuenta esta noche de algo —hizo una pausa—. ¿No te parece irónico? Connor está loco por mí, yo quedé prendada de Jesse, él parece no tener ojos más que para ti y tú no le haces caso. Es una ecuación imperfecta, aunque...

—¿Aunque qué? —inquirió Erin recostándose contra el fregadero tras arrojar los platos dentro.

—Digamos que la operación matemática se pone interesante cuando llegamos a ti y al sexy comisario Evans... allí todo es perfecto, se complementan de maravillas y basta una mirada para ver que es así.

Erin sonrió para ocultar lo que aquellas palabras le habían provocado realmente; una mezcla de asombro y alegría.

—Hablas sin fundamentos, Olivia; no hay nada de perfecto entre él y yo; no nos hemos caído bien desde un principio...

—Los polos opuestos se atraen —acotó Olivia—. ¿Te imaginas qué aburrido sería que él y tú fueran parecidos y que estuvieran de acuerdo en todo?

—Es un hombre rudo y se enoja con demasiada facilidad para mi gusto; un momento te sonrío y al siguiente te aniquila con su fría mirada.

—Yo diría que es recio, no rudo y lo de los cambios de humor se debe seguramente al difícil momento que está atravesando por lo de su hermano y por los homicidios, aunque siempre ha tenido fama de ser un poquito intolerable... Pero solo un poquito, ya que en el fondo creo que es adorable, sin mencionar lo guapo y sexy que es. ¿Te has fijado qué bien le quedan esos pantalones vaqueros? —Olivia hizo un claro gesto con sus manos ponderando la parte posterior de la anatomía de Tyler Evans.

Erin no pudo evitar sonreír ante su poco sutil comentario.

—¡Eres terrible, Olivia!

—¡Pero tengo razón! ¿O no?

Después de unos segundos, Erin tuvo que responder que sí; no iba a negar lo evidente. Tyler Evans derrochaba sensualidad por donde se lo mirase y, aunque le costase reconocerlo, era precisamente su aspecto de hombre recio lo que más le atraía de él. Pero también le gustaba su lado tierno y protector, la manera en que defendía la inocencia de su hermano y también su preocupación por ella cuando había recibido el anónimo.

Rápida y peligrosamente, comprendió que estaba encontrando más virtudes que defectos en él.

* * *

Las noticias a la mañana siguiente no fueron buenas. Las pruebas enviadas a Quantico estaban demasiado contaminadas como para hacer un análisis confiable. No podían confirmar si el lodo hallado en los zapatos de Rick y en algunos sectores de la casa tenía la misma composición química de la tierra que rodeaba al río Arkansas.

Sin embargo, para Erin y Tyler aquella sí había sido una muy buena noticia. Habían llegado a la estación esa mañana; él primero, y unos cuantos minutos después lo había hecho ella. Erin ni siquiera se había atrevido a preguntarle cómo estaba, su estado de ánimo se evidenciaba en su sombría mirada. Pero, cuando Jon les dijo lo de Quantico, ambos se miraron y esbozaron una tibia sonrisa que nadie más notó.

Aquel gesto que solo duró un par de segundos, le bastó a Tyler para darse cuenta de que estaba de cierta manera, conectado con Erin. Ahora más que nunca quería saber más de ella y estaba dispuesto a lo que fuera para derribar la muralla que Erin había erigido para evitar que él se acercase.

Y dio el primer paso.

Buscó a Jon Kellerman cuando salió a la azotea a fumar un cigarrillo y lo enfrentó. No se andaría con rodeos, porque era la clase de hombre que siempre iba al grano, mucho más cuando estaba en juego una mujer.

Jon dio una pitada y expelió el humo con fuerza. Se sorprendió al encontrarse con el comisario Evans, que lo observaba detenidamente esperando para hablar con él.

—Comisario, ¿qué desea?

—Hay una cosa que quiero preguntarle y espero que pueda responderme.

—Si se trata de algo relacionado con su hermano, no puedo discutirlo con usted —le aclaró Jon seriamente.

—No tiene nada que ver con mi hermano. Se trata de Erin.

Jon Kellerman se quedó en silencio unos cuantos segundos.

—¿Erin? —preguntó curioso.

Tyler asintió.

—¿Qué sucede con ella?

—Usted me mencionó la primera vez que me contactó, que ella se había retirado del FBI hacía unos años, y que le tocaba a usted convencerla de que regresara.

—Así es. No entiendo qué es lo que quiere saber.

—¿Qué hizo que Erin dejara todo? ¿Por qué abandonó una carrera exitosa y se convirtió en autora de novelas románticas?

Jon se sorprendió.

—Sabe lo de las novelas.

—Digamos que me enteré por casualidad —respondió Tyler.

—¿Y qué le hace suponer que le diré la razón por la cual Erin dejó el FBI? —inquirió Jon alzando una ceja.

—Es la única persona a quien puedo recurrir; Widmore no quiso decirme nada, y no puedo preguntarle directamente a Erin.

Jon arrojó la colilla del cigarrillo al suelo y la aplastó con el pie.

—¿Por qué quiere saberlo?

Tyler dejó escapar un suspiro. No le gustaba mucho exponer sus sentimientos, mucho menos a un hombre al que apenas conocía, pero, si al hacerlo conseguía descubrir que escondía Erin, lo haría.

—Erin me importa... más de lo que pueda imaginarse. He intentado acercarme a ella, pero se resiste, hay algo que la atormenta, y estoy seguro de que se trata de alguna experiencia dolorosa en su pasado. Usted la conoce desde hace tiempo...

—Le ruego que no continúe —lo interrumpió Jon; sabía que a un hombre rígido y parco como el comisario Tyler Evans le costaba bastante revelar sus sentimientos, pero él nunca traicionaría la confianza de Erin—. No voy a decirle nada; Erin jamás me lo perdonaría.

La firmeza en su voz y la seriedad en su mirada, hicieron comprender a Tyler que el agente Kellerman jamás le diría lo que necesitaba saber, por eso no volvió a insistir.

Regresó al interior de la estación; se topó con Erin en la recepción, cuando vio su rostro supo que algo andaba mal.

—Tyler, te estaba buscando. —Se mesó el cabello que, como siempre, lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza—. Jesse acaba de recibir un dato importante de alguien que dice haber visto a Rick vagando cerca de la casa de Ruthie Quarrymen la noche en que fue asesinada.

Jon también entró a la estación y escuchó lo que Erin acababa de decir.

—Eso nos permite retener a su hermano al menos otras veinticuatro horas; le tomaremos declaración al testigo y quizá encontremos nuevas pistas que nos lleven a resolver el caso de una buena vez —dijo con optimismo Jon.

Tyler no mencionó palabra alguna. La repentina aparición del testigo era una piedra en el camino; un paso hacia atrás que solo perjudicaba más a Rick. Miró a Erin y deseó tanto un abrazo de ella en ese momento que si, no hubieran sido interrumpidos por Jon que la necesitaba en la oficina, la habría abrazado en frente de todos.

Se quedó en la recepción completamente solo, Charity había salido a hacer unas fotocopias y cuando sus ojos se posaron en el ordenador encendido, no lo dudó ni un segundo.

Si nadie le hablaba del pasado de Erin, él mismo lo averiguaría.

Se sentó en la silla de Charity; le pareció demasiado pequeña e incómoda, pero no le importó. Charity había estado bajando unos documentos, y lo único que tuvo que hacer fue teclear el nombre de Erin en uno de los buscadores más populares de

Internet.

Encontró fotos tuyas de hacía algún tiempo; era tan hermosa como se la había imaginado. No había cambiado mucho, solo tenía el cabello más largo entonces y una mirada límpida y serena. Sin rastros de la tristeza que los opacaba y que le decían, secretamente, que ella había sufrido mucho. Encontró varios artículos que mencionaban su éxito como perfiladora del FBI, y cómo había llegado a convertirse en una de las más solicitadas; un artículo hablaba de los casos que se habían resuelto gracias a su intervención y hasta leyó uno en donde se enumeraban las entrevistas a famosos asesinos convictos que había hecho como parte de su instrucción en el FBI.

Nada que le dijera por qué razón había abandonado todo de repente. Alzó la mirada cuando creyó escuchar un ruido que venía de una de las oficinas.

Era Tom, estaba eufórico y apenas podía hablar.

—¡Es... es Cindy! ¡Llegó el día!

Tyler le dijo que corriera al lado de su esposa y le prometió pasar más tarde para conocer al bebé.

Continuó con su búsqueda; pero estaba empezando a creer que sería infructuosa. Entonces lo halló. Un artículo fechado el mes de octubre del año 2006.

Allí estaba, justo delante de sus ojos; el motivo que la había forzado a dejar todo y a vivir sumida en una eterna melancolía.

Leyó el título y sintió un fuerte pinchazo en el corazón.

Erin Campbell, absuelta del cargo de homicidio.

Observó la foto que acompañaba el artículo. Una Erin ojerosa y pálida trataba de abrirse paso entre la prensa.

Leyó lo que decía debajo.

Erin Campbell esta mañana al salir de la corte tras ser declarada inocente de la muerte de su novio; el financiero Adam Gardner.

Tyler no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. La urgente necesidad de conocer el resto de la verdad lo empujó a seguir leyendo.

Así supo que una noche Erin había matado en defensa propia a quien era su pareja entonces; el tal Adam Gardner. Según lo que escribía la cronista; el sujeto había pretendido matar a Erin al llegar a su departamento, y ella se defendió clavándole en el pecho las tijeras que él mismo pensaba utilizar para asesinarla.

No se mencionaba el motivo del ataque; la autora de aquella nota no se aventuraba a decirlo abiertamente, pero deslizó entre líneas que Adam Gardner se había obsesionado con Erin y no soportaba perderla. Al final de la nota no podía faltar la opinión personal de la autora.

Al parecer, Erin Campbell, la experta en conducta criminal que ha triunfado en el área profesional, ha fallado en el ámbito personal. Después de meterse en la mente de los asesinos más retorcidos, no fue capaz de reconocer a uno con el cual convivía a diario. Un hombre al que le entregó su corazón y que resultó ser tan sádico como los

monstruos que ella estudiaba.

Tyler cerró el navegador rápidamente, se sintió indignado por aquellas últimas palabras. El artículo era cruel con Erin, no solo cuestionaba su capacidad profesional sino que se metía con su vida privada.

Seguía sin creerlo, pero ahora todas las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar: el alejamiento de Erin del FBI tras el juicio que la declaró inocente, pero que sin dudas había dejado una mancha en su loada reputación; haber descubierto de la peor manera que había amado a un psicópata y acabar matándolo para salvar su propia vida.

¡Dios, cuánto había sufrido Erin! Y él ni siquiera se lo había imaginado.

No esperó nunca encontrarse con semejante realidad, pero ahora que conocía los verdaderos motivos que le impedían a Erin acercarse a él; no iba a dejarla sola.

Tomó una resolución.

No le diría a Erin que había descubierto la verdad sobre su pasado; esperaría a que ella decidiera contárselo.

* * *

El testigo que había dicho haber visto a Rick cerca de la casa de Ruthie Quarrymen la noche en que había sido asesinada, resultó ser un indigente que solía hurgar en los contenedores de basura en busca de alimento.

No aportó mucho; contó que se había metido en una zona alejada para orinar y que habían visto a un joven vagar de manera sospechosa por el camino que conducía a la casa de Ruthie.

Le mostraron algunas fotografías y, a pesar de que la iluminación no era muy buena en aquel tramo de la carretera, el sujeto reconoció a Rick casi de inmediato.

—¿Qué crees? —preguntó Jon a Erin después de terminar con el interrogatorio.

—Que sería capaz de vender su alma al diablo por un poco de limosna —respondió Erin desconfiando de la repentina aparición de aquel hombre justo en el preciso momento en que las pruebas halladas en la casa de Rick quedaron descartadas de la investigación.

—También lo creo, pero por lo pronto no podemos descartar su testimonio; jura y perjura haber visto a Rick esa noche y sabemos que el muchacho no puede decir dónde estuvo porque no lo recuerda.

Erin asintió.

—Creo que seguiré leyendo los informes del caso para ver si puedo aportar más datos a mi perfil. Siguen sin convencerme los resultados que llevo hasta el momento, Jon. Sin embargo estoy segura de una cosa; Rick no concuerda con el perfil.

Jon resopló y le sonrió.

—Lo que estás tratando de hacer es encontrar algo que te permita probar la inocencia del chico Evans.

Erin no iba a negarlo.

—Lo que nos lleva a nuestro único objetivo: hallar al verdadero culpable —

acotó quitándose por un segundo las gafas para restregarse los ojos.

—¿Por qué no te tomas el resto del día? Luces realmente agotada —sugirió Jon.

Erin lo miró. No era mala idea, quizá en la soledad de su casa conseguiría dilucidar los puntos oscuros del perfil que había elaborado y que la traía de cabeza.

Entró a la oficina para recoger el bolso y el ordenador portátil; se cruzó con Tyler. No le preguntó por la declaración del indigente, pero seguramente ya se habría enterado de que había conseguido identificar a Rick. Atribuyó a aquel hecho su silencio y su inquietud.

Se marchó cerca del mediodía y les dijo a todos que no regresaría hasta la mañana siguiente. Pasaría toda la tarde y toda la noche, si fuera necesario, trabajando en el perfil del asesino.

Cuando llegó a la casa, cambió su atuendo de agente federal por un cómodo vestido de algodón y sandalias de taco bajo. Almorzó algo ligero y se sentó en el porche con el portátil en su regazo. Había decidido no buscar a *Apollo* para trabajar más tranquila; sabía que él se la estaba pasando en grande con Olivia.

Revisó viejos casos en los que había trabajado para ver si encontraba algún indicio que le dijera por qué encontraba tantas divergencias a la hora de trazar el perfil de aquel asesino en particular, pero fue inútil.

Sintió que estaba haciendo algo mal y, a pesar de las palabras de aliento de Jon, temía fracasar.

Fue interrumpida en dos ocasiones, primero por su madre quien tras preguntarle cómo le iban las cosas en Wichita comenzó con sus sutiles comentarios como: «¿Y Jon cómo está? Supongo que pasas mucho tiempo con él. ¿Has conocido a alguien? ¿Jon ha conocido a alguien?»

Preguntas a las que Erin respondió casi automáticamente mientras seguía leyendo los informes. Adoraba a su madre, pero cuando se ponía en el rol de madre buscando novio para su hija prefería tenerla a kilómetros de distancia.

También recibió una llamada de Adrienne, su editora, que le había preguntado sobre el avance de su libro y se quedó contenta con su respuesta. Iba a entregarlo a tiempo y además estaba completamente conforme con el resultado y el vuelco que había dado la historia; comentario que dejó a Adrienne con muchas ganas de tener el manuscrito en sus manos para devorarlo.

Tras aquellas dos interrupciones se enfrascó nuevamente en su trabajo; para variar, estaba haciendo calor, y la humedad ambiente era sofocante. Miró al cielo, unos nubarrones oscuros amenazaban tormenta. Se pasó una mano por el cuello, en la zona en donde se había acumulado toda la tensión, y cerró los ojos por un segundo para aspirar el aroma de las flores que adornaban el frente de la casa.

Escuchó un ruido que la hizo entrar en alerta. Abrió los ojos y miró hacia ambos lados, le hacía falta *Apollo* en ese momento. No había nada en la calle, solo el vecino de enfrente que estaba cortando el césped con su podadora. Un automóvil con vidrios polarizados atravesó la calle, Erin pensó que iba demasiado despacio, pero luego se dijo que tal vez estaba demasiado susceptible. El ruido podía haber sido alguno de sus vecinos y con respecto al auto, podría tratarse de alguien que

admiraba el paisaje de aquella coqueta zona de la ciudad.

No tenía por qué ponerse así, pero, la verdad, después del anónimo y la extraña llamada recibida el día anterior, había comenzado a mirar por encima de su hombro.

Respiró profundamente para calmar su agitado corazón. Lo que necesitaba era relajarse; entró a la casa dispuesta a darse una ducha para luego continuar con su trabajo.

Pero parecía que el teléfono no pensaba darle tregua. Tomó su móvil y, cuando vio que se trataba de Jon, se alarmó.

—Jon, ¿ha ocurrido algo?

Su silencio solo la inquietó más.

—Erin, dudé toda la tarde si debía hacer esta llamada o no, pero creo que tienes derecho a saberlo. —La voz de Jon sonaba rara.

—¿Qué es, Jon? Dímelo, por favor. —Se sentó en el sofá, temía lo que fuera a decirle y prefería estar sentada.

—El comisario Evans habló conmigo esta mañana; estuvo haciéndome algunas preguntas... sobre ti y tu pasado.

Había hecho bien en sentarse, las piernas comenzaron a temblarle.

—¿Qué... qué le has dicho? —Su voz también era trepidante.

—Nada, por supuesto, pero no creo que se haya quedado conforme con mi negativa; parece que está decidido a averiguar todo sobre ti y sabes que si se lo propone puede lograrlo; el caso salió en todos los medios...

—No tiene derecho a hacerlo...

—Sin embargo, él cree que los tiene, Erin. —Jon hizo una pausa—. Me dijo que le importas mucho y que siente que hay algo en tu pasado que te impide dejar que se acerque a ti.

Ahora no solo estaba inquieta y enfadada por lo que había hecho Tyler a sus espaldas, también estaba sorprendida. Nunca pensó que le importase tanto, igualmente enterarse de aquello, no disminuyó ni un ápice la rabia que sentía en ese momento hacia él.

Dejó a Jon con la palabra en la boca y le colgó. Se puso de pie de un salto, metió el teléfono dentro de su bolso, y sin siquiera revisar qué aspecto tenía, salió de la casa a toda prisa.

Tyler Evans iba a oírla.



Capítulo 13

Mientras se dirigía hacia la casa de Tyler volvió a experimentar la vaga sensación de que estaba siendo vigilada. Tuvo que mirar varias veces a través del espejo retrovisor para cerciorarse de que solo se trataba de su imaginación.

Cuando llegó a la propiedad de los Evans, estaba empezando a llover. Estacionó su auto y vio a Mimie haciendo algunos trabajos de jardinería en el porche. Se bajó y caminó apresuradamente hacia la casa.

El ruido de los tacones de sus sandalias hizo que Mimie se diera vuelta.

Erin entonces se detuvo; notó que la mujer tenía los ojos hinchados de tanto llorar y por un segundo pensó que quizá no había sido buena idea ir hasta allí. Aquella mujer debía de estar odiándola después de que ella no pudo hacer nada por evitar que se llevaran detenido a Rick a Minneha.

Pero cuando el rostro de Mimie le sonrió afablemente, Erin continuó caminando.

Se acercó y le sonrió también.

—¿Cómo estás, Mimie?

La mujer respiró hondamente; dejó la pequeña pinza que usaba para trasplantar los injertos de sus queridas flores y luego se quitó los guantes sucios.

—Deshecha, pero tratando de mantenerme fuerte por mis niños; no solo Rick me necesita; debo ocuparme de Tyler también.

Erin asintió. La mención de su nombre le recordó que estaba allí por un motivo no muy grato.

—Mimie, quisiera hablar con Tyler. —Le costaba mucho ocultar su enfado, pero hizo un esfuerzo, no tenía caso preocupar a Mimie con sus problemas. Bastante tenía ya con lo que estaba pasando.

—No está en casa; se fue hace un par de horas a su refugio.

—¿Refugio?

—Sí, así llama a la cabaña que se compró hace un tiempo; está reformándola él mismo, va allí cada vez que quiere estar solo —le informó sentándose en una banqueta.

—¿Está muy lejos de aquí?

—No, solo tienes que tomar el camino de Greenwich que está a la salida de la ciudad y conducir hasta el lago Beech; encontrarás fácilmente la cabaña, es la única emplazada en esa zona que aún no está terminada.

Erin anotó mentalmente los datos que Mimie le dio.

—¿Para qué quieres hablar con él? ¿Se trata de Rick?

Erin negó con la cabeza.

—Se trata de algo personal.

Mimie entrecerró los ojos. Algo personal entre su muchacho y Erin. Le gustaba la idea. Le ofreció un café, pero Erin decidió marcharse de inmediato. La lluvia aún era tenue, pero los oscuros nubarrones presagiaban mucho más, y no quería quedarse atorada en algún camino alejado de la ciudad.

Debía llegar a esa cabaña y enfrentar a Tyler.

* * *

Siguió las instrucciones de Mimie y llegó al camino de Greenwich, le pareció familiar el nombre y entonces recordó por qué. Era en aquel camino donde estaba ubicada la casa de Ruthie Quarrymen y donde Rick había sido visto la noche de su muerte. No le sorprendió demasiado aquella coincidencia, pero no podía dejar de pensar que era un detalle un tanto peculiar.

Se inclinó un poco hacia delante y miró el cielo encapotado a través del parabrisas. Debía darse prisa.

Un cartel a la derecha indicaba que el lago Beech estaba a tan solo un par de millas; aceleró la marcha, ya no faltaba mucho. Tomó el único desvío que encontró y siguió derecho. Lentamente la zona urbana comenzó a desaparecer para dar paso a una importante cantidad de árboles que se erigían a ambos lados de la carretera.

Tenía que haber algún sendero que condujera a la cabaña de Tyler, Mimie le había dicho que era fácil llegar. Redujo la velocidad para mirar mejor y entonces alcanzó a divisar una construcción de madera emplazada en un claro del bosque. No estaría a más de un kilómetro de la carretera, y supo que había llegado cuando divisó la parte trasera de la vieja camioneta de Tyler.

Condujo su Honda Fit por el estrecho sendero y lo estacionó junto a la camioneta. Apagó el motor, si Tyler estaba cerca tenía que haberla oído llegar. Se quedó un momento dentro del auto, pero él no apareció. Recién entonces se miró en el espejo retrovisor y se dio cuenta de que con la prisa y el enfado había salido de la casa sin siquiera arreglarse. El rodete en lo alto de su cabeza estaba prácticamente deshecho y varios mechones caían sobre su frente; trató de recomponerlo, pero desistió de inmediato.

¡Al diablo! ¡No había venido de visita! Desvió la vista del espejo y observó hacia la cabaña. No había señales de él.

Se bajó, cerró la puerta del auto y se detuvo a contemplar el lugar.

La cabaña constaba de dos plantas de madera de cedro que se alzaban sobre una elevación dividida en terrazas. Tenía dos grandes ventanas y una más pequeña que, supuso, sería una especie de buhardilla, a las tres les faltaba tanto el cristal como las cortinas.

En el amplio porche había un banco-columpio y una variedad de tiestos con flores. La mano de Mimie había pasado por allí, sin dudas. Unos escalones al costado bajaban a un patio que estaba rodeado por un pequeño bosquecillo; una especie de copia en miniatura de los bosques que rodeaban al lago.

Se dirigió hacia el otro costado de la cabaña en donde se hallaba emplazado un muelle de unos cuantos metros de longitud.

Y entonces lo vio.

Allí estaba; montado en un pequeño bote amarrado a uno de los soportes del muelle, manipulando una caña de pescar.

Se quedó inmóvil; él no la había visto aún. Cuando pudo dar un paso, avanzó lentamente. El suelo de madera crujió bajo sus pies, y Tyler se dio vuelta de inmediato.

Erin contuvo el aliento cuando sintió los ojos de él encima de ella.

Estaba allí por una razón muy poderosa y, si se había atrevido a buscarlo, era tan solo para reclamarle lo que había hecho. ¿Por qué sintió entonces que quizá había cometido un error al aventurarse a ir hasta allí?

Observó cómo Tyler dejaba la caña de pescar a un lado y se ponía de pie. Llevaba unos raídos pantalones vaqueros que solo servían para acentuar sus largas y musculosas piernas y una camisa a la cual le faltaban al menos la mitad de los botones.

Él se bajó del bote y lo amarró al muelle. Los ojos de Erin se desviaron inevitablemente a la parte trasera de la anatomía masculina. ¡Cuánta razón tenía Olivia!

Tyler se dio vuelta y comenzó a avanzar hacia ella. A medida que se acercaba, el pulso en sus venas se hizo más intenso; se ordenó mantener la calma y recordar por qué estaba allí.

Su visita tenía un objetivo claro y contundente, pero la inminente cercanía de Tyler le estaba nublando la razón. Y la templanza con la que pensaba enfrentarlo se estaba debilitando tan rápido como sus piernas.

—Erin —susurró él con una sonrisa en los labios.

Ella retrocedió unos pasos cuando adivinó cuál era su intención.

No iba a dejar que lo que Tyler despertaba en ella fuese más fuerte que la rabia que sentía. Se cruzó de brazos, como si con aquel gesto estuviera levantando una muralla entre ambos.

—Necesitaba hablar contigo —le dijo Erin imprimiéndole gravedad a sus palabras.

—Yo también —dijo con un marcado entusiasmo—. He descubierto algo importante; ¡creo saber dónde estuvo Rick la noche que Ruthie Quarrymen fue asesinada!

—¿Qué quieres decir?

—La casa de Ruthie está a unas pocas millas de distancia; Rick viene a la cabaña a menudo y estoy seguro de que esa noche estuvo aquí. —La tomó por los hombros y la obligó a que se diera vuelta—. El terreno se vuelve bastante fangoso cuando llueve, por eso los zapatos de Rick estaban sucios con lodo.

Lo que Tyler le estaba diciendo tenía sentido; sin embargo, no sería sencillo probarlo; el lodo de los zapatos no servía para ser procesado y, por lo tanto, tampoco podían compararlo con el suelo de aquel lugar.

—¿Estás seguro?

—Sí, por eso vine hoy a la cabaña; cuando leí la transcripción de la declaración y se mencionaba que Rick había sido visto en el camino de Greenwich supe de inmediato que era aquí donde había estado. —No le dijo que también estaba allí para meditar sobre lo que ahora sabía de ella.

—Habrá que informarle esto a Jon; no se podrá hacer mucho sin una prueba tangible, pero al menos crearemos una duda razonable.

Tyler asintió y notó la inquietud de Erin.

—¿De qué querías hablar conmigo?

La pregunta de Tyler reavivó su enojo, pero no disminuyó la sensación apabullante que le provocaba su presencia.

—Jon me contó que anduviste haciendo preguntas sobre mí.

Tyler no dijo nada, pero de todos modos, Erin esperó que le respondiera.

—No me gusta que indaguen sobre mi vida a mis espaldas —manifestó mientras hacía un gran esfuerzo por no alterarse, pero fue inútil; finalmente estalló y dejó salir la rabia acumulada—. ¡Maldición! ¡No tenías ningún derecho a hacerlo!

—¡Erin, cálmate! Déjame explicarte...

—¿Qué demonios vas a explicarme? —Se acercó y le dio un par de golpes en el pecho—. ¿Qué sentías curiosidad de saber por qué la eficiente y ponderada agente Erin Campbell abandonó de repente el FBI y todo lo que tenía para recluírse en una casita a escribir novelas románticas?

Tyler intentó sujetarla, pero ella estaba tan enojada que se retorció con fuerza para evitar que él la tocara.

—¡Erin, por Dios, escúchame!

—¡No tenías ningún derecho, Tyler! ¡Mi pasado y mi dolor me pertenecen solo a mí! —Estaba al borde del llanto, pero no quería llorar, mostrarse frágil ante él era lo último que deseaba en ese momento.

Tyler por fin pudo sujetarla por los brazos, ella luchó por soltarse, pero él era mucho más fuerte y puso fin a su resistencia.

Había comenzado a llover nuevamente.

—¡Erin, mírame! —No fue una petición, sino una orden.

Pero ella mantuvo la cabeza gacha. Tyler sintió su cuerpo temblar y entonces intentó abrazarla. Erin se resistió, interponiendo entre ambos sus puños cerrados, pero él atrapó sus manos y las asió con fuerza.

—¡Suéltame! —le gritó mientras seguía luchando por liberarse.

Tyler la miró fijamente y Erin contuvo el aliento. No podía permitirse ceder ahora, pero sentía que lentamente se iba perdiendo en el gris intenso de sus ojos.

Él la asió de la cintura y la apretó contra su cuerpo. Subió una mano y secó su rostro mojado por la lluvia. La frente en donde se habían pegado algunos mechones de cabello; las mejillas sonrojadas ya no por la furia sino por otro sentimiento igual de intenso y por último, los labios, que a pesar de la resistencia de su dueña, parecían pedir a gritos un beso. Tyler la contempló mientras su mano recorría y secaba su rostro, la acariciaba con sus manos, con la mirada, y Erin supo que había perdido la

batalla en el mismo momento en que él la atrapó entre sus brazos.

Tyler sujetó su cabeza por la nuca y encontró el camino hasta su boca.

La besó con intensidad; era un beso que poseía y arrollaba. Le metió la lengua en la boca, haciéndola gemir y enardecerse. Él se tensó y la apretó más todavía contra su cuerpo; nunca antes un beso la había hecho sentirse así; nunca la había hecho expresar semejante pasión, atrapada en su interior desde hacía cuatro años. Ningún hombre la había tentado así; ni siquiera Adam.

Tyler la intoxicaba con su sabor y con su contacto. Mientras la lengua exploraba su boca con frenesí, más evidente se hacía la excitación en él, y Erin le rodeó el cuello con los brazos, deseando que aquel beso durase para siempre y sanara todas las heridas de su corazón.

El repiqueteo de las gotas de lluvia chocando contra el suelo de madera no consiguió acallar los jadeos que cada vez se hacían más intensos.

El beso arrastró a Erin rápidamente, como si fuera un tornado, hasta un estremecedor deseo que hizo que llevara las manos a los pocos botones de su camisa; deseaba tocarlo y necesitaba que él la tocara. Mientras ella le quitaba la camisa, Tyler hacía lo suyo levantando la falda de su vestido hasta las caderas; una de sus manos se deslizó por debajo, acariciándole el vientre. A Erin le pareció como si el mundo entero diera vueltas, mareándola y excitándola mientras Tyler continuaba besándola y tocándola de aquella manera.

La mano de Tyler siguió recorriendo su cuerpo y, cuando le rozó el borde del sujetador, Erin creyó que se iba a volver loca. Alzó su pierna derecha y la deslizó entre sus muslos, encontrándose con la dura realidad de la excitación de él. Tyler gimió cuando Erin se frotó contra él, y ambos fueron conscientes de una necesidad que era mucho más que física y completamente sobrecogedora. Erin enredó sus largos dedos en el cabello de él, y deseó mucho más que ese beso.

Ella se separó y observó embelesada cómo el torso ahora desnudo de Tyler brillaba por el efecto de las gotas de lluvia en su piel; tímidamente acarició sus anchos hombros; bajó por sus brazos y sintió los músculos tensarse bajo sus manos. Los ojos azules de Erin se posaron en su pecho; era sólido, musculoso y una fina línea de vello negro invitaba a seguir explorando.

La pasión prendió entre ellos como un fuego voraz. Erin se apretó contra Tyler, asombrada por el modo perfecto en que encajaban sus cuerpos. Los brazos, fuertes como el acero, la ceñían y apretaban contra él. Erin reaccionó a su contacto de manera instintiva, deleitándose en su fortaleza.

Tyler buscó su boca nuevamente y esta vez el beso fue tan devorador que cerró los ojos y le entregó el alma. Apenas se reconocía a sí misma cuando, pegándose a él, mientras los labios y las lenguas de ambos se confundían, clavó las manos ansiosamente en su espalda.

La lluvia se había hecho más intensa, pero no existía en el universo tempestad alguna que apagase la pasión que se había encendido dentro de ellos. La camisa de Tyler yacía en el muelle completamente empapada; también la ropa que aún llevaban puesta y que ya comenzaba a estorbarles.

Tyler la sujetó por la cintura y la levantó en brazos, Erin supo de inmediato qué hacer y se aferró con las pocas fuerzas que aún le restaban a las caderas de él. Seguían besándose cuando él comenzó a avanzar lentamente por el muelle bajo la torrencial lluvia.

Erin era consciente de que se estaban moviendo, por eso soltó la boca de Tyler y se recostó sobre su hombro; le gustó aquel rincón de su cuerpo y deseó quedarse para siempre allí, acurrucada, aspirando el olor de su piel mojada por la lluvia. Estaba dispuesta a dejarse llevar por él hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Tyler subió hasta el porche y de una patada abrió la puerta de la cabaña. Dio unos cuantos pasos y por fin se detuvo. Ella apartó la cabeza de la tibieza de su hombro y lo miró.

Tyler la bajó lentamente y la depositó lentamente en el suelo, rozando su cuerpo con el de ella mientras lo hacía. Erin notó algo blando debajo de sus pies, agachó la cabeza y descubrió que él la había dejado encima de un colchón.

—No tengo lista la cama aún —le dijo con la voz ronca.

Los labios temblorosos de Erin se curvaron en una sonrisa.

—No la necesitamos.

Las manos de Tyler se posaron sobre sus brazos, envolviendo al principio ligeramente las muñecas, deslizándose luego hacia arriba hasta alcanzar las tiras de su vestido que bajó por su cuerpo y rápidamente fue a parar sobre el colchón. Ella se estremeció de nuevo al sentir el contacto de sus manos, levemente ásperas, deslizándose sobre su piel suave. Tyler contempló su piel dorada, humedecida por la lluvia; la ropa interior que llevaba Erin era sumamente exquisita, pero él no podía esperar para tenerla completamente desnuda entre sus brazos.

El corazón de Erin palpitó con fuerza dentro de su pecho cuando Tyler rozó el delicado encaje del sujetador y delineó el contorno con ambas manos. Con los dedos pulgares dibujó pequeños círculos alrededor de sus pezones que se irguieron bajo aquel suave contacto.

Erin se llevó los brazos hacia la espalda y se deshizo del sujetador en apenas un segundo. Tyler tragó saliva cuando ella buscó su mano y la ciñó alrededor de uno de sus pechos. Ahora ya no había tela de por medio y sentir la suavidad de su piel lo enloqueció.

Se dejó caer de rodillas y la abrazó por la cintura; hundió su rostro en el vientre de ella y aspiró con fuerza. Le fascinaba el perfume de su piel, actuaba como un elixir que embriagaba cada uno de sus sentidos. Ella enredó los dedos en el cabello mojado de Tyler y cerró los ojos.

Con una mínima parte del cerebro que aún funcionaba, Erin comprendió que él era lo que había estado buscando durante años: un hombre que la necesitara, un hombre a quien amar. Tyler.

Repitió su nombre mentalmente y, cuando salió de su garganta, se sorprendió a sí misma.

Tyler alzó la cabeza, y ella lo miró; no pudo apartar los ojos de los de él, consciente de que el aliento se le aceleraba en la garganta. Podía sentir el calor de su

cuerpo y la urgencia en el brillo de su mirada.

Ella colocó sus manos encima de las de él, que continuaban aprisionadas a su cintura y las hizo descender; lentamente la única prenda que cubría su magnífica desnudez la fue dejando. Fue Tyler quien terminó de quitársela y la arrojó junto con lo demás.

Se inclinó hacia ella y sembró besos en la parte baja de su vientre mientras sus manos acariciaban el interior de sus muslos. Erin se puso tensa; cerró los ojos nuevamente y pareció dejar de respirar durante unos segundos.

Tyler siguió explorando, suave y lentamente. Erin gimió cuando él llegó hasta el monte carnosos de su sexo y la tocó íntimamente con la boca. Hundió los dedos en su espalda con fuerza, necesitaba aferrarse a algo para no desfallecer. Él había despertado en un solo segundo, sensaciones que habían estado enterradas durante cuatro años.

Nunca se había sentido así, ni siquiera había soñado que algún día podría sentir de aquel modo. Se estremecía y se aferraba a él como si fuera la única cosa estable de su vida. Cuando Tyler apartó los labios de su sexo completamente excitado, Erin dejó escapar un leve gemido de enojo. Él se estremeció al oír aquel sonido involuntario. Besó su ombligo y su cintura. Ella echó la cabeza hacia atrás y comenzó a jadear, ardiente y ávida, ansiando una satisfacción de la que ni siquiera era plenamente consciente.

Tyler se levantó, y Erin, instintivamente, se frotó contra él. Tyler gruñó, hundiendo sus dedos en las nalgas de ella y apretando su pelvis contra la dura línea de su sexo.

—Erin... Erin... —masculló con voz densa.

—Te necesito, Tyler.

Después de aquellas tres palabras que salieron de los labios de Erin como una urgente súplica, Tyler supo que ya no había lugar para preámbulos.

Se quitó el cinturón y luego los pantalones ante los ojos ávidos de Erin, que lo contemplaba ansiosa.

Se deshizo de la última prenda y tomó a Erin de la mano para arrodillarse juntos encima del colchón. La recostó con cuidado y se ubicó a su lado. Lentamente, mientras la pasión se inflamaba entre ellos con cada bocanada de aire que respiraban, con cada leve roce de los dedos curtidos de Tyler sobre la piel sedosa de Erin, él deslizó la mano por su clavícula y sobre la curva de sus pechos. Erin cerró los ojos cuando la mano de Tyler tocó su seno. Se meció levemente, sintiendo que las piernas le flaqueaban, suave y dulcemente, con una lenta caricia que era al mismo tiempo puro placer y pura agonía, Tyler acarició sus pechos, excitando los pezones hasta endurecer sus puntas. Por el vientre de Erin se propagó un ansia palpitante y de su garganta surgió un gemido cuando él pellizcó su pezón, acrecentando su deseo hasta un extremo casi insoportable.

Ella nunca había imaginado una cosa así, aquel fuego líquido que brotaba bajo el influjo de las caricias de Tyler. Él agachó la cabeza y comenzó a lamerle los pechos. Sus labios y su lengua se movían morosamente sobre la piel tersa de Erin.

—Tyler, por favor... —Frotó la mejilla contra su cabello y, luego, cuando el placer se intensificó, hundió las manos en la espalda de él. Sus piernas temblaban, y su cuerpo entero parecía estar en llamas. Se sentía a punto de estallar de placer y, al mismo tiempo también, desgarrada por la frustración de no alcanzar nunca la satisfacción que buscaba. Su voz era baja y áspera cuando murmuró—: tómame, por favor...

Tyler dejó escapar un gruñido y alzó la cabeza. Sus ojos centelleaban de pasión.

Erin alzó la cabeza, buscando la boca de Tyler.

Él gimió suavemente mientras ella lo besaba con ansia. Erin sonrió contra su boca al sentir que su carne palpitaba, dura y vibrante, buscando la liberación.

Los brazos de Tyler la rodearon con fuerza y la apretaron como si sus cuerpos pudieran fundirse el uno en el otro. Él no recordaba haber deseado nunca a una mujer como deseaba a Erin en ese instante.

Entonces él le separó las piernas con los muslos. Dejó que lo sintiera, duro, caliente y palpitante, tocando apenas el lugar donde podía penetrar en el momento que se le antojara. Pero decidió no entrar, decidió alargar aquella dulce agonía para el placer de ambos. Jugó con ella hasta que la tuvo, otra vez, tensa y temblorosa, como la cuerda de un violín demasiado tirante. Entonces la penetró. Lentamente. Era duro, muy caliente, y la llenó hasta estallar. La besó en la boca con pasión feroz, le impidió todo movimiento rodeándola con los brazos, y se quedó dentro de ella, bien profundo, varios segundos, sin prisa.

Cuando se retiró, y luego se deslizó dentro otra vez, Erin estaba en llamas. Habría hecho cualquier cosa que él quisiera. Cualquier cosa, y se sentía fuerte y segura para decírselo.

Tyler apoyó las manos a ambos lados del tórax de ella, puso los brazos rígidos, hasta levantar por completo su peso de encima de ella. El único punto de contacto era donde los cuerpos se unían. Se movió lentamente adentro, afuera, adentro otra vez, hasta que Erin alzó las caderas involuntariamente, anticipándose a cada embestida. Luego, Tyler inclinó la cabeza y se apoderó de uno de los pezones hinchados con la boca.

Erin gimió.

Tyler levantó la cabeza y sonrió. Se deleitó con el azul profundo de los ojos de Erin que expresaban la pasión que había estado contenida en sus entrañas.

—Tyler... —sollozó ella, suplicando que terminara.

Los ojos masculinos parpadearon, y se apoyó otra vez sobre ella, abrazándola, sosteniéndola contra él, y poseyéndola con caliente apremio, hasta llegar a un febril ardor. Pero esta vez, alcanzó la cima junto con ella. Cuando la llevó más allá del borde, él también cayó. El grito ronco de Tyler se unió al de ella y su semilla se derramó en su cálido interior.

Afuera la lluvia caía intensamente. Dentro de la cabaña los cuerpos jadeantes de los amantes, lentamente iban recobrando la calma; escuchando los latidos del corazón de Tyler, Erin cerró los ojos y se durmió sobre su pecho.

* * *

A Tyler le costaba despegar los ojos de la mujer que dormía tan plácidamente entre sus brazos. Él, sin embargo, habría preferido quedarse despierto para poder contemplarla en silencio, con el único sonido de fondo de la lluvia golpeando sobre el tejado de madera.

Ambos yacían completamente desnudos y abrazados sobre el colchón. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar dónde había quedado su camisa. No le importó, siempre tenía algo de ropa en la cabaña para cualquier eventualidad; observó a través de la ventana; la tarde estaba cayendo y pronto comenzaría a oscurecer. No tenía ganas de regresar a la ciudad; deseaba quedarse allí y pasar la noche con Erin.

Volvió a contemplarla; acarició su cabello suavemente. Aún conservaba restos de lluvia y sudor; ella respiraba pausadamente y el aire tibio que salía de su nariz rozaba el vello de su pecho. Tocó sus labios entreabiertos con la yema de los dedos; sabía que se podía despertar, pero no pudo contenerse.

Erin se removió inquieta encima de él, atrapó el dedo de Tyler con su boca, lo acarició suavemente con la lengua y finalmente lo soltó. Alzó la vista y lo miró.

La intensidad de sus ojos le perforó el alma. Cuando pudo articular palabra, Tyler le preguntó:

—¿Has dormido bien?

Erin asintió. La verdad era que había dormido estupendamente y abrazada a un hombre después de mucho tiempo. Aquel pensamiento que irrumpió en su mente opacó un poco la dicha que sentía en el alma y en el cuerpo.

Tyler lo notó.

—Erin...

—No, ahora no. —No quería arruinar el momento hablando de cosas tristes.

Él le acarició la mejilla.

—¿Tienes hambre? —preguntó en cambio, comprendiendo la razón de su renuencia a hablar del asunto.

Erin miró por la ventana.

—¡Cielos, es tardísimo! ¡Tengo que irme! —Atinó a levantarse, pero Tyler no se lo permitió.

—Quédate y pasemos la noche juntos.

Era una propuesta difícil de rechazar, pero hacerlo podía significar algo para lo cual aún no se sentía preparada.

—No puedo. —Intentó levantarse de nuevo, pero él volvió a impedirselo—. Tengo que recoger a *Apollo* de la casa de Olivia...

—¿Es solo por el perro que quieres irte?

Se hizo un largo silencio. Erin quería ser sincera con él; lo sucedido entre ambos había sido maravilloso; después de mucho tiempo había dejado que los sentimientos comandaran sus acciones y esperaba no arrepentirse de ello. La Erin centrada y precavida que por cuatro largos años no había permitido que ningún hombre se le

acercara había dejado de existir. Le costaba reconocerse; se veía allí, en aquella cabaña inmensa, desnuda sobre un colchón entre los brazos de un hombre que le había devuelto las ganas de vivir y de sentirse deseada.

Pero «amor» era una palabra demasiado importante; no se podía decir a la ligera; sin embargo, y contra todo pronóstico, se sabía perdidamente enamorada de Tyler Evans.

Ya no tenía dudas al respecto.

Volvió a replantearse qué significaba el hecho de que él le pidiera pasar la noche juntos. No le había dicho que la amaba, ella tampoco se había atrevido a hacerlo.

Tenía miedo. Estaba asustada de amar, pero, sobre todo, estaba asustada de ser correspondida.

Miró a Tyler a los ojos; él esperaba una respuesta de su parte.

—Olivia debe de estar esperando que vaya por él, se preocupará si no aparezco. —Era una excusa válida que le permitía alejarse de Tyler sin revelar el verdadero motivo que se ocultaba detrás de aquella partida presurosa.

Tyler la soltó, y ella se sentó en el colchón. La brisa que se coló por la ventana le hizo tomar consciencia de su desnudez. Sintió frío de repente cuando él ya no intentó retenerla. Se puso de pie y recogió la ropa del suelo, aún estaba un poco húmeda, pero no le importó. Mientras se vestía le daba la espalda a Tyler y esperó quizá que la retuviera en sus brazos y no la dejase ir. Era absurdo, pero no podía evitarlo, era más fuerte que ella. Le asustaba quedarse, pero más le asustaba que él no hiciera nada para impedir que se fuera.

Pero entonces sucedió lo impensable; Tyler se levantó de un salto y la abrazó por la espalda. Su cuerpo, poderosamente desnudo, se pegó al suyo, ya cubierto por la ropa.

Erin se quedó inmóvil mientras sentía los brazos de Tyler rodear su cintura. Puso sus manos encima de las de él y cerró los ojos. En ese instante tuvo unas enormes ganas de llorar, tragó con fuerza y logró contener las lágrimas.

—Quédate —volvió a pedirle él esta vez susurrando en su oído.

Todo el cuerpo de Erin se estremeció. Era tan sencillo decir que sí y olvidarse del mundo que la esperaba fuera de las cuatro paredes de aquella cabaña.

—Debo ir hasta la ciudad a buscar algo para comer, tengo la alacena vacía, si quieres puedo pasar a ver a Connor y decirle que hable con Olivia sobre tu perro —le propuso al ver que ella no le respondía—. No creo que le moleste quedarse con él esta noche.

—Olivia trabaja esta noche, tendría que quedarse con su madre —explicó Erin. No era una excusa más para no quedarse; la idea de dejar a *Apollo* con aquella mujer no le agradaba en absoluto.

Tyler comprendió su preocupación; la verdad que compadecía al pobre animal, no sería justo dejarlo en manos de Pearl Montgomery.

La hizo girarse, pero no la soltó. Erin se sintió subyugada una vez más por su cuerpo desnudo; apoyó ambas manos en su pecho y él soltó un suspiro.

—Si lo que te preocupa es que el perro...

—Se llama *Apollo* —le recordó ella.

—Está bien, si lo que te preocupa es que *Apollo* se quede con ella podemos hacer algo al respecto.

—¿Algo como qué?

—Déjalo en mis manos. ¿Confías en mí, verdad?

Erin asintió. Confiaba en él ciegamente.

Tyler sonrió y le robó un beso. Ella se apretó aún más contra él, sintiendo la magnífica plenitud de su cuerpo, el mismo que había amado hacía tan solo un par de horas. Él se apartó, volvía a desearla con la misma intensidad de antes, pero tenía que irse. Respiró hondamente y la miró a los ojos.

—Iré a la ciudad, quiero que me esperes aquí. —Ansiaba una respuesta afirmativa de su parte.

Erin finalmente le dijo que sí, que lo esperaría.

Lo observó mientras corría escaleras arriba.

—¡Me cambiaré de ropa y saldré enseguida!

Ella se quedó allí, quieta, tratando de sopesar la decisión que acababa de tomar. Iba a quedarse y lo esperaría. Era mucho más de lo que había estado dispuesta a hacer por un hombre en mucho tiempo. En realidad, eran muchas cosas las que habían cambiado en cuestión de horas; había llegado allí totalmente enfadada con la única intención de reclamarle a Tyler que se hubiera atrevido a hurgar en su pasado, y había terminado haciendo el amor con él. El temor de lo que pudiera venir después, de no saber qué seguía, la había empujado a querer marcharse, pero Tyler la había convencido de quedarse. Y, a pesar de las dudas y los miedos, lo esperaría.

No sabía dónde había quedado la Erin que tan solo unos días antes era relativamente feliz con su vida en Lexington; ahora todo aquello le parecía lejano; como si lo hubiera estado viviendo otra persona.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de las botas de Tyler, que bajó las escaleras corriendo. La sorprendió y la besó; fue un beso profundo, cargado de pasión. Cuando la soltó, recobró el aliento y le dijo:

—Para que pienses en mí mientras regreso.

Erin sonrió, no necesitaba aquel beso para pensar en él; Tyler no solo se había metido en sus pensamientos; estaba bajo su piel, en lo más profundo del corazón.

Lo acompañó hasta el porche; la lluvia había concedido una tregua, y ahora solo soplaba una suave brisa que, sin dudas, traía alivio a una jornada calurosa. Se quedó observándolo hasta que su vieja camioneta Ford desapareció tras tomar la carretera que llevaba a la ciudad.

De repente se sintió sola en la inmensidad de aquel lugar. Se dirigió a un costado de la cabaña para contemplar el lago. Divisó la camisa de Tyler; ella misma se la había quitado y arrojado al suelo cuando la pasión los había desbordado. No pudo evitar sonreír. Regresó al interior de la cabaña para calzarse las sandalias y fue en busca de la camisa.

Estaba ya oscuro y las sombras de la noche le daban a aquel paisaje una magia

casi sobrenatural; desde el espeso bosque que lo rodeaba, el brillo de la luna reflejada en la superficie del lago y hasta el croar de las ranas, felices por la lluvia que había caído. Llegó hasta la camisa de Tyler, se agachó y la recogió. Estaba prácticamente empapada, pero cuando se la llevó al rostro y aspiró con fuerza pudo sentir su olor; su esencia de hombre continuaba impregnada en aquella vieja camisa a la cual le faltaban, según su criterio, demasiados botones. Se dispuso a regresar a la cabaña para esperar a Tyler, pero un sonido seco la detuvo.

Lo escuchó cerca, demasiado cerca. Y supo lo que era. Alguien había pisado una rama. Miró hacia todos lados, pero solo vio oscuridad. Si había alguien allí, oculto entre las sombras, no le sería difícil atraparla antes de que llegase a la cabaña o a su coche. Debía correr lo más rápido posible y así lo hizo. Con la camisa mojada de Tyler pegada en su pecho atravesó el muelle a toda prisa; no miró hacia atrás en ninguna ocasión, pero estaba segura de que alguien venía tras ella. Siguió avanzando; cuando llegó al terreno pantanoso que se encontraba entre el muelle y la cabaña, resbaló y se cayó. Apoyó ambas manos en una roca y consiguió ponerse de pie. La camisa de Tyler había quedado hundida en el lodo, pero su prioridad en ese momento era llegar hasta el auto. Lo logró, pero fue en vano, uno de los neumáticos había sido sabotado; no podía irse de allí, la única oportunidad que tenía era ocultarse en la cabaña. Corrió el último tramo y temblorosa subió los escalones del porche. Se detuvo unos segundos para recuperar el aliento; se giró sobre sus talones y miró a su alrededor.

No vio a nadie, pero podía jurar que no estaba sola, que había alguien acechándola desde las sombras. Entró a la cabaña y cerró la puerta. Observó las ventanas sin cristales; seguía siendo vulnerable aun dentro de aquellas cuatro paredes.

Descubrió en un rincón una caja de herramientas; corrió hasta ella y tomó un martillo. Buscó un refugio en un rincón; se sentó y sostuvo con fuerza su arma improvisada. El miedo crecía vertiginosamente en su interior a pesar de que lentamente comenzaba a recobrar el ritmo normal de su respiración.

El corazón se le detuvo cuando creyó escuchar unos pasos; el sonido retumbó en sus oídos, haciéndose latente, cada vez más intenso. No era su imaginación; había alguien fuera de la cabaña. Con ojos asustados miró las ventanas abiertas; no supo distinguir de dónde provenía el ruido exactamente, parecía que de todas partes. Estaba aturdida y asustada.

De repente se hizo un silencio aplastante, y Erin supo que la persona que la acechaba se había detenido justo delante de la puerta.

Apretó el martillo con fuerza, dispuesta a defenderse si fuera necesario. Estaba sudando, y en su mente se mezclaban escenas de su pasado en medio de aquel presente aterrador. Adam Gardner le había jurado amor eterno, pero aquella fatídica noche de agosto había llegado a su apartamento completamente fuera de control y dispuesto a acabar con su vida.

Una sombra se recortó a través de la ventana abierta; el corazón de Erin bombeó violentamente.



Quienquiera que fuese la persona que le estaba haciendo aquello, tenía que saber que ella iba a luchar; lo había hecho una vez aún a costa de manchar sus manos con sangre y no estaba dispuesta a morir sin pelear.



Capítulo 14

Después de conseguir algo para comer, Tyler llegó al Blue Shadow quince minutos pasadas las ocho; uno de los empleados le informó que Connor no se encontraba y que había ido a Butler a ver a unos proveedores.

Por fortuna, sí encontró a Olivia que, como sabía de la ausencia de su jefe, decidió llegar más temprano a su trabajo esa noche.

La morena le sonrió cuando Tyler terminó de hablar.

—¿De verdad quieres llevarte a *Apollo*? Está con mi madre, tuve que dejarlo allí al no encontrar a Erin en su casa.

Tyler no tenía una gran simpatía por la mascota, pero debía reconocer que dejarlo en manos de Pearl Montgomery era suficiente castigo hasta para un perro como él.

—Quiero darle una sorpresa a Erin.

Olivia sonrió; según las palabras de Tyler, sumado a lo que ella había podido dilucidar, Erin y él iban a pasar la noche juntos en la cabaña que el comisario tenía a orillas del lago Beech. Era tan sencillo como sumar dos más dos. Erin no pensaba regresar a su casa esa noche, porque pensaba pasarla con él.

Miró el enorme reloj en forma de balón de béisbol que colgaba detrás de la barra.

—Falta más de media hora para que empiece mi turno, si quieres ir a recoger a *Apollo* debemos irnos ya mismo —le sugirió.

—Bien, te llevaré en mi camioneta y luego te traeré de regreso.

Olivia le pidió al encargado, un chico de unos veinticinco años y con el rostro cubierto de acné llamado Gareth, que le dijese a Connor que volvería enseguida.

Salieron a toda marcha y, durante el trayecto, Olivia tuvo que morderse la lengua para no preguntar nada a Tyler sobre Erin. Ya se encargaría luego de acribillar a su amiga a preguntas cuando la tuviera enfrente.

Llegaron a la casa, y Tyler se quedó en la camioneta mientras Olivia recogía al perro. Cuando regresó con *Apollo*, le hizo señas para que no lo sentase muy cerca de él. Olivia lo sentó sobre su regazo y le rascó la cabeza.

—Creo que tú deberías hacer las paces con *Apollo*. Ya sabes, Erin lo adora. — Estaba tanteando el terreno de una manera poco sutil.

Tyler tenía que concordar con ella. Erin se desvivía por aquella bestia de pelo negro y ojos almendrados; si quería ganarse la confianza de Erin, primero debía conquistar la de su perro.

Cuando llegaron al Blue Shadow se toparon con el auto de Connor, que también acababa de llegar. Olivia dejó al perro en el asiento y se bajó de la camioneta.

Connor se acercó para saludar a su amigo e ignoró a Olivia.

—¡Vaya, no sabía que tenías nuevo amigo! —exclamó Connor al ver a *Apollo* hecho un ovillo en el lugar del acompañante.

Tyler hizo caso omiso a su comentario, no tenía tiempo para quedarse a hablar con él. Deseaba regresar a la cabaña cuanto antes; extrañaba a Erin y no le gustaba haberla dejado sola.

—Debo irme, adiós.

La vieja camioneta se alejó y, tanto Connor como Olivia, la perdieron rápidamente de vista. Se hizo un incómodo silencio entre ambos.

Fue Connor quien rompió el hielo.

—Parece que llevaba prisa.

Olivia asintió.

—Sí, Erin lo estaba esperando. Por eso vino a buscar a *Apollo*, ella no va a regresar a su casa esta noche.

Connor supo exactamente qué querían decir aquellas palabras y se alegró enormemente por su amigo. Él nunca le había dicho abiertamente que era la perfiladora del FBI la mujer que lo traía de cabeza, pero lo había sospechado desde el comienzo. Miró a Olivia, al menos alguien sí tenía suerte con las mujeres.

Ella soltó un suspiro.

Connor alzó una ceja.

—¿A qué se debe ese suspiro?

—Me alegra que finalmente hayan arreglado sus diferencias y puedan estar juntos; creo que están hechos el uno para el otro.

—¿Cómo tú y el agente Widmore?

La pregunta sorprendió a Olivia. Lo miró intensamente con sus enormes ojos negros.

—No sé a qué te refieres.

Connor estaba a punto de perder la paciencia, pero contó hasta cinco antes de responderle.

—Sé muy bien que ese tipejo te gusta y que has compartido una cena con él en la casa de Erin anoche —le dijo alzando la voz.

Olivia puso los brazos en jarra.

—¿Cómo sabes lo de la cena?

No tenía caso ocultarlo; si quería saberlo, lo sabría.

—Fui a buscarte a tu casa; hasta un ramo de flores te había comprado, pero, cuando llamé a tu puerta, tu encantadora madre me dijo que estabas feliz porque ibas a cenar con él. Pude escuchar tu risa cuando me iba de tu casa...

—¿Qué hiciste con las flores?

—¡Al diablo con las malditas flores! —replicó él furioso. Algunos de los clientes del bar comenzaban a llegar y fueron testigos de aquella peculiar escena.

—¡No me digas que las tiraste a la basura!

—¿Qué querías que hiciera con ellas? ¡Las había elegido especialmente para ti, y tú estabas divirtiéndote con otro hombre!

Nunca antes nadie le había llevado flores hasta la puerta de su casa, mucho menos las había arrojado a la basura después, pero a Olivia aquel gesto le pareció sumamente romántico. No pudo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes? —exigió saber Connor incapaz de controlar su enojo.

—De lo tonto que puede ser un hombre a veces. —Se acercó a él, tan cerca que Connor pudo oler su exquisito perfume—. Esa noche fue una de las peores de mi vida; Jesse Widmore ni siquiera me miró; solo tenía ojos para Erin.

Connor se quedó mudo.

—¿Y eso te puso triste? —preguntó cuando pudo hablar.

—No, me hizo dar cuenta de que estaba perdiendo mi tiempo detrás de un imposible. —Le sonrió como nunca antes le había sonreído—. Que quizá debería mirar más a mi alrededor y no buscar en otra parte lo que tengo tan cerca.

Connor tragó saliva. ¿Había escuchado bien? ¿Olivia se le estaba declarando?

—Olivia, lamento haber arrojado tus flores a la basura —se disculpó.

—Eso tiene solución. ¿Qué te parece si salimos a cenar mañana por la noche?

Connor seguía sin poder creerlo, pero aquello estaba sucediendo realmente, después de tantas vueltas, por fin Olivia no solo accedía a salir con él sino que tomaba la iniciativa.

—Me encantaría; Gareth puede hacerse cargo del bar...

Olivia comenzó a caminar hacia el bar porque recién entonces se dio cuenta del espectáculo que estaban dando.

—¡Mañana a la noche entonces, y no olvides llevar flores! —le recordó antes de entrar al Blue Shadow.

Sin importarle las miradas curiosas y el qué dirán, Connor Fletcher alzó los brazos y dio un grito de felicidad.

* * *

No supo cuánto tiempo pasó allí, acurrucada en aquel rincón, esperando que la puerta se abriera y alguien la atacara. Ya no volvió a escuchar los pasos, pero sabía que continuaba merodeando alrededor de la cabaña. No podía bajar la guardia; cualquier error y podía terminar muerta. En aquel momento, los cursos de supervivencia en situaciones extremas que habían tomado en el FBI, le parecieron tontos y obsoletos. Nada la había preparado realmente para enfrentar a la posibilidad de morir en manos de un asesino.

Estaba lloviendo nuevamente, el intenso ruido de la lluvia camufló cualquier otro sonido. Debía valerse de sus otros sentidos; miró las ventanas, desde la altura donde se encontraba solo podía distinguir la parte interna del techo del porche y un pequeño pedazo de cielo. Ya era de noche. Había estado en aquel rincón al menos una hora.

Entonces vio aterrada cómo la perilla de la puerta comenzó a moverse. No lo había escuchado acercarse. Tomó el mango del martillo con tanta fuerza que los nudillos de sus dedos se volvieron blancos.

Se le había entumecido el cuerpo y le temblaban las piernas.

Un sudor frío le empapó el rostro y el cuello. Tragó saliva y cerró los ojos durante un segundo.

Escuchó el clic de la perilla al moverse.

Estaba aterrada.

Podía morir esa noche.

La puerta finalmente se abrió y, cuando Erin reconoció la silueta de Tyler a contraluz, comenzó a llorar desesperadamente.

Tyler se quedó de piedra. Erin estaba en un rincón de la cabaña, con el vestido y el cabello cubiertos de lodo, sostenía un martillo en una mano y lucía aterrada. Dejó la bolsa con la comida a un lado y corrió hacia ella.

—¡Erin, por Dios! ¿Qué sucedió?

Erin soltó el martillo y se arrojó a sus brazos. No podía pronunciar palabra; el llanto le impedía hablar. Lo único que quería era quedarse entre los brazos de Tyler para siempre.

Tyler se arrodilló en el suelo, la apartó y, sostuvo su rostro sucio y empapado en lágrimas, le pidió que lo mirase. Erin alzó la vista.

—¿Qué sucedió?

Ella trató de calmarse, miró el gris profundo de los ojos de Tyler y poco a poco se fue tranquilizando.

—Erin, háblame...

—¡Había alguien allí afuera, saboté uno de los neumáticos de mi auto y me persiguió hasta aquí! —dijo a borbotones y en medio de sollozos.

—¿Viste quién era?

Erin sacudió la cabeza.

—Iré a ver fuera, quizá pueda hallar algo. —Atinó a levantarse, pero Erin lo sujetó de la mano con fuerza.

—¡No, no me dejes sola!

Tyler la ayudó a levantarse y la estrechó entre sus brazos con fuerza. La idea de que alguien hubiese podido hacerle daño era demasiado abrumadora. La contuvo en su pecho y acarició su cabello sucio de lodo.

—Estoy aquí contigo, Erin. Siempre estaré contigo.

Erin cerró los ojos; no necesitaba más de él en ese momento.

Permanecieron abrazados hasta que Erin pudo finalmente calmarse; con la desesperación, Tyler había olvidado a *Apollo* en su camioneta; pensaba darle una sorpresa a Erin, pero la sorpresa se la había llevado él.

—Escucha, debes asearte, y la cabaña no tiene instalada la red de agua aún; voy a llevarte a tu casa. —Miró sus ojos azules cargados de angustia—. Me quedaré contigo y no acepto un no como respuesta, no pienso volver a dejarte sola a merced de ese loco, quien quiera que sea.

Erin no puso ninguna objeción a su propuesta, necesitaba darse un baño y lo necesitaba a él a su lado, poco le importaba que alguien se enterara de que él había pasado la noche en su casa.

La sacó de la cabaña hacia la camioneta.

—Mañana yo mismo me encargaré de tu auto —le dijo mientras abría para ella la puerta del acompañante.

Erin se llevó la mano a la boca cuando vio a *Apollo* durmiendo en el asiento del pasajero.

—Sabía que no estarías tranquila, por eso decidí buscarlo.

Erin despertó a *Apollo*, y el perro de inmediato se le lanzó encima y comenzó a olisquearla. El corazón de Erin latió con fuerza en su pecho. El gesto de Tyler la conmovió. Comenzó a llorar de nuevo, pero ahora por una razón muy diferente; acababa de confirmar que amaba a Tyler Evans. Un hombre que era capaz de olvidar que su perro no le caía bien solo para complacerla a ella, sin dudas, se merecía no solo su amor, sino también su respeto.

Cuando él se subió a la camioneta, Erin colocó a *Apollo* sobre su regazo y apoyó la cabeza en el hombro de Tyler.

Llegaron a la casa de Erin y, mientras ella se daba un baño, Tyler se encargó de preparar la cena; la comida japonesa que había comprado había quedado olvidada en la cabaña. *Apollo* observaba cada uno de sus movimientos. De vez en cuando el perro se acercaba y husmeaba sus botas, pero bastaba una severa mirada de su parte para que se alejara. Tyler sonrió, se estaba entendiendo con el perro, un punto importante a su favor. Estuvo todo listo para cuando Erin bajó a la cocina.

Tyler se quedó embelesado apenas Erin atravesó el umbral de la puerta; en ese preciso momento recordó el motivo exacto que lo había llevado a fijarse en ella.

Llevaba unos pantalones vaqueros, eran un poco grandes, pero aun así lograban definir delicadamente la curva de sus caderas. Se había puesto una camisa ceñida de las que solía usar en su trabajo, y se había recogido el cabello en una cola de caballo. Estaba un poco pálida y ojerosa, pero el azul de su mirada seguía tan intenso como siempre; es más, notó un destello diferente, algo que no había visto antes y le gustó.

—La cena está lista, no soy cocinero experto, pero tampoco soy tan malo —le dijo apartando una silla de la mesa para ella.

Erin sonrió. Un punto en común, a ella tampoco se le daba la cocina.

—Me encanta. —No tenía mucho apetito, pero no iba a desairarlo; Tyler se había esmerado en arreglar la mesa y también se había ocupado de *Apollo*; su cuenco estaba lleno de alimento balanceado.

Se sentó a la mesa, y Tyler se ubicó frente a ella. Le sirvió un poco de vino blanco, pero prefirió beber agua.

—Acabo de tomarme un analgésico —le explicó.

—¿Estás segura de que estás bien? ¿No quieres que te lleve a un hospital?

—¿Por una caída en el lodo? —Ella sonrió tratando de minimizar la situación—. El analgésico será suficiente, no te preocupes.

—No puedo evitar preocuparme, me asusté mucho con lo que sucedió esta noche; además de lo del anónimo...

—Y una llamada de teléfono —añadió ella a sabiendas de que solo conseguiría

angustiarlo más, pero ya no quería ocultarle nada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reclamó él tomando su mano por encima de la mesa.

—No le di importancia en su momento, pero ahora creo que todo está relacionado.

—Yo también lo creo; aunque el anónimo tenía un objetivo claro: apartarte de Rick. Él ahora está detenido, ¿por qué entonces lo de esta noche? ¿Por qué asustarte de ese modo?

—Porque quizá saben que yo creo que Rick es inocente y de alguna manera quieren impedir que pueda probarlo.

Tyler no estaba tan seguro; si eso fuera efectivamente así, habrían atentado antes contra él; todos en la ciudad sabían que era el más interesado en probar la inocencia de su hermano.

—No sé, Erin, me parece todo muy extraño, la gente está feliz con el encierro de Rick, no tiene sentido lo que sucedió esta noche —aseveró moviendo la cabeza de un lado hacia el otro tratando de dilucidar qué se ocultaba detrás de la persecución que había sufrido Erin en su cabaña.

Ella esbozó una tibia sonrisa.

—No quiero seguir hablando del asunto, Tyler, prefiero olvidarme de aquello al menos durante la cena.

Tyler asintió. Erin tenía razón, ya habría tiempo de ponerse a indagar, ahora lo que importaba era disfrutar del momento y de la compañía. Soltó su mano y le devolvió la sonrisa.

Erin tuvo que reconocer que, a pesar de que no tenía apetito, la cena que había improvisado Tyler era mucho mejor de lo que hubiese esperado. La ensalada estaba bien condimentada y el pescado horneado sabía delicioso; sin dudas, él se había quitado méritos, lo de la cocina se le daba mejor que a ella.

—La próxima vez pescaré para ti y te prepararé algo más sofisticado; le pediré ayuda a Mimie si es necesario —le dijo sin quitarle los ojos de encima.

A Erin la frase le sonó a promesa de un futuro; un futuro a su lado y de repente la idea volvió a asustarla. Dejó caer el tenedor sobre el plato casi vacío, y Tyler percibió su inquietud.

Agachó la mirada, temía verlo a los ojos y que Tyler viera no solo lo que sentía por él; tenía miedo de que descubriera que aún no se encontraba preparada para dar el siguiente paso. Tal vez solo estaba exagerando, quizá solo era otra invitación a cenar, no tenía por qué convertirse en algo más. Pero la incertidumbre de no saber qué esperaba Tyler de ella realmente le causaba una gran angustia. Después de todo, no sabía que sentía exactamente Tyler por ella. Le gustaba, no había dudas de ello; la deseaba, era tan claro como que estaban sentados uno frente al otro en ese momento, pero de allí a estar enamorado de ella había una diferencia abismal.

—Ven —le dijo él de repente tomando su mano nuevamente e instándola a que se pusiera de pie.

Apollo los observó dejar la cocina y los siguió a través de la sala, pero no subió

las escaleras, sino que decidió acurrucarse en su sillón favorito. Parecía tranquilizarlo el hecho de que su ama estuviera en compañía del sujeto de las atractivas botas de cuero.

Erin dejó que Tyler la guiara hasta su propia habitación. Mientras la conducía de la mano, miles de pensamientos cruzaban por su mente sobre lo que iba a pasar una vez que llegaran a su cama, pero nada la preparó para lo que hizo Tyler a continuación.

Él la sentó en la cama y se arrodilló frente a ella. Le quitó los zapatos y masajeó suavemente sus pies. Erin hundió las manos en el colchón, aquellas caricias la relajaban y enviaban señales eléctricas por todo su cuerpo. Luego sus manos subieron y con un rápido movimiento le desabrochó los pantalones. Le hizo señas para que se levantara un poco, ella obedeció y se los quitó. Erin percibió el brillo en los ojos grises de Tyler cuando se posaron en sus bragas de encaje. Él alzó la cabeza y la miró.

— ¿Dónde tienes esos pantaloncitos cortos que usas para dormir?

La pregunta la sorprendió. Levantó un brazo y señaló el armario.

— Allí.

Tyler se puso de pie y buscó la prenda, regresó a su lado y comenzó a subirla por sus piernas. Tomó a Erin de las manos para ayudarla a ponerse de pie y así vestirla con sus pantaloncitos de dormir.

La tenía frente a él, podía percibir su estado de excitación y le costaba sobremanera no ceder ante la tentación, pero aquella noche quería cuidarla, necesitaba que ella comprendiera que podía contar con él en todo momento.

— Supongo que la camiseta que usas para dormir está en el armario también — presumió él mientras iba desprendiendo los botones de su camisa con lentitud.

Ella negó con la cabeza.

— Está... está en el primer cajón del tocador — le indicó con la voz temblorosa.

Le quitó la camisa también y Erin lo observó en silencio mientras buscaba la camiseta y regresaba a su lado para ponérsela.

Tyler trató de no pensar demasiado en los pechos de Erin apenas cubiertos con el sujetador de encaje mientras terminaba de vestirla; toda ella era una tentación imposible de resistir, pero aquella noche quería solo velar el sueño de Erin, cuidar de ella y amanecer a su lado. Guardaba la firme esperanza de que finalmente pudiera encontrar el valor de hablarle de su pasado, mientras yacía segura entre sus brazos.

— Estás lista — le dijo mientras hacía un enorme esfuerzo por controlar las pulsiones de su propio cuerpo.

Erin trataba de comprender lo que estaba sucediendo, pero lo único que podía hacer era dejarse llevar por él.

Tyler fue hasta la mesita de noche y encendió la lámpara; luego apagó la luz de la habitación ante la mirada de Erin. Se acercó a ella y tomó su mano. La acostó en la cama y la cubrió con las sábanas. Erin podía ver las sombras de la noche recortándose contra las paredes y la ventana que daba a la calle; la tenue luz que esparcía la lámpara no era suficiente para alumbrarlo todo. Su corazón empezó a latir

más a prisa; había pasado mucho tiempo desde la última vez que había logrado dormir con las luces apagadas; el terror que le infundía la oscuridad era demasiado pesante y abrumador.

—Tyler... por favor, vuelve a encender la luz —le pidió. Se sentía avergonzada frente a él, por eso ni siquiera pudo mirarlo a la cara.

Pero Tyler no hizo lo que Erin le pidió, en cambio, se acostó detrás de ella y la abrazó por la cintura. Lo único que separaba sus cuerpos eran las sábanas de seda con las que él había cubierto a Erin.

Tyler apoyó la cabeza en la almohada y hundió la nariz en su cabello, luego besó su cuello y le susurró:

—Todo estará bien, estoy aquí, a tu lado.

Erin miró su brazo rodeando su cintura; la luz que se filtraba por la ventana entreabierta le permitía distinguir su piel bronceada que contrastaba con la blancura de la sábana. Rozó la mano de Tyler con la suya y enredó sus dedos entre los de él. Lo escuchó suspirar y sintió su cálido aliento sobre el cuello. Estaba en medio de la penumbra y las sombras de la noche lentamente fueron haciéndose menos amenazadoras para ella. Cerró los ojos, pero no pudo detener las lágrimas que rodaron por su mejilla. Estar así, entre los brazos de Tyler, provocó en ella una sensación nunca antes experimentada. Se sentía serena, cuidada, capaz de enfrentarse al monstruo más temible. Ya no le preocupaba que las luces estuvieran o no encendidas; la terapia más efectiva tenía nombre y apellido: Tyler Evans.

Lloraba de emoción, con el corazón henchido de dicha, tenía deseos de darse media vuelta y confesarle que lo amaba.

—Tyler...

—¿Sí? —Su voz era apenas un murmullo.

—¿Por qué le preguntaste a Jon sobre mi pasado? —No era eso exactamente lo que tenía en mente decirle, pero sabía que tarde o temprano tendrían que hablar de aquel asunto.

Tyler hizo silencio durante unos segundos; jugueteó con un mechón de su cabello y le respondió:

—Mi intención nunca fue lastimarte o escarbar en tu pasado.

—¿Cuál era tu intención?

—Comprender por qué no dejabas que me acercara a ti; percibí la tristeza en tu mirada casi desde el primer momento en que te vi y, a medida que fui conociéndote, supe que esa sombra que nublaba la belleza de tus ojos tenía que ver con algún suceso doloroso de tu pasado. Lo confirmé la noche en que te besé en el porche de tu casa y me alejaste de tu lado. Le pregunté al agente Widmore, pero ya sabes que no nos llevamos muy bien y no me dijo absolutamente nada.

Erin dudaba si Jesse sabía sobre su pasado, pero era muy probable que en Quantico se hubiera enterado; a pesar de que él venía de Baltimore, el hecho había estado en boca de todos durante mucho tiempo.

—Entonces decidiste hacer el intento con Jon —dijo ella adelantándose.

Tyler asintió.

—Tampoco soltó prenda, ese hombre te protege demasiado —adujo intensificando el abrazo.

Erin percibió el tono de su voz. Notó cierto recelo al mencionar a Jon; una tibia sonrisa se dibujó en sus labios; sonrisa que Tyler no pudo ver.

—Lo... lo que me sucedió me hizo mucho daño. —Tuvo que hacer una pausa para respirar hondamente—. Jon ha estado conmigo cuando más necesité de un amigo; en el momento más terrible de mi vida, siempre pude contar con él. Es lógico que me proteja.

Tyler no dijo nada; sin dudas, Jon Kellerman y Erin estaban unidos por un lazo muy fuerte. Estaba celoso; celoso de no tener esa conexión con ella.

—Lo quiero mucho.

—¿Podrías dejar de hablar de Kellerman por un rato? —le pidió él incapaz de ocultar sus celos.

Erin se llevó su mano a la boca y besó sus dedos. Tyler se quedó inmóvil ante aquel gesto que lo descolocó. Luego ella movió su cabeza hacia atrás, se la apoyó en el pecho y la suave tela de la camisa tocó sus mejillas. Tyler volvió a amoldarse a su cuerpo y nunca la soltó, se quedaron así durante unos cuantos minutos y, cuando Tyler comenzó a acariciar su sedoso cabello, Erin se sintió con el valor suficiente para desahogarse con él y de liberar el dolor que llevaba dentro.

—Fue una noche de verano, muy parecida a esta —dijo quebrando nuevamente el silencio—. Se llamaba Adam, y habíamos estado saliendo por casi cinco meses.

Tyler la escuchaba y respetaba sus pausas y silencios, la dejaría que hablase a su propio ritmo.

—Me dijo que yo era el amor de su vida. Y le creí. Adam fue mi primera relación seria en mucho tiempo y, cuando lo conocí, sentí una conexión muy especial con él; lo amaba y se convirtió en el centro de mi vida. Nunca noté nada extraño en él. Nada que hiciera presagiar lo que sucedió esa noche de agosto. Lo esperaba ansiosa después de una agotadora jornada de trabajo en Quantico; llegar al apartamento y prepararme para mi encuentro con él se había convertido en una deliciosa rutina, pero esa noche, todo cambió.

Se detuvo, necesitaba respirar profundamente antes de continuar; Tyler seguía jugando con su cabello y con la otra mano acariciaba el brazo de Erin.

—Nunca entendí qué sucedió con Adam esa noche; llegó a casa y se acercó a mí empuñando una tijera. Me decía que nunca iba a permitir que lo dejase porque yo le pertenecía. Me juró que nadie iba a alejarme de él. Me quedé petrificada por el terror, incapaz de comprender qué había provocado que Adam me atacara de esa manera. Cuando pude reaccionar, traté de defenderme...

Tyler notó que Erin había comenzado a temblar. La apretó más contra su cuerpo.

—Logré escapar, pero él me alcanzó y me arrojó al suelo. Tenía la tijera cada vez más cerca del cuello; iba a matarme, vi la locura en su mirada. No sé de dónde saqué las fuerzas, incluso hasta el día de hoy lo sigo ignorando, pero conseguí empujarlo y liberarme de su agarre. Corrí hacia la puerta. —Los horribles detalles de

esa noche que habían estado enterrados en su memoria por cuatro años se agolparon en su mente—. Adam me alcanzó y me puso la punta de la tijera en el estómago; podía sentir el filo hundiéndose en mi carne, pero no iba a rendirme; lo empujé, forcejamos y caímos juntos al suelo, a él se le cayó la tijera y entonces yo la recogí. Lo próximo que recuerdo fue mis manos manchadas de sangre y la tijera clavada en el pecho de Adam. Ni siquiera sé como terminó allí. No quería matarlo.

Tyler la giró y la colocó sobre su pecho. La luz de la lámpara le daba de lleno; vio que estaba pálida y unas cuantas lágrimas empapaban sus mejillas.

—Tú solo te defendiste —dijo él comprensivamente—. Era tu vida o la de él.

—Todo pasó tan rápido; se suponía que sería una cena romántica, se suponía que me amaba. —Se recostó sobre el pecho de Tyler para sollozar—. Nunca supe qué le sucedió; era capaz de comprender la mente criminal, pero no pude comprenderlo a él.

—Estaba enfermo, no fue tu culpa, Erin. —Ya no sabía qué decirle para tranquilizarla, para calmar su angustia. Parecía que nada de lo que pudiera decir lograría ponerle fin a su dolor.

—Me equivoqué, cometí un grave error que estuvo a punto de matarme, después de eso ya no tenía caso seguir en el FBI; me sentí una fracasada. —Alzó la cabeza y lo miró con sus enormes ojos azules—. ¿Cómo podía continuar después de lo sucedido?

—La prensa fue muy injusta contigo —comentó él, ya no tenía por qué ocultarle que había estado haciendo su propia investigación sobre ella.

Erin frunció el ceño, pero no estaba enojada con él.

—Lo sabías.

—Sí; cuando no obtuve nada con Jon decidí indagar por mi cuenta.

—El FBI me otorgó una licencia, y los de Asuntos Internos me indicaron hacer terapia. Después vino la pesadilla del juicio; estaba agotada física y emocionalmente, dispuesta a aceptar la resolución del jurado.

—Fuiste justamente declarada inocente; después de todo solo actuaste en defensa propia —acoto él.

—Sin embargo, la absolución no aminoró la culpa, aún sigo sintiéndome responsable por su muerte...

—No debes sentir culpa; estabas luchando por sobrevivir.

—Debí darme cuenta, quizá si lo hubiera hecho, las cosas nunca habrían llegado a ese punto; si...

—El «hubiera» no existe —le dijo él interrumpiéndola.

Erin trató de sonreír; parecía que él tenía una palabra de apoyo para cada cosa que ella dijera. Se lo había contado todo; después de mucho tiempo había podido hablar abiertamente con alguien de lo sucedido y, aunque él ya lo sabía, la había escuchado en silencio, consciente de que ella necesitaba exorcizar los fantasmas de su pasado. Sintió que el peso de su alma se había aligerado y solo por eso se acercó y lo besó profundamente.

—Gracias por escucharme —le dijo a punto del llanto una vez más.

Tyler acarició sus labios entreabiertos.

—Gracias a ti por contármelo; te pido perdón por haberte investigado, pero...

Ella no lo dejó continuar; prefirió besarlo. Se acomodó encima de su cuerpo, y él la abrazó. Después Erin se acurrucó en el pecho de Tyler y se adormeció. Él dejó escapar un suspiro, estiró un brazo hacia la lámpara y apagó la luz.

La habitación se sumió en la más absoluta oscuridad; Erin lo sabía a pesar de que tenía los ojos cerrados; pero ya no la inquietaba; se sentía segura entre los brazos del hombre que amaba.

* * *

Erin se despertó primera a la mañana siguiente y logró meterse en el cuarto de baño antes de que Tyler abriera siquiera sus ojos.

Necesitaba ducharse y salir, se le había hecho tarde y seguramente Jon la estaría esperando en la estación. Lo sabía capaz de ir a buscarla, y la verdad, no quería que se topara con Tyler; no tenía ganas aún de dar explicaciones.

Salió al porche y, al hacerlo, reparó en que ya no había luces encendidas en la casa. Tyler se había encargado de apagarlas la noche anterior. Era un hecho menor, pero que significaba mucho para ella; no sabía qué podría suceder cuando él no estuviera a su lado, pero por lo pronto ya era un gran paso haber podido dormir sin la imperiosa necesidad de encender las luces.

Cuando fue a dejar a *Apollo*, una Olivia somnolienta le abrió la puerta; se miraron; había algo diferente en los ojos de ambas.

Olivia había visto la camioneta de Tyler estacionada la noche anterior frente a la casa de Erin cuando regresó de su trabajo, el brillo en los ojos de su amiga fue suficiente para darse cuenta de que el comisario y ella habían pasado la noche juntos.

—Veo que las cosas andan mejor entre Tyler y tú —comentó mientras una sonrisa pícaro se dibujaba en sus labios.

Erin se ruborizó, no tenía caso ocultárselo a ella.

—Supongo que sí —respondió mesándose el cabello nerviosamente.

—Me alegro mucho por los dos; ambos son una pareja maravillosa.

Erin no dijo nada. No sabía si eso era efectivamente así, pero por el momento, se conformaba con lo que tenía; un hombre maravilloso que cuidaba de ella y que le había devuelto las ganas de amar. La palabra futuro sonaba demasiado grande, sobre todo cuando desconocía los verdaderos sentimientos de Tyler hacia ella.

—Yo también tengo novedades —dijo Olivia con aire misterioso.

Y entonces le contó que finalmente había decidido darle una oportunidad a Connor, porque había comprendido que no podía esperar nada de Jesse Widmore. Erin suspiró aliviada; un problema menos.

Felicité a Olivia y regresó a la casa. Tyler la estaba esperando; ya se había cambiado y la esperaba apoyado en la parte trasera de su camioneta. Mientras se acercaba lo vio erguirse y ponerse tenso. Supo de inmediato el motivo.

Anthony Hall llegaba en ese momento a visitar a Pearl Montgomery.



Ambos hombres se miraron y, cuando Tyler avanzó raudamente hacia él, Erin supo que algo malo iba a suceder.



Capítulo 15

Tyler se plantó delante de Anthony Hall, que lo miraba socarronamente.

—¡Te voy a borrar esa sonrisa de la cara, maldito desgraciado! —Tyler se abalanzó como una bestia enfurecida encima del hombre que había convertido la vida de Rick en un infierno.

—¡Tyler! —pero el grito de Erin llegó demasiado tarde.

Anthony Hall cayó al suelo por efecto del puñetazo que Tyler le dio en medio del rostro. Su costosa chaqueta se llenó de polvo, y la bolsa que llevaba en la mano fue a parar debajo de su camioneta. Se tocó la mandíbula y sus dedos se mancharon con la sangre que brotó profusamente de su labio partido.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a denunciar por esto! —lo amenazó mientras, trastabillando, intentaba ponerse de pie.

—¡Te lo debía, Hall! ¡Por meterte con mi gente! —le espetó avanzando hacia él cuando logró levantarse.

Anthony Hall lo miró con sus fríos ojos claros; estaba en inferioridad de condiciones, pero aun así se sentía terriblemente poderoso. Había logrado su objetivo y no había satisfacción más grande para él. Ni siquiera el corte en el labio le dolía; el sabor de la venganza cumplida opacaba cualquier dolor.

—¡Tu hermano está donde tiene que estar! ¡Lo que le hizo a Brittany aún sigue atormentándola!

Tyler lo tomó del cuello de su fina chaqueta ahora toda polvorienta.

—¡Rick ya pagó por eso!

Erin decidió intervenir, interponiéndose entre ambos.

—Tyler, por favor, suéltalo —le pidió.

Pero él no la escuchó, la apartó con un brazo y se llevó a Anthony Hall hasta la camioneta, allí lo arrojó sobre el capó.

—Vas a aclararme otro asunto, Hall. —Alzó la mano y Anthony se cubrió el rostro para protegerse—. Erin ha estado recibiendo amenazas y tengo la fuerte sospecha de que todo esto es obra tuya.

Anthony Hall no dijo nada.

—¡Habla!

—No sé a qué te refieres, ni siquiera conozco a tu amiguita —respondió de manera despectiva.

Aquello fue suficiente para que Tyler arremetiera nuevamente; lo agarró del cabello y lo puso boca abajo contra el capó de su propia camioneta. Le apretó con fuerza un brazo hacia atrás, y provocó que Anthony diera un grito de dolor.

Erin observaba la dantesca escena y se sentía completamente impotente.

—¡Sé que fuiste tú, maldito, y lo voy a probar! —gritó Tyler torciendo el brazo de Anthony.

Él soltó una carcajada.

—¿Cómo probaste la supuesta inocencia de tu hermano? —se burló.

Tyler empujó su rostro hacia abajo, y lo apretó contra el capó.

—¡No te metas con Erin o vas a terminar muy mal, Hall!

Erin tenía que hacer algo, Tyler estaba enceguecido por la furia, y aquella situación podía tener un terrible desenlace, especialmente para él, si Anthony Hall decidía poner una queja en su contra. Las denuncias de la comunidad por brutalidad policial estaban a la orden del día, y eso era lo que Tyler menos necesitaba en ese momento.

Se colgó de su brazo y lo obligó a que la mirara.

—Tyler, por favor, detente. —Él finalmente la miró y solo entonces consiguió aplacar un poco la ira—. Esto es exactamente lo que quiere, hacerte perder el control para luego usarlo en tu contra; déjalo ir. —Apretó su mano e hizo que finalmente lo soltara.

Lo apartó de la camioneta y se quedó junto a él mientras ambos observaban cómo Anthony se incorporaba y acomodaba su ropa.

—Tu hermano nunca pagará lo suficiente.

—Señor Hall, por favor, basta—ordenó Erin harta de aquella situación.

De pronto la expresión en el rostro de Anthony Hall cambió, ya no había burla sino rabia y dolor.

—Mi niña nunca se recuperó tras lo sucedido, y el regreso de tu hermano solo empeoró la situación.

Erin sintió entonces pena por él.

—Señor Hall, ¿su hija asiste a algún terapeuta?

Él negó con la cabeza.

—Si quiere puedo intentar hablar con ella; no solo como profesional sino como alguien que ha pasado por una situación similar en el pasado.

Tyler no podía creer lo que estaba oyendo.

Ni siquiera Erin podía creer que hubiera dicho aquello.

—¿Usted hablaría con mi hija? ¿Por qué lo haría?

—Porque creo que necesita ayuda; si me deja, puedo acercarme a ella.

—Erin, no creo que sea lo más prudente —le dijo Tyler para hacerla entrar en razón. La idea de que se metiera en aquel asunto no le gustaba en lo absoluto.

—¿Qué dice? —preguntó Erin haciendo caso omiso al consejo de Tyler.

—No lo sé, ella no está bien, todo lo sucedido la ha dejado devastada.

—Con más razón creo que debería permitirme acercarme a ella, prometo no insistir si Brittany decide que no quiere hablar conmigo; pregúntele al menos.

—¡Erin, por Dios!

—Tyler, sé lo que hago, tranquilízate —le dijo en voz baja.

—Está bien, dejaré que hable con ella —accedió finalmente Anthony—. Puede ir esta tarde a nuestra casa si lo desea... Sola —se apresuró a aclarar.

—Perfecto, estaré allí a las cinco si le parece bien.

Anthony Hall sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y se la entregó bajo la atenta y furibunda mirada de Tyler.

—¡Es una locura lo que vas a hacer! —despotricó él cuando se quedaron a solas.

—No, no lo es —respondió Erin yendo hacia la camioneta.

—Es peligroso, Erin. —Tyler hizo un último intento por hacerla cambiar de opinión.

Ambos se subieron a la camioneta. El teléfono móvil de Erin comenzó a vibrar dentro de su bolso.

—Voy a estar bien, no te preocupes; necesito acercarme a Brittany Hall y esta es la ocasión perfecta —le dijo Erin mientras buscaba el teléfono.

Tyler encendió el motor. Ignoraba el motivo por el cual ella quería ayudar a la muchacha a exponerse ante su padre, del que estaba seguro que era el responsable no solo de la amenaza sino también del incidente en la cabaña. Temía por su seguridad, iba a meterse en la boca del lobo y él no podía permitirlo.

Era Jon quien llamaba y, cuando Erin mencionó el nombre de su hermano y su rostro empalideció, Tyler detuvo la camioneta.

—¿Qué le sucedió a Rick?

Erin dejó caer el teléfono sobre su regazo y miró a Tyler a los ojos.

—Alguien lo atacó anoche.

El rostro de Tyler se puso tan blanco como el suyo.

—¿Cómo está?

—Lo trasladaron a un hospital, tiene un corte en el abdomen —le explicó visiblemente angustiada.

Tyler puso en marcha la camioneta y apretó el acelerador.

—Voy para allá ahora mismo. —Miró a Erin—. ¿Vienes conmigo? —La necesitaba a su lado, no sabía qué podría encontrarse una vez que llegara a Minneha.

Erin asintió en silencio, fue incapaz de pronunciar una palabra. Rick había sido atacado; según le había dicho Jon, uno de los sujetos que estaba detenido con él le había dado un puntazo con una navaja que tenía oculta entre las ropas. Erin no podía creer que la policía no lo hubiera registrado antes de detenerlo; pero entonces un terrible pensamiento asaltó su mente. Tal vez no había sido un hecho fortuito y aquel sujeto que había atacado a Rick seguía la orden de alguien. No era la primera vez que un reo que no gozaba de la simpatía de mucha gente sufría un atentado aun estando tras las rejas. Temía que aquel fuera el caso y, si era así, Rick estaba en un constante peligro. Pensó en Anthony Hall y la campaña que había iniciado en su contra apenas Rick había puesto un pie en la ciudad. No podía afirmar que él estaba detrás de aquel ataque, pero ahora más que nunca necesitaba acercarse a su hija.

* * *

Llegaron al hospital de Minneha donde los recibió el comisario Friedman; afortunadamente la herida de Rick no había afectado ningún órgano vital; lo habían

operado y se encontraba fuera de peligro. Erin había tenido que escuchar cómo Tyler le soltaba una sarta de reclamos al pobre comisario Friedman por haber permitido que alguien armado estuviese en la misma celda que su hermano. No había explicación posible; él le aseguró que cuando el detenido había entrado no llevaba ningún arma encima, lo que permitía aseverar que alguien se la había hecho llegar luego. Tyler pidió todos los datos del sujeto y solicitó también hablar con él a solas, pero el comisario Friedman se negó. Estaba demasiado alterado como para permitirse. En cambio, le aseguró que lo mantendría encarcelado mientras ellos averiguaban por qué había atacado a su hermano.

Pasaron a ver a Rick antes de regresar, pero él estaba inconsciente bajo los efectos de la anestesia. Tyler se sentó junto a él y le apretó la mano con fuerza.

—Pronto vas a estar en casa con Mimie y conmigo —le dijo tratando de contener el llanto.

Erin se puso a su lado. Él respiró profundamente y la miró.

—Estará bien, Rick es más fuerte de lo que crees.

Una lágrima rodó por la mejilla de Tyler, y a Erin se le estrujó el corazón. Lo abrazó con todas sus fuerzas y lo consoló cuando, sobre su hombro, él lloró como un niño.

* * *

Erin miraba con impaciencia el reloj; faltaba aún media hora para las cinco, pero ya no podía esperar para encontrarse con Brittany Hall. Le contó a Jon lo que pensaba hacer y, aunque al igual que Tyler, no había estado de acuerdo con su decisión, no hizo nada para disuadirla.

Estaba en la oficina, sola. Jon se encontraba en Minneha investigando al sujeto que había atacado a Rick. Tyler, según le había dicho Charity, había ido a conocer al bebé de los Gibbons, que resultó ser una hermosa niña a la que nombraron Marianne. Jesse había ido a la cafetería de al lado y regresó cuando ella estaba a punto de salir.

—¿Quieres compañía? —le preguntó él con una sonrisa.

—No, Jesse, debo ir sola. Brittany me espera a mí y, si me ve llegar con alguien más, podría asustarse.

—Está bien, como quieras. ¿Cenamos juntos esta noche? —insistió él dispuesto a no dejarla marchar tan fácilmente.

Erin no quería ser descortés con él, pero no tenía ninguna intención de aceptar su invitación.

—Por la expresión en tu rostro adivino un «no» como respuesta.

—Lo siento, Jesse, no tengo ánimos para salir.

—Podemos cenar en tu casa si lo prefieres. ¡Hasta puedo cocinar para ti! —le sugirió.

—Que sea otro día —respondió para no desairarlo abiertamente—. Tengo prisa, nos vemos mañana.

Y salió de la estación de policía antes de que él dijera algo más. Se marchó con

la vaga sensación de que su rechazo había molestado, y mucho, a Jesse; pero no podía salir con él sabiendo que pretendía algo más con ella que una relación laboral.

No podía corresponderlo nunca.

Su corazón ya tenía dueño.

Tyler Evans.

Se vio obligada a tomar un taxi; su auto seguía en el lago Beech, y lo sucedido con Rick, había desbaratado los planes de Tyler de encargarse de él.

Llegó a la casa de los Hall cinco minutos después de las cinco; no vio la lujosa camioneta de Anthony Hall estacionada en ningún lado, por lo que supuso que el doctor no se encontraba en la casa. Mucho mejor así; prefería hablar con Brittany a solas.

Una enorme puerta de hierro flanqueaba la entrada, tocó el timbre y una mujer delgada vistiendo un uniforme negro y blanco le abrió.

—La señorita Hall la espera —le dijo seriamente.

Erin la siguió por el largo sendero que conducía a la casa y entró a una enorme sala de paredes color borgoña, adornadas con varias pinturas que a Erin le parecieron costosas.

—Acompáñeme al jardín, por favor —le pidió la criada con amabilidad.

Atravesaron la sala hacia una puerta de cristal que daba al jardín, allí la esperaba Brittany. La vio sentada en un banco leyendo un libro que dejó sobre su regazo cuando ella se acercó.

—Hola, Brittany. —Erin extendió su brazo, pero ella lo ignoró.

—Mi padre me dijo que quería hablar conmigo.

Erin notó la frialdad no solo en sus bonitos ojos celestes, sino también en el tono de su voz. No era grata su visita, pero se encargaría de salir de aquella casa con la información suficiente para ayudar a Rick.

Erin se sentó y le sonrió.

—No sé si lo sabes, pero soy psicóloga forense.

—Mi padre me dijo que trabaja en el FBI, que está investigando los asesinatos —dijo ella sin siquiera inmutarse.

Erin había imaginado encontrarse a una joven atormentada, pero le sorprendió la frialdad con la que ella se expresaba. Le iba costar ganarse su confianza, pero no se amilanzaría, mucho menos en aquel primer acercamiento.

—Tu padre te dijo la verdad —respondió sentándose a su lado. Se quitó las gafas y se las colocó encima de la cabeza. Estaba haciendo mucho calor, pero en aquel lugar del jardín se estaba bien. La sombra de un enorme magnolio caía encima del banco y las protegía de los fuertes rayos del sol de aquella tarde, una de las últimas de aquel verano.

—Sé también que defiende la inocencia de Rick Evans.

Erin la miró; era evidente que seguía odiando a Rick por lo que le había hecho.

Brittany apartó la mirada y se quedó un instante en silencio. Luego giró la cabeza y la observó intensamente.

—Rick se merece lo que le sucede; no bastan cuatro años para pagar lo que me

hizo.

La conversación estaba tomando el rumbo esperado, y Erin no desaprovecharía la oportunidad de indagar.

—Comprendo cómo te sientes, no es fácil olvidar algo tan terrible.— Hizo una pausa, utilizaría una de las técnicas que había aprendido en la academia. La empatía con la víctima—. Yo misma he pasado por una situación traumática, muy similar a la tuya, hasta el día de hoy me sigue doliendo en el alma.

—A mí no me duele. Ya ni siquiera puedo sentir dolor. El sentimiento que quema aquí —se llevó una mano al pecho— es mucho más intenso que el dolor; me carcome por dentro. Tengo muchas cicatrices en el cuerpo —se levantó la blusa y le mostró las marcas en el costado y en la espalda— que se irán borrando con el paso del tiempo, pero lo que siento por Rick Evans nunca desaparecerá.

—Rick pagó por lo que te hizo, no es justo que siga en deuda eternamente, quizá deberías darle la oportunidad de que te pida perdón, sé que él está arrepentido...

Brittany se puso de pie de repente.

—¡Jamás! ¡Nunca podré perdonarlo por lo que me hizo! —gritó cruzándose de brazos.

Erin notó que estaba temblando. Sería mejor cambiar de estrategia.

—Brittany, lo siento, no quise perturbarte. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? ¿Por qué no me cuentas qué haces, a qué te dedicas?

Brittany volvió a sentarse, pero continuaba temblando ligeramente.

—No mucho. Ya no salgo con amigas porque simplemente se alejaron después de lo sucedido, como si hubiese sido culpa mía que Rick Evans me atacase.

—No fue tu culpa, seguramente no sabían qué decirte o hacer para que te sintieras mejor —le dijo justificando la actitud de sus amigas. Lo que en verdad creía era que ella misma las había alejado, quizá de manera inconsciente; también ella se había alejado de sus seres queridos tras lo sucedido con Adam. Le dolía reconocerlo, pero Brittany y ella habían pasado por momentos muy duros y habían reaccionado igual, se parecían mucho, más de lo que se hubiese imaginado. La miraba y se veía a ella cuatro años atrás cuando, al no superar el haber dado muerte al hombre que creía amar, se alejó de todos y de todo.

—Pienso que estoy mejor sin ellas; no necesito más que a mi padre: él me cuida y me protege.

—Tengo entendido que asistes al coro de la iglesia.

Brittany la miró y asintió con la cabeza.

—Es la única actividad que me hace salir de casa tres veces por semana, el resto del tiempo prefiero pasarlo aquí.

—¿Cuántos años tienes, Brittany?

—Veinte.

—¿No te gustaría hacer algo más? Estudiar una carrera, quizá.

—Una vez soñé con convertirme en maestra, también soñé con casarme y tener muchos niños... pero lo sucedido cambió mi vida para siempre; ya no hay sueños,

solo pesadillas. —Volvió a temblar, y Erin se dio cuenta de que lo suyo era casi patológico.

—Es un sueño muy bonito, podrás realizarlo algún día; eres joven, tienes toda la vida por delante —le dijo para levantarle el ánimo, pero de inmediato supo que era en vano. Ella ni siquiera la escuchaba, se había quedado en completo silencio y con la mirada perdida.

La mujer que le había abierto la puerta se acercó y tocó el hombro de Brittany, ella pareció reaccionar y alzó la cabeza.

—Se le hace tarde para ir a la iglesia —le dijo sonriendo comprensivamente.

—Debo irme. —Se puso de pie y la miró.

—¿Puedo regresar otro día?

—¿Por qué quiere ocuparse de mí?

Erin tocó su pálida mano y la apretó.

—Quiero ayudarte, le he dicho a tu padre que al menos lo intentaría.

Brittany esbozó apenas una sonrisa.

—Vuelva cuando quiera, aunque no creo que pueda ayudarme. Nadie puede hacerlo.

Aquellas palabras se le quedaron grabadas en la mente mientras regresaba a la casa. Brittany tenía apenas veinte años, pero su alma parecía haber envejecido de golpe.

Ella misma también, según su familia y amigos, se había dedicado a enterrarse en vida cuando abandonó la ciudad para instalarse en Lexington con la única compañía de *Apollo*. Sin embargo, de a poco estaba saliendo de aquel pozo de sufrimiento en el que había caído y tenía la esperanza de ayudar a Brittany para que emergiera de su dolor también. Regresaría a verla las veces que fueran necesarias o, al menos, hasta que ya no le permitieran acercarse a ella.

Cuando el taxi dobló la esquina, su rostro se iluminó: su auto estaba de regreso, estacionado frente a la casa y al lado estaba la camioneta de Tyler. Había cumplido con su promesa. Le pagó al taxista y, apenas puso un pie fuera del vehículo, sintió su corazón latir enloquecido dentro de su pecho. Tyler estaba sentado en la escalinata del porche de la casa y le sonreía.

Mientras caminaba hacia él pensaba en lo guapo que era y lo bien que le hacía su compañía. Aun así sabía que no podía hacerse ilusiones, le dolería mucho más separarse de él cuando tuviera que regresar a Lexington. Se había acostumbrado demasiado pronto a su presencia y a sus besos.

Tyler se puso de pie y la alcanzó a mitad de camino. No le dijo nada, solo la abrazó y la besó sin importarles el hecho de que estuvieron a pleno día y alguien pudiera verlos.

—Hola —le dijo cuando soltó su boca.

De la garganta de Erin brotó un suspiro. ¿Cómo haría para vivir sin él cuando se marchase? No quería pensarlo, pero la idea de no verlo más era terriblemente angustiante.

—¿Sucede algo malo? —preguntó él al notar la expresión de tristeza en sus ojos.

Negó con la cabeza, no quería que él ni siquiera imaginase lo que pasaba por su mente en ese momento. Tyler era un hombre que parecía amar su libertad; no hablaba demasiado de sus sentimientos, y ella no quería presionarlo. Se arriesgaría a vivir y disfrutar lo que tenían sin pensar en el mañana, aunque sabía que cuando el momento del adiós llegase se le rompería el corazón.

—Estoy cansada, eso es todo —le respondió yendo hacia la casa, escondiéndose de su mirada inquisidora.

—¿Has estado en la casa de los Hall, verdad?

Erin sabía que Tyler no apoyaba lo que estaba haciendo y no tenía ganas de iniciar una discusión con él al respecto.

—Tyler, sé que no te agrada que visite a Brittany, por eso prefiero no hablar contigo sobre ello.

Él la sujetó de la mano y la obligó a voltearse, la pegó contra su cuerpo y la miró con sus expresivos e intensos ojos grises.

—Simplemente me preocupo por ti, creo que no tiene caso lo que estás haciendo.

—Pues yo creo exactamente lo contrario —replicó ella.

—No quiero discutir —le respondió.

Erin sintió que las manos de Tyler se metían por debajo de su camisa. El roce de sus manos frías contra su piel cálida la estremeció.

—Yo tampoco.

—Vamos adentro, entonces —le susurró al oído mientras la arrastró hacia la casa.

* * *

—Está mintiendo, lo veo en sus ojos —le dijo Erin a Jon después de haber interrogado al desagradable sujeto que había atacado a Rick en la cárcel de Minneha. Se llamaba Sonny Copeland y había sido detenido por conducir ebrio y resistirse a la autoridad.

—¿Puedes probarlo?

—Sabes que no, Jon, pero dudo que haya acuchillado a Rick por iniciativa propia; alguien lo envió.

Jon se rascó la cabeza y luego se sirvió un vaso de agua del expendedor.

—¿De quién sospechas?

Erin guardó silencio.

—De todos y de nadie, mucha gente en la ciudad odia a Rick; Anthony Hall y su hija se han encargado de fomentar una campaña en su contra y creo que han conseguido su objetivo —aseveró preocupada. Rick había sufrido un atentado aun estando encerrado en la cárcel; su vida seguía corriendo peligro, debían detener al verdadero asesino cuanto antes.

—Por lo pronto, Copeland será trasladado y seguiremos investigándolo. Los cargos de intento de asesinato son graves, y necesitará de un buen abogado para salir

de esta.

La sorpresa fue que un par de días después se enteraron de que uno de los abogados más reconocidos dentro del estado se encargaría de su defensa. Las sospechas se acrecentaron; un tipejo como Sonny Copeland no tenía dinero para pagar los servicios de un abogado influyente; sin dudas, la persona que lo había enviado a atacar a Rick estaba detrás de todo aquello. Solo debían averiguar de quién se trataba.

Casi tres semanas después, no había ningún avance en la investigación de los asesinatos, y Erin y los demás se habían abocado a indagar a Copeland para hallar alguna pista que los condujera al autor intelectual del atentado sufrido por Rick. Jon decidió dejar afuera a Tyler debido a su estrecha relación con la víctima. Él no protestó porque sabía que Erin se encargaría de investigar hasta las últimas consecuencias.

Era viernes a la noche y Tyler había decidido pasar por el Blue Shadow: hacía días que no sabía nada de su amigo y andaba con ganas de hablar con él. Había ido temprano porque sabía que a esa hora el bar estaba apenas concurrido; se sentó en la barra y le hizo señas a Connor cuando lo vio.

Connor se acercó, le puso una botella de cerveza y sonrió.

—Hace tiempo que no te veo por aquí. Al parecer has estado bastante ocupado...

Tyler bebió la cerveza y se peinó el cabello hacia atrás con las manos.

—Ya extrañaba este lugar, aunque no me lo creas.

—No creo que hayas tenido tiempo ni siquiera de acordarte del bar y de tu amigo —le guiñó el ojo.

—Veo que los chismes viajan rápido, no sé de qué me sorprende, suele ser así en una ciudad como esta.

—A propósito, supe lo de Rick. ¿Cómo está?

—Está bien, recuperándose de la cirugía. Han resuelto que se quede en casa bajo estrecha vigilancia; al menos ya no está entre rejas, Mimie cuida de él y es una cosa menos por la cual preocuparme —respondió visiblemente agotado.

—¿Cuánto tiempo más durará todo esto?

—No lo sé; el agente Kellerman me dijo que no pueden descartarlo como sospechoso por ahora, todas las pruebas apuntan hacia él. Sé que suena terrible, pero si se cometiera otro asesinato finalmente se darían cuenta de que Rick es inocente.

Connor comprendía sus razones para decir semejante barbaridad, a él le habría pasado lo mismo por la cabeza si se hubiera encontrado bajo las mismas circunstancias. Decidió cambiar de tema.

—Cuéntame de esa mujer que te tiene loco; Erin, ¿no? Olivia me ha dicho que los dos han hecho muy buenas migas. —Se alejó para atender a un cliente y volvió.

Tyler terminó de beber su cerveza, dejó escapar un suspiro y sonrió ante la sola mención del nombre de Erin.

—Tú lo has dicho, me tiene loco. Nunca antes me sentí así con una mujer —reconoció.

—¡Estás peor que yo, amigo! Ahora que Olivia ha aceptado salir conmigo, me despierto y no sé ni qué día es; mi vida, mis pensamientos solo giran alrededor de ella. Me siento perdido cuando no la tengo cerca y cuando la tengo conmigo no quiero dejarla ir.

Era loco, pero así exactamente se sentía Tyler con respecto a Erin. No sabía si era amor, pero lo que sentía por ella se le parecía mucho. Le pidió que le sirviera otra cerveza.

—Últimamente he estado pensando en sentar cabeza; ya sabes, Mimie no se cansa de decirme que ya es hora. Nunca había tomado en serio sus palabras... hasta ahora, pero temo apresurar las cosas y asustar a Erin. Ha sufrido demasiado en el pasado y sé que no se siente aún preparada para entregarse de lleno a una nueva relación; la pasamos estupendamente juntos, pero no sé exactamente cuáles son sus sentimientos hacia mí.

Connor negó con la cabeza, desaprobando la falta de coraje de su amigo para enfrentarse a lo que sentía por Erin Campbell.

—Voy a decirte algo, creo que ya te lo he dicho, pero no importa. El caso es que si de verdad te interesa Erin, se lo digas sin pensar en lo que va a suceder después. No pierdas la ocasión —hizo una pausa y bajó la voz para evitar que los pocos clientes que ya habían llegado lo oyeran—; se te pueden adelantar y, cuando te decidas a dar el gran paso, quizá ya sea demasiado tarde.

Tyler dejó el vaso de cerveza sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir con eso?

Tras pensarlo durante unos segundos, Connor decidió que era mejor que Tyler lo supiera.

—Olivia me dijo que el tal agente Widmore está interesado en Erin.

Para Tyler aquella revelación no suponía una sorpresa, sabía del interés del presumido agente en Erin. Muchas veces los celos lo habían carcomido por dentro cuando lo veía cerca de ella. Erin parecía no hacerle caso alguno, pero no podía confiar en un hombre como Jesse Widmore. Era unos años más joven que él y más atractivo también; dos puntos que jugaban a favor del agente federal y en contra de él; tenía que reconocerlo, cualquier mujer podría sentirse atraída por Jesse Widmore, la misma Olivia había quedado prendada de sus encantos antes de rendirse a su amigo.

No podía permitir que se acercara a Erin; ella le pertenecía, era su mujer. La mujer que amaba y anhelaba algún día convertir en su esposa.

Pagó su cerveza y se marchó del Blue Shadow cuando el reloj señalaba las once de la noche.

* * *

Erin tecleó las últimas palabras con regocijo; miró la pantalla de su ordenador y sonrió satisfecha. Había terminado finalmente la novela con dos semanas de anticipación; ahora solo le quedaba revisarla y enviársela a Adrienne en la fecha

estipulada. Guardó una copia y se levantó del sillón para estirar las piernas; había estado sentada allí por más de tres horas, pero había valido la pena. *Apollo* la había acompañado, como siempre, echado a sus pies.

Se daría una ducha y se acostaría. Escuchó un vehículo estacionarse y su corazón le dio un vuelco en el pecho cuando reconoció el inconfundible ronroneo de la vieja camioneta de Tyler. *Apollo* también la reconoció y comenzó a mover la cola en señal de alegría. Corrió a su habitación y revisó su aspecto; desde que estaba con él se preocupaba más por cuidar su apariencia. Se arregló el cabello y se puso un poco de rímel en las pestañas. Bajó las escaleras justo cuando él llamó a la puerta. Le abrió, *Apollo* se abalanzó sobre él. Tyler se agachó y lo saludó. Ahora que se habían hecho oficialmente amigos, el perro apenas le prestaba atención a sus botas, cosa que Tyler agradecía infinitamente.

Se levantó y miró a Erin. El impulso de estrecharla entre sus brazos era demasiado intenso, pero había ido hasta allí para hablar seriamente con ella, finalmente esa noche le confesaría su amor.

—Erin... necesito que hablemos.

Pero el teléfono móvil de ella comenzó a sonar con insistencia.

—Pasa y ponte cómodo —le dijo mientras iba a responder la llamada.

Cuando regresó, Tyler no supo interpretar lo que vio en su mirada. Se acercó; ella todavía sostenía el teléfono en su mano.

—Erin, ¿qué sucede?

Ella tuvo que sentarse; él se ubicó a su lado, le preocupó su silencio. Finalmente Erin lo miró a los ojos y dijo:

—Era Jon, acaban de encontrar otra chica muerta —soltó el teléfono y sostuvo las manos de Tyler—. ¿Sabes lo que eso significa?

El corazón de Tyler comenzó a latir más de prisa, ahora comprendía el por qué de su reacción.

—¿En el río Arkansas?

Erin asintió.

Ambos eran conscientes de que aquel hecho probaría definitivamente la inocencia de Rick y eso abrió una brecha para la esperanza. Era lamentable que para conseguirlo otra jovencita tuviera que perder la vida de manera tan atroz. Sonaba egoísta, pero en ese momento en lo único en que podían pensar era en probar la inocencia de Rick.

—Jon nos espera en la escena del crimen, no me dijo mucho por teléfono, pero debemos darnos prisa —le dijo Erin mientras buscaba su bolso. Era la primera vez que no iría vestida con su sobrio conjunto de falda y chaqueta, pero no le importó.

Le ordenó a *Apollo* que se comportara mientras regresaba, y salieron rumbo al río Arkansas en la camioneta de Tyler.

* * *

Cuando llegaron a la escena del crimen, ya estaban apostados los vehículos de

los forenses. También estaban el auto de Jon y el de Jesse. Tyler ayudó a Erin a bajar por el terreno empinado; algunos de los peritos se encontraban recolectando evidencia y otros fotografiaban la zona alrededor del lugar donde había sido hallado el cadáver de la cuarta víctima.

Jon se alejó de la escena cuando vio llegar a Erin en compañía de Tyler. Observó el atuendo de ella y no pudo evitar sorprenderse. Erin llevaba unos pantalones vaqueros y una enorme camiseta de los Wizards al menos dos talles más grandes que el suyo. También se sorprendió de verla llegar con el comisario, cuando hacía apenas unos minutos le había comunicado la noticia a Erin por teléfono. Era indudable que estaban juntos cuando él había llamado. Se quedó en silencio ante lo que acababa de descubrir; jamás pensó que Erin pudiera enamorarse de nuevo, mucho menos de aquel hombre tan diferente a ella.

—Jon, ¿qué tenemos?

Él reaccionó ante su pregunta.

—Una chica que aún no ha sido identificada; dieciséis años, tal vez diecisiete.

—Este crimen demuestra la inocencia de mi hermano —dijo Tyler interrumpiendo a Jon.

—Tyler tiene razón, Jon —intervino Erin.

Jesse Widmore se acercó y con expresión seria anunció:

—Esto no exonera a Rick.

Erin lo miró contrariada.

—¿Qué quieres decir?

—Míralo tú misma. —Extendió el brazo y se ofreció a conducirla hasta donde se encontraba el cuerpo de la víctima.

Cuando Erin finalmente lo vio, se quedó petrificada. Lo que Jesse decía era verdad; aquella pobre muchacha no había sido atacada por el mismo asesino.

Había algo muy diferente en ella. Erin experimentó una extraña sensación, una especie de *déjà vu* que la transportó al pasado.

Una tijera clavada en medio del corazón, y la sangre brotando del pecho a borbotones. Podía incluso jurar que el sabor metálico de la sangre era el mismo que se había quedado impregnado en sus fosas nasales durante días mucho tiempo atrás.

Aquel asesinato era un mensaje, y estaba dirigido a ella.

De repente el murmullo de la gente a su alrededor se hizo apenas audible y el suelo pareció moverse bajo sus pies.

La imagen del rostro de la muchacha con los ojos exageradamente abiertos fue lo último que vio antes de perder el conocimiento.



Capítulo 16

Cuando Erin por fin reaccionó se encontró dentro de la camioneta de Tyler. Todo daba vueltas a su alrededor cuando trató de incorporarse.

—¿Erin, estás bien? —Jon sujetaba su mano con fuerza mientras Tyler y Jesse, parados a su lado, la observaban con preocupación.

Ella asintió y movió apenas la cabeza, pero la verdad era que se encontraba pésimamente mal. Recordó lo último que había visto antes de desmayarse y se estremeció.

—Esa chica... la tijera, Jon —dijo con un hilo de voz.

—Lo sé, lo sé, Erin.

Los ojos azules de Erin buscaron a Tyler, deseaba un abrazo suyo en ese momento en que su cuerpo entero temblaba como una hoja al viento, pero no se atrevió a pedirselo.

—Será mejor que regreses a la casa —dijo Tyler y apartó a Jon para tomar posesión de su camioneta.

Jon, evidentemente molesto, se movió a regañadientes. Sin embargo, tenía que reconocer que el fastidioso comisario Evans tenía razón: Erin no se encontraba bien, y le preocupaba no solo su desmayo sino el hecho de que aquel homicidio fuese diferente de los demás. El mismo Jesse se lo había confirmado: no era obra del mismo autor. La víctima entraba dentro del target del asesino, pero la causa de la muerte apuntaba a alguien más. No había habido golpes, solo una puñalada certera en el corazón con un par de nuevas y afiladas tijeras.

Era normal que Erin reaccionase como lo había hecho; de repente el pasado se le había venido encima.

Tyler la acomodó en el asiento del pasajero bajo la atenta mirada de Jon y de Jesse.

—Trata de dormir, mañana te espero en la estación —le dijo Jon asomándose por la ventanilla entreabierta. No quería dejarla marchar; temía por su seguridad. Después del anónimo que había recibido, ese nuevo asesinato parecía estar dedicado especialmente a ella. Miró a Tyler y, sin mediar palabra, con un gesto que él entendió de inmediato, le pidió que cuidara de ella.

Tyler asintió. Encendió el motor de la camioneta y se alejó de allí a toda prisa.

Esa noche volvieron a dormir abrazados, y Erin lloró sobre su pecho, sin siquiera saber el motivo exacto de su llanto. Estaba asustada, conmocionada por lo sucedido, pero, al mismo tiempo, al igual que Tyler, creía que finalmente habían encontrado la manera de probar la inocencia de Rick. Pero esa esperanza a la cual se habían aferrado con fuerza, se disipó cuando descubrieron que quien había matado a

la jovencita no era el asesino que buscaban.

¿Por qué parecía todo tan complicado? El destino estaba tendiéndoles una trampa, y un asesino cruel estaba jugando con ellos. Sin embargo, Erin sentía que las reglas del juego habían cambiado. Alguien estaba tratando de decirle algo; alguien quería que no olvidara lo sucedido cuatro años atrás.

A la mañana siguiente, Tyler se despertó temprano para prepararle el desayuno a Erin, que seguía durmiendo. Mientras ponía a calentar el café, no había podido apartar de su mente la escena del crimen de la noche anterior. Él conocía a la perfección las circunstancias que habían llevado a la muerte de Adam Gardner. Sabía que Erin le había clavado una tijera en el pecho para salvar su vida. No podía ser coincidencia la muerte de aquella pobre jovencita; alguien la había usado para asustar a Erin. El anónimo, la llamada misteriosa y el incidente en la cabaña habían sido solo el aperitivo. Comenzaba a dudar, por primera vez, de que Anthony Hall estuviera detrás de todo aquello. No tenía un motivo real para atacar a Erin, mucho menos ahora que se había acercado a su hija para tratar de ayudarla. Quién había estado asustando a Erin tenía que conocer su pasado, aunque no era difícil enterarse de lo sucedido cuatro años atrás. Él mismo lo había descubierto en cuestión de segundos buscando en la red.

Cuando se dio vuelta para poner unas tostadas en la mesa descubrió a Erin apoyada en el marco de la puerta.

—Parecías tan concentrado que no quise interrumpirte. —Con una sonrisa se acercó a la mesa. Ya se había vestido y estaba lista para comenzar una nueva jornada de trabajo, sin embargo, Tyler notó la palidez de su rostro.

—Pensaba llevarte el desayuno a la cama —le dijo y le sirvió café en la taza.

Erin lo probó y lo felicitó, era solo un café bien hecho, pero, sin dudas, estaba mejorando, se desempeñaría muy bien en la cocina muy pronto. La mujer que estuviera a su lado sería muy afortunada. Se reprendió a sí misma por empezar tan temprano con aquella clase de pensamientos que solo la angustiaban.

—No deberías tener esa clase de iniciativas; las mujeres solemos malacostumbrarnos cuando un hombre nos cuida y nos mima demasiado. —Lo observó mientras él se sentaba a su lado. No la había besado aún, y se preguntaba cuánto tiempo más tardaría en hacerlo—. Aunque confieso que un desayuno en la cama habría sido estupendo. —Le sonrió y el beso que había estado ansiando recibir llegó sin previo aviso.

—Una muy estimulante forma de comenzar la jornada —dijo ella y lo miró a los ojos.

—Y puede terminar mejor —señaló él con un guiño—. Te llevaré a la estación y después iré a casa a ver a Rick.

Erin habría querido acompañarlo, pero sabía que Jon no vería con buenos ojos que lo hiciera; Rick estaba bajo vigilancia y ya había trasgredido un par de reglas; causarle un nuevo problema a Jon era lo que menos deseaba.

Tenía algo importante que hacer aquella mañana. Iría al hospital en donde Brittany había sido atendida luego de la agresión. La había visitado varias veces en

las últimas semanas y seguía creyendo que su problema no era solo emocional, había algo más y estaba convencida de que si revisaba su historial clínico lo averiguaría. Pero para eso debía primero pedirle autorización a Jon; necesitaba una orden de registro y él tenía muchas influencias en el ámbito judicial.

Llegó a la estación de policía cerca de las nueve luego de que Tyler la dejara en la puerta. Se despidieron con un beso breve, y cuando Erin entró a la oficina y notó la expresión de desconcierto en el rostro de Jon supo que no habían sido lo suficientemente discretos.

—Veo que tu relación con el comisario ha mejorado... notablemente —comentó apenas Erin entró.

No había reproche en la voz de su jefe y amigo; sí un dejo de preocupación.

Respiró hondamente y caminó hacia la ventana. Ya no tenía sentido seguir ocultándose.

—Jon, no vas a creerlo, pero, contra todo pronóstico, me he vuelto a enamorar. —Lo dijo con la voz cargada de emoción.

Jon se acercó a ella y la miró a los ojos.

—¿Amor, Erin? ¿Estás segura?

Ella asintió enérgicamente con la cabeza.

—Tyler ha logrado que mi corazón vuelva a latir, sé que suena como la frase de una de mis novelas románticas, pero es la verdad; tú mejor que nadie sabes por todo lo que he pasado. Pensaba que nunca más volvería a dejarme tentar por las redes del amor. —Estaba siendo demasiado cursi, lo sabía—. No lo busqué, ni siquiera entraba en mis planes interesarme por un hombre.

—Lo sé, me lo has dicho cientos de veces, por eso no entiendo cómo es que ese hombre ha logrado lo imposible. —Hizo una pausa y sonrió apenas—. ¿Qué tiene Tyler Evans que no tengamos otros que ya hemos hecho el intento y no hemos conseguido nada?

Erin frunció el ceño.

—No sabía que tú habías hecho el intento —comentó sorprendida.

—Lo hice, durante años, solo que tú nunca te diste cuenta —respondió Jon un poco en broma, un poco en serio. No estaba haciendo un reproche, después de todo, él la había amado en secreto y jamás se había atrevido a dar el gran paso. Y ahora era tarde para hacerlo.

—Jon, yo...

—No te preocupes, siempre supe que me veías como un amigo y he aprendido a conformarme con ello. —Le acarició la mejilla y ella apoyó su mano encima de la suya.

—Eres el mejor amigo que una mujer puede tener: eres dulce, comprensivo, divertido y siempre has estado a mi lado. Aun cuando estuvimos separados, no hubo un solo día que no pensara en ti, en llamarte y pedirte que fueras a verme —reconoció haciendo un enorme esfuerzo por no llorar.

—¿De verdad? Esos cuatro años fueron una tortura para mí, no solo había perdido a uno de mis mejores elementos dentro del FBI sino también había perdido a

mi amiga, a la mujer que... —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir—. Muchas veces tuve el impulso de tomar mi camioneta y buscarte, pero no lo hice; creí que necesitabas estar sola y sanar las heridas.

—Te quiero mucho, Jon, nunca lo dudes. —Lo abrazó y apoyó la cabeza en su hombro. Él era su jefe, su mentor, pero, por sobre todas las cosas, era su amigo del alma, el que había estado en los peores momentos de su vida.

Cuando se separaron, Erin percibió que él también había hecho un gran esfuerzo por no llorar: sus ojos verdes estaban húmedos. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Me parece que hemos roto las ilusiones de tu madre de vernos juntos algún día! —bromeó Jon de repente, y soltó una carcajada.

Erin también se rió ante aquel comentario, que, lejos de ser divertido, tenía algo de verdad. El sueño de Vera Campbell siempre había sido ver casada a su hija con Jon Kellerman. ¿Qué diría su madre cuando supiera que se había enamorado perdidamente de otro hombre que, para colmo, no se parecía en nada a su adorado Jon? Ya pensaría en aquel asunto más adelante, ahora tenía otras prioridades.

—Jon, necesito que me consigas una orden de registro lo antes posible.

Jon arqueó una ceja.

—¿Para qué la quieres?

—Quiero revisar el historial clínico de Brittany Hall, hay algo que no me termina de cerrar; he pasado tiempo con ella y, no sé, llámalo intuición u olfato detectivesco, pero necesito revisar todo lo que hay del caso de agresión que sufrió cinco años atrás.

—¿Qué sentido tiene hurgar en eso ahora?

—Ya te lo dije, hay algo que me hace ruido. ¿Puedes conseguirme la orden?

Jon sacó su móvil del bolsillo y habló a Washington; cuando colgó le dijo que tendría la orden lista para esa misma tarde.

—El juez Wellington me debe un par de favores.

Erin le sonrió y le dio un efusivo beso en la mejilla.

—¡Gracias!

—Agradécele al juez, no a mí.

Jesse llegó en ese momento con novedades sobre la cuarta víctima. Su nombre era Candance Sutcliffe, de diecisiete años y, lo único que la relacionaba con las otras tres adolescentes asesinadas, eran la edad y el lugar en donde había sido arrojado el cadáver. Ni siquiera vivía en el área y no estudiaba, sino que parecía trabajar en la calle como prostituta.

Los datos desconcertaron a todos; parecía un crimen de oportunidad, pero todos sabían que la muerte de Candance había tenido un propósito claro y contundente.

Enviarle un mensaje a Erin.

* * *

Tyler lamentó que, cuando él llegó a la estación de policía esa tarde, Erin se estuviera marchando. Se cruzaron en la recepción y se saludaron con un roce de manos y una intensa mirada. Pensaban que nadie se daba cuenta de lo que sucedía entre ellos, pero Charity no era tonta. Lo había notado desde el primer día y se alegraba por su jefe.

Tyler se metió en la oficina donde lo esperaba Tom.

—Han descubierto la identidad de la cuarta víctima —le informó Tom apenas él puso un pie dentro del recinto.

Escuchó los detalles y no se sorprendió en lo más mínimo. El asesinato de Candance Sutcliffe no tenía nada que ver con los tres anteriores, y aquel hecho lo inquietaba sobremanera. Sentía que Erin corría un riesgo real, y la imperiosa necesidad de protegerla era más fuerte que cualquier razonamiento. Tenía que descubrir quién estaba detrás de todo aquel juego macabro y empezaría a investigar por su cuenta en ese mismo instante; no tenía sentido perder más tiempo.

La vida de la mujer que amaba estaba en peligro.

Empezaría por el principio. Hizo una llamada a Charles Rubenstein, el fiscal del distrito. Él era el único que podía ayudarlo; ya lo había hecho antes, y sabía ser eficiente además de discreto.

Cuando colgó, sonrió satisfecho: había conseguido lo que quería.

—Tom, estoy esperando un paquete muy importante de parte del fiscal Rubenstein; si lo recibes tú, guárdalo bajo siete llaves —le indicó mientras se ponía de pie, dispuesto a marcharse.

—No se preocupe, lo haré. A propósito, mi esposa me pidió que lo invitara a cenar una noche de estas. Me dijo que puede venir acompañado si lo desea.

El comentario de Tom lo dejó perplejo.

—Gracias, Tom, lo tendré en cuenta.

Salió de la oficina, miró a Charity, la secretaria, y descubrió una sonrisa cómplice en sus labios. ¿Cuánta gente más sabía lo que estaba pasando entre Erin y él? No es que quisiera mantenerlo en secreto, pero no era de la clase de hombres a los que les gustaba ventilar sus sentimientos a los cuatro vientos, mucho menos cuando aún no le había dicho a Erin lo que sentía por ella.

* * *

Erin llegó al hospital Kansas Spine con la orden de registro, y la muchacha que la atendió se puso nerviosa cuando ella le pidió el historial médico de Brittany Hall. No podía impedirle que hiciera su trabajo, llevaba una orden federal.

La condujo al subsuelo donde funcionaba el archivo y la dejó sola en aquel enorme recinto apenas iluminado por un par de tragaluces en lo alto de uno de los muros.

La muchacha ni siquiera le había dicho por dónde empezar. Debía de haber cientos de archiveros, todos catalogados por fecha. Atravesó el primer pasillo, miró hacia un lado y hacia el otro, pero descubrió que allí estaban los expedientes más

antiguos. Siguió buscando, el pasillo se extendía por unos cuantos metros, parecía no terminar nunca y de repente se sintió demasiado sola. Decidió saltarse unas cuantas filas, debía encontrar los archivos del año 2005. No sabía si era ella o el lugar, pero se sentía afectada; no había aire acondicionado, y la temperatura superaba seguramente los treinta grados. Se quitó la chaqueta y la dejó encima de unos archiveros.

Tuvo que recorrer dos filas más antes de encontrar los del año 2005. Había al menos diez archiveros, y no tenía más remedio que revisar todos. Respiró hondamente y se llevó una mano a la frente para secarse el sudor; se recostó contra la pared cuando le sobrevino el mareo. Se abrió el cuello de la camisa y trató de respirar pausadamente. Un par de minutos después, ya más repuesta, se dispuso a continuar.

Iba por el cuarto archivero cuando creyó escuchar el ruido de una puerta que se abría. Se paralizó; había estado demasiado tiempo a solas, dentro de aquel lugar poco ventilado y extremadamente caluroso; podía ser su imaginación, pero lo dudó. Confiaba en su instinto que le decía que había oído bien. Su corazón dejó de latir durante unos segundos cuando el sonido de pasos retumbó en todo el lugar. Instintivamente se llevó la mano a la cintura, pero solo llevaba su identificación; su arma reglamentaria continuaba en el cajón de la mesita, al lado de su cama. Le habían enseñado que nunca saliera sin ella, pero no había creído prudente llevarla; solo iba a revisar unos archivos.

Los pasos resonaban cada vez más fuertemente y, cuando vio una sombra gigante recortarse contra la pared donde ella estaba recostada, contuvo el aliento.

Respiró aliviada cuando comprobó que se trataba de la misma empleada que la había atendido antes.

—¿Encontró lo que buscaba? —le preguntó mientras se cruzaba de brazos.

Erin se despegó de la pared y negó con la cabeza.

—Aún no, pero estoy en el sitio correcto, los archivos del año que busco están en este sector.

—Muy bien, cuando termine le voy a tener que pedir que me avise; no puede retirar archivos del hospital, no está permitido, pero podemos entregarle una copia si lo desea —le informó.

—Gracias.

Cuando volvió a quedarse sola continuó con la búsqueda. Tuvo que hurgar en dos archiveros más antes de dar finalmente con el historial clínico de Brittany Hall. Se dirigió hacia el área más iluminada y comenzó a leerlo.

El ataque había sido feroz; según el expediente, había recibido la mayoría de los golpes en el torso y en el rostro. A Erin aún le costaba creer que alguien como Rick hubiera cometido un acto tan violento. Sin dudas algo había actuado de disparador y había provocado que atacara a Brittany con tanta brutalidad.

Siguió leyendo: tres costillas rotas, laceraciones severas en todo el cuerpo; fisura de dos dedos y una hemorragia cerebral que mantuvo a Brittany inconsciente por casi una semana. Aun así sabía que tenía que haber algo más.

Cuando llegó a la última hoja, supo finalmente que había encontrado lo que buscaba: adosado al expediente había un reporte ginecológico. Según las palabras del

perito, a Brittany se le había practicado un legrado porque, al momento de la agresión, estaba embarazada de cinco semanas.

Entonces comprendió lo que se ocultaba detrás de aquel odio que Brittany aún sentía por Rick; no solo la había atacado a ella, sino que había matado al hijo que llevaba en su vientre y le había arrebatado la posibilidad de ser madre algún día. Había revisado el expediente del caso esa misma tarde y no había ninguna mención al embarazo de Brittany, ni siquiera durante el juicio. No era difícil comprender por qué aquel tema no había salido a la luz. Brittany tenía quince años al momento del ataque, no tenía novio conocido, y revelar la noticia de su embarazo habría sido un escándalo. Erin podía jurar que su padre había hecho hasta lo imposible por mantener aquella verdad oculta; era uno de los médicos más importantes dentro del plantel del hospital y, seguramente, se había valido del favor de alguno de sus colegas para preservar la dignidad de su hija.

Mientras se ponía la chaqueta se preguntó qué más estaría dispuesto a hacer Anthony Hall con tal de proteger a su única hija.

Se llevó una copia del expediente, abandonó el hospital y, cuando se subió a su auto, el malestar que estaba aquejándola desde hacía un par de días regresó. Apretó el volante con ambas manos y respiró profundamente varias veces hasta que pasó. Últimamente se cansaba con facilidad y por las mañanas la atacaban las náuseas. Condujo hacia la casa con prudencia, se detuvo en una señal de stop, y sus ojos azules se clavaron en una mujer que pasó por delante de su auto. La enorme barriga evidenciaba un embarazo bastante avanzado.

Lo que acababa de pasar por su mente no podía ser real; buscó en su bolso el pequeño calendario que llevaba dentro de la billetera y contó los días desde su último período. Si los cálculos no le fallaban, tenía un atraso de más de una semana; solía ser regular, pero en el último tiempo su vida se había vuelto un caos y quizá esa era la razón por la cual aún no había menstruado.

Tenía que ser eso; no podía estar embarazada. Pero, a medida que analizaba la situación, comprendió que era algo factible. Emprendió de nuevo la marcha, sus ojos estaban fijos en el camino, pero no podía dejar de pensar. Fue sumando los hechos mentalmente: tenía un atraso de varios días, las náuseas, los mareos y el cansancio eran síntomas completamente nuevos para ella; había tenido relaciones con Tyler y no se había cuidado.

Se detuvo frente a una farmacia y resolvió comprarse un test de embarazo; aún guardaba la esperanza de que todo se debiera al estrés de los últimos días.

Lo primero que hizo al llegar a su casa fue encerrarse en el baño; con manos temblorosas rompió la caja del test de embarazo y siguió las instrucciones.

Unos minutos después, la impaciencia le carcomía las entrañas mientras esperaba el resultado. Miró su reloj por enésima vez y decidió que ya era hora.

Se sentó en el sanitario y, cuando juntó el valor suficiente, se dispuso a ponerle fin a aquella incertidumbre. Contempló las dos finas líneas rojas durante un largo rato. Dejó caer la prueba al suelo y acarició su vientre.

Ya no había dudas.

Estaba embarazada; iba a tener un hijo de Tyler; del hombre que amaba. Ni siquiera sabía cómo sentirse al respecto y, en la soledad del cuarto de baño, se echó a llorar.

* * *

A la mañana siguiente, cuando Erin llegó a la estación de policía, le contó a Jon lo que había descubierto en el historial médico de Brittany Hall. A Jon también le sorprendió lo del embarazo, pero concordó con ella cuando le expuso los motivos por los cuales se había mantenido en secreto.

Jon notó a Erin algo extraña: más pálida que de costumbre y con mal semblante. Le preguntó qué le sucedía, pero ella solo le respondió que no había dormido bien la noche anterior. Por supuesto, no le creyó, pero la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que lo estaba evadiendo.

Ambos estaban en la oficina cuando les llegó el barullo desde la recepción. Vencidos por la curiosidad, salieron y descubrieron que el motivo de la algarabía se debía a la visita de Cindy, la esposa de Tom, que había llevado a su pequeña hija recién nacida para presentarla formalmente en la estación donde trabajaba su padre.

Jon se acercó de inmediato y felicitó a la madre. Erin permanecía alejada observando la escena y el corazón le dio un vuelco cuando vio a Tyler entrar por la puerta. Una sonrisa de oreja a oreja se dibujaba en su rostro.

Tom le mostró orgulloso a su pequeño retoño, y Tyler sostuvo a la niña en brazos con cuidado.

—¿Me parece a mí o ha crecido desde la última vez que la vi? —preguntó meciendo a la criatura en sus brazos.

—Tres centímetros —respondió Cindy mientras aprovechaba para sentarse.

Erin observaba todo desde su rincón; ver a Tyler cargando un bebé después de confirmar su propio embarazo fue como recibir un golpe en medio de la cara, sin previo aviso, sin anestesia. Lucía tan bien con la hija de los Gibbons en los brazos, que Erin pensó que sería un muy buen padre algún día. De repente, él reparó en ella y la miró con tal intensidad que Erin creyó que iba a desplomarse allí mismo.

—Erin, ven, acércate —le pidió.

Todos la miraron, y se sintió atrapada; no tuvo más opción que hacer lo que Tyler le solicitaba.

Él le ofreció cargar a la niña, se negó diciendo que no tenía experiencia, pero la propia Cindy la ayudó. No pudo evitar soltar una lágrima cuando la tuvo en sus brazos; estaba despierta, y sus ojos oscuros la miraban; Erin tocó su manitazx, y la pequeña Marianne la enroscó alrededor de su dedo índice. Tyler, que estaba detrás de Erin, aprovechó un momento de distracción de los demás y le susurró al oído.

—Te ves preciosa.

Erin cerró los ojos, apenas podía contener la emoción. Tampoco podía soltar a la pequeña Marianne; le parecía una muñeca de abundante cabello rojo y ojos color chocolate. La tonalidad del cabello era herencia de su padre, en cambio, tenía los ojos

de su madre. Se encontró queriendo saber a quién se parecería el niño que llevaba en su vientre. ¿Tendría los ojos grises de Tyler? ¿O heredaría los suyos?

—Comisario, Cindy y yo queremos pedirle que sea el padrino de nuestra Marianne —anunció Tom, y pasó un brazo por el hombro de su esposa.

Erin miró a Tyler, él se había emocionado ante aquella petición. Se había quedado sin palabras.

—Acepta, ¿no? —preguntó una Cindy expectante.

—Por supuesto que sí, será un honor ser el padrino de esta cosita tan hermosa.

—Acarició la mejilla sonrosada de la pequeña Marianne y le lanzó una fugaz mirada a Erin.

Ella le regresó la niña a su madre y, al hacerlo, sintió un extraño vacío en los brazos. No podía estar pasándole aquello; se encontraba demasiado sensible, eso era todo. Había estado leyendo la noche anterior en Internet sobre los primeros meses del embarazo, y la exagerada sensibilidad era uno de los síntomas.

Cuando Tom y su esposa se marcharon, la estación de policía quedó sumida en el silencio; sin dudas, la visita de Cindy y su pequeña hija había alegrado la mañana. Había sido bueno olvidarse del trabajo durante unos minutos y contemplar el rostro inocente de la recién nacida.

Jon les pidió a todos reunirse en la oficina para hablar sobre los últimos avances del caso. Tyler se dispuso a sentarse junto a Erin, pero Jesse se le adelantó y tuvo que conformarse con un lugar al otro lado de la mesa.

—El equipo de Quantico está investigando si se hizo algún depósito importante de dinero en la cuenta de Sonny Copeland; si, como sospechamos, alguien lo contrató para atacar a Rick, debió de pagar muy bien por sus servicios —refirió Jon y cruzó ambas manos encima de la mesa.

—Intenté hablar con Rick; quizá Copeland le dijo algo antes de atacarlo, pero no lo recuerda —dijo Tyler, que se sentía algo fuera de la investigación al estar tan estrechamente relacionado con el principal sospechoso.

—No debes presionarlo —sugirió Erin—. No creo que ese tipo le haya dicho algo antes de agredirlo; es de la clase de sujeto que ataca sin previo aviso.

Tanto Jon como Jesse concordaron con ella, sin embargo, Tyler no dijo nada. Había notado a Erin rara aquella mañana, parecía incluso que le esquivaba la mirada. No veía el momento de poder quedarse a solas con ella para preguntarle qué le sucedía.

—¿Alguna novedad del último homicidio? —preguntó Jon dirigiéndose especialmente a Jesse.

—Muy poco; hemos tratado de rastrear las tijeras; no son muy comunes, las hojas son de aluminio, no de acero inoxidable.

Erin se llevó una mano a la boca.

—¡Dios mío!

Jon sabía el motivo de su asombro. El mismo material del que estaban hechas las tijeras con las que Adam Gardner la había atacado.

—Hay más de diez tiendas en la ciudad que las venden —añadió Jesse al notar

la perturbación de Erin.

—Sigue trabajando sobre esa pista, Jesse —le indicó Jon—. Erin, ¿por qué no nos cuentas lo que has descubierto hoy? No está ligado directamente con el caso, pero Erin cree que puede ayudar, y confió en su intuición.

Cuando pudo calmarse tras el impacto de saber que Candance Sutcliffe había sido asesinada con el mismo tipo de tijeras que ella había clavado en el pecho de Adam, habló.

—He revisado el historial médico de Brittany Hall. —Observó de soslayo a Tyler; él seguía desaprobando sus visitas a la joven, pero ambos preferían no mencionar el asunto para no terminar discutiendo.

Jesse frunció el ceño.

—No entiendo, ¿es eso relevante para nuestra investigación?

Erin lo miró, notó el desconcierto en su rostro.

—No puedo afirmarlo aún, pero lo que he descubierto sí es importante. Brittany Hall estaba embarazada cuando fue atacada, cinco años atrás.

Tyler se puso blanco como un papel.

—¿Embarazada? Nunca se mencionó que ella estuviera embarazada.

—Sí —asintió ella—. Su historial clínico lo confirma; supongo que su padre prefirió ocultar el hecho; la vergüenza por la que habría pasado su hija si se hubiera sabido, habría terminado por devastarla. El odio que siente Brittany por Rick es enfermizo, no ha mermado, al contrario, ha crecido con el paso del tiempo, y ahora conocemos el verdadero motivo.

Jon concordó con ella, Jesse tuvo que aceptar que quizá aquella información podía estar relacionada con el caso de los asesinatos; Tyler, en cambio, se había quedado en silencio, sopesando lo que acababa de escuchar. Ahora comprendía la actitud de Anthony Hall y de su hija hacia Rick; jamás lo perdonarían. Aquella revelación podía quizá cambiar el curso de la investigación y torcer las sospechas hacia otro lado.

—Seguiré visitando a Brittany para ver qué más logro averiguar —informó Erin y obtuvo el consenso tanto de Jon como de Jesse, no así el de Tyler que, más que nunca, estaba en contra de aquel plan.

Nunca lo había considerado seriamente, pero, si lo que estaba pensando era verdad, Erin también corría peligro en casa de los Hall. Sintió un pinchazo en el pecho; se estaba exponiendo demasiado, y no le agradaba. Ya era suficiente que un loco la estuviera acechando como para que, además, se fuera a meter en la boca del lobo.

Se puso de pie y, tras mirar a Erin, dijo:

—Iré a tomar un poco de aire. —Abandonó la oficina y la dejó en compañía de los dos federales.

—Creo que iré a hacer lo mismo —dijo Jon y se levantó pesadamente de su silla—. Regreso en un rato.

A Erin, quedarse a solas con Jesse no le entusiasmaba demasiado, sobre todo ahora que ya no era un secreto para nadie que ella le interesaba.

Él le preguntó sobre el avance del perfil, y Erin le contó todo lo que tenía hasta ese momento; al igual que el caso, no había avanzado mucho, pero ya no estaba tan a ciegas como antes; estaba segura de que podría tenerlo listo esa misma tarde; solo debía hacer una visita primero.

* * *

Tyler se encontraba en la terraza; contemplaba el paisaje citadino que se expandía metros abajo cuando sintió unos pasos que se acercaban. Se dio vuelta y vio que Jon se encaminaba hacia él mientras encendía un cigarrillo.

—Espero no molestarlo —le dijo y se paró a su lado para disfrutar también del panorama.

Tyler lo perforó con sus intensos ojos grises. No creía que él hubiera subido hasta allí solo para fumar.

—Vayamos al grano, ¿qué es lo que quiere?

Jon lo escudriñó detenidamente. No podía negar que aquel hombre tenía su carácter; quizá había sido precisamente su temperamento lo que había hecho que Erin se fijara en él.

—Muy bien —le dio una pitada al cigarro—. Quiero hablarle de Erin.

Tyler no se sorprendió; en realidad, esperaba tener aquella conversación algún día. Sentía que para obtener el amor de Erin tenía que hablar primero con Jon Kellerman, como una especie de rito de iniciación, y lo aceptaba como tal; estaba dispuesto a escuchar lo que él tenía para decirle.

—Yo también quiero hablarle de ella —respondió Tyler sin amilanarse. Jon Kellerman no era el padre de Erin, pero parecía un adolescente a punto de tener la primera charla con el padre de la chica que pretendía.

—Conozco a Erin desde hace casi diez años; la vi crecer como mujer y como profesional y puedo decir que estoy muy orgulloso de sus logros —dijo y arrojó el cigarrillo al suelo—. He estado a su lado en sus mejores momentos, pero también en los más dolorosos.

Tyler percibió que lo que unía a Jon con Erin era mucho más que un sentimiento de amistad; sintió celos de él. También la amaba, podía verlo en su mirada y en el tono de su voz mientras hablaba de ella.

—Fue a mí a quien llamó cuando sucedió lo de Adam. —Hizo una pausa para soltar un suspiro—. Cuando llegué a su departamento esa noche, la vi tirada sobre el cuerpo sin vida de Adam mientras trataba de revivirlo; tenía las manos y la ropa manchadas de sangre. Me costó mucho alejarla de él, no quería soltarlo, incluso cuando llegaron los forenses no se separó de su lado en ningún momento.

Tyler trató de imaginarse aquella dramática escena y, al hacerlo, se le estrujó el corazón. Era terrible por todo lo que había tenido que pasar Erin.

—Aquella experiencia la dejó devastada, ya nunca volvió a ser la misma y, a pesar de que fue declarada inocente, el sentimiento de culpa nunca la abandonó. Fue la culpa la que la llevó a alejarse de todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo;

se había ganado un nombre dentro del FBI, tenía una carrera prometedora como perfiladora, pero no pudo continuar; la presión fue abrumadora. Los medios ponían en tela de juicio su capacidad como psicóloga forense, y esa fue la gota que colmó el vaso.

—Erin me lo contó, aunque yo ya lo sabía. Cuando usted se negó a hablarme de aquel suceso, decidí investigar por mi cuenta.

Jon asintió.

—Supuse que lo haría; es usted un hombre tozudo, comisario Evans.

—Le expliqué por qué necesitaba conocer el pasado de Erin.

—Sí, me dijo que ella le importaba —miró a Tyler directamente a los ojos—. ¿Qué siente exactamente por Erin, comisario Evans?

Tyler respiró hondamente; estaba preparado para dar el siguiente paso. No era sencillo abrir su corazón, pero estaba dispuesto a hacerlo; por primera vez en su vida, Tyler Evans iba a hablar de sus sentimientos más profundos.

—La amo. —Soltó el aire contenido en los pulmones tras decir aquellas dos palabras.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Jon; era precisamente lo que quería que Tyler le dijera. Sabía que Erin no era para él, no lo había sido nunca y, si aquel hombre había conseguido que ella abriera su corazón al amor nuevamente, se merecía una oportunidad.

—Me alegra saberlo. —Le dio una palmadita amistosa en el hombro—. No sé si es el hombre indicado para ella, pero tiene mi voto de confianza. ¿Puedo llamarlo Tyler, verdad?

Tyler relajó su cuerpo y trató de sonreír. La prueba de fuego había sido superada con éxito.

* * *

Mientras tanto, en el interior de la estación, Erin seguía leyendo algunos informes bajo la atenta mirada de Jesse, que solo lograba inquietarla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Erin alzó la vista; no habían cruzado palabra en los últimos veinte minutos.

—Por supuesto.

—¿Qué hay entre el comisario Evans y tú?

El papel que Erin estaba leyendo se le cayó de las manos. Se levantó de la silla para recogerlo y, al querer incorporarse, la asaltó un intenso mareo. Trató de aferrarse a la mesa, pero fueron los brazos de Jesse los que evitaron que terminara cayendo de bruces al suelo.

—¿Erin, estás bien?

Jesse la sujetó de la cintura y Erin apoyó la cabeza en su hombro. La voz de Jesse sonaba lejana y las piernas ya no le respondían. Ni siquiera se dio cuenta de que él la abrazaba y enterraba el rostro en su cabello para oler su perfume. Solo sabía que había perdido el control de su cuerpo y que él no debía soltarla, al menos hasta que



aquella sensación de vértigo desapareciera por completo.

Erin creyó escuchar pasos acercándose, pero estaba demasiado aturdida para darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Tyler se quedó de una pieza cuando al abrir la puerta de la oficina descubrió a Erin en los brazos del presumido de Jesse Widmore.



Capítulo 17

Erin ni siquiera se enteró de que Tyler la había visto en los brazos de Jesse; cuando se recuperó de su malestar, Jon le dijo que el comisario se había marchado sin decir nada y con cara de pocos amigos. Jesse le comentó a Jon sobre el desvanecimiento de Erin, y él le aconsejó que se marchara a su casa.

Erin accedió gustosa, no quería aplazar su visita a Brittany y, aunque la muchacha no la esperaba hasta el día siguiente, decidió que iría a verla esa misma tarde.

Por fortuna, se sentía mejor y, después de descansar un rato, salió hacia la casa de los Hall. Esperaba obtener respuestas en aquella visita; podía ser la última, y quería aprovecharla al máximo.

Cuando llegó y vio que la propia Brittany era quien le abría porque era el día libre de la mucama, Erin supo que aquello era una señal. Tenía que actuar con cautela y, sobre todo, no revelar las verdaderas intenciones de su visita.

—La esperaba mañana —le dijo Brittany dudando si debía dejarla entrar o no.

—No podré venir mañana —le sonrió—, por eso decidí adelantar mi visita; espero que no te moleste.

Brittany se encogió de hombros y le dio a entender que le daba lo mismo.

La invitó a pasar y, como hacían casi siempre, se sentaron en el jardín.

—¿Tu padre está en el hospital?

Brittany asintió.

—¿No te aburres todo el día aquí sola? —le preguntó Erin en un intento por iniciar una conversación amena. A pesar de que la joven había accedido a recibirla, sabía que sus visitas le eran, prácticamente, indiferentes. Era una pena, en verdad quería ayudarla, pero parecía que ella se empeñaba en continuar con el dolor que lentamente iba consumiendo su vida.

—Me gusta la soledad. —Se dio vuelta y la miró con aquella mirada fría que podía helar la sangre de cualquiera.

—Entiendo. —Erin se quedó observándola durante un instante. Aquella jovencita retraída y solitaria había perdido un hijo de la manera más horrenda; era precisamente ese suceso lo que la había convertido en lo que era hoy. Ignoraba si había sido un hijo deseado; tampoco sabía si lo había engendrado con amor; supuso que sí, por eso le había dolido tanto la pérdida. Debía ir con cuidado y tantear el terreno; su embarazo había sido un secreto celosamente guardado durante aquellos años. Miró hacia la casa; sabía que la empleada no estaba, no se veía a nadie más, era la ocasión perfecta para llevar a cabo su plan.

—¿Te importaría si paso al tocador? No me he sentido muy bien últimamente,

debe ser que no me acostumbro aún a este calor agobiante...

—Suba las escaleras, es la cuarta puerta a la derecha —le indicó con displicencia.

Erin sonrió para sus adentros mientras atravesaba el jardín en dirección a la casa. Entró por el ventanal y lo cerró; miró la escalera, pero no subió a la segunda planta; en cambio, avanzó hacia la cocina. La casa era enorme, y el eco de sus zapatos retumbaba en las paredes y en el techo. Pasó por una puerta que, supuso, era la de la cocina y siguió de largo. En una casa como aquella debía de existir un sótano o una habitación apartada de las demás y, si sus sospechas eran acertadas, estaba segura de que la encontraría. Continuó por el pasillo de lustrosas baldosas negras y blancas; debajo de la escalera que llevaba a los cuartos de servicio vio una puerta, y se detuvo. Su instinto le decía que allí era dónde tenía que buscar. Se acercó y comprobó que estaba cerrada; maldijo en silencio, no esperaba que estuviera abierta, pero no se amilanó. Cuando estaba en la academia uno de sus compañeros le había enseñado a forzar cerraduras con un simple gancho; aquella artimaña le había sido útil cuando llegaba tarde tras alguna fiesta y el campus ya estaba cerrado.

Se sacó la hebilla que sujetaba el rodete en lo alto de su cabeza; sería el utensilio perfecto para llevar a cabo aquella tarea. Se agachó e introdujo la punta de metal, la movió hacia arriba y hacia abajo mientras que con la otra mano movía la perilla hacia la derecha. La puerta cedió sin problemas; miró por encima del hombro y comprobó que continuaba sola en la inmensidad de aquella casa.

Entró y tanteó con la mano en busca de algún interruptor; finalmente lo encontró y encendió la luz. Descendió los escalones con cuidado; el lugar era bastante pulcro, pero tétrico. De inmediato se dio cuenta de que no era un lugar muy frecuentado. Solo había cajas apiladas una al lado de la otra en estantes de madera que llegaban hasta el techo. Cuando llegó al último escalón, sintió el olor. Le provocó náuseas, y tuvo que sostenerse con fuerza de una viga de madera. No era solo humedad; el penetrante olor a lejía era casi imposible de tolerar; mucho más para ella, a quien cualquier olor desagradable le provocaba unas terribles ganas de vomitar. Se cubrió la boca con la mano y siguió caminando. Había tres bolsas de basura en un costado, estaban atadas. Se acercó y miró dentro de una. Revistas viejas, latas vacías, nada relevante. Hurgó en otra; parecía estar llena de ropa sucia; la revolvió y la desparramó por el suelo. Estaba a punto de ver qué había en el interior de la tercera bolsa cuando algo llamó su atención: envuelta en una especie de manta de lana descubrió una caja de madera. La abrió y cuando vio lo que contenía, dejó escapar una sorda exclamación.

Un martillo con rastros de sangre seca en la parte metálica y en el mango.

Lo volvió a guardar en su sitio y colocó las bolsas donde las había encontrado. Observó el suelo con atención; descubrió unas diminutas manchas de sangre en un rincón; quien había limpiado con la lejía no lo había hecho muy bien. Allí había evidencia y Erin ya no tenía dudas.

Su corazón se detuvo cuando escuchó el ruido de un auto acercarse; observó a su alrededor y se cercioró de que todo estaba como lo había encontrado. Subió las

escaleras a toda prisa, apagó la luz y salió al pasillo. Cerró la puerta con llave, se ató el cabello y se dirigió hacia la sala.

Se topó con Anthony Hall, que entraba a la casa, y que abrazaba a su hija.

— Buenas tardes, señor Hall — saludó Erin tratando de mantener la calma; no era sencillo después de lo que había descubierto.

Él la saludó con un leve movimiento de cabeza.

— ¿Se siente mejor? — le preguntó Brittany.

Erin la miró y no le respondió; por un segundo se quedó completamente en blanco; por fortuna, logró reaccionar a tiempo para no despertar sospechas.

— Sí, Brittany, gracias. Creo que será mejor que me marche; tu padre te hará compañía a partir de ahora. — Se encaminó hacia la salida, pero Anthony Hall la detuvo. El corazón de Erin saltó dentro de su pecho.

— ¿Le gustaría quedarse a cenar?

Ella sonrió, aliviada.

— No, gracias, tengo trabajo que hacer — se excusó, sobre todo porque sabía que aquella invitación a cenar era solo un gesto de cortesía; no le caía simpática al padre de Brittany por frecuentar a los hermanos Evans.

— Será otro día, entonces.

«Imposible», pensó Erin mientras se despedía. Después de lo que acababa de descubrir, ya no volvería a pisar aquella casa nunca más.

* * *

Tyler estacionó la camioneta a un costado de la cabaña, se bajó impetuosamente y le dio una patada a uno de los tiestos que Mimie había preparado con tanto cariño.

Se pasó una mano por la cabeza. No había podido borrar de su mente la imagen de Erin entre los brazos del imbécil de Jesse Widmore. Después de presenciar semejante escena había salido de la estación y había conducido hasta el lago porque necesitaba alejarse y, sobre todo, rumiar su rabia lejos de la gente. Miró el tiesto que acababa de romper; un montón de tierra negra y unas flores de color rojo, cuyo nombre no recordaba, se habían convertido en su saco de boxeo; en realidad, le habría gustado romper la bonita cara del agente Widmore. Podría haberlo hecho cuando los había descubierto tan acaramelados en la oficina, pero prefirió irse sin armar escándalos.

Alzó la cabeza, y sus ojos grises recorrieron la fachada de la cabaña; después de la noche que había pasado con Erin en aquel lugar, había estado yendo casi todas las tardes para terminar de una vez por todas con los arreglos que hacían falta. Había mandado a instalar el agua caliente, el gas y el teléfono; hasta había contratado un proveedor de Internet. Las ventanas ya estaban listas, faltaban las cortinas, pero había preferido esperar porque quería que fuera Erin quien se encargara de elegir las adecuadas. Había apresurado la remodelación con una única idea en mente: pedirle a Erin que se mudara con él; pero ahora aquel pensamiento le parecía solo una burla.

Erin no pensaba quedarse en Wichita; era doloroso, pero real; nunca le había

mencionado la posibilidad de dejar su antigua vida en Lexington para mudarse allí. Y, después de verla entre los brazos de su compañero, comprendió que tampoco le importaba él. Había sido su paño de lágrimas, un hombro donde llorar sus penas y un cuerpo caliente donde saciar su pasión. Pero era evidente que también había hallado consuelo en los brazos de Jesse Widmore. ¿Por qué demonios había llegado a creer que lo que tenían era importante? Lo había sido para él desde el primer momento, pero, al parecer, no había sido así para Erin. Ella nunca le había dicho qué sentía realmente por él, pero hasta hacía unas horas habría podido jurar que lo amaba, que los momentos pasados juntos habían sido fantásticos. ¡Y él había estado a punto de confesarle su amor! ¡Qué gran error habría cometido si lo hubiera hecho!

Subió los escalones con paso cansino; nunca antes se había sentido tan solo en aquella cabaña. Dejó caer su cuerpo en el banco-columpio, se reclinó hacia atrás y cerró los ojos.

Tampoco nunca antes le habían roto el corazón de aquella manera. Sabía que tanto Mimie como Rick se decepcionarían; ambos tenían la esperanza de que Erin y él terminaran juntos; no se lo habían dicho abiertamente, pero sabía interpretar las indirectas y los comentarios que le hacían cuando de Erin se trataba.

Él había estado dispuesto a sacrificar su libertad y a sentar cabeza de una buena vez; había conocido a una mujer maravillosa y la había elegido para pasar el resto de su vida a su lado.

Pero el destino no estaba de acuerdo con él.

Se restregó los ojos con fuerza; no era un hombre debilucho y nunca había llorado por una mujer, pero poco le importaba a esas alturas del partido.

Había perdido a la mujer que amaba y, en la soledad de aquella cabaña donde la había hecho suya, lloró como un niño por primera vez en su vida.

* * *

Erin conducía de regreso a la estación; era tarde, pero no podía hablar con Jon por teléfono ni esperar hasta el día siguiente. Estaba nerviosa, visiblemente alterada; acababa de descubrir al autor de los homicidios y, lo que era más importante para ella, el perfil que había elaborado no era erróneo. Ahora todo encajaba, cada pieza estaba en su sitio. Rick sería finalmente exonerado de los cargos, y la paz volvería a la ciudad. Sin dudas, la noticia causaría un gran impacto.

Miró a través del espejo retrovisor; no faltaba mucho para llegar a la estación, pero el camino esa tarde le pareció más extenso que nunca. De pronto notó que un auto venía tras ella; no podía asegurar que la estaban siguiendo, pero se puso intranquila. Giró en una curva, y el auto hizo lo mismo; aminoró la marcha y se movió un poco hacia la derecha para ver si la sobrepasaba y continuaba su camino, pero siguió detrás de ella.

Se alarmó. Sacó su teléfono móvil del bolso y marcó el número de Tyler. Pero él no atendió, solo le saltaba el maldito buzón de voz. Miró la hora. ¿Dónde demonios estaba metido? No tuvo más remedio que dejarle un mensaje, con la esperanza de

que cuando lo oyera no fuese demasiado tarde.

Miró nuevamente por el espejo retrovisor y se desesperó cuando vio lo que pretendía hacer quien la estaba siguiendo. Apretó el volante con fuerza y pisó el acelerador, pero no consiguió evitar que el coche de atrás la golpeará con violencia.

Estaban intentando sacarla del camino y, para su desgracia, lo estaban logrando. Erin hizo un esfuerzo sobrehumano para controlar el auto, pero, cuando fue golpeada por segunda vez, el Honda Fit derrapó y terminó incrustándose contra el poste de un buzón de correo.

Se golpeó la cabeza contra el parabrisas; escuchó al auto de su atacante pasar por su lado muy despacio. Quiso mirar, pero le dolía mucho el cuello y apenas pudo moverse; nunca sabría quién había sido el maldito desgraciado.

Cuando lo escuchó alejarse logró calmarse un poco. Instintivamente se llevó una mano al vientre y comenzó a llorar. El golpe había sido fuerte y temía lo peor. Trató de no moverse demasiado, buscó el teléfono y llamó al 911.

* * *

Cuando anocheció, Tyler decidió regresar a la casa; no iba a quedarse a pasar la noche en la cabaña. Se subió a la camioneta y vio el teléfono móvil en el asiento del pasajero. Descubrió que Erin lo había llamado hacía apenas media hora. Dudó un instante antes de escuchar su mensaje, pero la necesidad de sentir su voz aunque fuese a través del teléfono fue más fuerte que él.

¡Tyler, cielos! ¿Dónde diablos estás? ¡Me están siguiendo y tengo mucho miedo! Estoy en la autopista 54, a unas diez millas de la casa de los Hall. ¡Por favor, apenas escuches este mensaje, ven por mí!

El teléfono móvil fue a parar al suelo de la camioneta; Tyler encendió el motor y abandonó el lugar a toda velocidad. Una intensa puntada en el pecho le decía que Erin estaba en peligro.

En su mente solo repetía una frase: «¡Dios, no permitas que nada malo le suceda!»

* * *

Erin abrió los ojos y descubrió que se encontraba en un sector de la sala de emergencias del hospital. Lo último que recordaba, antes de perder la conciencia, fue a los paramédicos que le decían que todo iba a estar bien mientras intentaban sacarla del auto.

Echó un vistazo a su alrededor: dos cortinas a ambos lados de la cama la protegían de las miradas indiscretas. Se miró a sí misma: tenía el brazo vendado a la altura de la muñeca y, cuando se tocó la cabeza, descubrió que también estaba cubierta con una venda. No sentía ningún dolor, solo una pesadez en el cuerpo y un ligero mareo. Necesitaba hablar con un médico y saber que todo estaba bien con su bebé.

Una de las cortinas se abrió y un hombre cincuentón que vestía un guardapolvo blanco se acercó a su cama.

—Buenas noches, soy el doctor Neiman —se presentó mientras revisaba la pantalla del aparato que la monitoreaba—. ¿Cómo se siente, señorita Campbell? —Le tomó el pulso y le sonrió.

—Bien, no siento dolor, pero estoy algo mareada.

—Es normal, sufrió una contusión muy fuerte, pudo haber sido peor.

—Doctor... —Erin se tocó el vientre.

El doctor Neiman le dio una palmadita en el hombro.

—Quédese tranquila, el golpe no afectó al feto, hemos hecho los exámenes correspondientes y su bebé no corre ningún peligro.

Las palabras del médico le devolvieron el alma al cuerpo.

—¿No ha venido a preguntar nadie por mí?

—Sí, de hecho, hay un hombre en el pasillo que insiste en verla.

Erin tomó la mano del doctor.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto.

—No mencione a nadie lo de mi embarazo.

—Quédese tranquila; le diré a su amigo que puede pasar a verla. Le recomiendo que trate de descansar, la dejaremos en observación al menos veinticuatro horas más.

—Está bien, doctor, gracias.

Cuando se quedó sola trató de acomodarse el cabello que sobresalía por debajo del vendaje; debía de estar horrible. Cruzó las manos sobre su pecho y esperó la llegada de Tyler.

Apenas lo vio, se echó a llorar. Tyler se acercó hasta ella y apretó su mano con fuerza.

—¿Cómo estás?

Erin esperó a calmarse para poder hablar.

—Bien, pudo haber sido peor. —Se llevó la mano de él a la cara y la besó—. Tuve mucho miedo...

A Tyler le temblaron las piernas; se sentó en la cama y trató de mostrarse fuerte frente a ella, pero la verdad era que estaba devastado, había estado a punto de perderla y se había dado cuenta de que sin Erin, la vida dejaba de tener sentido para él.

—¿Quién fue?

—No lo sé, comenzó a seguirme cuando me fui de la casa de los Hall —le contó sin soltar su mano ni un segundo.

—¿Pudo haber sido Anthony Hall?

Erin lo dudaba, aunque luego de lo que había visto en el sótano, ya no estaba segura de nada.

—Tyler, tengo una fuerte sospecha sobre quién asesinó a esas jovencitas.

Él la miró; había certeza en sus ojos azules; parecía saber de lo que estaba hablando.

—¿Qué dices?

—Necesito que venga Jon; debe actuar de inmediato. —Comenzó a agitarse y Tyler se vio obligado a llamar a una enfermera.

—Debe tranquilizarse, de otro modo tendremos que sedarla —le advirtió la enfermera tras encontrarla en un evidente estado de excitación.

—No se preocupe, yo me encargo de que descanse —dijo Tyler.

—¡Erin! ¿Qué te sucedió?

Jesse entró atropelladamente y se acercó a ella. De inmediato, Erin notó el cambio en el semblante de Tyler; la repentina llegada de su colega no le agradó en lo más mínimo; mucho menos le gustó cuando él se sentó al otro lado de la cama y acarició su rostro.

—Estoy bien, Jesse, no te preocupes. —Le sonrió y, cuando volvió a mirar a Tyler, se topó con un témpano de hielo en sus ojos grises.

—Cuando me enteré, me volví loco —le dijo Jesse olvidándose de que Tyler también estaba con ellos.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Tyler, curioso.

—Encontraron la identificación y se comunicaron con la estación de policía; le avisé a Jon, debe de estar en camino.

Erin asintió. Era con Jon con quien necesitaba hablar.

—Creo que mejor me voy. —Tyler ya no la miraba con ternura o preocupación, y a Erin su cambio de humor la confundió. Podía entender que Jesse no le cayera bien, pero no tenía ningún motivo para sentir celos de él. Quiso detenerlo, pero fue inútil; Tyler se marchó después de que un frío «cuídate» salió de sus labios.

—¿Pudiste ver quién te hizo esto? —le preguntó Jesse una vez que se quedaron a solas.

Erin negó con la cabeza; en ese momento en lo único que podía pensar era en la extraña actitud de Tyler hacia ella. Dejó que Jesse continuara hablando, pero ella ya no lo escuchaba.

* * *

Tyler pasó por la estación porque Tom le había avisado que tenía sobre su escritorio el paquete que le había enviado Charles Rubenstein, el fiscal de distrito.

Entró raudamente a su oficina, tratando de apartar de su mente el hecho de que había dejado a Erin con Jesse en el hospital, porque necesitaba concentrarse en su propia investigación. Encontró el paquete, se sentó en una silla y lo abrió.

El caso por la muerte de Adam Gardner constaba de unas cuantas carpetas; abrió la primera y, cuando vio que se trataba del informe de la autopsia, la cerró sin siquiera leerla; no había nada allí que pudiera ayudarlo. Lo que buscaba era un nombre. Alguien con motivos suficientes como para acercarse a Erin y querer lastimarla. Leyó por encima los informes policiales que hablaban sobre el hecho; no le interesaba saber nada más sobre lo sucedido aquella noche, le bastaba con saber que Erin había actuado para salvar su propia vida.

Finalmente encontró lo que buscaba: los datos de la víctima.

Descubrió que Adam Gardner era un importante financiero, que había construido una fortuna de un año a otro. Siguió leyendo y encontró datos sobre su familia: no tenía. Aparentemente, no había datos previos de Adam Gardner hasta que había incursionado como financista. Lo que sí decía el reporte era que su empresa estaba llena de deudas y que estaba al borde de la quiebra. Tyler presentía que, quien estaba acechando a Erin, tenía que ver con su pasado, un pasado que había compartido con Adam Gardner. Alguien quería que lo sucedido con él no quedara en el olvido.

Después, aunque en un principio lo había descartado, volvió sobre el informe de la autopsia. Había una foto de Gardner. La miró. En ese momento supo que él conocía a ese hombre.

* * *

Jon escuchaba detenidamente todo lo que Erin le contaba; había llegado al hospital apenas se había enterado del atentado y, al hacerlo, se encontró con la noticia de que ella había descubierto al presunto autor de los homicidios.

—Todo cuadra ahora, Jon, mi perfil no estaba equivocado —le dijo con una sonrisa en los labios.

Él meditó unos segundos.

—Lo que dices tiene sentido, pero no por eso voy a pasar por alto lo que has hecho —la reprendió, aunque al mismo tiempo acariciaba cariñosamente su mano—. Haberte metido en esa casa a investigar sin autorización no es una práctica que avalemos.

—Brittany estaba sola, su padre llegó más tarde, pero no se dio cuenta de nada.

—¿Estás segura? ¿No pudo haber sido él quien te sacó del camino?

Erin negó con la cabeza.

—No lo creo; no se expondría tan groseramente a ser visto arremetiendo contra un agente federal. Por otro lado, presumimos que el autor de la agresión está relacionado con el último homicidio. —Le aterraba tan solo pensarlo, pero alguien quería hacerle daño, y ahora ya no era solo a ella; se miró el vientre y agradeció en silencio que su hijo estuviera bien.

—¿Sucede algo? Te has quedado callada de repente.

Erin se mordió el labio inferior. Necesitaba tanto contarle a alguien la dicha que sentía por llevar en sus entrañas al hijo del hombre que amaba, sin embargo creyó que era más prudente callarse. Jon podía contárselo a Tyler, y eso era algo que le correspondía a ella. ¿Y si le decía lo del bebé y Tyler se sentía obligado a responderle? Ella no quería presionarlo; no iba a atarlo a su lado solo para que cumpliera con un deber; quería tenerlo en su vida con certeza de que la amaba y de que deseaba al hijo que venía en camino. Se dio cuenta, tristemente, de que no estaba segura de ninguna de las dos cosas.

Miró a Jon; él presentía que algo sucedía más allá del atentado y la amenaza

que pendía sobre su cabeza, pero no tenía ánimos de hablar del asunto.

—Supongo que este nuevo descubrimiento podría liberar de toda culpa a Rick —le dijo. Prefería ocuparse del trabajo y olvidar que su vida personal no era tan perfecta como había soñado.

—Debemos primero allanar la casa de los Hall y buscar evidencia; si descubrimos que el martillo es el arma homicida y que la sangre hallada en el sótano es de las víctimas, nada impedirá que hagamos nuestro trabajo. La orden de allanamiento debe de estar en camino, yo mismo me encargaré de supervisarlo todo, pero primero quería pasar a ver cómo estabas.

—Yo estoy bien, el doctor me dijo que deberé permanecer otro día más en observación, lamento perderme lo de mañana, me habría gustado estar con Brittany.

—Tú piensa en recuperarte; Jesse y yo nos ocuparemos de todo —le dijo preparándose para retirarse.

—Lo que más me alegra de todo esto es que finalmente se demostrará que Rick es inocente.

—Sí, pero ¿dónde estuvo esa noche en la que regresó con los zapatos enlodados?

Erin se dio cuenta entonces de que nunca le había mencionado a Jon lo que Tyler le había dicho.

—Estuvo en la cabaña de su hermano, está a unas pocas millas de la casa de Ruthie Quarrymen.

—¿Y esto lo sabes porque...?

Erin se sonrojó.

—Tyler me lo dijo la tarde en que fui a reclamarle que había estado indagando sobre mi pasado; después de que recibí tu llamada...

—Y de que me cortaste y me dejaste con la palabra en la boca...

—Lo siento, pero es que estaba bastante enfadada.

—Y supongo que el enfado se te pasó cuando te encontraste con el comisario. — Una sonrisa cómplice se dibujó en sus labios.

—Algo así. —Apenas pudo responder al recordar lo que había sucedido en la cabaña semanas atrás. Fue allí probablemente en donde habían concebido a su hijo; lo intuía y por eso aquel lugar tendría siempre un significado especial para ella.

—Veo que te estoy incomodando, será mejor que me vaya. —Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente—. Descansa, mañana vendré a verte y a ponerte al tanto de la investigación.

Erin tomó su mano.

—Gracias, tú también descansa.

Cuando se quedó sola, y sin motivo aparente, se echó a llorar. Estuvo derramando sus lágrimas hasta que finalmente se quedó dormida.

* * *

A la mañana siguiente recibió la visita de Mimie; la mujer estaba feliz porque

Tyler le había contado que, si todo resultaba como suponían, su niño sería finalmente absuelto de todos los cargos.

Le agradó ver a Mimie, siempre se sentía bien con ella.

—Tyler llegó muy tarde a la casa anoche —le contó mientras se sentaba a su lado y hundía el colchón con su peso.

Erin alzó las cejas.

—¿Sí? Vino a verme ayer, pero se fue temprano.

—Lo noté bastante preocupado, se asustó mucho con lo que te sucedió. —
Acomodó el borde de la sábana.

—Yo también me asusté mucho.

Mimie sonrió comprensivamente, luego la expresión de su rostro cambió.

—Me aterra pensar que hay alguien allí fuera que quiere hacerte daño.

—Son los gajes del oficio, Mimie —le dijo para tranquilizarla, aunque ella estaba aterrada también; sentía que estaba luchando a ciegas; no saber quién quería lastimarla hacía más angustiante la situación. Le gustaba conocer al enemigo y se sentía en desventaja al no saber nada de él.

—No me gusta meterme en la vida privada de mis niños, pero creo que el malhumor de Tyler se debe a algo más, ni siquiera quiso cenar anoche. —Hizo una pausa—. ¿Pasó algo entre él y tú?

—No, estaba todo bien hasta hace un par de días cuando de buenas a primeras empezó a mostrarse esquivo conmigo; ayer cuando vino a verme estuvimos muy bien, pero algo cambió cuando llegó Jesse a verme. Se fue enojado.

Mimie dio un suspiro de alivio.

—Pensé que era algo peor; Ty está celoso, eso es todo.

—No tiene motivos para estarlo; no hay nada entre Jesse Widmore y yo, somos solo compañeros de trabajo —le explicó ella.

—Sabes, es la primera vez que lo veo interesado verdaderamente en una mujer; reconozco que mi niño tiene su temperamento, pero es el hombre más tierno del mundo.

Erin se llevó una mano a la garganta; otra vez tenía unas enormes ganas de echarse a llorar.

—No es fácil para él expresar con palabras lo que siente, le cuesta mucho sacar fuera lo que guarda en el corazón; lo conozco como si lo hubiera parido y sé que está loco por ti y que su temor más grande es perderte.

Erin ya no pudo ni quiso contener las lágrimas, Mimie le estaba diciendo que Tyler la amaba, y aquellas palabras que le habría gustado oír del propio Tyler, venían de la mujer que había convivido con él durante los últimos veinte años. Erin comenzó a creer entonces que él sí sentía amor por ella.

—A veces me dan ganas de darle un coscorrón; es tan terco y desconfiado y...

—No pudo terminar la frase, se arrojó a los brazos de Mimie a llorar.

—... y lo amas con todo tu corazón —dijo Mimie terminando la frase por ella.

Erin asintió.

No importaba en ese momento que Tyler hubiese estado hosco con ella las

últimas horas; tampoco que tuviera la absurda idea de que podía haber algo entre Jesse y ella.

Lo único importante era que la amaba.

Tyler Evans la amaba, y Erin pensó que era bueno llorar de felicidad de vez en cuando.

* * *

El allanamiento en la casa de los Hall fue todo un éxito, encontraron no solo el martillo con restos de sangre seca sino que hallaron también una caja con las identificaciones de las víctimas. Se recogieron muestras de las manchas de sangre del suelo del sótano, y la casa se convirtió rápidamente en la principal escena del crimen. Era indudable que los homicidios se habían llevado a cabo en aquel lugar; faltaban los resultados de los análisis de ADN para confirmarlo, pero tenían lo suficiente como para poner bajo arresto a Anthony Hall.

Jesse se acercó con una expresión de alegría en su rostro.

—Jon, no vas a creerlo, Anthony Hall está dispuesto a confesar.

Jon soltó un soplo de alivio; si lo hacía, le ahorraría a todos tiempo y dinero.

—Bien, llevémoslo a la estación para tomarle declaración.

—¿Qué hacemos con su hija? Está en la cocina contenida por la empleada.

—No podemos dejarla sola, que alguien de los nuestros se quede con ella.

—Muy bien. —Jesse se dirigió a la cocina, y Jon abandonó la casa. Si Anthony Hall quería cantar, él estaba dispuesto a escuchar.

Efectivamente, cuando Anthony Hall fue interrogado confesó no solo ser el autor de los crímenes, sino también haber mandado matar a Rick cuando estaba detenido. Contó todo con lujo de detalles y el motivo que lo había llevado a cometer los homicidios. Jon no se sorprendió; lo había hecho con el único propósito de inculpar a Rick Evans, por eso el primer crimen sucedió después de su retorno a la ciudad. Aún faltaban los resultados de las pericias, pero estaba seguro de que confirmarían su declaración. Anthony Hall, completamente devastado, solo podía pensar en el bienestar de su hija. Logró tranquilizarse solamente después de que Jon le prometió que se ocuparían de ella.

* * *

Erin miró consternada a Olivia y a Connor que habían pasado a saludarla.

—Todos en la ciudad hablan del asunto, no puedes imaginarte cómo quedé mi madre cuando lo supo.

—La noticia nos sorprendió a todos —agregó Connor sosteniendo la mano de su novia y mirándola comprensivamente; había estado toda la tarde consolando a su madre, que había visto sus sueños de convertirse en la señora Hall desvanecerse en cuestión de horas—. Pero me alegro por Rick; fueron retirados todos los cargos en su contra; finalmente Tyler tendrá un poco de paz.

De repente, Erin se quedó en silencio. Las imágenes se sucedieron como ráfagas

y, luego, se quedó perpleja.

—Necesito salir de aquí. —Quitó las sábanas olvidándose de la presencia de Connor y se levantó de la cama—. ¿Me ayudas a vestirme, Olivia?

Olivia no supo qué hacer; Erin se veía bien, solo algunos magullones en la cara y una venda en la mano derecha, pero no tenía el alta médica.

—No sé...

—Me iré de todos modos —le dijo firmemente y con urgencia.

Olivia miró a Connor, le dijo que la esperara fuera y ayudó a Erin a vestirse.

—Deberías hablar con el doctor antes de irte, no puedes salir así; parece que estuvieras huyendo.

Erin soltó un resoplido de fastidio.

—No estoy huyendo, Olivia, simplemente necesito ir a la estación; están cometiendo un grave error.

—¿A qué te refieres?

—No puedo decírtelo ahora, ayúdame —le pidió al ver que ella con su mano vendada no podía prender los botones de su camisa.

—Lista.

—Supongo que has venido en auto.

—Connor me trajo.

—Bien, vamos, rápido, el tiempo apremia.

Olivia y Connor siguieron a Erin a través del pasillo del hospital. Una de las enfermeras trató de detenerla, pero ella le mostró su identificación y le cerró la boca.

Durante el trayecto hasta la estación de policía, Olivia trató de indagar qué estaba sucediendo, pero Erin no dijo absolutamente nada.



Capítulo 18

Todos en la estación se quedaron sorprendidos ante la repentina aparición de Erin, quien se suponía que debía permanecer en observación unas cuantas horas más.

Jon la reprendió por su imprudencia apenas la vio, pero Erin hizo caso omiso a sus palabras. Jesse, en cambio, la saludó con un efusivo abrazo, mientras desde un rincón, Tyler los observaba.

Ella le sonrió, pero solo encontró una fría mirada como respuesta. Las palabras de Mimie parecieron borrarse de su mente en ese momento.

Jon se le acercó.

—No debiste salir del hospital sin permiso médico.

—Jon, no tengo tiempo para sermones; si vine hasta aquí es porque se está cometiendo un grave error —le dijo y apartó los ojos de Tyler para tratar de enfocar su mente en lo que había ido a hacer.

—¿De qué hablas?

—¿Has leído el informe del perfil?

Jon asintió.

—Anthony Hall no es el asesino, Jon; solo está protegiendo a su hija.

Los tres hombres se quedaron atónitos.

—Mi perfil delineaba una dicotomía; había un punto que no me permitía cerrar el informe definitivamente y, cuando me enteré lo del embarazo de Brittany y fui a la casa, todo empezó a cuadrar. Brittany cometió los homicidios con la única intención de que nadie olvidara lo que le había sucedido; conocía a dos de las víctimas porque asistían al coro de la iglesia con ella. Probablemente las llevó engañadas a su casa; nadie sospecharía nada malo de la pobre Brittany; una vez allí las asesinó a golpes en el sótano. Es en ese momento cuando entra en juego su padre; fue él quien se deshizo de los cadáveres. Por eso decía que los crímenes parecían haberse cometido por dos personas diferentes: ella las mataba y él las arrojaba a la orilla del río. Anthony Hall adora a su hija, la ha criado desde la muerte de su esposa cuando ella apenas tenía tres años; creo que tienen una relación simbiótica, hasta enfermiza; jamás permitiría que algo malo le sucediera a Brittany, por eso confesó. Pero fue ella la que empuñó ese martillo y golpeó a Priscilla Caller, Katie Lorenz y Ruthie Quarrymen hasta causarles la muerte. Ella misma se sentía muerta por dentro: había perdido a su hijo y la capacidad de volver a engendrar —aclaró y aprovechó para tomar un respiro; comenzaba a creer que había sido un error dejar el hospital sin permiso. Se sentía mareada y extremadamente cansada, y no sabía si era por su estado o por los golpes que había recibido.

—¿Estás segura? —Jon nunca había dudado de su habilidad; seguía siendo tan

eficiente como antes y haberla buscado había sido una sabia decisión.

—Absolutamente —afirmó Erin con un suspiro.

—Bien, hablaré con Hall y lo enfrentaré con la información que tenemos; los resultados de las pericias estarán listos mañana temprano. Debemos encontrar algo que pruebe que fue Brittany quien asesinó a las muchachas; sabes perfectamente que un perfil psicológico no sirve de nada en la corte.

Erin asintió.

—¿Podría hablar con ella?

—Erin, no creo que sea conveniente, además no te veo nada bien, quiero que ya mismo regreses al hospital. —Alzó su mano en un gesto adusto—. Y es una orden.

—Yo puedo llevarla de regreso —se ofreció Jesse.

—Quizá Tyler pueda hacerlo. —Los ojos de Erin buscaron los de Tyler, esperando una señal de su parte, pero lo que él dijo no fue exactamente lo que ella quería oír.

—Ve con el agente Widmore. —Le lanzó una fugaz mirada a Jesse—. Creo que es lo más apropiado. Yo voy a ver a mi hermano.

¿Apropiado? ¿Qué diablos quería decir con aquello? Erin estuvo a punto de responderle, pero ni siquiera tuvo la oportunidad; Tyler abandonó la estación tras dar un fuerte portazo.

Se hizo un silencio pesante, Erin tenía ganas de llorar por no saber por qué Tyler la trataba de aquella manera. Agradeció la mano que Jon le dio.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza.

—Deja que Jesse te lleve al hospital; cuando el médico te permita irte quiero que vayas a tu casa, no deseo verte aquí hasta que estés completamente recuperada.

Erin obedeció sin chistar, no tenía ni las ganas, ni las fuerzas para protestar.

Ya en el hospital, recibió el reto del doctor Neiman delante de Jesse y, por un momento, Erin temió que a él se le escapara lo de su embarazo. La obligaron a recostarse, y una de las enfermeras revisó que todo estuviera bien con ella; le agradeció a Jesse por haberla llevado y, cuando la enfermera dijo que necesitaba descansar, encontró la excusa perfecta para pedirle a Jesse que se fuera a su casa. Él se marchó aunque era evidente que su voluntad era quedarse a su lado, aunque tampoco insistió.

Erin apoyó la cabeza en la almohada cuando se quedó sola y se cubrió con las sábanas.

Se acarició el vientre por debajo de la bata del hospital y cerró los ojos. Todavía no sentía a su hijo moverse dentro de su vientre, pero ya lo amaba.

Cuando estuviera repuesta y con las fuerzas suficientes como para enfrentarse a Tyler, lo buscaría, y él tendría que darle una explicación. Nunca en su vida se había sentido tan estúpida como cuando había sugerido que fuese él quien la llevara de regreso al hospital y solo había recibido una seca respuesta.

Odiaba cuando le hacía aquello, sus altibajos la confundían: podía ser dulce y apasionado un momento y, al siguiente, convertirse en el más tonto de los hombres.

Erin no podía creer que aquel cambio repentino solo tuviera que ver con celos; jamás le había dado motivos para que estuviera celoso de Jesse. Hurgó en su mente en busca de una señal que le permitiera dilucidar el momento exacto en el que Tyler había cambiado su actitud, pero después de mucho repasar no halló una respuesta que la satisficiera.

Maldijo en silencio; amaba a Tyler, pero no estaba dispuesta a soportar sus desplantes.

* * *

Tyler no se sorprendió cuando vio a Jon estacionar su auto fuera de su casa; en realidad, lo estaba esperando. Ahora que todo se había aclarado, solo faltaba que alguien viniera y oficializara el retiro de los cargos en contra de Rick. Lo vio conversar unas palabras con el agente que había custodiado a su hermano durante los últimos días y, cuando se dirigía a la casa, Tyler salió al porche para recibirlo.

—Tyler, buenas tardes. —Se quitó las gafas; las llevaba puestas a pesar de que ya estaba oscureciendo.

—Kellerman. —Fue un saludo un tanto seco, pero no estaba de humor; lo único que lo confortaba en ese momento era que había conseguido probar la inocencia de su hermano; por lo demás, no podía estar tranquilo. Alguien intentaba hacerle daño a Erin, y ella prefería la compañía de Jesse Widmore a la suya.

Jon le entregó unos papeles.

—Rick ya no tiene nada que ver con los homicidios: su nombre ha quedado oficialmente limpio.

Tyler los leyó por encima; él no necesitaba de ningún papel para creer en la inocencia de su hermano; a pesar de que por un segundo había dudado, sabía que tarde o temprano, sería por fin exento de toda sospecha.

—¿Me permitiría pasar?

Tyler lo invitó a entrar; Mimie les llevó un café a la sala y, sin preámbulos, Jon le soltó lo que había ido a decirle.

—No me gustó la manera en la que trataste a Erin esta tarde. —Lo tuteó por primera vez; se sintió con el derecho suficiente como para hacerlo, sobre todo, si estaba lastimando a Erin.

Tyler se movió inquieto en su sitio; no le gustaba que le reclamaran, pero sabía que Jon Kellerman no era un hueso fácil de roer: se sentía el ángel guardián de Erin y haría cualquier cosa para protegerla.

—No fue mi intención hacerlo. —No tenía sentido seguir ocultando el motivo de su comportamiento—. Llegué a pensar que Erin me amaba.

Jon dejó la taza de café sobre la mesita y lo miró fijamente. ¿Había entendido mal? ¿Aquel tonto le había dicho que Erin no lo amaba? ¡No podía creerlo!

—¿Pero cómo puedes decir semejante barbaridad?

—Pensé realmente que ella correspondía mi amor, pero ya no puedo estar seguro... No después de lo que vi.

—¿Y qué fue eso que viste?

—Creo que solo un tonto no se da cuenta de que algo pasa entre ella y el agente Widmore.

Jon entrecerró los ojos y se quedó en silencio unos segundos. ¿Erin y Jesse? No podía creer aquella patraña.

—Estás equivocado, no hay nada entre ellos; sí he notado que Jesse tiene interés en Erin, pero, créeme: no es recíproco.

—Sin embargo, lo que he visto me demuestra lo contrario —insistió Tyler; quería creer en lo que Jon le decía, pero sus ojos eran su mejor testigo—. El otro día estaba a punto de entrar a la oficina y me detuve cuando los vi abrazándose, muy acaramelados. El idiota ese, incluso, le olía el cabello y ella parecía encantada —lo dijo con una rabia que ya no pudo seguir conteniendo.

Jon negó con la cabeza.

—Eso no puede ser cierto; Erin te ama, ella misma me lo dijo.

—Los vi y le juro que me fue muy difícil aguantarme sin hacer nada, habría querido irrumpir en la oficina y romperle la cara a Widmore, pero me tragué la bronca y me fui.

—Y ahora descargas esa bronca con Erin cada vez que te acercas a ella —replicó Jon comprendiéndolo un poco más, aunque estaba convencido de que todo había sido un malentendido.

Tyler se puso de pie, dio un par de vueltas por la sala y regresó a sentarse.

—¿Qué quiere que haga? Me cae como una patada en el hígado que ese hombre esté cerca de Erin, veo cómo la mira y cómo la trata, se desvive por ella y...

Jon se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Tyler, créeme, es a ti a quien Erin ama; no sé qué has visto, pero seguramente lo has malinterpretado. Ella está desconcertada y dolida por tu actitud. Acepta un consejo de alguien que la quiere mucho: búscala y aclara todo esto; además, si no estuviera convencido de que te ama, no te estaría soltando este sermón; ya ha atravesado por una historia de amor dolorosa y quedó devastada.

Tyler se quedó callado, sopesando lo que acababa de oír. Seguiría el consejo de Jon; no podía continuar así, le estaba haciendo daño a Erin y a sí mismo.

—¿Hablarás con ella?

Él asintió.

—Muy bien. Quisiera hablarte de otro asunto, mucho más grave, me temo —dijo Jon preocupado.

—El atentado que sufrió Erin —respondió Tyler adivinando sus pensamientos.

—Sí; está visto que no era Anthony Hall quien estaba detrás del anónimo y los demás hechos; alguien más quiere lastimarla.

—He estado investigando por mi cuenta; creo que la respuesta está en el pasado de Erin, sobre todo, en lo sucedido con Adam Gardner.

—¿Has averiguado algo importante? —preguntó Jon con interés.

—He leído los expedientes del caso en busca de un posible sospechoso y creo que lo hallé. Estoy convencido de que quien está haciéndole esto a Erin es alguien del

círculo más íntimo de Adam Gardner. Sucede que no se sabe nada de su familia. El hombre no existía hace cinco años. De repente, apareció y de la nada armó una empresa financiera. Necesito indagar en su pasado, necesito saber más de él.

Jon asintió. Le gustaba la teoría que Tyler acababa de plantearle; sin dudas, la persona que estaba tras Erin quería hacerle pagar por la muerte de Adam Gardner, hacer justicia con su propia mano. Lo que le parecía extraño era el hecho de que hubiera esperado cuatro años para salir de las sombras. ¿Por qué precisamente ahora? No habría sido difícil investigar el paradero de Erin después de su alejamiento del FBI. Si decidía atacar ahora debía de tener un motivo muy fuerte o la oportunidad perfecta.

—Me parece acertado que lo hagas; mantenme al tanto; aún debo cerrar el caso de los asesinatos. Mañana obtendremos los resultados de las pruebas y podremos dar por terminada esta pesadilla.

—Para mi hermano, para Mimie y para mí también fue una pesadilla — manifestó Tyler.

Jon percibió cierto reproche en sus palabras, pero no podía culparlo.

—Lo sé, pero comprende que estábamos cumpliendo con nuestro deber, por fortuna todo terminó bien para Rick...

—Gracias a Erin.

—Gracias a Erin —concordó Jon—. A propósito, pasará la noche en el hospital; sería bueno que hablaras con ella lo antes posible.

—Mañana iré a verla a primera hora —le aseguró.

Tyler lo invitó a cenar por insistencia de Mimie, pero Jon prefirió retirarse.

—Simpático —comentó Mimie una vez que Jon se marchó.

—Es un buen hombre —dijo Tyler sonriéndole.

—Y tiene mucha razón: ¡si no hablas con Erin y resuelves todo este embrollo yo misma te llevaré a verla arrastrado de una oreja si es necesario!

Tyler soltó una carcajada y la abrazó.

—No será necesario —respondió y condujo a Mimie hacia la cocina donde los esperaba Rick para cenar.

* * *

Estaba sentado dentro del auto y con la mirada clavada en el edificio de cinco plantas donde funcionaba el hospital Kansas Spine.

No comprendía por qué demonios la había dejado con vida. Habría sido sencillo acercarse a ella después de haberla sacado del camino para terminar con lo que había empezado.

No quería pensar que había sentido lástima, porque ella no la había tenido con su hermano la noche que lo mató. Tampoco quería pensar en su belleza.

Había planeado y esperado ese momento durante mucho tiempo; sabía que la espera tendría su recompensa.

Paciencia y astucia. Dos virtudes que había sabido cultivar con esmero y que

pronto iban a rendir sus frutos.

Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y sacó una foto del bolsillo de su camisa. Aquella imagen lo acompañaba a todos lados, para hacerle recordar cuál era su misión en la vida.

Hacer justicia; evitar que la muerte de su hermano quedase en el olvido.

Acarició la foto de Adam con el dedo índice.

Él no esperaba que la zorra de Erin Campbell lo asesinara. En un funeral vacío, lloró la muerte de su hermano. Esa tarde supo que él sería el elegido para vengar la muerte de Adam. Él sería el verdugo de la mujer que había acabado con su vida.

Esa necesidad de venganza se acrecentó cuando Erin Campbell fue declarada inocente; su hermano había muerto, y nadie iba a pagar por su muerte.

No podía permitirlo. Por eso ideó un plan y, aunque llevarlo a cabo le llevaría un tiempo considerable, sabía que valdría la pena.

Y allí estaba, cuatro años después, a tan solo unos pocos metros de la mujer que había desgraciado la vida de su familia.

Podía bajarse del auto, entrar al hospital y llegar hasta ella sin ningún problema. Sabía dónde estaba y le bastarían solo sus dos manos para acabar con su vida.

Pero no; no sería esa noche en que la zorra muriera. Quería para ella una muerte lenta y dolorosa.

Esperaría un poco más.

Después de todo, decían que la venganza era el placer de los dioses.

¿Acaso él no era una especie de Dios?

Tenía la vida de Erin en sus manos. Cuando él lo decidiera, ella finalmente dejaría de existir.

Respiró hondamente y guardó la fotografía de su hermano.

Sus ojos volvieron a posarse en la fachada del hospital.

«Ya te llegará la hora, maldita zorra».

* * *

Erin ya estaba de pie, esperando que Olivia viniera por ella, la había llamado inmediatamente después que el doctor Neiman le había dicho que podía irse. Miró con impaciencia su reloj, no sabía si eran las ganas de dejar aquel hospital o qué, pero los minutos parecían correr más lentamente.

Se giró sobre sus talones cuando escuchó que alguien se acercaba.

Su corazón dejó de latir por una milésima de segundo, cuando vio a Tyler avanzar hacia ella.

—Buenos días —le dijo él con una sonrisa en los labios.

Allí estaba de nuevo, comportándose dulcemente con ella como si nada hubiera pasado.

—Hola —solo pudo decir más confundida que nunca.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, el doctor me acaba de dar el alta, estoy esperando que Olivia venga por mí —le informó desviando la mirada y dándole la espalda. No quería mostrarse débil frente a él; no podía olvidar cómo la había tratado.

Lo escuchó acercarse y comenzó a temblar.

—Llámalas y dile que no es necesario, deja que sea yo quien te lleve a tu casa.

Erin se dio vuelta para decirle que no hacía falta; pero cuando se topó con sus ojos fue incapaz de negarse.

Se encontró unos segundos después marcando el número de Olivia para avisarle que se iría con Tyler.

—¿Nos vamos?

Erin asintió.

Él puso un brazo alrededor de su cintura y la condujo por el pasillo del hospital. Erin podía movilizarse perfectamente, pero Tyler la estaba cuidando como si fuera a romperse en cualquier momento.

Se subieron a la camioneta y antes de encender el motor, él se puso de costado y la miró.

Estuvieron mirándose a los ojos durante unos cuantos segundos hasta que por fin, él abrió la boca.

—Erin, quiero pedirte disculpas, sé que me he comportado como un patán contigo y, si no me perdonas, lo voy a entender.

Erin sintió su corazón galopar vertiginosamente dentro de su pecho; un nudo en la garganta le impidió articular palabra.

—Estaba ciego de celos, no podía soportar la idea de que tuvieras algo con ese engreído de Widmore.

—¡No tengo nada con él! —saltó ella de inmediato.

—Ahora lo sé, pero cuando te vi en sus brazos...

—¿Qué tú qué?

Tyler respiró hondamente y subió una pierna encima del asiento; aquella conversación sería larga.

—El otro día te vi a ti y a Widmore abrazados en la oficina.

A Erin le vino a la mente la ocasión en la cual había estado a punto de desmayarse, y Jesse la había sujetado para ayudarla. Era eso lo que él había visto y había malinterpretado. No recordaba mucho de aquel abrazo; ella estaba bastante mareada y a juzgar por la reacción de Tyler, Jesse se había sabido aprovechar de la situación muy bien.

—¿No dices nada?

Erin sonrió tibiamente.

—No es lo que parece; ese día no me sentía muy bien; me levanté de la silla y estuve a punto de perder el conocimiento, Jesse solo estaba allí y me ayudó a no caer; nada más.

Tyler ya sabía que no había nada entre ella y Jesse, pero fue necesario oírlo de los labios de Erin, para que su corazón se tranquilizase.

—He sido un imbécil —reconoció sintiéndose avergonzado.

—El más grande de los imbéciles —concordó ella dejando de lado el enojo y la angustia de las últimas horas. Él estaba reconociendo que se había equivocado, y ese era ya un paso importante.

—¿Me perdonas?

Tyler puso cara de cachorro mojado y la hizo reír.

—¿Eso significa que sí me perdonas?

Erin se mordió los labios y comenzó a jugar con el dobladillo de su falda. Luego de unos segundos, alzó la vista y decidió que ya lo había hecho sufrir demasiado.

—Lo perdono, comisario Evans.

Tyler acercó su rostro al de ella y la besó en la boca. En cuantos los labios masculinos tocaron los de ella, su sangre se precipitó como un torrente dentro de sus venas. La abrazó olvidándose que Erin aún estaba convaleciente. La sintió retorcerse entre sus brazos y cuando se dio cuenta de que ella estaba sintiendo dolor, la soltó.

—Lo siento... me dejé llevar.

Erin acarició su rostro, pasó su dedo índice por la pequeña marca que se formaba cada vez que él sonreía, lo miró directamente a los ojos y le dijo:

—No pasa nada; extrañaba tus besos, Tyler.

Él tomó su mano y besó delicadamente sus dedos.

—¿Cuánto tiempo tardarás en restablecerte del todo? —le preguntó con una chispa de picardía en sus ojos.

—El doctor me recetó unos analgésicos; según él será cuestión de un par de días —le respondió rozando la pierna de Tyler con la suya—. No me duele mucho, solo cuando me aprietan demasiado...

—Tendré que ser cuidadoso, entonces. —Se movió inquieto ante el roce atrevido de la rodilla de Erin.

—Deberás serlo. —Estuvo a punto de contarle de su embarazo, pero se arrepintió en el último momento.

Tyler se moría de ganas de hacerla suya nuevamente, enterrarse en su cuerpo y dormir enredado en sus brazos, lo necesitaba para asegurarse que ella le pertenecía en cuerpo y alma.

—Erin... —tomó su rostro y la miró, sintió cómo ella se estremecía—, no sé qué habría sido de mí si algo malo te sucedía, cuando escuché tu mensaje, me volví loco de desesperación pensando que ese maldito te había hecho daño.

Erin tragó saliva. ¿Era ese su modo de decirle que la amaba? No sonaba tan bonito como un «te amo», pero no le importó.

—Estoy aquí, a tu lado —le dijo con lágrimas en los ojos.

Y ahora tenía que decírselo, era la ocasión perfecta. Pero su teléfono móvil sonó y borró de un plumazo la magia del momento.

—Tengo que atender.

Tyler la soltó y lanzó un bufido. ¡Qué inoportuna resultaba cierta gente!

—Hola, Jon. —Miró a Tyler y vio el gesto de fastidio en su rostro.

Exactamente cuatro minutos después; Tyler había llevado la cuenta, Erin

terminó de hablar con su jefe.

—Llegaron los resultados del laboratorio; la sangre hallada en el sótano de los Hall pertenece a dos de las víctimas, pero lo más importante es que encontraron una huella parcial en el mango del martillo: es de Brittany; ella las mató.

—Y tú ya lo sabías.

Erin asintió.

—Créeme que habría preferido equivocarme; Brittany ha sufrido mucho; la pérdida de su bebé fue terrible para ella. —No podía evitar sentir pena por la joven.

—Sí, lo lamento mucho, saber que los golpes que le dio mi hermano provocaron semejante daño es muy doloroso; no le he dicho nada a Rick, creo que es mejor que no lo sepa.

Erin estuvo de acuerdo con él. Rick también había sufrido demasiado ya. Todo había finalmente terminado, o al menos casi todo.

—¿En qué piensas?

—El caso de los asesinatos se resolvió; al menos, tres de ellos —puntualizó Erin pensando en Candance, la cuarta jovencita que había sido asesinada para mandarle un mensaje a ella—. Además, aún no sabemos quién me atacó.

Tyler encendió el motor y se puso en camino.

—Creo que tenemos una pista firme; se lo comenté a Jon, y está de acuerdo conmigo.

—Cuéntame.

—¿Qué sabes de la familia de Adam Gardner?

A Erin le sorprendió su pregunta.

—No mucho, nunca conocí a sus padres. Adam y yo solo estuvimos saliendo durante cinco meses. Mencionó varias veces a un hermano, pero nunca llegué a conocerlo. Me lo iba a presentar unos días antes de lo sucedido. —Su rostro se entristeció—. ¿Crees que es él quien quiere lastimarme?

—No lo sé, pero es un comienzo. Investigaré todo lo que pueda para desentrañar esto, Erin. Te lo prometo.

Erin no necesitó preguntarle el motivo que tendría el hermano menor de Adam para hacerle daño. Había estudiado la mente criminal durante varios años como para darse cuenta de qué pensaba el hermano de Adam de ella.

Buscaba no solo justicia, sino venganza.

Y no descansaría hasta lograr su objetivo.

Se acercó a Tyler y apoyó la cabeza en su hombro.

—Todo va a estar bien, lo atraparemos —le prometió él apartando la vista del camino por un instante para verla a los ojos.

Erin asintió y se aferró a él con fuerza. No le había dicho que lo amaba, tampoco que iban a tener un hijo. Había cosas más urgentes que resolver; su vida corría peligro.

Bajó su mano derecha para tocar su vientre, y una lágrima rodó por su mejilla.

* * *

No sabía nada de Gardner, pero debía empezar por algún lado. Recordaba que había visto fotografías de él en la carpeta del caso y también en Internet, cuando había buscado información sobre Erin. Volvió a mirar en la pantalla, en las imágenes que mostraba el buscador. No lo podía reconocer, pero había algo en esa mirada que le resultaba familiar. Vio las fotos de la autopsia, distintas de las de Internet: en estas no tenía barba. El hombre que estaba sobre esa fría camilla de metal, afeitado, era alguien que Tyler conocía bien. Aparentemente, Adam Gardner había vivido en Wichita.

No recordaba el nombre con el que ese hombre había vivido en su comunidad; definitivamente, no era Gardner, pero no lo recordaba. Llamó a Tom con urgencia.

—¿Dónde es el incendio? —preguntó divertido Tom.

—Aquí —dijo Tyler y le mostró la fotografía—. ¿Reconoces a este hombre?

—Un momento... Sí, trabajaba en una finca, un poco alejado de la ciudad. Creo que lo arresté una vez: estaba ebrio y haciendo un disturbio en la calle. Nada grave. ¿Cómo se llamaba?

—Vamos, Tom. Tú nunca olvidas un nombre.

—Cragen. Adam Cragen.

Tom buscó la ficha de cuando lo habían arrestado.

—Por lo menos, conservó el nombre de pila. Mira las fotos. —Tyler se las mostró.

—Cambió el color de su pelo, se dejó la barba, incluso parece tener una pequeña cicatriz sobre el labio que antes no tenía.

—Así es. Parece que Adam quería desaparecer de Wichita. Ahora resta averiguar por qué.

Buscó en los antecedentes que tenía en la comisaría. Adam Cragen se había criado en un orfanato en Clinton. Llamó allí para ver si podían darle alguna información, pero le resultaron esquivos. Pensó, recostado en su silla, qué hacer.

Minutos después, había tomado la decisión: iría a Clinton y hablaría con ellos en persona. El caso de los asesinatos ya estaba resuelto, Brittany había sido detenida acusada de la muerte de las tres adolescentes y enviada a una institución mental hasta que se celebrase el juicio en su contra. Por su parte, Anthony Hall, que había sido acusado como partícipe necesario de los asesinatos y conspiración para cometer asesinato por haber atentado contra la vida de Rick, también esperaba ser enjuiciado.

Sin embargo, había algo que lo inquietaba: la tarea del FBI en Wichita había terminado, ya nada los retenía allí y la idea de que Erin se marchase, lo aterraba. Había estado a punto de confesarle su amor, pero la inoportuna llamada de Jon Kellerman se lo había impedido. Tenía que hablar con ella antes de que fuera demasiado tarde.

Erin iba a almorzar con Rick ese mediodía; podía aprovechar y soltarle de una vez todo lo que guardaba en su corazón.

Salió decidido de la estación; habían acordado encontrarse en su casa y hacia allí se dirigía. Sabía que Rick se iba a alegrar mucho de verla; por diferentes circunstancias, no habían podido reunirse desde que su hermano había sido liberado,

y ya era hora.

También era hora de que Erin por fin supiera cuánto la amaba. No iba a permitir que se marchara simplemente porque ya no podría concebir la vida lejos de ella.

Se subió a la camioneta y echó un vistazo a su reloj, a esa hora Erin ya estaría en su casa reunida con Rick y ayudando a Mimie a preparar el almuerzo.

Se sintió feliz; Erin lo esperaba en casa, en familia; y Tyler quiso creer que aquella jornada podía ser la primera de muchas otras.

* * *

Rick abrazó a Erin durante unos cuantos minutos, estaba feliz de volver a verla, y ella sentía lo mismo. Lo encontró mucho más tranquilo, y él le contó que las lagunas mentales habían remitido; le habían vuelto a cambiar el medicamento lo que parecía dar resultados.

La tomó de la mano y la llevó al jardín, mientras Mimie terminaba de preparar el almuerzo. Erin quiso ayudarla, pero Rick la acaparó solo para él.

Conversaron durante casi una hora, sentados en el suelo, sobre la hierba.

—Te extraña mucho —le dijo él mirándola con sus enormes ojos castaños.

Erin acarició su mano.

—Yo también, Rick.

—¿Cuándo vas a casarte con mi hermano?

Erin se quedó boquiabierta. Después de unos segundos le contestó.

—El lento de tu hermano aún no me lo pide.

—Le diré que te lo pida hoy mismo.

—No, Rick, no debemos presionarlo; ya se dará cuenta de que es imposible vivir sin mí. —Le guiñó el ojo, y Rick se echó a reír.

De pronto, Erin se sintió intranquila. Creyó ver una sombra junto al encino que daba a la calle. No supo por qué, pero tuvo un terrible presentimiento.

—Rick, será mejor que entremos. —Se puso de pie, se sacudió la hierba del vestido y lo instó a que se levantara.

Rick obedeció, y se encaminaron hacia la casa; pero de repente Rick se detuvo porque se le había desatado el cordón de una de sus zapatillas. Se agachó. Cuando lo hizo, la sombra que Erin había creído ver cobró vida. Un hombre vestido completamente de negro y con el rostro cubierto salió de detrás del árbol y alzó el brazo derecho.

Cuando Erin vio la pistola, lo primero que hizo fue decirle a Rick que corriera hacia la casa.

Rick la miró y se puso de pie, no entendía que estaba pasando.

—Erin...

—¡Rick, por favor, entra a la casa!

Los ojos azules de Erin seguían atentamente los movimientos del hombre de la pistola.

Rick se dio vuelta y el estruendo del disparo retumbó en sus oídos. Lo sucedido después, Erin lo vivió como si se encontrase dentro de una película que corría en cámara lenta.

Vio el cuerpo de Rick desplomarse en el suelo. Se lanzó encima de él; cuando lo tocó, sintió la sangre brotar de su pecho.

—¡Rick, háblame! ¡Rick! —Las lágrimas le nublaban la visión. Alzó la vista un segundo, pero el hombre que había disparado ya no estaba allí.

Rick abrió los ojos y apretó la mano de Erin; de sus labios brotó un hilo de sangre.

—Rick, no; tú no. —Lo veía, mientras él hacía un gran esfuerzo por decirle algo.

—Erin... —susurró su nombre antes de cerrar los ojos.

Con manos temblorosas estrechó su cuerpo aún caliente entre sus brazos. Llamó con urgencia a una ambulancia. ¡Rick estaba al borde de la muerte por su culpa, al igual que Adam había fallecido tiempo atrás! Sintió que se moría con él; se separó y trató de revivirlo, una y mil veces, pero él nunca reaccionó.

—¡Rick!

Erin vio a Mimie correr hacia ellos; la mujer iba tambaleándose mientras se acercaba. Cayó de rodillas y asió el cuerpo de su niño para abrazarlo.

Erin se apartó hacia un lado; se miró las manos cubiertas de sangre; la sangre de Rick... Trató de limpiárselas con la falda de su vestido; pero seguían sucias.

La voz melodiosa de Mimie llegó a sus oídos; la mujer estaba cantando una canción que hablaba del alma inocente de los niños que iban al cielo. Nunca la miró a ella, parecía no verla. Erin se dio cuenta de que estaba de más, Mimie necesitaba estar a solas con él y despedirse a su manera.

Se puso de pie como pudo y comenzó a caminar. Ni siquiera sabía a dónde estaba yendo; avanzaba hacia delante como un robot, sus brazos laxos caían a ambos lados de su cuerpo. Llegó hasta la cocina y escuchó frenar la camioneta de Tyler. Se detuvo, fue incapaz de dar un paso más.

Tyler entró en la casa, encontró a Erin en la cocina. Se acercó a ella y entonces notó la sangre en sus manos. La asió con fuerza de los hombros.

—¡Erin! —Ella estaba con la mirada perdida y sollozaba incontroladamente—. ¡Dios mío, Erin! ¿Qué ha sucedido?

Erin no pudo responderle; un segundo después, se desvaneció entre sus brazos.



Capítulo 19

La ambulancia había llegado a toda velocidad, y los paramédicos a duras penas habían dejado que Tyler acompañara a su hermano al hospital. Los signos vitales eran débiles, mínimos, pero todavía estaban allí. Había perdido mucha sangre.

En el hospital, consideraron que lo mejor era inducirlo a un coma farmacológico para poder estabilizarlo e intentar salvarle la vida. Además de la gran cantidad de sangre perdida, el funcionamiento renal parecía comprometido y no podía respirar sin un respirador. Los médicos solo hablaban de «pronóstico reservado».

Mimie había dejado la casa para instalarse a cuidar a su muchacho, que ahora la necesitaba más que nunca. Tyler pasaba horas en el hospital, hostigando a los médicos, pero también reflexionando sobre lo sucedido. El nudo que tenía en la garganta le impedía llorar. No había derramado ninguna lágrima todavía; el dolor y la angustia las llevaba acumuladas en sus entrañas. En su mente no dejaba de proyectarse como si fuera una macabra película de terror, el momento en que había llegado a su casa y había encontrado a Erin con las manos ensangrentadas; después cuando había salido al jardín y había descubierto a su hermano malherido entre los brazos de Mimie sintió que el suelo se abría a sus pies. No podía entender qué era lo que había pasado; no se lo dijeron hasta unas horas después. Alguien se había metido en la casa y había disparado. De inmediato supo que esa bala estaba dirigida a Erin; que Rick había estado en el momento equivocado y en el lugar equivocado. Su hermano yacía ahora inconsciente en una habitación llena de flores y augurios.

Y él le había fallado una vez más; no había estado allí para protegerlo y evitar su padecimiento.

Abrazó a Mimie quien no cesaba de llorar y clamar por su niño. Deseó que aquel momento terminara de una vez.

Alzó la vista y pensó en Erin. No había hablado con ella desde lo sucedido; estaba tan conmocionada como él.

Erin se había desmayado en sus brazos y cuando finalmente había logrado que reaccionara; solo pudo balbucear tres palabras:

«Es mi culpa.»

Después todo fue caos, angustia, llanto y desesperación.

La había necesitado y mucho, pero prefirió llevar su dolor en soledad. Rick era su mayor preocupación en aquel momento. Mimie estaba exhausta de pasar las noches en un camastro en el hospital. Tyler no creía que pudiera resistirlo; cargaba sobre sus hombros una pena muy grande y, a sus casi sesenta años, todo dolor se hacía más pesado.

Sabía que Erin estaba contenida; tenía a Jon y a Olivia. Él no se encontraba en

condiciones ni siquiera de brindarle una palabra de consuelo. Solo se limitó a contemplarla mientras se aferraba al brazo de Jon Kellerman y ocultaba su dolor detrás de sus gafas oscuras, cuando habían pasado por el hospital.

—Erin, ¿quieres ir a saludar a Tyler y a Mimie? —le había preguntado Jon en esa oportunidad. Rick estaba solo en su cama, la familia había ido a la cafetería a desayunar algo y despejarse.

Ella no supo qué contestarle; no había hablado con ellos en los últimos días; no podía hacerlo. La culpa que la embargaba era demasiado abrumadora. ¿Cómo podía enfrentarse a Tyler y decirle que lo sentía? ¿Y a Mimie? Simplemente no podía hacerlo. El sentimiento de culpa la había paralizado; lo único que deseaba era irse y desaparecer.

Jon la sacó del hospital y la llevó a su casa. Erin no había dormido ni había probado bocado desde hacía más de cuarenta y ocho horas; Jon no iba a permitir que Erin se dejara abatir como lo había hecho cuatro años atrás.

Le pidió a Olivia que se hiciera cargo de *Apollo* y se quedó con ella; una vez más, Jon se había convertido en su más grande apoyo. Le preparó una sopa, pero Erin apenas bebió unos sorbos.

—No tengo hambre, Jon —le dijo apartando el plato a un lado.

—Erin, tienes que comer algo —insistió él a sabiendas de que sería inútil.

Erin negó con la cabeza.

—No puedo, Jon. No puedo. —Había comenzado a llorar nuevamente. Levantó ambas piernas sobre el sillón; las rodeó con sus brazos y hundió su cabeza entre las rodillas para poder llorar.

Jon no lo soportó más. Dejó el plato sobre la mesa y se sentó a su lado; la obligó a levantar la cabeza.

—Erin, mírame; sé lo mucho que te duele la situación de Rick Evans, pero no fue tu culpa... No lo fue —le dijo tratando de imprimirle fuerza a sus palabras.

Ella lo miró con sus ojos empapados e irritados de tanto llorar.

—Esa bala era para mí, Jon... Soy yo quien debe estar en esa cama en ese hospital.

Jon la asió de los hombros y le dio un fuerte sacudón.

—Escucha, ¡no vuelvas jamás a decir una barbaridad como esa! —le estaba gritando, pero no le importó—. ¡Rick fue una víctima desgraciada en toda esta maldita historia, pero la víctima principal sigues siendo tú! ¿Me oyes? ¡No voy a dejar que te hundas como la otra vez, Erin! ¡No te voy a dejar!

Los gritos de Jon solo hicieron que se sintiera peor de lo que ya estaba; nada cambiaría el terrible hecho de que Rick estaba herido por su culpa, era una amarga verdad que tendría que cargar por el resto de su vida. Cuando mirase el rostro de Tyler reconocería a Rick en él; ya no podría siquiera verlo a los ojos sin traer a su mente el momento en que Rick había caído en sus brazos.

Por eso había tomado una decisión.

Se limpió el llanto del rostro y respiró profundamente.

—Jon, quiero regresar a Lexington. Ya no tengo nada que hacer aquí —dijo

cuando estuvo un poco más serena.

Jon se quedó en silencio unos segundos; se estaba nuevamente enfrentando a la misma situación de cuatro años atrás. Erin volvía a escapar, presa de una culpa que no merecía sentir.

—Erin; ¿es lo que realmente quieres hacer?

Ella asintió.

—¿Y Tyler?

Erin cerró los ojos y se mordió los labios.

—Tyler estará mejor sin mí; no creo que quiera volver a verme después de lo sucedido. —Era doloroso, pero real—. Yo... yo no tengo las fuerzas suficientes para enfrentarlo; él necesita consuelo y yo no podría brindárselo.

—Erin...

Ella no lo dejó hablar.

—¿No lo entiendes, Jon? No podría siquiera mirarlo a los ojos, ni a él ni a Mimie; lo mejor que puedo hacer es dejar la ciudad; quizás el tiempo y la distancia nos hagan bien a ambos.

—No lo dices en serio; tú amas a ese hombre —replicó Jon tratando de hacerle ver que cometería un gran error si se marchaba de Wichita.

—Más que nada en el mundo, pero también sé que le causé un gran dolor. Tyler adora a Rick y yo lo puse en peligro. ¡Vamos! ¡Todavía no sabemos si va a sobrevivir! ¡Está en coma, por Dios!

—Deberías hablar con él, no creo que piense así...

Erin volvió a interrumpirlo.

—Me iré de Wichita y es mi última palabra —dijo con firmeza a pesar de que le temblaban los labios—. ¿Cuento contigo o no?

Jon dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sabes que siempre vas a contar conmigo.

—Bien, quiero irme hoy mismo —resolvió—. Pero quiero hacer algo antes y espero contar con tu aprobación.

—¿De qué se trata?

—Quiero ir a ver a Brittany Hall.

Jon no podía hacer nada por impedir que fuera, por eso decidió acompañarla.

* * *

Tyler dejó caer su pesado cuerpo sobre la cama que era de Rick. Había regresado del hospital hacía apenas una hora; logró que Mimie aceptara que por esa noche se quedara una enfermera especialmente asignada y que se tomara un tranquilizante. Tyler se quedó a su lado hasta que se durmió.

Después había entrado en la habitación de Rick porque necesitaba estar allí para rodearse de sus cosas. Respiró hondamente, aún podía sentir su olor. Sus ojos grises se pasearon por el escritorio en donde Rick se sentaba a leer sus libros de aventuras. La mayoría habían sido regalo de él; se los llevaba cuando lo visitaba en el clínica de

salud mental, porque sabía que era lo único que lo entretenía y le hacía olvidar donde estaba.

Sobre una repisa él había colocado unos cuantos muñecos que representaban a los personajes de *Star Wars*. Allí estaban, ordenados uno al lado del otro, Anakin Skywalker, Obi-Wan Kenobi, R2-D2 y el favorito de Rick: Yoda. Sonrió al recordar la vez que Yoda se había caído al suelo y él lo levantó y lo dejó entre los demás muñecos. Rick de inmediato lo cambió de sitio, porque no era allí dónde debía estar.

Eran pequeñas manías que las que lo hacían extrañar. Tenía que ser fuerte, tenía que encontrar al que había disparado contra Rick. Aunque sabía que, en definitiva, esa bala la buscaba a Erin. No podía detener su investigación; no cuando estaba dando sus frutos.

Cerró los ojos y entonces pensó en Erin; tan frágil y atormentada. Sabía que estaba sufriendo tanto como ellos; la había visto entrar al hospital desde la confitería, apenas lograba sostenerse en pie junto a Jon Kellerman.

Sabía que debía sentirse terriblemente angustiada tras lo sucedido, y él ni siquiera se había acercado para ver cómo estaba o si necesitaba algo. Pero no era solo el dolor lo que no le permitía pensar con claridad.

También era la culpa.

Existían dos culpables del atentado contra Rick. Uno, estaba relacionado con Adam Cragen; lo podía jurar sin temor a equivocarse.

El otro, se encontraba allí, llevando lo mejor que podía el hecho de que su hermano estuviera en coma con pronóstico reservado.

Se levantó de un salto; no tenía caso quedarse en aquella habitación lamentándose por lo que había sucedido.

Tenía una cosa importante que hacer.

Hallar al hombre detrás de los atentados contra Rick y contra Erin. Era lo único que tenía prioridad en su vida en ese momento: «Te encontraré, maldito bastardo y haré que pagues por tanto dolor aunque sea la última cosa que haga en mi vida».

* * *

Miró la ventana de la habitación de Rick Evans en el hospital. Lamentaba su suerte; él había sido su primer error.

Y no le gustaba cometer errores; se suponía que la bala solo iba a asustarlo, y él aprovecharía la confusión para secuestrar a la zorra de Erin.

Pero todo su plan se había venido abajo en un solo segundo; desplomándose como si fuera un castillo de naipes. No iba a dejar que aquella equivocación lo distrajera; su objetivo seguía siendo el mismo: vengar la muerte de su hermano y acabar con la vida de Erin Campbell.

Las reglas habían cambiado, pero el juego seguía siendo el mismo.

El gato cazando al ratón.

Y la presa no tardaría en caer entre sus garras.

Llamó a un muchacho y le dio cinco dólares para que llevara las flores para

Rick al hospital. Se cercioró de que el niño no pudiera reconocerlo. Cuando vio que las había entregado, se esfumó. Aquel gesto fue una muestra de respeto hacia, quien por culpa de un error, se había convertido en una involuntaria víctima.

Ya no podía equivocarse.

La venganza iba a cumplirse.

Tarde o temprano.

* * *

Erin le pidió a Jon que la esperara en el pasillo. Acompañó a la enfermera hacia una pequeña sala pintada de blanco; allí, en una de las mesas, divisó a Brittany Hall. Mientras caminaba hacia ella pensaba en las vueltas de la vida y en lo cruel que podía llegar a ser el destino a veces; era en aquella misma institución dónde Rick había pasado cuatro años de su vida, pagando por haber agredido a Brittany.

Se acercó y se sentó justo frente a ella.

—Hola, Brittany.

Pero la joven ni siquiera levantó la cabeza.

—He venido a despedirme; me marcho de la ciudad, pero no quería irme sin decirte adiós —le dijo extendiendo su brazo por encima de la mesa.

Brittany se movió para evitar que ella la tocara, pero seguía cabizbaja y sumida en el más profundo silencio.

Erin suspiró.

—Brittany, quiero que sepas que lamento como terminó todo. Mi intención era buena, quería ayudarte, pero cuando descubrí la verdad no pude quedarme callada.

Brittany movió la cabeza hacia un lado. Erin sabía que la estaba escuchando y que entendía perfectamente todo lo que ella le decía, pero parecía estar decidida a no hablarle.

—Sé que has sufrido mucho y pienso que fue ese mismo dolor lo que desató en tu interior la locura; no quiero justificarte porque es terrible lo que has hecho, pero deseo que sepas que comprendo por todo lo que has tenido que pasar.

Entonces Brittany por fin levantó la cabeza y la miró.

Erin sintió un escalofrío; sus hermosos ojos celestes lucían vacíos; apagados.

—Todavía no ha terminado —dijo de repente.

La frialdad que se reflejaba en su mirada.

—No ha terminado —repitió y extendió un papel sobre la mesa.

Erin vio un anónimo compuesto por letras recortadas de revistas. «Ahora es mi turno. Tú ya has hecho lo tuyo.»

—Tienes más de estos, ¿verdad, Brittany?

Asintió. Sacó una pila con, por lo menos, una docena de mensajes. El más viejo estaba fechado unos días después de la salida de Rick Evans de la cárcel. «Es hora de ajustar las cuentas. Nuestro hijo necesita que hagas algo por él.» Otro decía: «No dudes. Sabes qué hacer. Es nuestro hijo el que te lo pide». Uno de los últimos: «No dejes que pierdan la inocencia. Tú la perdiste, pero también a tu pequeño. Hazlo por

él, ahórrales el sufrimiento».

Erin sabía que había algo más ahí. ¿Quién le enviaba los anónimos a Brittany? ¿Era la misma persona que había atentado contra ella? También decía «nuestro hijo». Nunca había sabido nada del padre del niño que Brittany había llevado en su vientre y que había perdido a causa de esa terrible golpiza. Podía serlo; decía «ahora es mi turno». Y lo que había sucedido demostraba que estaba actuando de algún modo.

—¿Sabes quién es? —preguntó Erin.

Brittany había perdido algo de su fachada dura y fría cuando le había dado los anónimos, era como si esa confesión le permitiera expiar su culpa por los asesinatos. Después de que lanzó la pregunta, Erin vio que sus ojos volvieron a endurecerse.

—Me alegro de que Rick Evans esté en el hospital —dijo con la frialdad de antes—. Ojalá esta vez muera.

Luego, se marchó de allí.

Erin le contó a Jon lo sucedido; le entregó los anónimos que guardó, cuando Brittany se alejó y los dejó sobre la mesa. Kellerman se comprometió a investigar, aunque las cosas las seguirían desde Quantico.

* * *

Fue duro despedirse de Olivia; el poco tiempo que había pasado en Wichita le bastó para encariñarse con ella. Iba a extrañarla.

—¿No hay nada que pueda decir o hacer para que te quedes? —insistió ella mientras ayudaba a meter su ropa en la maleta.

—No, debo irme, es lo mejor para todos. —Guardó su ordenador portátil y se cercioró de que no olvidaba nada.

—¿También para Tyler?

Erin se quedó quieta, aquel había sido un golpe bajo. Prefería no hablar de él para que su partida fuera menos angustiada, pero no había podido apartarlo de su pensamiento ni por un segundo.

—Sé que me has pedido que ni siquiera te lo nombrase, pero... Erin, deberías al menos despedirte, ¿no crees?

Negó con la cabeza.

—Connor me dijo que está destrozado por lo de Rick; dice que no lo ha visto llorar en ninguna oportunidad; pareciera que estuviera tragándose todo su dolor.

Olivia no se daba cuenta el daño que le hacía a Erin saber aquello; por eso había pedido que no le hablaran de él.

—No sigas, Olivia, por favor —le suplicó.

Olivia se acercó y la abrazó, ya no volvió a mencionar el tema. La acompañó hasta su auto con *Apollo* en brazos.

—A ti también voy a extrañarte, chico —dijo frotando su nariz en la fría y húmeda trufa de *Apollo*.

Erin los miró a ambos.

—Nosotros también te extrañaremos, Olivia.

—Recuerda que me prometiste enviarme tu nuevo libro apenas salga de la imprenta —le recordó haciendo un gran esfuerzo en no llorar.

—Sí, te enviaré también ejemplares dedicados de mis primeros libros; te prometo que será lo primero que haga cuando llegue a Lexington.

—Bien; te tomo la palabra. Llámame de vez en cuando, ¿sí?

Erin asintió. Metió a *Apollo* dentro del auto y luego se despidió de Olivia con un cálido abrazo.

—Debo irme, Jon me espera en el aeropuerto; tiene que entregar el auto a la agencia de alquiler y regresar para terminar con el papeleo, él se quedará un par de días más.

—Parten todos.

—Nuestro trabajo terminó aquí, Olivia. Sabíamos que tarde o temprano esto sucedería.

—Sí, pero tenía la esperanza que al menos tú decidieras quedarte —le dijo haciendo alusión a Tyler una vez más.

—Debo irme, Olivia.

—¿Y el loco que te acecha y atacó a Rick? ¿Qué sucederá con él?

—No te preocupes; Lexington es un poblado pequeño, perdido en el este de Virginia, no va a encontrarme allí. Además el FBI está tras él; lo atraparán tarde o temprano.

—Espero que así sea —deseó Olivia con toda su alma. La observó subirse a su auto y se le hizo un nudo en la garganta. Le parecía tan injusto que Tyler y ella tuvieran que separarse cuando se amaban tanto.

Pero quizá Erin tenía razón, y la distancia fuese el mejor remedio para la angustia que ambos estaban atravesando por la situación de Rick.

Erin encendió por última vez el motor del Honda Fit; apretó el volante con fuerza y miró a Olivia.

—Adiós; te llamaré apenas llegue a Lexington —le prometió.

Olivia asintió mientras no hacía nada por detener las lágrimas que empezaron a bañar su rostro.

—Adiós y cuídate mucho.

Y de ese modo, Erin se marchó de Wichita, poniendo distancia entre Tyler y ella; pero mientras se alejaba sabía que no importaba cuántos kilómetros los separaban; llevaba a Tyler en su corazón y lo que era más importante: su semilla crecía sana y fuerte dentro de su vientre.

* * *

Tyler también había dejado la ciudad aquella mañana; la visita al orfanato donde se había criado Cragen aún estaba pendiente, pero ya no podía aplazarla más. Había llegado a Clinton y había alquilado un auto para moverse en la ciudad. Esperaba que su visita fuese fructífera y, si no era así, estaba dispuesto a no marcharse de allí hasta conseguir una pista firme sobre quién podía querer vengar a

Adam.

Se detuvo a un lado de la carretera, cuando divisó un motel que anunciaba que tenían habitaciones libres. El viaje desde Kansas lo había dejado agotado; no estaba acostumbrado a moverse en aviones; es más, había sido su primera experiencia volando y aún le duraba el cosquilleo en el estómago. En el hotel, le dieron un cuarto. Sintió alivio cuando descubrió que, a pesar de no ser muy elegante, tenía baño propio. Arrojó el bolso de viaje en donde había metido unas pocas prendas antes de salir de Wichita y se dio una ducha rápida. Un poco más relajado y oliendo a limpio buscó su teléfono móvil y marcó el número de la estación. Había dejado todo en manos de Charity y Tom, pero no estaba de más supervisar cómo iban las cosas, aunque hacía solo unas horas que había dejado la ciudad. Además quería saber de Erin.

Charity atendió su llamada.

—¿Cómo está todo por allí? —preguntó mientras probaba la cama; demasiado blanda para su gusto.

—Bien, comisario, no se preocupe —respondió Charity—. Tom y yo nos encargaremos de todo durante su ausencia. ¿Cuándo piensa regresar?

—No lo sé, Charity; el tiempo que me lleve encontrar a la persona que busco.

La muchacha hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Se trata del hombre que hirió a Rick. Es él a quién está buscando?

—Sí, Charity, así lo creo, y aunque sea la última cosa en el mundo que haga, lo voy a encontrar.

Charity comprendía las razones que tenía el comisario Evans para querer hallar al sujeto, solo esperaba que no decidiera hacer justicia con sus propias manos; lo apreciaba y no quería que nada malo le sucediera.

—Dime; ¿has sabido algo de Erin?

Charity sabía que no tardaría en preguntarle por ella; lamentablemente las noticias que tenía para darle no eran muy buenas.

—Se ha marchado esta mañana y tengo entendido que también se irá el agente Widmore. El agente Kellerman será el único que se quedara para investigar el atentado y unos anónimos que aparecieron.

Tyler guardó silencio: no esperaba aquello. Sí sabía que el FBI se marcharía una vez resuelto el caso de los asesinatos, pero le quemaba el corazón que Erin se hubiera marchado sin siquiera despedirse. Los anónimos eran nuevos, pero no formaban parte de su investigación.

—Bien, Charity, debo colgar. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quiera.

—Pasa por la casa y ve si Mimie está bien, mantente pendiente de ella durante mi ausencia. Infórmame de algún cambio en la salud de mi hermano. Trataré de regresar lo antes posible, pero no quiero perder contacto mientras estoy afuera.

—Déjelo en mis manos; en un rato pasaré a verla y me quedaré con ella.

—Gracias, Charity.

Colgó y se quedó mirando la nada durante un largo rato.

Erin se había ido sin saber cuánto la amaba; ya fuera por las terribles circunstancias o por su cobardía, no había podido confesarle su amor. Y ahora ya no estaría en Wichita cuando él regresara. Quería pensar que al menos estaría a salvo; pero al mismo tiempo temía que el hombre a quien buscaba la encontrara. Si había ido hasta Wichita siguiendo su rastro, nada le impedía ir tras ella y acabar con lo que había comenzado.

Tomó su teléfono nuevamente; solo había una persona con la que podía hablar.

—Jon, soy Tyler; me acabo de enterar que Erin se marchó de Wichita.

—Sí, su trabajo allí ya terminó —respondió Jon desde el otro lado de la línea.

—¿Dónde se ha ido?

—Regresó a Lexington; yo mismo la subí al avión esta mañana; por cierto, te busqué para avisarte de su partida, pero Charity me dijo que no estabas en la ciudad.

—Estoy en Clinton, siguiendo la pista de Adam Gardner. Hemos hecho un avance: el hombre vivió en Wichita con otro nombre.

Escuchó que Jon soltaba un profundo suspiro.

—Tyler, no cometes una imprudencia; deja que nosotros nos encarguemos de este vengador.

—Jon, ese maldito mató a una jovencita inocente con el único propósito de recordarle a Erin lo de Adam Gardner; además hirió a mi hermano y hará lo mismo con Erin si no lo detenemos, no me pidas eso.

—¿Has averiguado algo más? —preguntó Jon resignándose a que no había nada que dijese que lo hiciera cambiar de opinión.

—Iré al orfanato en donde se crió apenas cuelgue contigo. —Hizo una pausa, se peinó el cabello mojado que caía sobre su frente y retomó la conversación—. Jon, me preocupa Erin. No quiero que nada malo le suceda.

—Ella está bien, dentro de lo que cabe. El atentado contra Rick la dejó devastada; decidió regresar a Lexington porque allí tiene su vida ahora.

A Tyler se le hizo un nudo en la garganta.

—Él puede encontrarla; lo sabes.

—No te preocupes; Jesse la visitará a diario, y hemos puesto vigilancia alrededor de la zona; nadie se acercará a ella sin que lo notemos —le aseguró.

Las palabras de Jon, sin embargo, no lo tranquilizaron. No podía obviar el hecho de que Jesse Widmore estaba cerca de ella; sabía que tenía que dejar los celos de lado, pero no podía, era más fuerte que él.

—Tyler, debo recordarte que el caso del atentado a Rick no lo manejas tú; nos hemos hecho cargo nosotros y estamos haciendo todo lo posible por encontrar al responsable; están analizando la bala en Quantico, y yo mismo me encargaré de interrogar a los testigos. Unos vecinos dicen haber visto a un sujeto vigilando la casa unas horas antes.

—No puedo quedarme con los brazos cruzados —le espetó Tyler entrando en un estado de exasperación. Llevar a la justicia a ese criminal era lo único que podía hacer por su hermano y por Erin.

—Créeme que te entiendo, si estuviera en tu lugar haría lo mismo, pero temo

que cometas alguna estupidez.

—No lo haré, solo quiero hallar a ese maldito bastardo. —Hizo una pausa y respiró hondamente—. No me quites la oportunidad de hacer algo por mi hermano...

Tras unos segundos de silencio, Jon habló.

—Está bien, pero el caso lo manejamos nosotros; cualquier cosa que averigües me lo informas de inmediato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tengo que colgar...

—¡Espera! ¿Quieres que le diga algo a Erin de tu parte?

Tyler dudó un instante; lo que tenía que decirle a Erin debía hacerlo en persona, cuando toda aquella pesadilla terminase por fin.

—Dile... dile que se cuide mucho.

—¿Nada más?

—Nada más.

No bien colgó; buscó el papel en donde tenía apuntada la dirección del orfanato y abandonó la habitación a toda prisa.

* * *

Llegó a Lexington cuando la noche empezaba a caer; a medida que el taxi se acercaba a su destino y se abría paso a través de las Montañas Azules, Erin se dio cuenta cuánto había extrañado aquel lugar que había sido su hogar los últimos cuatro años. Sin embargo, regresaba con el corazón hecho pedazos y el rabo entre las piernas.

No iba ser sencillo retomar su solitaria vida en Lexington, mucho menos olvidar los días en Wichita. Los momentos maravillosos y los más dolorosos se quedarían para hacerle compañía durante mucho tiempo. Había conocido el paraíso en los brazos de Tyler, pero también había vivido un infierno. Temía cerrar los ojos porque cada vez que lo hacía veía a Rick desangrándose frente a ella. Reprimió las ganas de llorar; el embarazo la había vuelto más sensible de lo normal. Acarició su vientre, y *Apollo* comenzó a olisquearla. Parecía que el perro presentía su estado. Apoyó la cabeza en su regazo y volvió a dormirse.

Su vida había cambiado; ya no era la misma, sin embargo regresaba a Lexington cargando en su corazón un terrible sentimiento de culpa una vez más. Primero había sido la muerte de Adam y ahora el estado desesperante de Rick.

Trató de apartar aquellos amargos pensamientos de su mente; tenía un motivo maravilloso para seguir adelante. Un hijo que la vida le había regalado en el momento menos esperado y que —estaba segura— llegaría para alegrar sus días. Tenía menos de dos meses de embarazo y se moría de tener a su bebé en brazos. Quería que se pareciera a su padre; que tuviera sus ojos, así cuando mirase a su hijo vería a Tyler. Un profundo suspiro de escapó de sus labios.

¿Cómo haría para vivir sin él? ¿Qué iba a hacer con todo el amor que tenía en su corazón?

Minutos después, el taxi la dejó en la casa. Encontró la llave donde la había dejado la señora Greta y entró. Estaba a oscuras, pero Tyler había conseguido que dejara de temerle a las sombras que dibujaba la oscuridad. Encendió la luz y se emocionó por estar de vuelta.

Tendría que hacer compras y anunciar que estaba de regreso, también debía visitar a un médico para que controlara su embarazo. Pero todo eso podía esperar hasta el día siguiente; estaba agotada y lo único que deseaba era tirarse en la cama. Subió a la habitación; abrió la ventana para que entrara la luz de la luna y se recostó.

Imaginándose cómo sería el rostro de su bebé, se quedó dormida.

* * *

Aguardaba en una salita en planta baja. El banco era de madera con apoyabrazos curvados y estrechos en los que no podía descansar sus brazos. Una muchacha de no más de veinticinco años le sonreía tímida detrás de sus gafas. Era quien lo había recibido.

—¿Qué desea, señor?

—Necesito hablar con el responsable de la institución.

—La directora no está disponible —dijo con una risita, dejando en evidencia que mentía—. De todos modos, si puede decirme quién la busca...

—Soy el comisario Evans, de Wichita. La esperaré, no tengo apuro.

—¿Y por qué asunto es? Digo, para anotarlo en el recado.

—Busco información sobre Adam Cragen, un muchacho que creció aquí, hace ya por lo menos veinte años.

—Tome asiento, comisario —destacó cada sílaba de la última palabra y le sonrió.

Luego de unos minutos de espera en el banco, la joven lo llamó y le indicó dónde quedaba la oficina de la directora.

—Adelante, comisario Evans.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Busco información sobre Adam Cragen; entiendo que fue criado aquí.

—Es así. Adam vivió con nosotros hasta la mayoría de edad. Luego, trabajó aquí en Clinton varios años, pero se fue por un episodio confuso con una mujer con la que salía. Ella alegaba haber recibido golpizas de él. Creo que viajó a Wichita, de donde es usted. Espero que no se haya metido en nada malo.

—Adam está muerto hace varios años, señora. Cambió su nombre, y fue asesinado. Creo que alguien quiere vengar su muerte. Por eso, necesito saber sobre su pasado.

—No hay nada más que pueda decirle, comisario. No, a menos que tenga una orden judicial.

—No la tengo. Es solo una corazonada, nada firme.

—Entonces no puedo ayudarlo. Lamento que haya venido hasta aquí.

—Soy yo quien más lo lamenta, señora. De todos modos, descuide. Gracias por la información.

Cuando salía, cabizbajo, la joven lo llamó.

—¡Pst!, comisario, ¿cómo le fue? —le hablaba en voz baja.

—No obtuve lo que precisaba.

—Sí, suele ser un poco estricta. En especial, si le hablan de Adam. Creo que tenía un cariño especial por ese muchacho. Pero son habladurías. Yo solo empecé a trabajar hace dos años.

Tyler asintió.

—Sabe qué, mañana al mediodía, si acepta tomar un trago conmigo, puedo tal vez conseguirle algún dato. Extraoficialmente.

—Extraoficialmente estaré allí.

Arreglaron verse en una cafetería. Tyler pensó que Erin estaría celosa, pero él no quería más que la información.

Volvió al hotel. Le costó dormir; en su mente se mezclaban momentos trágicos y felices. Rick desangrándose en los brazos de Mimie, y Erin con sus manos manchadas de sangre. Rick saliendo de la cárcel, libre de toda culpa, y Erin entregándose a él en la cabaña. Trató de pensar en los ojos de Erin y en la sonrisa de Rick. Se dio vuelta. Cuando apoyó el rostro en la almohada pudo por fin conciliar el sueño.



Capítulo 20

Erin no esperaba levantarse a la mañana siguiente y encontrarse con Jesse. Él había llamado a su puerta temprano, y no tuvo más remedio que invitarlo a desayunar.

—Jon no quiere que te dejemos sola; no sé si lo sabes, pero ha puesto a vigilar esta casa. Hay algunos agentes de incógnito en el pueblo —le informó terminando de beber su café.

—Me tranquiliza saberlo. —Miró su reloj; tenía muchas cosas que hacer, y la sorpresiva aparición de Jesse estaba demorando sus planes.

Él notó su inquietud.

—No quiero importunarte, Erin, solo vine para saber cómo habías llegado. Jon me dejó pendiente de ti mientras regresa.

Erin le sonrió; no quería parecer grosera con él, solo estaba cumpliendo con su deber.

—No es eso, es que tengo que bajar al pueblo; la despensa está vacía y debo avisar de mi regreso...

—Entonces he llegado en el momento justo, deja que te lleve —se ofreció poniéndose de pie y preparándose para salir cuando ella lo dispusiera. Cuando lo hizo su chaqueta se levantó revelando su arma reglamentaria; él la miró y le sonrió—. Debemos estar preparados.

Erin sabía que así era; después de lo ocurrido con Rick, ninguna precaución estaba de más. Jesse se había ofrecido a llevarla a la ciudad, y no encontró valor para negarse. Él le agradaba. No le haría mal un poco de compañía.

—Está bien, deja que busque mi bolso. Ya regreso.

La observó mientras subía las escaleras; luego contempló la casa, era agradable aunque demasiado alejada de todo. Le había costado encontrar el camino hasta allí, pero había valido la pena. Tenía a Erin cerca y en aquel lugar nadie se entrometería entre ellos.

Salieron rumbo al pueblo, llevando a *Apollo* con ellos.

Jesse la llevó a todas partes. Primero, pasó por el correo para saludar a la señora Greta y agradecerle que hubiera cuidado de su casa durante su ausencia. La anciana aprovechó para entregarle la correspondencia atrasada. Unos cuantos folletos y el cheque que cada tres meses le enviaban desde la editorial. Se alegró con la cifra de cinco dígitos estampada en el papel; las ventas de sus novelas iban más que bien y aquel dinero le venía de maravilla. Todos los meses además recibía una pequeña cantidad de sus padres, y, aunque les había pedido que no lo hicieran, el dinero le seguía llegando igual. Seguramente el FBI también pagaría por su trabajo, pero

estaba segura de una cosa; ya no regresaría. Debía subsistir de ahora en más con el dinero de las regalías de las ventas de sus libros y la cantidad que le enviaban sus padres, que ahora necesitaba más que nunca.

Pasó por el periódico. Luego Jesse la llevó a hacer las compras. Aún le faltaba lo más importante, la visita al doctor Linnear; no era obstetra, pero era la única opción que tenía. Seguramente él le recomendaría algún especialista en alguna ciudad cercana.

Le dijo a Jesse que debía pasar por el consultorio del doctor Linnear y cuando él se ofreció a bajarse y acompañarla no supo que decir o hacer para negarse.

Afortunadamente, el lugar estaba vacío; el doctor la atendió enseguida, mientras Jesse la esperaba en la recepción.

El doctor Linnear le dio la bienvenida y la felicitó por su estado; le dijo que debía cuidarse mucho durante los primeros tres meses ya que eran lo de más riesgo y la derivó a un obstetra en Charlottesville.

Salió con ella y cuando vio a Jesse que la estaba esperando, estrechó su mano y dijo:

—Puede quedarse tranquilo, Erin y el bebé están en perfecto estado, aun así le recomendé que visite a un especialista lo antes posible.

Erin se quedó de una pieza y Jesse sonreía confundido mientras estrechaba la mano del doctor. Cuando salieron de la consulta, Erin se detuvo en medio de la acera y lo enfrentó.

—Lamento que te hayas enterado de esta forma; no quería que nadie lo supiera...

Jesse no podía ocultar que la noticia le molestaba, le costó mucho sonreírle.

—No te preocupes —le dijo y luego la abrazó—. Te felicito, estoy seguro de que serás una madre increíble.

Erin sabía que él no estaba siendo sincero.

—Gracias, Jesse.

—¿Ya lo sabe el padre? —preguntó una vez que estuvieron dentro del auto.

Había sarcasmo en sus palabras. Erin no podía culparlo: sabía de sus sentimientos hacia ella, y se venía a enterar de la peor manera que ella estaba esperando un hijo de otro hombre.

—No —fue lo único que pudo decir.

Jesse encendió el motor.

—¿No crees que debería saberlo?

Ella miró hacia otro lado, no quería tener esa conversación, mucho menos con él.

De repente, él tomó su mano y la miró fijamente.

—Si no quieres saber nada de Evans yo puedo apoyarte, puedo...

Erin lo detuvo.

—No sigas; no quiero que digas algo de lo que te puedes arrepentir luego, estaré bien... Mi hijo y yo estaremos bien.

Jesse soltó su mano, se aferró el volante con fuerza y echó a andar el auto. No

mencionó más el asunto, prefirió quedarse en silencio.

Erin esperaba un hijo de Tyler Evans.

No esperaba una bomba como aquella; un embarazo no entraba dentro de sus planes. Aquel niño era un obstáculo y él sabía deshacerse de los obstáculos que se interponían en su camino.

* * *

Tyler bajó a desayunar temprano. No había podido dormir bien, pensando en Erin. Salió a caminar por el pueblo. Alguien debía conocer a Adam Cragen ahí. Recordaba que en Wichita había trabajado en una gasolinera alejada del centro de la ciudad. Con la foto que tenía de él, decidió circular para ver si alguien lo recordaba.

Subió a su auto alquilado y encendió la radio para hacer la recorrida menos tediosa. Sintonizó una estación de música country; la apagó cuando comenzó a sonar una canción que hablaba de amor. No quería pensar en Erin en ese momento; necesitaba concentrar sus fuerzas en lo que estaba haciendo. Erin y lo que sentía por ella eran su debilidad. La extrañaba y saber que estaba a tan solo unos kilómetros de allí era una tortura.

Su prioridad en ese momento era atrapar al que había atentado contra su hermano, el mismo hombre que quería dañar a Erin; ya habría tiempo para buscarla y recuperar el tiempo perdido. Vio una gasolinera que, además, arreglaba autos. Decidió empezar por allí. Se estacionó, le mostró su placa al hombre que estaba afuera, y fue derivado con el encargado.

—¿Qué puedo hacer por usted, comisario? —preguntó el hombre intrigado.

—A raíz de un caso en Wichita, necesito saber sobre el pasado de este hombre.

—Extendió la fotografía de Adam Cragen—. Allí trabajaba en mecánica y en gasolineras, por eso decidí averiguar aquí.

—¡Es Adam! ¿Está bien?

—Me temo que no. Murió hace varios años, vivía con el nombre falso de Adam Gardner. Lo mató una oficial del FBI.

—Dios, pobre Adam... Trabajó aquí. Era un buen muchacho; terrible seductor, no había una dama que se le resistiera. Y él tampoco se le resistía a ninguna: casadas, viudas, comprometidas, solteras, colegialas; todo entraba dentro del espectro de Adam. Lo contrario de su hermano... No recuerdo el nombre. Eran muy unidos, ¿sabe? De hecho, cuando el hermano se fue a Baltimore, él decidió marcharse, probar suerte en otro lado. No quería vivir en Clinton, donde habían crecido juntos, si no podían estar juntos.

—¿Habían vivido todo el tiempo aquí?

—Bueno, no exactamente. El hermano había sido adoptado por una familia que vivía a unos kilómetros de aquí. No querían que se vieran, pero los muchachos se las ingeniaban. Cuando... ¿cómo se llamaba?; nunca fui bueno con los nombres, se marchó a Baltimore, Adam se entristeció. Y yo perdí a mi mejor mecánico.

—Le agradezco la información. ¿Recuerda algo más que pueda serme de

utilidad?

—Tal vez pueda servirle saber que Adam estudiaba economía por las noches. Soñaba con ser un mago de las finanzas.

—Parece que iba a perder a su mecánico, de todos modos.

—Sí, así parece.

—Le agradezco su ayuda.

—Es curioso cómo funciona el destino, ¿no? Su hermano estudiaba para entrar al FBI en Quantico, y una agente de esa fuerza mató a Adam. Extraño, ¿no le parece?

—Tiene razón. No lo entretengo más. Ha sido de gran ayuda.

—Me alegra haber sido útil, comisario.

Regresó a toda prisa a su auto, entró y tomó su teléfono móvil. No podía creerlo, el enemigo había estado más cerca de lo que jamás hubieran imaginado.

Marcó el número de Jon, pero no contestaba y se impacientó. Volvió a intentarlo llamando a la estación en Wichita. Soltó un suspiro de alivio cuando Charity le pasó con Jon Kellerman.

—¡Jon; el hermano de Adam Gardner estudió en Quantico!

—¿Cómo dices?

—Ha estado cerca todo este tiempo; por eso conocía tan bien los movimientos de Erin —dijo sin poder contener la rabia y la impotencia.

—¿Qué más has conseguido averiguar?

—He hablado con un antiguo empleador de Adam, y conocía la historia de su familia. Solo que no recuerda los malditos nombres. Pero sabe bien que su hermano quería entrar al FBI.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Mandaré ya mismo un boletín a Quantico para que lo investiguen, lo más probable es que se desempeñe como empleado o incluso como agente, si es que fue admitido.

—De seguro lo fue. Conoce demasiado bien el caso como para ser alguien de afuera, algún cadete resentido. Tenemos a nuestro hombre, Jon; el maldito hermano de Gardner, Cragen o como te guste llamarlo —soltó Tyler. Escuchó la voz de Charity de fondo.

—Espera —dijo Jon—. Acaba de llegar el informe de balística; el proyectil que hirió a tu hermano provino de una Glock; es una de las armas reglamentarias que usamos en el FBI...

—Entonces es un agente.

—Es probable, aunque pudo conseguirla en el mercado negro.

—Tiene que ser alguien con acceso al caso; sabía dónde estaba Erin y dónde atacarla. ¿Han obtenido alguna huella de la piedra y la nota que arrojaron a través de su ventana?

—A propósito de ello; hemos confirmado que fue Anthony Hall; pero ahora sabemos que ese incidente no está relacionado con el atentado a Erin y el de tu hermano.

Tyler no se sorprendió. Siempre había tenido la firme sospecha de que había sido Anthony Hall el autor de aquella canallada.

—Bien, eso no nos ayuda mucho. Debemos encontrar a este tipo y descubrir bajo qué identidad ha estado escondido todo este tiempo —aseveró mientras arrancaba y se alejaba de la gasolinera.

—Sí, cada minuto que perdamos juega en nuestra contra. ¿Qué harás ahora?

—¿Has hablado con Erin?

—No, aún no, pero está vigilada las veinticuatro horas, además envié a Jesse esta mañana para que esté con ella. —Sabía que aquello no sería del agrado de Tyler, pero él solo pensaba en proteger a Erin.

—Bien —fue lo único que respondió Tyler antes de colgar.

Jesse Widmore estaba con Erin; seguramente aprovecharía para ganar terreno ahora que él no estaba. La idea le disgustó sobremanera; nunca le había caído bien Widmore, y no era solo por su evidente interés en Erin.

Miró la hora: era cerca del mediodía. Tenía una cita con una muchacha que parecía dispuesta a dar información a cambio de zalamería. Tal vez ella sí conocería el nombre que faltaba para este rompecabezas.

* * *

Erin invitó a Jesse a almorzar. Le incomodaba el hecho de que ahora él supiera de su embarazo; ni siquiera sabía cómo mirarlo o qué decirle. Percibía que la noticia no le había gustado y que había fingido lo contrario.

Cerca del mediodía recibió una llamada de Jon.

—¡Qué bueno oírte! —le dijo ella mientras sacaba un recipiente con verduras de la nevera.

—¿Cómo estás?

Erin notó la preocupación en su voz.

—Bien, tratando de sobreponerme. Jesse está aquí conmigo, acabo de invitarlo a almorzar —le contó.

—Tyler me llamó hace un par de horas.

Escuchar su nombre hizo que su corazón latiera más a prisa.

—Ha estado haciendo sus propias averiguaciones —le dijo al ver que ella se había quedado en silencio—. Averiguó que el hermano de Adam Gardner había estudiado en Quantico.

—¿Cómo?

—Sí, yo también me quedé atónito cuando me lo dijo. El maldito ha estado metido entre nosotros todo el tiempo.

—¿Es un agente federal?

—Es lo que estamos tratando de saber. Hay algo más, el arma con que disparó a Rick es una de las nuestras. Si es agente, usó su arma reglamentaria. Si no, la consiguió de alguna otra manera.

La noticia era inquietante. Erin sintió que ya no podía estar segura en ninguna

parte, ni siquiera allí. Después de todo estaba rodeada de federales. Observó a Jesse, quien, sentado en la mesa escuchaba atentamente la conversación.

—¿Erin, sigues ahí?

—Sí, Jon, disculpa; es solo que saber que ha estado tan cerca me aterra...

Jon respiró profundamente.

—Lo atraparemos, Erin; te lo prometo.

—Sí, Jon, lo atraparemos.

Se despidieron afectuosamente y, cuando colgó, Erin tuvo la fuerte sensación de que ni siquiera Jon estaba seguro de que aquella pesadilla terminase pronto.

—Oí que mencionabas algo de un agente federal; ¿qué te dijo Jon? —le preguntó Jesse no bien ella terminó la conversación telefónica.

—Al parecer el que ha disparado contra Rick y ha estado acechándome es alguien del FBI; no sé si Jon te lo mencionó, pero creemos que se trata del hermano de Adam Gardner. Debes de haber oído de él. Todos en Quantico saben lo que sucedió hace cuatro años entre él y yo.

Jesse asintió en silencio.

—La teoría es que su hermano quiere vengarse de mí por su muerte. —Hizo una pausa y se sentó—. No lo culpo... Yo tampoco he conseguido superar lo sucedido.

—Leí sobre el caso en la prensa —dijo Jesse mirándola fijamente—, pero, cuando supe que íbamos a trabajar juntos, estuve haciendo preguntas sobre ti —le confesó.

Erin le sonrió.

—No te preocupes, yo habría hecho lo mismo.

—Parece que has logrado sobreponerte a la tragedia; estás esperando un hijo y, tarde o temprano, Tyler lo sabrá y te buscará... Serás feliz con él y te olvidarás de Adam...

Ella negó con la cabeza.

—Lo sucedido esa noche marcará mi vida para siempre; no importa el tiempo que pase, el dolor nunca desaparecerá. Le quité la vida a un hombre; eso es algo imposible de olvidar...

Jesse no dijo nada, solo se quedó mirándola con sus enigmáticos y profundos ojos claros.

Erin se sintió de repente vulnerable.

—¿Qué más te dijo Jon?

—Que el arma con la que le disparó a Rick es de las nuestras. Eso refuerza la hipótesis de que el asesino se ha infiltrado en Quantico y nos ha estado pisando los talones. Tyler, aparentemente, está recabando datos sobre el pasado de Adam; tiene una pista, pero no sé nada más.

—Entonces no hay dudas; el hermano de Adam es nuestro hombre —afirmó él sin dejar de mirarla.

—Sí; al parecer no ha conseguido superar la muerte de su hermano. —Erin se entristeció—. Habría querido verlo y decirle cuánto lo sentía, pero nunca tuve la

oportunidad de hacerlo.

—¿Y crees que eso hubiera bastado para que olvidara lo sucedido?

Erin notó el cambio en la expresión de Jesse.

—No sé, pero tiene que saber que esa noche Adam había enloquecido, estaba dispuesto a matarme... Y nunca supe por qué. —Se puso de pie y fue hasta el fregadero; no le gustaba tener aquella conversación.

—Quizá yo pueda decírtelo.

De pronto un tenso silencio los envolvió.

¿Acaso...? ¡Dios!

No podía ser verdad lo que estaba pensando; sin embargo, los datos que le había dado Jon se agolparon en su cabeza, como las fichas de un dominó que iban cayendo abruptamente: Jesse era un agente federal, el arma que usaba era la misma con la que había disparado a Rick, estaba cerca de ella, demasiado cerca muchas veces, y conocía cada uno de sus movimientos.

A Erin se le heló la sangre. Sus ojos se posaron en el cuchillo que estaba a tan solo unos centímetros del alcance de su mano. Temía darse vuelta y enfrentarse con la verdad más terrible. Movi6 su brazo para intentar hacerse con el cuchillo.

—Ni siquiera lo intentes, zorra.

Erin cerr6 los ojos, la garganta se le hab6a reseado de golpe.

Era Jesse...

Ya no hab6a dudas; tampoco escapatoria.

Lo sintió acercarse, su corazón dejó de latir cuando 6l la tom6 del brazo y la dio vuelta bruscamente. Erin se retorci6 de dolor.

—Adam te amaba; se desvivía por ti y no podía soportar que lo engañaras —le dijo mientras la sujetaba con fuerza contra el fregadero.

—Yo no... no lo engañaba —balbuce6 Erin presa del terror.

—Lo sé —dijo con calma, pero la sacudi6 con violencia—. Adam era un poco cr6dulo. —Ri6 con una risa macabra.

—¿Qué dices? —Erin ni siquiera se dio cuenta de que hab6a comenzado a llorar—. ¡Nada tiene sentido de lo que dices!

—Me gustas, Erin. Me gustas, aunque siempre elijas al hombre equivocado. —La empuj6 contra la mesa y, al hacerlo, Erin golpe6 su vientre con el borde de madera. La oblig6 a sentarse y 6l se qued6 de pie frente a ella.

—Jesse, por favor; no me hagas daño; no quise que todo terminara de esa manera. Adam quer6a matarme, solo me defendí. —Ahora por fin comprendía que esa noche hab6a luchado por salvar su vida; que matar a Adam hab6a sido su 6nica salida. Se hab6a dado cuenta, quiz6a, demasiado tarde.

Jesse la mir6 de lado y sonri6.

—¿Sabes? Cuando te conocí, yo estudiaba en Quantico y tú eras la brillante egresada. Me volví loco por ti, pero mi hermano decidi6 que yo no podía tenerte. Te sedujo y me arrebat6 la posibilidad de estar contigo. —Sac6 el arma de la cartuchera y la apoy6 en el hombro desnudo de Erin—. Eres muy hermosa. —La desliz6 hacia abajo por el pecho y se detuvo—. Es realmente una pena que tengas que morir, pero

debo vengar la muerte de Adam; la justicia falló y te dejó libre, me toca a mí hacerte pagar. ¿Lo entiendes, verdad?

Ella no dijo nada.

—¡Responde! —le gritó fuera de sí.

Erin asintió con la cabeza, cuando él apretó el arma contra su pecho.

El grito atrajo la atención de *Apollo*, que entró corriendo a la cocina. Jesse lo miró y le apuntó con el arma.

—¡No, no lo hagas! —suplicó Erin en medio del llanto.

Luego Jesse la miró y le ordenó que se pusiera de pie. *Apollo* comenzó a saltar alrededor de ellos, y Erin oró para que se quedara quieto y no pusiera más nervioso a Jesse.

—Llévalo al cuarto de baño y enciérralo.

Erin levantó a *Apollo* en brazos y comenzó a caminar hacia las escaleras. Widmore le pisaba los talones.

—Cualquier movimiento, y el perro terminará bajo tierra —le advirtió sonriendo burlonamente.

Erin subía los peldaños lentamente, aún tenía el cuerpo dolorido por los golpes que había sufrido en el atentado. La tensión acumulada en los músculos le impedía moverse con normalidad. Apretó la cabeza de *Apollo* contra su pecho y le susurró al oído una y otra vez mientras iba hacia el cuarto de baño que todo estaría bien.

Jesse la obligó a encerrarlo y la llevó de regreso abajo.

—Ahora tú y yo vamos a dar un pequeño paseo. —Se acercó por detrás y le puso el arma en la nuca.

Un mareo la detuvo.

—¡Camina!

—No... no me siento bien. —Se llevó la mano al abdomen, se había golpeado con la mesa y temía por la salud de su bebé.

—No me vengas con ese teatro. —La agarró del brazo y la arrastró hasta la puerta—. Escúchame bien, zorra; saldremos de aquí y subiremos a mi auto. No intentarás nada porque él pagará las consecuencias —la amenazó mirando su vientre—. No tengo nada que perder y lo sabes. ¿Estamos de acuerdo?

Ella asintió; ante todo debía proteger la vida de su hijo.

Jesse metió la pistola en la cartuchera, tomó a Erin por el hombro y la apretó contra su cuerpo.

—Actúa normal; no quiero que los agentes que Jon dispuso se den cuenta de nada.

Salieron al porche. Erin miró hacia todos lados, no vio a nadie, pero sabía que los hombres que Jon había enviado estaban allí. Sin embargo, no pudo hacer nada. Dejó que él la llevara hacia su auto y la metiera dentro.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó ella una vez que él se ubicó a su lado.

La miró, entornó los ojos y luego sonrió.

—A tú última morada, zorra.

Erin hundió su cuerpo en el asiento y dio vuelta la cara. Él iba a matarla, a ella y

al hijo que llevaba en su vientre. Cerró los ojos y pensó en Tyler; ni siquiera había tenido la oportunidad de contarle que iba a ser padre. Y ahora nunca lo sabría, al menos no de sus labios; se enteraría más tarde a través de un frío informe de autopsia. Su cuerpo se retorció tembloroso. Ni siquiera tenía fuerzas para luchar por su vida, no esta vez. Se sentía demasiado débil, y Jesse llevaba un arma. Miró la Glock; la había dejado sobre la guantera mientras conducía. Quizá podía esperar a que él se distrajera y podría robársela. Era arriesgado, pero lo intentaría.

Miró el paisaje que iban dejando atrás; reconoció la carretera que conducía al Parque Nacional Jefferson. Ignoraba a dónde la estaba llevando exactamente, pero, si seguían adentrándose en aquella zona de valles profundos y altas colinas, sería muy difícil que alguien pudiera hallarlos. Contaba con la ventaja de que apenas era mediodía, pero si los alcanzaba la noche, ya nada ni nadie podría salvarla. Si no moría en manos de Widmore lo haría en el fondo de algún barranco.

El tiempo se le estaba agotando; miró de reojo la pistola y lo miró a él. Parecía concentrado en el camino.

Quizá era el momento de hacer algo.

* * *

Estaba ansioso en la cafetería en la que se había citado con la muchacha al mediodía. Ya eran las 12:05, y ella no aparecía. Finalmente, la vio entrar y buscarlo con la mirada.

—Hola, comisario. No sé si le dije mi nombre; me llamo Linda.

—Hola, Linda. Un gusto verte de nuevo. —El acto había comenzado.

—A mí también me da gusto verlo, comisario —insistía con el término—. A las niñas buenas, nos gusta ayudar a la ley.

—¿Qué has traído para mí? —preguntó con su mejor sonrisa.

—No tan rápido; es usted más travieso de lo que creía. Primero, ordenemos.

La dejó elegir un plato disimulando su ansiedad. Ella quiso la ensalada Cæsar con aderezo aparte y un agua mineral. Tyler, obligado a pedir, eligió una hamburguesa Clinton con muchos pepinillos. Tomaría una cerveza.

El coqueteo siguió, mientras esperaban. Cuando Linda, probó el bocado de su ensalada, extendió la otra mano sobre la mesa. Tyler se la acarició casi como si no se diera cuenta de que estaba haciéndolo. Ella, entonces, buscó en su bolso una carpeta.

—Tengo que devolverla al registro, así que mejor no la manchamos, comisario.

—Tendré el mayor de los cuidados.

Tyler comenzó a leer, mientras Linda comía alegre. La cara de Tyler, sin embargo, comenzó a oscurecerse como si una tormenta se avecinara. Adam Cragen tenía un hermano menor. Se llamaba Jesse. A la edad de diez años, cuando Adam ya tenía catorce, Jesse había sido adoptado por la familia Widmore. Soltó el expediente. Agitó las hojas como si quisiera arrancarlas; deseaba que lo que había leído no fuera verdad. Una foto voló delicadamente sobre la mesa. Allí estaban Adam Cragen y Jesse Widmore, dos niños todavía, juntos, sonriéndole a la cámara.

¡Dios mío! ¡Erin!

Arrojó unos dólares sobre la mesa y salió a toda velocidad. No escucho lo que Linda le decía ni le importó que lo mirara desconcertada.

Corrió hacia su auto y una vez dentro marcó el número de Jon. Gracias al cielo, él atendió de inmediato.

—Agente Kellerman.

—Jon... es Jesse Widmore, acabo de comprobarlo. —Encendió el motor, no podía perder tiempo, cualquier segundo de retraso podía ser fatal.

—¡Demonios! ¡Él está con Erin ahora! Me dijo que lo había invitado a almorzar. ¡Yo mismo lo mandé con ella! —Jon no podía evitar culparse.

—Me voy a Lexington ahora mismo —le dijo Tyler atravesando la calle a toda velocidad—. Si me doy prisa puedo llegar antes de que anochezca.

—Bien, yo enviaré refuerzos. Me pondré en contacto con los agentes que vigilan a Erin, para que actúen de inmediato. Roguemos por que esté bien... Tiene que estar bien —dijo Jon angustiado.

—¿Qué harás tú?

—Tomaré el primer vuelo a Virginia; quiero comandar el operativo yo mismo.

—Bien, nos veremos allí, entonces. —Colgó y apretó el acelerador.

Lo esperaba un largo camino hasta Lexington; no conocía la zona muy bien por lo que se detuvo en una gasolinera para comprar un mapa. Tenía por delante setenta y cuatro millas y una angustiante necesidad de salvar a Erin de las garras de Jesse Widmore.

No era un hombre muy devoto, nunca lo había sido, pero le pidió a Dios que cuidara a Erin mientras él llegaba a su lado.

* * *

—Lamento mucho que Evans no supiera que esperabas un hijo de él —dijo Jesse fingiendo pesar—. Cuando se entere, será demasiado tarde.

Erin lo escuchaba y cada palabra que él le decía se clavaba en su pecho como un aguijón; hiriéndola y haciendo más pesado su dolor. Ni siquiera lo miraba; sus ojos azules seguían observando la pistola atentamente. Pensaba una y mil maneras de quitársela sin que se diera cuenta. Si se equivocaba estaba perdida y ya no tendría oportunidad.

Él hizo una maniobra con el auto y dobló en una curva; abandonaron la carretera principal para adentrarse en un camino lateral que conducía al corazón de las montañas. Erin sabía que allí, unos años atrás, habían construido unas cuantas cabañas para los turistas. Quizá tenía suerte y estaban ocupadas.

El auto pegó un salto que provocó que ambos se sacudieran con violencia. Erin vio la ocasión perfecta para llevar adelante su plan. Se inclinó sobre Jesse e intentó alcanzar el arma mientras él maniobraba con el volante para no salirse del camino.

Pero cuando Erin consiguió hacerse de la pistola, él detuvo el auto de golpe, y ella cayó hacia delante. La pistola se zafó de su mano y fue a parar al suelo, debajo

del asiento.

Él la tomó del cuello y la tironeó hacia atrás.

—¿Qué te dije, zorra? ¡Vas a arrepentirte!

La arrojó contra el asiento del pasajero y se agachó para recuperar el arma. Erin subió las piernas y se acurrucó contra la puerta. Sintió una fuerte punzada en el estómago y se echó a llorar cuando vio la mancha de sangre en el asiento.

Jesse soltó una carcajada.

—¡Parece que ese bastardo no vendrá al mundo después de todo!

—¡Cállate! ¡Cállate! —le gritó presa de un ataque de pánico. Estaba sangrando y sentía que con cada gota se iba apagando la vida de su hijo.

—Eres patética, Erin Campbell; ¿lo sabías? ¡Y pensar que por un instante lograste encandilarme con esos ojos azules y esa carita de niña bonita y atormentada!

Erin se cubrió los oídos y apretó los ojos con fuerza. Los abrió, horrorizada, cuando él la agarró del brazo y la arrastró fuera del auto. Ella se tropezó con unas piedras y cayó al suelo.

—¡Vamos, levántate! —le ordenó, apuntándole con el arma.

Erin se incorporó, pero cuando intentó ponerse de pie, no pudo. Le dolían las piernas y el resto del cuerpo. También se había golpeado la mano dislocada con la caída.

Widmore se arrodilló junto a ella.

—Si no te levantas, te dispararé aquí mismo. —Apoyó el cañón de la pistola en su panza.

Erin sacó fuerzas de donde no tenía y logró ponerse de pie. Él la agarró con fuerza del brazo y la condujo por un camino pedregoso. Erin, de vez en cuando, levantaba la cabeza, esperando que hubiera alguien allí. Era verano y estaban en temporada alta, existían muchas posibilidades de que se topasen con algún turista.

Pero cuando se iban acercando al área de las cabañas, un cartel acabó con todas sus esperanzas.

«Cerrado por reformas. Próxima reapertura.»

Lo había planeado muy bien, sabía perfectamente a dónde la estaba llevando.

Miró al cielo; el sol quemaba en lo alto; debían ser ya más de las tres de la tarde. Se preguntó si alguien se preocuparía por su ausencia; ante los ojos de los federales que la vigilaban, ella había salido a dar un paseo con el agente Jesse Widmore. Nada les había hecho sospechar que estaban frente a un secuestro.

Pensó en Jon, en Tyler; ellos seguían buscando pistas para dar con el hermano adoptado de Adam Gardner; esperaba que cuando se toparan con la verdad, no fuese demasiado tarde para ella.



Capítulo 21

Tyler no supo si era la desesperación o alguien estaba obrando un milagro, pero encontró el camino que llevaba a la casa de Erin sin ninguna dificultad. A medida que se iba acercando, vio apostados alrededor de la pequeña vivienda unos cuantos vehículos. Los refuerzos que había enviado Jon ya estaban allí. Estacionó el auto y las ruedas chirriaron; se bajó a toda prisa y se topó con un hombre negro vestido de traje que le prohibió el paso.

—Soy el comisario Tyler Evans —le indicó, pero el hombre seguía mirándolo con desconfianza.

—Soy el comisario de Wichita y trabajo en el caso con el agente Kellerman.

Aquellas palabras bastaron para que el sujeto le diera permiso para pasar.

Contó al menos, veinte hombres distribuidos dentro y fuera de la casa; algunos vestían trajes como el que lo había interceptado, y otros llevaban un chaleco antibalas con las siglas del FBI estampadas en el frente y la espalda.

Entró y no vio nada raro, pero cuando fue a la cocina, vio la mesa a medio servir y unas verduras en el suelo.

Un joven vestido con el chaleco, entró con *Apollo* en brazos.

—Lo habían encerrado en el baño —le dijo bajándolo al suelo. De inmediato, el perro se acercó a Tyler y comenzó a ladrarle; parecía que estaba intentando decirle algo. Tyler se agachó y trató de calmarlo.

—Todo estará bien, chico, traeré a Erin sana y salva. —Se lo entregó de regreso al joven agente, fue a la sala y se encontró con más gente de la fuerza.

—¿Comisario Evans, verdad? —preguntó el más viejo de los que estaban allí.

Tyler asintió.

—Soy el agente Bridge y este es el agente Galveston; nos han informado que la agente Campbell y el sospechoso salieron en su auto al mediodía; tomaron el camino hacia la zona del Parque Nacional Jefferson. Creemos que la llevó a un complejo de cabañas para turistas, según hemos averiguado el lugar se encuentra cerrado por reformas. Estamos preparando las unidades para comenzar a buscarlos. El agente Kellerman está por llegar, no quiere que empecemos sin él.

—Eso es absurdo: cada minuto que perdemos se convierte en una trampa mortal para Erin —replicó Tyler enfadado por la falta de acción—. Yo no puedo quedarme a esperar la llegada de Jon. —Se fue hacia la salida—. Iré a buscarlos antes de que sea demasiado tarde.

—¡Comisario Evans, no cometa una imprudencia! ¡Está oscuro allí afuera y no conoce el terreno! —le advirtió el agente Bridge, pero fue inútil; Tyler desoyó sus advertencias. Se acercó a uno de los federales que se encontraba apostado fuera de la

casa y le exigió un arma. El muchacho dudó, pero cuando el agente Bridge le hizo señas de que se la entregara, él obedeció. Tyler se metió la pistola en el bolsillo trasero de sus pantalones y, tras subirse a su auto, tomó la carretera que llevaba a las montañas.

La noche se había convertido en su peor enemigo. No conocía el camino, era verdad, pero nada iba a impedir que escuchara el desesperado pedido de su corazón. Necesitaba encontrar a Erin sana y salva, porque, si algo le pasaba, moriría de dolor. Ella era su razón de vivir, su todo. La amaba con cada fibra de su ser y quería que ella lo supiera. Reforzó la potencia de las luces delanteras para alumbrar el camino que lentamente se iba haciendo más peligroso a medida que se iba acercando a las montañas. Iba mirando hacia ambos lados; esperando encontrar alguna señal, un indicio que le dijera que estaba yendo en la dirección correcta. Continuó un par de kilómetros y cuando dobló en una curva tuvo que frenar de golpe. El corazón de Tyler subió hasta su garganta. Había un auto en medio del camino. Se bajó del suyo, buscó una linterna y al acercarse, comprobó que estaba vacío. La puerta del lado del conductor estaba abierta; echó un poco de luz al interior y sintió un enorme vacío en el pecho cuando vio una mancha de sangre en el asiento del acompañante.

Erin... Erin estaba herida.

Se alejó y alumbró hacia todos lados. La negrura de la noche parecía más abrumadora en un sitio como aquel. Miró al suelo; había huellas de pisadas y comenzó a seguirlas. La tierra suelta del terreno hacía más sencillo ver las marcas; caminó en dirección recta y pronto divisó el complejo de cabañas que le había mencionado el agente Bridge. Tanteó el bolsillo de sus pantalones y sacó la pistola que le había pedido a uno de los federales. Rezó por que los refuerzos llegaran pronto.

La tomó con fuerza con ambas manos y avanzó a paso firme. Era un complejo turístico pequeño, solo había cuatro cabañas, enfrentadas de dos en dos. Todas tenían las luces encendidas y no tuvo más remedio que revisarlas de a una. La primera a su derecha estaba vacía; lo mismo la que estaba al lado.

Solo quedaban dos, y en una de ellas, estaba Erin con el bastardo de Jesse Widmore. Recordó la mancha de sangre en el auto, y eso le hizo apresurar el paso. Erin estaba herida. Horribles pensamientos plagaban su mente mientras se acercaba a la tercera cabaña. Lo hizo sigilosamente y cuando escuchó la voz de Jesse se detuvo. Se apoyó contra la pared y se movió lentamente hasta la ventana. La cortina estaba corrida; se asomó con cuidado, pero no pudo ver nada.

Escuchó la voz una vez más. Esta vez alcanzó a oír lo que estaba diciendo.

—Cuando mi hermano decidió que tú ibas a ser suya, no me dejó más opción que manipularlo. Soy muy bueno en eso. Además, me lo debía. Ya lo había ayudado yo para que se estableciera, para que cambiara su nombre, para que tuviera éxito en las finanzas. Lo ayudé a dejar a Brittany Hall atrás. —Hizo una pausa—. ¡Ups! —soltó sonriente—. Apuesto a que esa no te la esperabas. ¿No, zorra? No eres tan inteligente como dices.

Erin unió las piezas del rompecabezas en su mente. Las cosas comenzaban a

tener sentido, tal vez le faltaban uno o dos huecos que cubrir, pero sabía que Jesse quería contarle. Era la clase de asesino sigiloso, pero que quiere un reconocimiento.

—Parece que no lo soy —dijo con algo de compostura, trataba de evitar las lágrimas—. No tanto como tú.

—¡No me alabes! No caeré en tus trucos de psicóloga.

—Solo quiero saber. Si voy a morir, quiero saber cómo llegué hasta aquí.

—En eso tienes razón. Y voy a concederte esa última voluntad.

Tyler esperaba el momento adecuado para entrar y eliminar a Widmore. No podía hacerlo desde donde estaba. No sin riesgo para Erin, y eso no iba a permitirlo.

—Yo te quería. Me gustabas, me volvías loco. Adam era el que sabía tratar a las mujeres, y fui a él por consejo, como él había venido a mí después de lo de Brittany Hall. La golpiza que le había dado a Brittany hizo que huyera. ¡No sabía que el imbécil de Rick Evans iba a ser inculpado! Adam no quiso ayudarme; te sedujo. Supongo que estaba celoso de que yo hubiera sido adoptado y él no. Entonces, decidí que debía manipularlo. Sabía que podía ser violento con las mujeres. Sabía que era posesivo y que no toleraría que tú estuvieses con otro. Los espíe: los espíe a Adam y a ti mientras hacían el amor. Le dije que te habías acostado conmigo, le di detalles que solo alguien que ha estado en la cama contigo, puede saber. —Acarició su rostro con la pistola y le lamió la mejilla—. Eso lo volvió loco. Claro que no contaba con que lo mataras, Erin. Yo solo quería que él te eliminara, que quitara de una vez el estorbo que se había interpuesto entre nosotros. ¡Dos hermanos separados por una mujer!

—Pero yo no lo sabía, Jesse. Nunca habías hablado conmigo. Conocí a Adam y me enamoré. Tal vez, si te hubiera conocido primero, nunca me habría fijado en él. Es cierto lo que dices, tú eres el más inteligente de todos.

—No me manipules, zorra. Hasta aquí sabrás. Cómo llegué hacia ti, deberás pensarlo en la tumba. He esperado este día por cuatro largos años para vengar la muerte de mi hermano. Por fin Adam podrá descansar en paz.

Tyler apretó los dientes. Por un segundo, el deseo de derribar la puerta y matar a ese desgraciado le ganó a la prudencia. No podía perder la calma, si lo hacía, quien saldría perdiendo sería Erin.

—Por favor... Jesse.

—¡Basta!

La voz de Erin suplicando por su vida, fue el detonador que lo impulsó a decidirse a actuar, pero lo que oyó a continuación lo obligó a detenerse.

—¡Matarme a mí y a mi hijo no le va a devolver la vida a Adam!

Tyler cerró los ojos y respiró profundamente. Erin estaba embarazada; su Erin iba a darle un hijo. La emoción se mezcló con el horror de saber que ahora ya no debía luchar por salvar a Erin solamente. Si cometía un error, por pequeño que fuera, podía perder a los dos seres que más amaba y necesitaba para seguir viviendo.

Quería ver cómo estaba la situación dentro de la cabaña; saber la ubicación de Jesse antes de entrar en acción. Pasó agachado por delante de la puerta hasta la otra ventana. Se asomó con cuidado y la escena se presentó claramente ante sus ojos. Erin estaba sentada en una silla; no estaba atada y miraba hacia el suelo. Frente a ella

estaba parado Widmore con una pistola en la mano. Calculó la distancia que había entre el maldito de Jesse y la puerta. Si entraba tendría una oportunidad de lograrlo. Sus manos, humedecidas por el sudor, apretaron el arma, y la sangre se volvió a helar en sus venas cuando vio que Jesse apuntaba la suya en el vientre de Erin.

—Este bastardo podría ser de mi hermano. —Se arrodilló delante de ella—. O incluso podría ser mío. Si hubieras dejado que me acercara a ti. Eres muy hermosa, Erin. —Con la mano izquierda acarició su mejilla y ella apartó el rostro—. Aún puedo divertirme contigo.

Bajó su mano por el cuello de Erin y la metió dentro de la camisa hasta tocar uno de sus pechos. Jesse suspiró profundamente, mientras ella se revolvía asqueada ante su contacto.

—Adam te tuvo, el maldito Evans también... Creo que ahora es mi turno —dijo sin soltar la pistola y se desabrochó la pretina de sus pantalones.

Erin entonces lo miró.

—¡Jamás vas a tenerme, maldito hijo de puta! ¡Tendrás que matarme primero!

El bofetón que cruzó su cara la hizo tambalear, y se cayó de la silla. Él la agarró de los pelos y la levantó. Erin trató de resistirse, pero Jesse la apretó contra su cuerpo; puso un brazo alrededor de su cintura y trató de besarla a la fuerza. Ella seguía retorciéndose y, para poder dominarla, tuvo que dejar el arma a un lado. Su necesidad de poseerla era tan grande que ni siquiera pensó en las consecuencias de aquel error.

Tyler abrió la puerta de una patada. Jesse se dio vuelta de inmediato, y ambos hombres se enfrentaron.

Tyler parecía un toro embravecido, dispuesto a todo.

Con un rápido movimiento, Widmore agarró a Erin del cuello y la colocó delante de él como escudo. Su mano izquierda tanteó la mesa en busca de la pistola que tan estúpidamente había soltado, cuando sus pensamientos se dejaron llevar por el deseo que despertaba en él la zorra asesina de su hermano.

Erin supo que aquel era su momento de actuar; la llegada de Tyler le dio las fuerzas para hacerlo. Levantó un poco la pierna y clavó el taco de sus sandalias en el pie de Widmore, aquel movimiento evitó que él tomara la pistola de la mesa.

Él se retorció de dolor, y ella aprovechó para soltarse.

Tyler apartó a Erin y sostuvo su rostro lloroso en sus manos.

—Escucha, quiero que salgas de aquí y sigas el camino hacia la carretera. —Le entregó la linterna que llevaba en el bolsillo—. Jon y los demás deben estar por llegar.

—Tyler... no voy a dejarte aquí con él —le dijo ella apretando sus manos con fuerza—. Tienes un arma, podemos reducirlo y esperar a Jon...

Pero eso no era lo que Tyler deseaba; necesitaba estar a solas con aquel maldito, y sabía que una vez que los federales llegasen eso no sería posible.

De soslayo, alcanzó a ver que Jesse se incorporaba y buscaba su arma. Tomó de la mano a Erin y la sacó fuera de la cabaña.

—Quiero que corras lo más lejos posible, yo estaré bien. —La miró por última

vez y cerró la puerta.

Erin la golpeó, rogándole que le abriera y, cuando escuchó ruidos dentro de la cabaña, supo que Tyler y Jesse estaban peleando. Tenía que hacer algo. Debía ir en busca de ayuda y debía hacerlo ya. Corrió por el sendero que dividía las cabañas, pero un fuerte mareo la obligó a detenerse. Respiró hondamente una cuantas veces hasta que se le pasó. No podía desfallecer ahora; miró su vestido manchado con sangre. Tenía que lograrlo; necesitaba atención médica urgente.

Comenzó a correr nuevamente, y al hacerlo la linterna se le cayó de las manos. Se arrodilló para intentar recuperarla, pero estaba rota. Se incorporó y reanudó la marcha, más despacio esta vez: la oscuridad y la debilidad de sus piernas no le permitían ir más rápido. Siguió derecho porque creyó que iba en dirección correcta, por el sendero, como le había dicho Tyler.

De pronto se detuvo en seco; escuchó pasos. Alguien venía detrás de ella. Podía ser Tyler... pero también podía ser Widmore. Comenzó a andar, pero iba a ciegas, se apartó del camino porque creyó que sería la única manera de perder a quién venía siguiéndola. No podía estar segura de que fuera Tyler.

Se adentró en una zona de árboles, iba aferrándose a los gruesos troncos por temor a caerse. Ya no escuchaba los pasos detrás de ella; solo el latido frenético de su corazón retumbaba en sus oídos. Se detuvo, ya no podía más. Se apoyó contra uno de los árboles, cerró los ojos y trató de recuperar el aliento.

De repente sintió el calor en su rostro y al abrir los ojos se encontró con la luz de una linterna apuntándole.

—Tyler...

Jesse Widmore bajó la linterna y soltó una carcajada.

—No, él está muerto, ya no podrá hacer nada por ti, zorra.

El corazón de Erin se desgarró en su pecho. Tyler no podía estar muerto...

Jesse avanzó hacia ella, pero antes de que se acercara, Erin comenzó a correr de regreso a la cabaña. La urgente necesidad de ponerse a salvo y de llegar hasta donde se encontraba Tyler hizo que surgiera en ella una fuerza extraordinaria. Corrió hasta llegar al sendero en medio de la oscuridad. Se cayó en más de una ocasión, pero saber que Widmore venía tras ella le daba el impulso para levantarse y seguir corriendo.

Ni siquiera supo cómo logró llegar al complejo. Entró en la cabaña y descubrió a Tyler tirado en el suelo. Tenía una herida en la cabeza. Desesperada, buscó alguna señal de vida en él. Tocó su cuello y descubrió que aún respiraba. Ella no podía sacarlo de allí. Miró hacia la puerta. Jesse no tardaría en llegar.

Abandonó la cabaña y cerró la puerta. Debía preservar la vida de Tyler y quedarse allí dentro era lo más seguro para él.

¿Dónde demonios estaban Jon y los demás?

Miró hacia todos lados, por encima de su hombro, pero no vio nada.

Entonces divisó su sombra cerca de la primera cabaña.

—¡No vas a escapar, zorra! —le gritó mientras lanzaba un disparo al aire.

Erin comenzó a avanzar en sentido contrario, debía entretenerlo hasta que

llegaran los refuerzos. Confiaba en que el ruido del disparo los hubiera alertado y en que aparecerían antes de que fuera demasiado tarde.

Lo sintió acercarse y reírse detrás de ella. Entró en una especie de cobertizo y se escondió detrás de unos barriles. Se acurrucó allí y se quedó quieta.

Él siguió su rastro y la encontró. Entró al cobertizo y la buscó.

—Puedo oler tu miedo, Erin. Me excita saber que me temes —dijo Jesse mientras alumbraba el interior de aquel lugar.

Erin contuvo el aliento cuando vio la luz de la linterna titilar a tan solo unos centímetros de ella. Miró a su alrededor; había una pala en un rincón. Se arrastró por el suelo y la tomó. Aferró el mango de acero con fuerza entre sus manos; estaba preparada para atacarlo y salvaguardar su vida y la de los seres que amaba. Cuando vio que ya estaba lo suficientemente cerca, se puso de pie con un rápido movimiento y lo golpeó con la pala en la espalda.

El cuerpo de Widmore cayó pesadamente al suelo. Erin esperó unos segundos y, cuando vio que él no reaccionaba, se acercó.

Fue el peor error que pudo haber cometido.

Él la agarró del tobillo y la tiró al suelo. Ella luchó con todas sus fuerzas, cuando Jesse se le arrojó encima.

—¿Creíste que me habías matado, zorra?

Erin pataleó y se retorció cuando las manos de Jesse rodearon su cuello. Lentamente, sintió cómo se le iba yendo el aire de los pulmones. Trató de gritar, pero no pudo. Mientras seguía retorciéndose bajo el cuerpo de Widmore, cada vez con menos fuerzas, comenzó a llorar.

Ya estaba. Moriría en unos cuantos segundos más. Había leído que la muerte por asfixia era terrible y lo comprobaría en carne propia. Y lo peor de todo era que la última imagen que quedaría grabada en sus pupilas sería el rostro sádico de su asesino.

Dejó de retorcerse; ya ni siquiera podía moverse. La sensación de ahogo comenzaba a nublar su mente.

Pero cuando creyó que todo estaba perdido; el estruendo de un disparo retumbó en aquel pequeño cobertizo y el cuerpo sin vida de Jesse Widmore cayó encima de ella.

Aturdida, al borde del colapso, escuchó la voz de Tyler que le decía que todo iba a estar bien.

* * *

El saldo de aquella terrible experiencia había sido la muerte de Jesse Widmore, que murió a causa de una herida de bala que entró por su sien y se alojó en el cerebro. Tyler tenía una herida importante en la cabeza y fue trasladado inconsciente al hospital más cercano.

Erin no estaba mejor; el intento de estrangulación había provocado que se desvaneciera luego de que Tyler la había sacado en brazos del cobertizo y entregado

a los agentes federales antes de caer él también. Fue llevada al mismo hospital para ser atendida.

Estaban en la sala de emergencias y un equipo de médicos ya la había revisado. Le habían permitido a Jon quedarse con ella y, cada vez que Erin abría los ojos, le preguntaba por Tyler y tras escuchar que él estaba recuperándose no muy lejos de allí, volvía a quedarse dormida.

Jon tenía las manos de Erin entre las suyas. Había estado a punto de perderla, por segunda vez en la vida. De pronto Erin retiró su mano y se tocó el vientre. Jon vio que ella continuaba en un estado de semiinconsciencia, pero aquel fue un movimiento instintivo; el de una madre buscando sentir a su hijo. Entonces recordó la sangre que había visto en el auto de Jesse y la mancha roja en su vestido. Temió lo peor.

Jon cerró los ojos y empezó a rezar pidiendo por la vida de Erin y de su hijo. Un par de enfermeras se acercaron y le pidieron que se fuera.

—¿Cómo se encuentra?

—El médico hablará con usted en unos minutos, ahora por favor, retírese.

Abandonó la sala de emergencias y fue hasta el pasillo. Allí lo esperaban los agentes Bridge y Galveston. Jon se dejó caer en una silla y aflojó el nudo de su corbata. Las últimas horas habían sido terribles y el agotamiento se reflejaba en el semblante de su rostro.

—Debería descansar, agente Kellerman —le dijo el agente Bridge dándole una palmadita en el hombro—. Finalmente todo ha terminado.

Jon asintió. Sin embargo aún la pesadilla no había terminado; Erin y Tyler estaban en aquel hospital pagando las consecuencias de un loco que nunca había podido superar la muerte de su hermano.

Cuando vio al médico que había atendido a Erin, se levantó y se le acercó.

—Doctor Martin —leyó su nombre en el bolsillo del guardapolvo—. Soy el agente Jon Kellerman y quisiera saber cómo se encuentra Erin Campbell.

El doctor Martin se quedó en silencio unos segundos, que solo acrecentaron la angustia de Jon.

—Está bien, hemos conseguido estabilizarla. Lo más importante es que el feto no recibió daño alguno, a pesar del leve sangrado que sufrió la paciente —le informó.

Jon suspiró aliviado, aquella era la mejor noticia que había recibido en mucho tiempo. Sus sospechas se confirmaron; Erin estaba embarazada.

—Deberá permanecer en el hospital al menos un par de días y después tendrá que cuidarse mucho.

—No se preocupe, doctor, yo me encargaré de ello.

Regresó con los dos agentes; sabía que debía aún presentarse ante la comisión de Asuntos Internos para prestar declaración por la muerte del agente Widmore; por eso les pidió que se quedaran pendientes de Erin, mientras él regresaba. Les había avisado a sus padres y llegarían de un momento a otro. Antes de irse, pasó nuevamente a ver a Erin y, cuando comprobó que ella dormía tranquilamente, se marchó. Más tarde pasaría a ver a Tyler; sabía que él no había recobrado el

conocimiento todavía, pero le habían asegurado que su vida ya no corría peligro.

* * *

Cuando Erin despertó y se vio acostada en aquella cama, no recordó lo que había sucedido. Lentamente, lo ocurrido en el parque fue tomando forma en su mente. Sobre todo, la imagen de Tyler, inconsciente en el suelo, con la cabeza ensangrentada, antes de reponerse y haberla salvado. Miró a su alrededor, estaba sola; ni siquiera sabía cuántas horas habían pasado, solo sabía que sentía el cuerpo más pesado que nunca. Recordó que Jon había estado con ella.

Necesitaba saber cómo estaba Tyler; necesitaba verlo.

Buscó el botón blanco que estaba encima de su cama y lo apretó con insistencia. Una enfermera apareció un par de minutos después.

—¿Qué sucede? —Se acercó a ella y le acomodó la almohada.

—Tyler... Quiero ver a Tyler —balbuceó tratando de incorporarse.

La enfermera, una mujer robusta de unos cuarenta años, la tomó de los hombros.

—No puede levantarse de esta cama, no todavía.

—Necesito verlo.

La enfermera, como casi todos en el hospital, conocía las terribles circunstancias por las cuales había tenido que pasar. Sabía perfectamente quién era ella y quién era el Tyler que mencionaba.

—Sigo las indicaciones del doctor Martin, no puede levantarse e ir hasta su habitación —insistió impidiéndole que ella cometiera una locura.

—Por favor... Lléveme con él —le suplicó Erin tomando su mano.

La mujer no pudo evitar sentir pena por ella y terminó por ceder.

—Mire, haremos lo siguiente, buscaré una silla de ruedas y yo misma la llevaré a verlo, ¿le parece?

—Gracias —respondió Erin con una sonrisa en los labios.

Unos minutos después, la enfermera, que luego supo que se llamaba Annie, llegó con una silla de ruedas y la ayudó a montarse en ella. Puso una manta sobre sus piernas y la condujo por el pasillo. Erin experimentó emoción y angustia mientras se acercaba el momento de ver a Tyler; no sabía qué se encontraría cuando atravesara la puerta.

La enfermera empujó la silla dentro de la habitación. Erin se llevó una mano a la garganta. Tyler yacía en la cama con la cabeza vendada y los ojos cerrados.

—No ha recuperado el conocimiento aún, pero los médicos dicen que está fuera de peligro, que despertará de un momento a otro.

Erin asintió, no podía ni siquiera hablar. Fue muy fuerte enfrentarse a la imagen de Tyler, en aquel estado. Se veía tan vulnerable e indefenso que tuvo que apretar su mano con fuerza para comprobar que él estaba vivo.

—Apuesto que le alegrará abrir los ojos y encontrarse con usted —comentó Annie mientras revisaba los monitores que rodeaban la cama y emitían un molesto

pitido—. La voy a dejar sola, pero si se siente mal o necesita algo, solo pulse el botón.

—Gracias, muchas gracias —le dijo Erin antes de que ella se marchara.

Miró a Tyler; con el rostro sereno; parecía que simplemente estaba durmiendo. Se acercó un poco más a la cama, empujando la silla y se llevó la mano de Tyler al rostro. Besó uno a uno sus dedos, y pasó la parte de la palma por sus mejillas, como si él la estuviera acariciando.

Jesse le había golpeado la cabeza; ella misma había visto la herida y, en ese momento, no le había parecido tan grave, pero se había equivocado. Ahora Tyler no se despertaba y ella necesitaba oírlo, necesitaba que le sonriera y la mirase de aquella manera que hacía que se derritiera por dentro. Hasta necesitaba de sus constantes cambios de humor.

Se quedó a su lado, sujetando su mano con fuerza. Nadie iba a sacarla de allí, su lugar estaba al lado de Tyler. Agachó la cabeza y comenzó a orar; alguien tenía que escuchar sus plegarias.

De pronto sintió que él movió uno de sus dedos. Levantó la cabeza y descubrió que él movía sus labios como si quisiera decir algo.

—¡Tyler!

Él abrió los ojos lentamente y la miró.

Erin comenzó a llorar.

—Erin... —murmuró su nombre, y ella le sonrió entre lágrimas.

—Estoy aquí, Tyler, a tu lado —le dijo besando su mano una vez más.

Tyler intentó mover la cabeza, pero el dolor era insoportable y pegó un grito.

—No te muevas, tienes un golpe muy fuerte en la cabeza.

Él esbozó una sonrisa y la miró largamente con sus intensos ojos grises.

—Me han dado duro —dijo poniéndole un tono de humor a la situación.

—Sí, has estado inconsciente, pero vas a recuperarte.

Tyler acarició el rostro de Erin, y luego su mano descendió lentamente.

—¿Cómo estás tú... Cómo está el pequeño? —Tocó el vientre de Erin.

Ella se mordió el labio inferior. Él lo sabía. ¿Acaso había escuchado algo de lo que había hablado en la cabaña?

—Te escuché en la cabaña —respondió él adivinando sus pensamientos—. Y, cuando lo supe, me morí de la desesperación. No sé que hubiera hecho si ese maldito loco te hacía daño a ti o al bebé...

—Ambos estamos bien; es un niño muy fuerte, sale a su padre. —Bajó la vista—. Perdóname por no habértelo contado, pero no quería que te sintieras obligado a nada conmigo.

—No tengo nada que perdonarte; soy yo quién tiene que pedirte perdón. Sabes que no soy un hombre fácil, que me cuesta mucho expresar lo que siento. —Hizo una pausa y respiró hondamente—. Por culpa de mi cobardía te fuiste lejos y te expusiste al peligro.

—Tyler, no...

—Déjame continuar —le pidió—. Ya es hora que saque todo lo que llevé aquí dentro —se tocó el pecho—. Siempre he sido bastante tosco y no sé decir palabras

bonitas; era feliz, o al menos eso creía, con la vida de soltería que llevaba hasta que apareciste tú, y todo cambió. Empecé a fantasear con la idea de encontrar a la mujer indicada para mí; una que me volviese loco y con la que poder formar mi propia familia. Finalmente, estaba planteándome seriamente lo que Mimie me venía repitiendo desde hacía tanto tiempo. Y luego te conocí y comprendí que no era un sueño o una idea loca; supe que eras esa mujer la primera vez que te vi, aunque vinieras con perro incluido.

Los labios de Erin se curvaron en una dulce sonrisa.

—No sé cuándo empecé a amarte, Erin Campbell, lo único que sé es que nunca podré dejar de hacerlo.

Tyler esperó que ella dijera algo, pero era evidente que la emoción no le permitía hablar. En cambio él necesitaba seguir hablando.

—No soy quizá el hombre ideal, me enojo todo el tiempo; no soy guapo y supongo que en estas condiciones lo soy mucho menos. Confieso que me he congraciado con *Apollo* con la única intención de acercarme a ti. —Le sonrió y le guiñó un ojo, luego se puso serio nuevamente—. El atentado contra Rick me dejó devastado, y mi único consuelo era saber que mi corazón había finalmente conocido el verdadero amor. No creía que se podía volver a sonreír después de una tragedia tan dolorosa, de no saber si mi hermano viviría, pero entonces pensaba en el azul de tus ojos, en el olor de tu cabello y hasta en el sabor de tu piel sudada cuando hacíamos el amor, y en mi rostro se dibujaba una sonrisa. Te amo, Erin; y no estoy dispuesto a perderte.

Erin sentía su corazón latir desbocado dentro de su pecho. Estaba finalmente oyendo las palabras que más quería oír. Tyler la amaba y, a pesar de que ella sabía cuánto le costaba revelar sus sentimientos más íntimos, había sido capaz de dejar de lado al hombre circunspecto y arisco para confesarle su amor.

Tyler esperó nervioso una palabra suya.

Erin finalmente acabó con su ansiedad.

—No estoy de acuerdo en un par de cosas —empezó a decir—. Primero y principal, sí eres un hombre guapo y puedo asegurarte que más de una se ha detenido a mirarte. —Le mencionó a Olivia y su secreta admiración por sus partes traseras, y él no pudo evitar sonreír—. Admiración que comparto, debo decir. Segundo, eso de ser o no ser el hombre ideal es algo subjetivo; no lo serás para muchas mujeres, porque, como tú mismo has reconocido, eres enojón y algo tosco. Sin embargo, eres mi hombre ideal, aquel con el que quiero pasar el resto de mi vida. Me he dado cuenta de que no puedo seguir sumida en un pasado que solo me causa dolor; he logrado superar el sentimiento de culpa por la muerte de Adam y el miedo absurdo a la oscuridad. Y te lo debo a ti, al amor que despertaste en mí y que creí que nunca podría volver a sentir.

Ahora fue Tyler quien llenó su mano de delicados y húmedos besos.

—Sin embargo, aún me duele no saber si Rick se va a recuperar. Se pudo haber evitado, yo pude hacer algo por evitarlo...

—No fue tu culpa. Nunca sentí que fuera tu culpa.

Las palabras de Tyler le devolvieron la tranquilidad que le faltaba a su alma.

—El único responsable fue Jesse Widmore.

Tyler soltó una maldición.

—Pudo haberte matado. Me había golpeado con la culata de su pistola. Saqué fuerzas para buscarte, le disparé y después de eso ya no recuerdo más nada.

—Por fortuna todo eso acabó; ya no hay amenazas ni razón para estar asustados.

—Si te perdía a ti o al bebé... —Miró el vientre de Erin; allí donde crecía el fruto de su amor.

—No nos has perdido, Tyler. —Se inclinó hacia delante hasta rozar sus labios; lo besó suavemente—. Lo amo, comisario Evans.

Él acarició su cabello y apartó unos mechones para mirarla fijamente a los ojos. Esos enormes y enigmáticos ojos azules que lo habían cautivado desde el primer momento y que ahora ya no guardaban ningún secreto para él.

—Y yo la amo a usted, agente Campbell; más que a nada en el mundo.

Se fundieron en un beso tierno; la enfermera Annie entró en la habitación y los vio, sonrió y volvió a irse tras cerrar la puerta sigilosamente.

* * *

Jon Kellerman los interrumpió. Había vuelto de hablar con Asuntos Internos, había aclarado las cosas en Quantico y quería ver a Erin. Sabía que ambos estaban mejor, y que los tortolitos pasaban juntos casi todo el día en la misma habitación, conversando, dándose cariño.

—Toc, toc —dijo Jon imitando el golpe de una puerta.

—Jon, ¿cómo estás? —Le sonrió Erin.

—Kellerman, gusto en verte —dijo Tyler con calidez.

—Tengo una buena noticia para los dos.

—No te hagas esperar.

—He hablado a Wichita, y dicen allí que Rick ha despertado. Ha despertado y no para de preguntar por Tyler y por Erin.

Los dos se abrazaron con lágrimas en los ojos y se fundieron en un largo y tierno beso.

—Lamento interrumpir este momento de amor —dijo Jon Kellerman divertido—, pero hay algunas aristas del caso que debemos repasar.

—Adelante.

—Tyler logró establecer que Adam Gardner era Adam Cragen, un huérfano que junto a su hermano Jesse vivía en Clinton. Luego, Jesse fue adoptado por los Widmore, y Adam se instaló en Wichita.

—Es cierto —dijo Tyler.

—Y tuvo un vínculo con Brittany Hall —agregó Erin—. He tratado de reconstruir la historia en mi cabeza. Algo de todo esto me lo adelantó Jesse. ¿Sabes? Él quería que lo admiraran y no soportó no revelar algo de su accionar. Sin embargo,

dejó algunos puntos oscuros.

—¿Cuáles?

—La relación de Adam y Brittany; el por qué Jesse apareció justo ahora, en este caso particular.

—Ya veo.

—Mi hipótesis es que Adam enamoró a Brittany. Era una relación secreta y escandalosa: él tenía treinta y dos años y ella apenas quince. Además, venía de una familia puritana. La noche de la golpiza a Brittany, ella iba a encontrarse en secreto con Adam. Por eso se fue sola de la fiesta, por eso quiso alejar a Rick. Imagino que le contó a Adam de su embarazo, discutieron y fue él el que la atacó. Creo que haber crecido en un orfanato caló hondo en él; no quería saber nada de formar una familia y puedo jurar que nunca amó a Brittany de verdad por eso no iba a atarse a ella de por vida con un hijo auestas. Rick tuvo la mala suerte de presenciar el momento del ataque; quiso ayudarla y terminó con las manos ensangrentadas. Después, tuvo una laguna mental. El doctor Hall prefirió que se lo inculpara a él antes de reconocer ante la comunidad que Brittany estaba embarazada de Adam.

—Ese bastardo —masculló Tyler.

—Mientras tanto, Cragen va a ver a su hermano, le pide ayuda, cambia de nombre y olvida su pasado en Wichita.

—Pero, ¿por qué ahora? ¿Por qué Jesse quiso unir las dos historias?

—Es que para él son una sola. Jesse se había obsesionado conmigo, mientras estaba en la academia. Le pidió al donjuán de su hermano que le diera consejos de cómo conquistarme. Adam, en cambio, se acercó él mismo a mí, arrebatándole a su hermano a la mujer que deseaba. Supongo que le creó a Jesse cuando me dijo que Adam estaba celoso de que Jesse había sido adoptado y él no, y esta era su venganza. Widmore volvió loco de celos a su hermano para que reaccionara conmigo como lo había hecho con Brittany. No calculó que yo podía matarlo. —Erin hizo una pausa, pero no dejó que la interrumpieran. Podía contar la historia: la había dejado atrás—. Entonces, decidió que tenía que vengarse. Y para él, ambas historias estaban juntas: si Adam no se hubiera involucrado con Brittany, nunca me habría conocido, Jesse estaría conmigo, Adam no estaría muerto. Son todas especulaciones de una mente enferma. Pero quería volver atrás, a Wichita, para cerrar la historia, para cumplir su venganza de matarme.

—¿Pero cómo logró que los asesinatos se produjeran? —preguntó Tyler.

—Los anónimos —dijo Jon, ahora entendía.

—Jesse manipuló, en la cabaña dijo muchas veces esa palabra, a Brittany. Sabía que era inestable, sabía que la muerte de su hijo la había destruido. Le envió anónimos que la conminaban a actuar, a vengar la muerte de su hijo en otras mujeres. Le habló como Adam al que nunca pudo olvidar. Obviamente, el momento era cuando Rick ya hubiera salido de la cárcel para complicar el caso, para obligar a que el FBI tuviera que intervenir.

—Porque tarde o temprano, el hecho de que el comisario de Wichita fuera hermano del sospechoso iba a hacer que tuviéramos que accionar nosotros —

reflexionó Jon.

—Exacto.

—Fue Widmore el que insistió en que te buscáramos para el caso. Ahora lo recuerdo. Primero me preguntó por ti; luego convenció a tus compañeros, y ellos insistieron. Además, yo estaba convencido de que necesitabas volver. Fui un tonto.

—Todos lo fuimos.

—No tú, Erin —le dijo Tyler y le acarició el brazo—. Tú armaste el rompecabezas.

—Demasiado tarde.

—Nunca es tarde: ahora que hay una explicación podemos cerrar el caso y olvidarlo. Si no, siempre quedaría un fantasma dando vueltas: la pregunta de por qué.

Erin sonrió.

—Parece que todo está aclarado.

—¿Cuándo volveremos a Wichita? —preguntó Tyler. Moría de ganas de ver a su hermano.

—Hablaré con el médico —dijo Jon—. La placa puede ser persuasiva. Dispondré de un avión sanitario, si es preciso.

—Gracias, Jon.

—Gracias, Kellerman.

—Se lo han ganado, chicos.

* * *

Unas semanas después

Erin se miró al espejo por enésima vez; le costaba reconocerse dentro del ajustado vestido que le había prestado Olivia para aquella ocasión especial. Hacía unos días que había regresado a Wichita y, a pesar de todo lo sucedido desde su partida, parecía que las cosas no habían cambiado.

Pero sí habían cambiado.

Ahora, Tyler y ella eran no solo oficialmente novios, sino también padrinos de la pequeña Marianne. Tom y Cindy habían insistido en que ambos se merecían tal honor y no pudieron negarse.

Jon no puso objeción alguna, cuando le comunicó que se retiraba definitivamente del FBI para anunciarle que se iba a dedicar a seguir escribiendo novelas de amor y a criar a su hijo. Aún no sabía el sexo del bebé, ya que tenía un poco más de dos meses de embarazo, pero estaba convencida que tendría un varón; que heredaría los ojos grises y el cabello negro de Tyler. No se lo había comentado a nadie, pero muchas noches había soñado con él. Ya no tenía pesadillas, solo soñaba cosas bonitas, y la cena de esa noche era uno de los acontecimientos que más la inquietaban.

Olivia entró en la habitación acompañada de *Apollo* y estudió su aspecto.

—Supongo que llevarás el cabello suelto —le dijo parándose detrás de ella y mirándola a través del espejo.

—Sí, a Tyler le gusta que lo lleve así y ahora que ha crecido un poco, caerá libremente sobre mis hombros.

—¿Estás emocionada? —le preguntó Olivia sonriéndole.

Erin soltó un suspiro.

—Emocionada, nerviosa, asustada, a veces creo que no debería ir...

—¡Erin, ni se te ocurra!

—¡Estaba bromeando! —Se dio vuelta e intentó agacharse para acariciar a *Apollo*, pero el vestido era demasiado estrecho—. Siento que en cualquier momento voy a reventar.

—Para nada, te queda como un guante. Tyler va a quedar fascinado cuando te vea, además ya se te empieza a notar la panza, y eso te hace más hermosa aún.

Erin sonrió; sería la primera vez que él la viese usando un vestido de aquellas características y la idea la excitaba.

—¿Crees que me lo pida?

Olivia sostuvo su mano.

—¡Estás temblando!

—No puedo evitarlo; no todas las noches el hombre que una ama te hace una invitación tan misteriosa.

—Aunque ambas sabemos que de misteriosa no tiene nada. ¡Los hombres son tan predecibles! Apuesto a que lleva un anillo escondido en alguna flor o algo parecido, y se pondrá de rodillas mientras te lo pide. Aunque concordemos que Tyler no es de esa clase de hombres, pero, bueno, quizá nos da una sorpresa —le guiñó un ojo.

Las palabras de su amiga solo la pusieron más nerviosa. Miró su reloj, faltaban solo quince minutos para que Tyler pasara por ella y ya no podía consigo misma.

—Me llevaré a *Apollo*, Connor viene a casa esta noche, aprovechando que mi madre salió de la ciudad.

—¿Cómo está ella? No he podido saludarla desde que regresé...

—No te aconsejo que lo hagas, sigue demasiado sensible por lo sucedido; no deja de culparse por haber sido tan tonta con respecto a Anthony. Yo misma le aconsejé que se tomara unas vacaciones. Necesitaba alejarse de aquí, y Nueva York fue una opción estupenda.

—Espero que algún día podamos limar nuestras diferencias —comentó Erin sinceramente.

—No te preocupes por ella, estará bien y se dará cuenta de que fue injusta contigo; mejor ocúpate de ti y de pasarla muy bien esta noche. —Puso expresión seria—. Eso sí, mañana me contarás todo con lujo de detalles, no quiero perderme nada, ¿has entendido?

—Perfectamente.

El bocinazo en la calle las hizo saltar a ambas.

—¡Es él! —exclamó Erin yendo hacia la ventana para espiar.

Olivia miró su reloj.

—Llegó con trece minutos de anticipación, se ve que está ansioso —dijo Olivia riendo mientras alzaba a *Apollo* en sus brazos para evitar que siguiera a Erin.

Erin revisó su aspecto una vez más y, tras darle un beso a Olivia y a su perro, salió al encuentro de Tyler.

Él estaba a punto de llamar a la puerta cuando se abrió, y Erin apareció vestida frente a él, con un apretado y corto vestido negro que resaltaba cada curva de su cuerpo.

Se quedó mudo.

—Buenas noches —saludó ella también deleitándose con su elegante aspecto. Llevaba unos pantalones de tela color azul oscuro y una camisa blanca con algunos botones desprendidos. Cuando miró sus pies se asombró de que no llevase sus infaltables botas, sino unos elegantes mocasines de cuero negro. Estaba guapísimo. Para ella Tyler era el hombre más guapo del mundo.

—Estás... radiante. —La tomó de la mano e hizo que diera una vuelta. Se emocionó cuando notó la pequeña prominencia en su vientre que el ajustado vestido ya no podía esconder.

—Gracias, tú estás muy guapo. —Se puso de puntillas y rozó sus labios, pero Tyler quiso mucho más. La atrajo hacia él y profundizó el beso; cuando la soltó, Erin apenas podía respirar.

—¿Nos vamos?

Ella asintió mientras trataba de recobrar el aliento.

El viaje hasta la cabaña se les hizo a ambos demasiado largo. Erin iba recostada sobre su hombro, y, de vez en cuando, él acariciaba su vientre. A Tyler aún le costaba creer que allí dentro se estaba gestando su hijo.

Erin no podía ocultar su ansiedad, Tyler le había prohibido que pusiera un pie en la cabaña. Había estado trabajando duro en los últimos arreglos y quería darle una sorpresa. Había intentado que Connor soltara prenda, pero le fue fiel a su amigo y no le reveló absolutamente nada.

Finalmente, la vieja camioneta Ford tomó la curva que conducía al claro del bosque donde estaba emplazada la cabaña, y Erin suspiró hondo.

Tyler apagó el motor, la miró y le preguntó.

—¿Estás lista?

—¡Estoy ansiosa por ver como ha quedado! —respondió mientras se bajaba de la camioneta.

Tyler hizo lo mismo y la alcanzó. De la mano avanzaron por el sendero. El frente estaba completamente iluminado con unas cuantas farolas que Tyler había colgado en puntos estratégicos.

La llevó hasta el porche y tironeó de la mano de Erin para que ella se detuviera.

—Tyler...

—Espera. —Se agachó y la levantó en brazos.

—¿Qué haces?

—Sé que quizá me estoy adelantando, pero la tentación es muy grande. —Le

dio un ligero beso en la boca, abrió la puerta de una patada y entró a la cabaña cargándola como si fueran una pareja de recién casados.

Erin se aferró a su cuello con fuerza por temor a caerse. Tyler se detuvo, y ella se quedó encantada con lo que vio.

Había una enorme chimenea de ladrillos en un rincón; el suelo de roble estaba cubierto por una alfombra de vivos colores y un juego de sillones nuevos descansaba en el medio de la sala. Las ventanas ya tenían los cristales puestos, pero notó que le faltaban las cortinas.

—Quiero que seas tú quién las elija.

Erin lo miró; estaba a punto de llorar, una vez más.

Después la llevó hacia la cocina y una vez allí, la colocó suavemente en el suelo y la abrazó por detrás mientras le mostraba todo.

Realmente se había esmerado, pensó Erin observando todo completamente maravillada. Había instalado unos armarios de madera oscura y puertas de cristal granulado; sobre el alféizar del doble fregadero descansaba un pequeño tiesto con lilas que le daban un toque de color a la cocina. Había una encimera labrada también en madera oscura con varias puertas y un juego de mesas y sillas que combinaban en el centro.

—Los muebles los he construido con mis propias manos —le dijo él orgulloso.

Ella giró la cabeza y lo miró sorprendida.

—¿De verdad?

Él asintió.

—¿Recuerdas el banco de madera en mi oficina? También es obra mía.

Erin sonrió. Le encantaba conocer aquella nueva faceta de Tyler y estaba ansiosa por descubrir más del hombre que se había convertido en su razón de vivir.

—Has hecho un muy buen trabajo. —Acarició sus manos; ahora sabía por qué eran ásperas y fuertes.

—Ven, quiero que conozcas el resto.

La llevó escaleras arriba y se asombró de ver que él había dividido la planta alta en dos. Entraron a una de las habitaciones, y Erin ya no pudo contener el llanto.

Era un lugar pequeño, pero iluminado por las últimas luces de aquella tarde. Erin se soltó y caminó hacia la cuna de madera colocada cerca del enorme ventanal. Acarició la rugosa superficie y su corazón se hinchó de dicha dentro de su pecho.

—Es... es hermosa —apenas pudo balbucear presa de la emoción.

Tyler se acercó y se paró junto a ella.

—Empecé a construirla apenas salí del hospital y quería darte la sorpresa; solo le faltan algunos detalles. Quiero hacer un móvil con figuras de madera y colgarlo aquí arriba —le indicó con entusiasmo.

Erin asintió.

—Estoy seguro de que a nuestro niño le encantará —comentó con una sonrisa en los labios.

—Puede ser niña —acotó él.

—No; siento que es un niño. —Se tocó el vientre—. Llámalo premonición o

intuición de madre, pero será un varón... Y se parecerá a ti.

—Prefiero que se parezca a ti: con el cabello dorado y los ojos azules.

Siguieron haciendo conjeturas sobre el aspecto que tendría el bebé, mientras Tyler la llevaba a su habitación. Antes de entrar, le cubrió los ojos a Erin y, cuando ella los abrió, se quedó asombrada. No por el hecho de que la decoración del lugar era maravillosa, sino por la cena romántica que él había improvisado en un rincón. Había una mesa, alumbrada por un par de velas y una rosa roja junto a uno de los platos.

—Tyler... nunca pensé que...

—Sí, sé que no es mi estilo, pero alguien me dijo una vez que a las mujeres les gusta todo esto del romanticismo. —Hizo una pausa—. Espero que no te malacostumbres, no suelo ser así, me conoces, pero quería complacerte esta noche.

Ella lo miró a los ojos y colocó ambas manos sobre su pecho.

—No necesitabas hacer esto, aunque no puedo negar que me complace; pero, si tengo que ser sincera, me gustas tal como eres, eso me enamoró de ti. Tu carácter, tus rabieta, tu lado tierno, tu manera de besarme y hacerme el amor...

Tyler no le dejó continuar, con un rápido movimiento atrapó su boca y la besó apasionadamente. Erin rodeó su cuello con los brazos y todo su cuerpo se estremeció de pies a cabeza, cuando la lengua de Tyler abandonó sus labios para dedicarse a besar el hueco de su hombro desnudo. Ella se frotó contra él buscando un contacto más intenso, se necesitaban con urgencia, pero ambos sabían que no podían hacer el amor aún. El médico le había recomendado a Erin que no tuviera actividad sexual al menos hasta que pasara el período de riesgo y para eso faltaba más de un mes. Por eso habían tenido que saciar sus deseos de diversas maneras. Erin metió una mano dentro del pantalón de Tyler y pudo sentir como él se tensaba de inmediato.

—Erin... espera —le pidió él en medio de los jadeos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella mientras comenzaba a acariciar su miembro lentamente.

—Hay... algo que quiero darte.

Ella lo miró; le encantó el deseo contenido que vio en sus ojos. Dejó que él la llevara hasta la mesa y vio como levantaba la rosa roja y se la entregaba.

Erin la acercó a su rostro para oler su perfume y descubrió que había algo en el interior de la flor.

Su corazón dio un salto en el pecho cuando vio el anillo asomarse entre los pétalos. Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos; creyó que tanta felicidad no podía ser posible, pero cuando vio a Tyler arrodillarse y buscar su mano izquierda, comprendió que aún había más.

—Erin, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se mordió el labio inferior que no dejaba de temblar; sus piernas también se habían vuelto dos masas de gelatina; necesitaba sostenerse de algo. Tyler se dio cuenta y tomándola en brazos una vez más la llevó hasta la cama. La depositó con cuidado y se recostó a su lado.

—No quiero pecar de impaciente, pero estoy esperando una respuesta —le dijo

él con una sonrisa en los labios.

Erin miró el anillo, no era costoso, pero era el más bonito de todos para ella. Luego miró el rostro del hombre que amaba y dijo:

—Por supuesto que quiero casarme contigo. No podría desear otra cosa en el mundo —susurró sin poder dejar de llorar de la emoción.

Le entregó el anillo a él, y Tyler se lo colocó en el dedo.

—Quiero casarme cuanto antes —le anunció él mientras acariciaba el rostro empapado en llanto de su futura esposa—. Ya conozco a tus padres y creo que les he caído bien.

—Mis padres te adoran —le confirmó ella—. Confieso que pensaba que a mi madre le costaría aceptarte sobre todo porque todos estos años ha intentado casarme con Jon.

Tyler frunció el ceño.

—Pero te has sabido ganar su cariño —le dijo ella antes de que Tyler la interrumpiese tras haberse enterado que Jon Kellerman siempre había sido el candidato perfecto de Vera Campbell para su hija.

—Y Mimie y Rick te adoran a ti también. Está encantada con la llegada de nuestro hijo; siente que es como su nieto...

—Es su nieto —acotó Erin.

Tyler tomó su mano y la besó.

—Debemos pensar quién será su padrino también.

—¡Jon!

—¡Connor!

Los dos exclamaron los nombres de sus amigos al unísono. Estaba visto que no se pondrían de acuerdo muy fácilmente.

—Hagamos un trato —dijo Tyler—. Jon será el padrino de nuestro primer niño, y Connor podrá serlo del segundo, o del tercero, o del cuarto...

—¡Espera, espera!

—¿Qué? —Sonrió divertido.

—¿No estarás pensando en tener media docena de niños?

—¿Por qué no? A mí me encantaría...

Erin sonrió; la verdad que a ella también le encantaba la idea. Aquella cabaña rodeada de la naturaleza y en donde, además, habían gestado a su bebé era el sitio perfecto para criar a sus hijos. Ahora sabía que ya nunca podría marcharse de Wichita y nunca se cansaría de agradecer a Jon por haberla convencido de ir allí. Todo lo malo que había vivido había quedado opacado por la dicha de haber encontrado al amor de su vida donde menos lo esperaba y cuando ya creía que le había cerrado definitivamente la puerta al amor.

—Adoraría tener al menos dos niñas que se parecieran a ti —le dijo Tyler bajando hasta que su cabeza quedó a la altura del vientre de Erin.

Ella contuvo el aliento, cuando él le levantó el vestido hasta la cintura.

—Tyler...

Él comenzó a sembrar besos alrededor de su ombligo y Erin hundió sus dedos

en el cabello masculino.

Tyler acarició la suave prominencia de su vientre y le habló a su hijo.

—Soy yo, tu padre de nuevo.

Erin sonrió, mientras Tyler volvía a besar su vientre con ternura. Lo contempló durante un largo rato para asegurarse que lo que estaba viviendo no era un sueño. Tyler y el hijo que llevaba en su vientre eran tan reales como el amor que ambos se tenían.

Ella era su mujer, y él era su hombre. Y se pertenecerían para siempre.

Erin elevó la vista hacia el pedazo de cielo nocturno que se colaba a través del tragaluz y, en silencio, agradeció por tanta felicidad.

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

SIENNA ANDERSON

Pseudónimo usado por Andrea Milano

Andrea Milano nace en Buenos Aires en el año 1974. Ha estudiado Diseño Gráfico e idiomas (inglés e italiano), y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras.

Desde niña le ha gustado escribir, comenzó con relatos cortos que siguió escribiendo en su adolescencia hasta que finalmente escribió una primera novela a los 20 años, que aún continúa en un cajón esperando a ser terminada. En diciembre del 2007 publicó su primera novela *Pasado Imperfecto* (editorial argentina Vestales). En 2009, uno de sus cuentos *Entre tus brazos* ha formado parte de una *Antología de cuentos románticos*, publicado también por Vestales. También ha publicado *El guardián* (Luarna digital, 2009) y *La redención de Loan* (Rachel, 2010)



Bajo el seudónimo de Sienna Anderson escribe Suspense romántico, género en el que se inició con *Nomeolvides*. También escribe Erótica con el sobrenombre de Breeze Baker.

ESCONDIDO EN TU MIRADA

Erin Campbell vive recluida en una pequeña casa en la afueras de Lexington, Virginia. Su vida como psicóloga forense del FBI quedó atrás luego de que, cuatro años antes, decidiera abandonar su profesión tras una traumática experiencia.

Cuando Jon Kellerman, su antiguo jefe y amigo, llega hasta su puerta, Erin puede adivinar qué viene a proponerle. Y la respuesta es no. No va a volver al FBI. De todos modos, el caso para el que le piden que colabore despierta su atención. La policía local de Wichita se enfrenta a un posible asesino en serie que mata a sus víctimas de manera salvaje. Conmovida, decide intervenir. Llama a Jon y se suma al equipo que viajará a investigar los crímenes.

Cuando la ve, el comisario Tyler Evans descubre que, detrás de los ojos de la agente especial Campbell se oculta un tumultuoso pasado. Confía en ella, pero, a su vez, decide investigarla. Erin también deposita su confianza en Tyler Evans y la atracción mutua crece. Todas las sospechas del caso recaen a primera vista en el hermano del comisario. Sin embargo, Erin desconfía de las apariencias y buscará desentrañar la telaraña que sigilosamente ha tejido el asesino en torno a ellos. Aunque eso implique el desafío más grande que haya tenido en su vida: enfrentarse a sus propios fantasmas.

* * *



© 2010, Andrea Yungblur
Editorial Vestales
Colección La educación sentimental
Primera edición: Junio/2011
ISBN: 978-987-1568-37-6